INTRODUCCIÓN

Á LA

VIDA DEVOTA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

SAN FRANCISCO DE SALES

TRADUCIDA AL CASTELLANO

de orden del Emmo. y Excmo. Sr. Cardenal de Lorenzana,
Arzobispo de Toledo,

POR

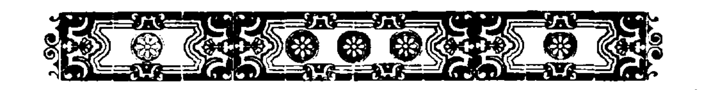
DON PEDRO DE SILVA

PRESBÍTERO

NOVÍSIMA EDICIÓN

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
ADMINISTRACIÓN
Plaza Santo Domingo, 14



INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA

PREFACIO

T*e suplico, amado lector, que para satisfacción tuya y mía leas este Prefacio.*

"Tenía tan delicado gusto la ramilletera Glícera, en variar la disposición y mezcla de las flores con que hacía sus ramilletes, que con unas mismas los formaba de muchos modos; en tanto grado, que se quedó corto Parrasio, célebre pintor, queriendo imitar á competencia la diversidad de sus labores, porque no pudo variar de tantos modos su pintura, como variaba Glícera sus ramilletes. Así también el Espíritu Santo ordena con tanta variedad las lecciones de devoción que da por las palabras y escritos de sus siervos, que siendo siempre una misma la doctrina, son, sin embargo, muy diferentes los discursos según los diversos modos con que están compuestos. Yo, á la verdad, ni puedo, ni quiero ni debo escribir en esta *Introducción* otra cosa, que lo que ya sobre esta materia han publicado nuestros predecesores; y así, las flores que te presento, lector, son las mismas; pero es muy diverso el ramillete que forman, á causa de la diversidad con que van colocadas.„

Casi todos los que hasta ahora han tratado de la devoción, han tenido por objeto instruir á los que viven muy retirados del comercio del mundo, ó, por lo menos, han enseñado una especie de devoción, que

camina á este total retiro. Pero mi intento es instruir á los que viven en las ciudades, en medio de las familias, en la corte, y por su situación se ven obligados á profesar una vida común, en cuanto á lo exterior; los cuales, no pocas veces, pretextando imposibilidades imaginarias, ni aun quieren pensar en comprender una vida devota, porque juzgan, que así como ningún animal se atreve á gustar la semilla de aquella hierba que llaman *Palma Christi*, así tampoco puede aspirar á la palma de la piedad cristiana el hombre que vive en medio del tráfago de los negocios temporales. Yo, pues, les haré ver, que, así como la madreperla se mantiene en medio del mar, sin dejar entrar una gota siquiera de agua salada; y así como cerca de las islas Celidonias hay fuentes de agua dulce en medio del mar; y así como las salamandras vuelan entre las llamas, sin que se les chamusquen las alas; así también puede un alma vigorosa y constante vivir en el mundo sin dar entrada á las aguas del mundo, encontrar manantiales dulcísimos de piedad en medio de las amargas olas del siglo, y volar entre las llamas de los apetitos terrenos, sin que el fuego ofenda las alas de los sagrados deseos de la vida dovota. Confieso que es empresa muy difícil; mas por eso mismo desearía que muchos empleasen en ella sus fatigas con más ardor que hasta aquí; y esto es lo que yo, aunque flaco, intento con este escrito, ayudando, en cuanto puedo, á los que con ánimo generoso abrazaren tan digna empresa.

Sin embargo, no ha sido elección ó deseo puramente mío publicar esta *Introducción;* si no que habiendo, ya tiempo hace, buscado mi dirección un alma verdaderamente noble y virtuosa que había recibido de Dios la gracia de querer aspirar á la vida devota, yo, que me veía con muchas obligaciones para con esta persona, y que ya muy de antemano había reconocido en ella excelentes disposiciones para tan piadoso designio, emprendí con gran cuidado su instrucción, la encaminé por todos aquellos ejercicios pro-

porcionados á su deseo y condición, y le di varias advertencias por escrito, para que recurriese á ellas cuando lo necesitase. Mostró ella estas advertencias á un religioso muy docto y espiritual (1), el cual, persuadido de que podrían ser provechosas á muchos, me exhortó con grandes instancias á que las publicase; y no le costó mucho persuadirme, porque su amistad tenía gran dominio en mi voluntad, y su dictamen grande autoridad sobre el mío.

Para que todo sea más útil y agradable, lo he repasado, ordenándolo de modo que tengan conexión unas especies con otras y añadiendo muchos avisos y lecciones propias de mi intento; pero todo esto lo he tenido que hacer sin el sosiego necesario, por lo cual no encontrarás exactitud, sino solamente una colección de advertencias dadas con buen deseo y explicadas con expresiones claras é inteligibles; á lo menos así he procurado hacerlo. Por lo que toca á los adornos del estilo, ni aun siquiera he pensado en ellos, porque he tenido otras muchas cosas que me ocupan.

La razón porque dirijo mis palabras á Filotea es, porque queriendo acomodar á la utilidad común de muchas almas lo que al principio había escrito para una sola, la llamo con un nombre que conviene á todas las que quieren ser devotas, puesto que Filotea quiere decir amante ó enamorada Dios.

Mirando, pues, en todo esto á un alma, que por el deseo de la devoción aspira al amor de Dios, he dividido esta *Introducción* en cinco partes: en la primera, valiéndome de algunas amonestaciones y ejercicios, procuro convertir el simple deseo de Filotea en una resolución absoluta, que hace, finalmente, después de la confesión general, por una protección sólida, á que sigue la santísima Comunión; en la cual, entregándose á su Salvador y recibiéndole, entra dichosamente en su amor santo. Hecho esto, para

(1) R. P. Juan Ferrier, teólogo de la Compañía de Jesús, rector entonces del colegio de Chambery.

llevarla más adelante, le manifiesto dos poderosos medios de unirse más y más á su divina Majestad; es á saber: el uso de los Sacramentos, por los cuales Dios viene á nosotros; y la santa oración, por la cual nos atrae á sí: esta es la materia de la segunda parte. En la tercera le enseño cómo debe ejercitarse en aquellas virtudes que son más oportunas para su adelantamiento, sin detenerme más que en ciertos avisos particulares que ella no hubiera podido fácilmente encontrar en otra parte, ni discurrir por sí misma. En la cuarta hago que descubra las emboscadas de sus enemigos, y le muestro cómo debe salir de ellas y pasar más adelante en su digna empresa. Finalmente, en la quinta parte procuro que se recoja un poco dentro de sí misma á reposar, tomar aliento y recobrar fuerzas, para poder después con más ventaja ganar tierra y adelantar en la vida devota.

Como nuestro siglo es tan caprichoso, conozco que muchos dirán que sólo á los religiosos y gentes entregadas á la devoción toca formar tan por menor directorios de piedad, y que éstos requieren más espacio que el que puede tener un Obispo cargado de una diócesis tan pesada como la mía; que esto distrae mucho el entendimiento, que debe emplearse en cosas de más importancia.

Pero yo digo, con San Dionisio el Grande, que á los Obispos es á quienes toca principalmente dirigir las almas á la perfección, por lo mismo que su jerarquía es la suprema entre los hombres, como lo son entre los ángeles los serafines; y que, por consiguiente, en nada pueden emplear mejor el tiempo que en esto. Los antiguos Obispos y Padres de la Iglesia apreciaban su ministerio tanto como nosotros, por lo menos, y no por esto dejaban de cuidar de la dirección particular de muchas almas, que ponían en ellos su confianza, como se deja ver en sus Epístolas, imitando en esto á los Apóstoles, quienes, en medio de la cosecha general de todo el universo, recogían, sin embargo, con más especial y particular afecto, como espigas privilegiadas, ciertas almas más distingui-

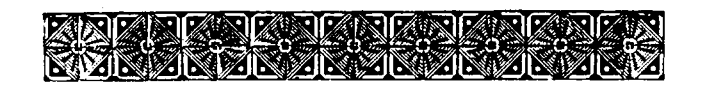
das. ¿Quién no sabe que Timoteo, Tito, Filemón, Onésimo, Santa Tecla y Apia, eran los queridos hijos del grande Apóstol San Pablo; y los de San Pedro, San Marcos y Santa Petronila? Pongo en este número á Santa Petronila, porque, como prueban doctamente Baronio y Galonio, no fué hija natural de San Pedro, sino solamente espiritual; y, finalmente, una de las Epístolas canónicas de San Juan está escrita á una devota señora llamada Electa. Desde luego confieso que es trabajo dirigir almas en particular; pero es trabajo que consuela, como el de los segadores y vendimiadores, que nunca están más contentos que cuando están más ocupados y cargados: es un trabajo que descansa, conforta y aviva el corazón con la suavidad que de él reciben los que le emprenden, semejante al efecto que produce el cinamomo en los que van cargados de él por la Arabia Feliz. Se cuenta de la tigre, que cuando encuentra alguno de sus cachorros, que el cazador deja en el camino para entretenerla, en tanto que se lleva el resto de la cria, ella, por muy grande que sea, carga con él, y más ligera que si no llevase peso alguno, corre á ponerle en salvo dentro de su cueva, porque el amor natural la alivia con el peso mismo. ¿Con cuánto más gusto se encargará un corazón paternal del alma que encuentre entre los deseos de la perfección santa, y la llevará en su regazo, como hace la madre con su hijuelo, sin sentir un peso que tanto estima?

Pero ha de ser corazón paternal, sin duda, y ved aquí por qué los Apóstoles y los varones apostólicos llaman á sus discípulos, no solamente hijos, sino aun con mayor ternura hijuelos.

Por lo demás, lector amado, cierto es que escribo de la vida devota sin ser devoto, pero no sin deseos de llegar á serlo; y este mismo deseo me da mayores ánimos para instruirte; porque, como dice un hombre muy literato, es buen modo de aprender el estudiar, pero mejor escuchar al maestro y el mejor de todos enseñar. Muchas veces sucede (dice San Agustín, escribiendo á su devota Florentina) que el

oficio de dar sirve de mérito para recibir; y el de enseñar, de fundamento para aprender.

Mandó Alejandro al inimitable Apeles que hiciese un retrato de Campaspe, á quien amaba; y Apeles, considerando muy despacio la belleza de Campaspe, á medida que iba copiando sus perfecciones en el lienzo, iba grabando el amor en su corazón; de manera que llegó á estar tan apasionado, que Alejandro lo conoció, y compadecido, se la dió por esposa, privándose él por amor suyo de la mujer que más amaba en el mundo; sobre lo cual dice Plinio que mostró la grandeza de su corazón, tanto como hubiera podido manifestarla con una gran victoria. A este modo pienso, lector amado, que siendo yo Obispo quiere Dios que pinte en los corazones de los hombres, no sólo las virtudes comunes, sino también su carísima y muy amada devoción: y lo emprendo con gran complacencia, asi por obedecer y cumplir con mi obligación, como por la esperanza que tengo de que al grabar en el alma de los otros, quizá la mía quedará santamente enamorada; y estoy cierto que si su divina Majestad llega á verme vivamente prendado de ella, me la dará sin duda en eterno desposorio. Si la hermosa y casta Rebeca, dando de beber á los camellos de Isaac, fué elegida por esposa suya, y recibió de su parte pendientes y brazaletes de oro, yo también espero de la inmensa bondad de mi Dios, que llevando sus amadas ovejas á las saludables aguas de la devoción, conseguiré que reciba El mi alma por esposa suya, y ponga en mis orejas las doradas palabras de su santo amor y en mis brazos la fuerza para ejecutarlas perfectamente, que es en lo que consiste la esencia de la verdadera devoción. Esta pido á su Majestad quiera otorgarme, y á todos los hijos de su Iglesia, á la cual para siempre someto mis escritos, mis acciones, mis palabras, mis afectos y mis pensamientos. En Annecy, hoy día de Santa Magdalena, año de 1609.



PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCIÓN

que contiene los avisos y ejercicios necesarios para llevar al alma, desde su primer deseo de la vida devota, hasta la entera resolución de abrazarla.

CAPITULO PRIMERO

Descripción de la devoción verdadera.

Aspiras á la devoción, carísima Filotea, porque sabes, como cristiana, que es una virtud sumamente agradable á la Majestad divina; pero como los defectos leves que se cometen al principio de cualquier obra van creciendo infinito en el progreso de ella hasta llegar á ser casi irremediables en el fin, es necesario, antes de todo, que sepas lo que es la virtud de la devoción; porque devociones falsas y vanas hay muchas; verdadera una sola; y si no la conoces, puedes engañarte y seguir alguna vana y supersticiosa.

Pintaba Aurelio el rostro de todas las imágenes parecido al de las mujeres que amaba; así cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que es inclinado al ayuno, se tiene por muy devoto si ayuna, aunque su corazón esté lleno de rencillas; y al paso que por sobriedad no se atreve á llegar con la lengua al vino, ni aun tal vez al agua, no hará escrúpulo de bañarla en sangre de su prójimo con murmuraciones y calumnias: otro se juzgará devoto

porque reza muchas oraciones al día, aunque después de esto se desate su lengua en palabras duras, arrogantes é injuriosas contra sus domésticos y vecinos: otro sacará con gran prontitud de su bolsillo el dinero para dar limosna á los pobres, pero no puede sacar de su corazón dulzura con que perdonar á sus enemigos: otro perdonará á sus enemigos, pero jamás pagará á sus acreedores, sino obligado por la justicia. Todos éstos están vulgarmente reputados por devotos y ciertamente no lo son. Cuando los soldados de Saúl buscaban á David en su casa, Micol puso una estatua en la cama, y vistiéndola con las ropas de David, les hizo creer que era él mismo que estaba enfermo y dormía. A este modo hay muchos que se visten de ciertas acciones exteriores propias de la santa devoción, y el mundo cree que efectivamente son devotos espirituales; pero, en realidad, no son más que estatuas y fantasmas de la devoción.

La devoción verdadera y viva, ¡oh Filotea!, presupone amor de Dios, ó, por mejor decir, es verdadero amor de Dios; pero no un amor cualquiera, pues cuando el amor divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, porque nos hace agradables á la divina Majestad: cuando nos da fuerzas para obrar bien se llama caridad; mas cuando llega á tal grado de perfección, que no solamente nos hace obrar el bien sino practicarlo con cuidado, con frecuencia y prontitud, entonces es cuando se llama devoción. Los avestruces nunca vuelan; las gallinas vuelan, pero con pesadez, muy bajo y raras veces; las águilas, las palomas y las golondrinas vuelan muchas veces con gran velocidad y muy alto. A este modo los pecadores jamás vuelan en Dios porque hacen todo su camino en la tierra y por la tierra; los buenos que todavía no han llegado á la devoción, vuelan alrededor de Dios con sus buenas obras, pero pocas veces con lentitud y pesadez; las almas devotas vuelan en Dios muy á menudo, con prontitud y elevación. En una palabra, la devoción es una agilidad y viveza es-

piritual, con que produce la caridad obras entre nosotros, ó nosotros las hacemos por ella con prontitud y complacencia; y así como es propio de la caridad hacernos practicar general y universalmente todos los mandamientos de Dios, así es propio de la devoción hacer que los practiquemos con prontitud y afición. Por esta razón, el que no guarda los Mandamientos de Dios no debe ser tenido por bueno ni por devoto, pues para ser bueno es preciso tener caridad; y para ser devoto, es necesario, además de tener caridad, ejercitarla con actividad y prontitud.

Y como la devoción estriba en un grado excelente de caridad, no sólo nos hace prontos, activos y diligentes para guardar los mandamientos de Dios, sino también para practicar pronta y gustosamente, cuantas más obras buenas podamos, aunque no sean de precepto, sino solamente de consejo ó inspiradas Porque así como un hombre que acaba de salir de una enfermedad, anda lo que necesita, pero con lentitud y pesadez; así también el pecador, curado de su iniquidad, camina lo que Dios le manda, pero con pesadez aún y lentitud, hasta tanto que llega á la devoción; que entonces, ya como hombre perfectamente sano, no sólo camina, sino corre y salta por el camino de los Mandamientos de Dios; y además de esto, pasa y corre por las sendas de los consejos é inspiraciones celestiales. Finalmente, la diferencia entre la caridad y la devoción es la diferencia que hay entre el fuego y la llama, pues siendo la caridad un fuego espiritual, cuando levanta llama, toma el nombre de devoción. Así que la devoción sólo añade al fuego de la caridad la llama que la hace pronta, activa y diligente, no sólo en la guarda de los preceptos de Dios, sino también en la práctica de los consejos é inspiraciones celestiales.

CAPITULO II

Propiedad y excelencia de la devoción.

Desanimaban á los israelitas para que no entrasen en la tierra de promisión los exploradores, diciéndoles que aquel país devoraba á sus habitantes, esto es, que el aire era tan maligno, que respirándole no se podía vivir mucho tiempo; y los habitantes eran gentes monstruosas, que se tragaban á los demás hombres como langostas. También el mundo, amada Filotea, procura de este modo desacreditar la santa devoción, pintando á los devotos con un rostro fastidioso, triste y melancólico, y publicando que la devoción produce humores hipocondríacos é insufribles. Pero así como Josué y Caleb aseguraban á los hijos de Israel que no sólo era buena y hermosa la tierra prometida, sino que su posesión les sería dulce y agradable; así también el Espíritu divino, por boca de los Santos, y Nuestro Señor, por la suya propia, nos aseguran que la vida devota es dulce, bienaventurada y amable.

Ve el mundo que los devotos ayunan, oran, sufren las injurias, sirven á los enfermos, socorren á los pobres, velan, reprimen la ira, sofocan y ahogan sus pasiones; se privan de los placeres sensuales, y ejecutan estas y otras acciones que en sí mismas y por su propia esencia y calidad son ásperas y rigurosas; pero no ve el mundo aquella devoción interior y cordial que hace todos estos actos agradables, dulces y fáciles. ¿Ves las abejas cómo chupan del tomillo un jugo amarguísimo, y chupándole, por una propiedad que tienen, le convierten en miel? Así, ¡oh mundano!, aunque las almas devotas encuentran ciertamente mucha amargura en los ejercicios de mortificación, practicándolos, la convierten en dulzura y suavidad. Miraban los mártires las hogueras, las hachas encendidas, las ruedas y las espadas como flores y olorosos perfumes, porque eran devotos. Pues

si la devoción es capaz de hacer dulces los más crueles tormentos y la muerte misma, ¿qué no hará con las acciones virtuosas? El azúcar dulcifica las frutas verdes, y corrige la crudeza y malignidad que tienen algunas aun después de maduras; y la devoción, que es como azúcar espiritual, quita amargura á las mortificaciones, y estorba que puedan hacer daño los consuelos; corrige las cuitas de los pobres y las solicitudes de los ricos; quita la desolación al oprimido y la arrogancia al favorecido; la tristeza al solitario y la disipación al que vive en sociedad; sirve de fuego en invierno y de rocío en verano; enseña á vivir, así en la abundancia como en la pobreza; hace igualmente útiles las honras que los menosprecios; recibe con un corazón casi siempre igual el placer y el dolor, y nos llena de una suavidad maravillosa.

Contempla en la escala de Jacob un verdadero retrato de la vida devota: los dos largueros en que están afirmados los escalones y entre los cuales se sube, representan la oración, que nos alcanza el amor de Dios, y los santos Sacramentos que nos le confieren: los escalones son los diferentes grados de caridad, por los cuales se va de virtud en virtud, ó bien bajando con la acción á socorrer y sufrir al prójimo, ó bien subiendo con la contemplación á la amorosa unión con Dios. Mirad ahora, por vida vuestra, á los que están en la escala, y veréis que son hombres de corazón angelical ó ángeles en cuerpo humano: no son jóvenes, pero lo parecen, porque están llenos de vigor y agilidad espiritual: tienen alas para volar, y se arrojan á Dios por medio de la santa oración; pero tienen también pies con que caminar entre los hombres, por medio de una santa y amigable conversación: su rostro es hermoso y alegre, como que todo lo reciben con dulzura y suavidad: llevan descubiertos los pies, los brazos y la cabeza, para denotar, que en sus pensamientos, afectos y acciones no llevan otro fin ni otro motivo que el de agradar á Dios: el resto del cuerpo está vestido, pero de una ropa hermosa y ligera, porque usan, á la verdad, del

mundo y sus cosas, pero de un modo puro y sincero; tomando, sin empeño ni apego, únicamente lo muy preciso, según su condición: tales son, pues, las almas devotas. Créeme, querida Filotea, la devoción es dulzura de las dulzuras, reina de las virtudes y perfección de la caridad misma. Si la caridad es como leche, la devoción es la nata; si es una planta, la devoción es la flor; si es piedra preciosa, la devoción es el brillo; si es bálsamo escogido, la devoción es el olor que exhala, tan suave, que conforta á los hombres y recrea á los ángeles.

CAPITULO III

Que la devoción conviene á toda suerte de estados y profesiones.

Dios, que en la creación del mundo mandó á las plantas que produjesen fruto cada una según su especie, manda también á los cristianos, plantas vivas de su Iglesia, que produzcan frutos de devoción, cada una según su cualidad y estado. De diferentes maneras deben practicar la devoción el caballero y el artesano; el criado, el príncipe; la viuda, la soltera y la casada; y se ha de acomodar también su ejercicio á las forzosas ocupaciones y obligaciones de cada uno. Dime, Filotea: ¿sería conveniente que un Obispo quisiese vivir en soledad como un cartujo? ¿O que un hombre casado nada quisiera adquirir, como hace un capuchino? ¿O que un artesano estuviese todo el día en la iglesia como un religioso? ¿O que el religioso tuviese continuamente abierta la puerta á toda especie de visitas por servir al prójimo, como hace un Obispo? ¿No sería ridícula, desagradable é intolerable una devoción de esta especie? Pues, sin embargo, es harto frecuente; y el mundo, que no sabe ó no quiere discernir entre la devoción y la indiscreción de los que se tienen por devotos, murmura y echa la culpa á la devoción,

que jamás puede ser causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea; la devoción, si es verdadera, nada vicia, antes bien, lo perfecciona todo; y si es contraria á la legítima vocación de alguno, será sin duda devoción falsa. De las abejas, dice Aristóteles, que sacan miel de las flores sin hacerles daño alguno, y dejándolas enteras y frescas como estaban; pero la verdadera devoción lo hace aún mejor, porque, no sólo no daña vocación ni ocupación alguna, sino, antes por el contrario, las perfecciona y hermosea. Si todas las especies de pedrería adquieren mayor brillo, cada una según su color, echándolas en miel, también cada uno se hace más perfecto en su estado, juntándole con la devoción. Con ella el cuidado de la familia es apacible, el amor del marido y de la mujer más sincero, el servicio del príncipe más fiel, y todas las ocupaciones más suaves y gustosas.

Es error, ó, por mejor decir, herejía, pretender desterrar la vida devota de las compañías de los soldados, de las tiendas de los artesanos, de los palacios de los príncipes y de las familias de los casados. Cierto es, Filotea, que en estos estados no se puede ejercitar una devoción puramente contemplativa, monástica y religiosa; pero también es cierto que, además de estas tres especies de devoción, hay otras muchas proporcionadas para perfeccionar á los que viven en los estados seglares. Testigos son de esta verdad en el Antiguo Testamento, Abraham, Isaac, Jacob, David, Job, Tobías, Sarah, Rebeca y Judit; y en el Nuevo, San José, Lidia y San Crispín, que fueron perfectamente devotos en sus tiendas; Santa Ana, Santa María, Santa Mónica, Aquila y Priscila, en sus familias; Cornelio, San Sebastián y San Mauricio, en los ejércitos; Constantino, Santa Elena, San Luis, el beato Amadeo y San Eduardo, en el trono. También ha sucedido que muchos han perdido la perfección en la soledad, sin embargo de que es tan á propósito para la vida perfecta, y la han conservado en medio de la multitud, que parece tan poco fa-

vorable para ella. Loth, que en la ciudad fué tan casto, se contaminó en la soledad, dice San Gregorio, y así, en cualquiera parte que estuviéremos, podemos y debemos aspirar á la vida perfecta.

CAPITULO IV

De cuán necesario es un director para entrar y hacer progresos en la devoción.

Cuando el joven Tobías oyó que le mandaban ir á Rages, replicó diciendo: Yo no sé el camino. —Ve, pues, le dice su padre, busca algún hombre que te guíe; y lo mismo te digo yo, Filotea. ¿Quieres tomar con seguridad el camino de la devoción? Pues busca alguna persona de virtud que te guíe y encamine. Esta es la advertencia de las advertencias; pues, como dice el piadoso Avila, por más que te fatigues, no hallarás medio más seguro de hacer la voluntad de Dios, que esta humilde obediencia, tan encomendada y practicada por las personas devotas de los pasados siglos. La bienaventurada madre Teresa, viendo que doña Catalina de Cardona hacía rigurosas penitencias, tuvo grandes deseos de imitarla en esto, contra el dictamen de su confesor, que se lo prohibía, y estuvo muy tentada á no obedecerle en esta parte; pero Dios le dijo: "Eso no, hija; buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace? En más tengo tu obediencia." Con efecto, amaba tanto esta virtud, que, además de la obediencia que por obligación tenía á sus superiores, hizo voto de obedecer á un varón de gran virtud y se obligó á seguir su dirección y guía, en lo cual encontró sumo consuelo, como antes y después de ella lo han experimentado muchas almas buenas, que, por sujetarse más perfectamente á Dios, han sometido su voluntad á la de sus siervos, de lo cual hace particular elogio Santa Catalina de Sena en sus Diálogos. Así, la devota princesa Santa Isabel se su-

jetó con suma obediencia al doctor Conrado; y San Luis aconsejó esto mismo á su hijo, diciéndole antes de morir: "Confiésate á menudo, eligiendo un confesor idóneo, prudente y que te pueda enseñar con seguridad á practicar las cosas que te sean necesarias.

"El amigo fiel„, dice la Escritura santa, "es una protección fuerte, y el que lo ha encontrado, ha encontrado un tesoro: el amigo fiel es un medicamento de vida y de inmortalidad; y los que temen á Dios, le encuentran.„ Estas palabras divinas miran, principalmente, como ves, á la inmortalidad, para la cual es necesario, sobre todo, tener este fiel amigo, que gobierne nuestras acciones con sus avisos y consejos, defendiéndonos por este medio de las emboscadas y engaños del maligno. Será este amigo para nosotros tesoro de sabiduría en las aflicciones, tristezas y caídas: medicamento que aliviará y consolará nuestros corazones en las enfermedades espirituales: nos librará de mal, y hará que nuestro bien sea más cumplido: y aun cuando padezcamos alguna enfermedad, estorbará que sea de muerte, levantándonos de ella.

Mas ¿quién podrá encontrar este amigo? El sabio responde, que los que temen á Dios, esto es, los humildes, que desean con ansia su adelantamiento espiritual. Pues si tanto te importa, Filotea, caminar con buena guía en este santo viaje de la devoción, pide á Dios con grandes instancias que te la dé según su corazón; y no desconfíes, que te dará conductor bueno y fiel, aunque sea necesario enviar un ángel del cielo, como hizo con el joven Tobías.

Y con efecto, siempre ha de ser para ti un ángel, quiero decir, que cuando le hayas encontrado, no le has de mirar solamente como á un hombre, ni has de poner tu confianza en él y en su sabiduría humana, sino en Dios, que te favorecerá y hablará por medio de este hombre, poniendo en su corazón y en su boca todo lo que sea conducente á tu felicidad: así que debes escucharle como un ángel bajado del cielo para llevarte allá. Trata con él con franqueza de co-

razón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente lo bueno y lo malo sin fingimiento ni disimulación alguna; que de este modo examinará lo bueno, y quedarás más asegurada en ello; corregirá y remediará lo malo; tendrás alivio y fortaleza en las aflicciones, y moderación y regla en los consuelos. Ten, pues, en él suma confianza, acompañada de santa reverencia, de modo que ni la reverencia disminuya la confianza, ni la confianza estorbe la reverencia: fíate de él con el respeto de una hija para con su padre; respétale con la confianza de un hijo para con su madre; en suma, esta amistad ha de ser fuerte y suave, enteramente santa, enteramente sagrada, enteramente divina, enteramente espiritual.

Para esto dice el maestro Avila, que se ha de escoger uno entre mil; y yo digo que entre diez mil; porque se encuentran muchos menos de los que se piensa capaces de ejercer este oficio. Es necesario que esté lleno de caridad, de ciencia y de prudencia, y hay peligro en que le falte cualquiera de estas partidas. Pero yo te vuelvo á repetir que se lo pidas á Dios, y cuando le hayas obtenido, bendigas á su divina Majestad; permanezcas firme, y no andes buscando otro, sino que camines con simplicidad, humildad y confianza, porque ciertamente tendrás feliz viaje.

CAPITULO V

Que se ha de empezar por la purificación del alma.

APARECIERON "las flores en nuestra tierra„, dice el sagrado Esposo, "y ya ha llegado el tiempo de la poda„; y pues las flores de nuestro corazón, Filotea, son los buenos deseos, luego que éstos aparecen, es necesario echar mano á la podadera, para cortar en nuestra conciencia todas las obras muertas é inútiles. Si alguna doncella extranjera se había de desposar con algún israelita, estaba obligada á

quitarse el vestido de cautiva, y á cortarse las uñas y los cabellos; así el alma que aspira á la honra de ser esposa del Hijo de Dios, se debe desnudar del hombre viejo y vestirse del nuevo, dejando el pecado, y después ha de cortar todos aquellos impedimentos que la desvían del amor de Dios, pues el principio de la salud es purgar los humores dañosos. En un instante fué purificado San Pablo con purificación perfecta; y del mismo modo lo fueron Santa Catalina de Génova, Santa Magdalena, Santa Pelagia y y algunos otros; pero esta especie de purificación es totalmente milagrosa, y tan extraordinaria en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza la resurreción de los muertos; por tanto, no debemos pretenderla. La purificación y curación ordinaria, así de los cuerpos como de las almas, se hace poco á poco, progresivamente, pasando de un adelantamiento á á otro, á fuerza de trabajo y de tiempo.

Los ángeles de la escala de Jacob tenían alas, pero no volaban, sino que subían y bajaban de escalón en escalón. Compárese el alma que sube del pecado á la devoción, al alba, la cual, al levantarse, no ahuyenta de una vez las tinieblas, sino que poco á poco las disipa; y como dice un aforismo, la curación que se hace despacio es la más segura; pues las enfermedades, tanto del alma como del cuerpo, vienen á caballo y corriendo, y se van á pie y paso á paso, por lo cual es necesario, Filotea, tener ánimo y paciencia en esta empresa. ¡Oh, cuán dignas de lástima son aquellas almas que, después de haber practicado algún tiempo la devoción, viéndose aún con muchas imperfecciones, se inquietan, turban y desaniman, dejándose casi llevar de la tentación de abandonarlo todo y volverse atrás! Pero, por el contrario, ¡en cuán gran peligro están las almas que, dejándose llevar de la tentación opuesta, creen, desde el primer día de su purificación, que ya están limpias de todas las imperfecciones, teniendo por consumada la obra casi antes de estar comenzada, y arrojándose á volar sin tener alas! ¡Ah, Filotea! ¡En cuánto riesgo

están de recaer estas almas, por haber salido demasiado pronto de las manos del médico! "Te levantas, dice el Profeta, antes de que aparezca la luz de la mañana; levántate después que te hayas sentado: así lo practicaba el mismo santo Rey, que después de haber sido lavado y limpiado, aún pedía á Dios que le lavase más y limpiase.

Ni puede ni debe acabarse este ejercicio de purificar el alma hasta que se acabe nuestra vida; con que así, no tenemos que turbarnos por nuestras imperfecciones; porque la perfección consiste en combatirlas, y sería imposible combatirlas sin verlas, ó vencerlas sin encontrarlas, de modo que nuestra victoria consiste, no en sentirlas, sino en no consentir en ellas.

Pero no es consentir el que nos incomoden: antes bien, para ejercicio de la humildad, conviene que alguna vez salgamos heridos en esta espiritual batalla; mas nunca quedamos vencidos sino cuando perdemos la vida ó el esfuerzo Y pues las imperfecciones y pecados veniales no son capaces de quitarnos la vida del alma, que sólo se pierde por el pecado mortal, lo que nos resta es estorbar que nos quiten el esfuerzo. Por eso decía David: "Libradme, Señor, de la cobardía y falta de ánimo; porque, á la verdad, es gran ventaja para nosotros en esta guerra el saber que no necesitamos más que pelear para salir siempre vencedores.

CAPITULO VI

De la primera purificación, que es la de los pecados mortales.

La primera purificación que se necesita es la del pecado, la cual se hace por el santo sacramento de la Penitencia. Busca el confesor más á propósito que puedas; sírvete de alguno de los libros que están escritos, con el fin de ayudar las conciencias para confesarte bien, como son: Granada, Bru-

no, Arlas, Auger: léele bien, y nota punto por punto en qué has caído, desde que tienes uso de razón hasta la hora presente; y si acaso desconfías de tu memoria, ve apuntando por escrito lo que notes. Después de haber preparado y juntado de esta manera los humores viciosos de tu conciencia, detéstalos y arrójalos por medio de la más fuerte contrición y dolor de que fuere capaz tu corazón, considerando estas cuatro cosas: que por el pecado has perdido la gracia de Dios, has sido despojada del derecho de la gloria, has aceptado las penas eternas del infierno, y has renunciado al amor eterno de tu Dios. Bien ves, Filotea, que voy hablando de una confesión general de toda la vida, la cual, á la verdad, confieso que no siempre es absolutamente necesaria; pero también juzgo que te será sumamente útil en el principio, y por esto te lo aconsejo con tanto encarecimiento. Sucede muy comúnmente que las confesiones ordinarias de los que viven una vida común y vulgar, están llenas de grandes defectos, porque muchas veces no se preparan, ó se preparan poco; otras no tienen la contrición necesaria, y muchísimas van á confesarse con tácita voluntad de volver al pecado, porque no quieren evitar la ocasión de él, ni poner los medios necesarios para la enmienda de la vida; y en todos estos casos es necesaria la confesión general para asegurar la conciencia. A más de esto, sirve la confesión general para darnos conocimiento de nosotros mismos; para excitar una confusión saludable de nuestra vida pasada; para llenarnos de admiración á vista de la misericordia de Dios, que con tanta paciencia nos ha esperado; para sosegar nuestros corazones, aliviar nuestros espíritus, excitar en nosotros buenos propósitos, y para que nuestro padre espiritual tenga un motivo de darnos advertencias correspondientes á nuestra condición; y sirve también para abrir nuestro pecho, á fin de que, llenos de confianza, nos declaremos bien en las confesiones siguientes.

Por todo lo cual, tratándose de una renovación

general del córazón, y de una conversión universal de nuestra alma á Dios, por medio de la vida devota, me parece que con justa razón te aconsejo, Filotea, que hagas confesión general.

CAPITULO VII

De la segunda purificación que es el del afecto al pecado.

TODOS los israelitas salieron de Egipto en el efecto, pero no todos con el afecto; y por esto, muchos de ellos echaban menos en el desierto las cebollas y carnes de Egipto. Del mismo modo hay muchos penitentes que en el efecto salen del pecado, pero no dejan, sin embargo, el afecto; quiero decir, que proponen no pecar más, pero con una cierta repugnancia de privarse y abstenerse de los miserables atractivos de la culpa. Es de verdad, que su corazón renuncia y se aparta del pecado; pero no por eso deja de volverse muchas veces hacia aquella parte, como hizo la mujer de Lot hacia Sodoma. Se abstienen del pecado, como los enfermos que se privan de comer melones, cuando el médico les amenaza con la muerte si los comen; pero les inquieta esta privación, hablan de ella, regatean el cumplirla, quieren olerlos á lo menos, y tienen por dichosos á los que pueden comerlos; así, estos flacos y perezosos penitentes se abstienen, por algún tiempo, del pecado, pero de mala gana, y quisieran poder pecar sin condenarse; hablan con afición y gusto del pecado, y miran como dichosos á los que le cometen. Un hombre, por ejemplo, resuelto á vengarse, mudará de voluntad en la confesión; pero poco después le veremos entre sus amigos, complaciéndose en hablar de su queja, diciendo, que si no hubiera sido por el temor de Dios, hubiera hecho esto y lo otro; y que la ley divina, particularmente en este artículo de perdonar, es ardua, que ojalá fuera lícito vengarse. ¿Quién no ve que ese pobre hombre, aunque esté

fuera del pecado, está, sin embargo, enredado en el afecto de él, y que estando efectivamente fuera de Egigto, aún no lo está con el deseo, pues lo tiene de los ajos y cebollas que allí solía comer? En el mismo caso se halla la mujer que, después de haber detestado sus ilícitos amores, se complace, sin embargo, de que la celebren y obsequien. ¡Ay, qué peligroso es el estado de todos esos cristianos!

Puesto, Filotea, que quieres emprender la vida devota, no sólo necesitas dejar el pecado, sino también purificar enteramente tu corazón de todos los afectos que dependen del pecado; porque además del peligro que con eso tendrías de volver á recaer, estos miserables afectos mantendrían perpetuamente enfermo tu espíritu, y le gravarían de tal modo, que no podría practicar las buenas obras con prontitud, diligencia y frecuencia, en lo cual consiste sin duda la verdadera esencia de la devoción. Pudieran, en mi juicio, compararse esas almas que, después de haber salido del pecado tienen aún semejantes afectos y languideces, á las doncellas que padecen opilación, las cuales, aunque no están enfermas, todas sus acciones son de enfermas, comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin alegría, y más podemos decir que van arrastrando que no caminando. Del mismo modo esas almas, practicando lo bueno con tanta flojedad espiritual, quitan toda la gracia á sus piadosos ejercicios, que son pocos y de poco valor.

CAPITULO VIII

Del modo para hacer esta segunda purificación.

EL primero y fundamental medio de esta segunda purificación es, un conocimiento del gran mal que acarrea el pecado, tan vivo y eficaz, que excite en nosotros contrición profunda y vehemente. Pues así como la contrición, si es verdadera, por pequeña que sea, nos purifica suficientemente del pecado, sobre todo cuando va unida con la virtud de

los Sacramentos; así también, cuando es grande y vehemente, nos purifica de todas las aficiones que dependen del pecado. Un aborrecimiento y rencilla pequeña y débil, nos hace mirar con repugnancia á la persona que aborrecemos, y huir de su trato; pero si es un rencor mortal y violento, no solamente huimos y aborrecemos al sujeto contra quien le tenemos, sino también miramos con disgusto, y no podemos sufrir la conversación de sus allegados, parientes y amigos, ni mirar su retrato, ni ver cosa que tenga relación con él. Á este modo, cuando el penitente aborrece el pecado con una ligera, aunque verdadera contrición, se resuelve de veras á no pecar más; pero cuando le aborrece con una contrición poderosa y fuerte, no solamente detesta el pecado, sino también todos los afectos, consecuencias y ocasiones de él. Es necesario, pues, Filotea, acrecentar, cuanto sea posible, nuestra contrición y arrepentimiento, para que se extinga hasta la más mínima cosa que pertenezca al pecado. Así Magdalena, al convertirse, perdió de tal modo el afecto á la culpa y á los placeres que había buscado, que jamás volvió á pensar en ellos; y David protestaba que aborrecía, no solamente el pecado, sino también todos sus caminos y sendas; y he ahí en lo que consiste la renovación del alma, que compara á la del águila el mismo Profeta.

Para llegar á este conocimiento y contrición es necesario que te ejercites cuidadosamente en las siguientes meditaciones, que si las haces bien desarraigarán de tu corazón (mediante la divina gracia) el pecado y sus principales afectos, que es el fin para que expresamente las he formado. Te servirás de ellas por su orden, según van señaladas, no tomando más que una para cada día; la cual meditarás, si es posible, por la mañana, por ser el tiempo más propio para todas las operaciones intelectuales, y la rumiarás todo el resto del día; y si acaso no estuvieres aún acostumbrada á meditar, mira lo que se dirá en la segunda parte.

CAPITULO IX

MEDITACION PRIMERA

De la Creación.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. Considera que no ha más de tantos años que tú no estabas en el mundo, y que tu ser era una verdadera nada. ¿Dónde estábamos, alma mía, en aquel tiempo? El mundo había durado ya tantos años, y aún no había noticia de nosotros.

2. Dios te ha sacado de la nada para darte el ser que tienes sin tener necesidad de ti, sino por sola su bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado, que es el primero del mundo visible, capaz de vivir eternamente y de unirse perfectamente á su divina Majestad.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Humíllate profundamente en la presencia de Dios, diciéndole de corazón con el Salmista:* Señor, yo soy delante de Vos como una verdadera nada. ¿Cómo os acordasteis de mí para criarme? ¡Ay alma mía!, estabas abismada en esta antigua nada, y lo estarías también ahora si Dios no te hubiese sacado de ella; y ¿qué harías tú en esa nada?

2. *Da gracias á Dios.* ¡Oh sumo y buen Criador mío!, ¡cuán grande es mi deuda para con Vos, que me fuisteis á buscar en mi nada, para hacerme por vuestra misericordia lo que soy! ¿Qué podré yo hacer jamás, que sea correspondiente, para bendecir

vuestro santo nombre, y daros gracias de vuestra bondad inmensa?

3. *Confúndete.* Mas ¡ay de mí! Criador mío, en vez de unirme con Vos, amándoos y sirviéndoos, me he rebelado con mis desarreglados afectos, separándome y alejándome de Vos para abrazar el pecado, sin tener más cuenta con dar honra á vuestra bondad que si no fuerais mi Criador.

4. *Póstrate en el divino acatamiento.* Conoce, alma mía, que el Señor es tu Dios: El es quien te ha hecho, que tú no has podido hacerte á ti misma. ¡Oh Dios mío!, yo soy obra de vuestras manos.

Ya de aquí en adelante no me he de complacer más en mí misma, pues de mi propio caudal soy nada. ¿De qué te glorías, polvo y ceniza?, ó por mejor decir: nada, ¿de qué te exaltas? Para humillarme quiero hacer *tal* y *tal* cosa, sufrir *tales* y *tales* menosprecios: quiero mudar de vida y seguir desde hoy á mi Criador, honrándome con la condición del ser que me ha dado, empleándole todo enteramente en cumplir su voluntad por los medios que me sean enseñados, los cuales aprenderé de mi padre espiritual.

CONCLUSIÓN

1. *Da gracias á Dios.* Bendice, alma mía, á tu Dios, y todas mis entrañas alaben su santo Nombre, porque su bondad me ha sacado de la nada y su misericordia me ha criado.

2. *Ofrece.* ¡Oh Dios mío!, yo os ofrezco con todo mi corazón el ser que me habéis dado; yo os lo consagro y dedico.

3. *Ruega.* Confirmadme, Dios mío, en estos afectos y resoluciones. Y Vos, Virgen santísima, encomendadlas á la misericordia de vuestro Hijo, con todos aquellos por quienes estoy obligada á orar. *Pater noster, Ave María.*

Al salir de la oración, paseándote un poco, formarás un ramilletito de devoción de las consideraciones que hayas tenido, para estar oliendo todo el día.

CAPITULO X

MEDITACION SEGUNDA

Del fin para que hemos sido criados.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. No te ha puesto Dios en este mundo porque tenga necesidad alguna de ti, pues eres para su Majestad totalmente inútil. Te ha criado sólo para ejercitar en ti su bondad, dándote su gracia y su gloria. A este fin te ha dado el entendimiento, para que le conozcas; la memoria, para que te acuerdes de El; la voluntad, para que le ames; la imaginación, para que tengas presentes sus beneficios; los ojos, para que veas las maravillas de sus obras; la lengua, para que le alabes, y así de todas las demás facultades.

2. Puesto que has sido criada y colocada en el mundo con este fin, debes echar de ti y evitar todas las acciones contrarias á Él: y las que á El no conducen, menospreciarlas como vanas y superfluas.

3. Considera la infelicidad de los mundanos, que no piensan jamás en esto, antes viven como si creyeran haber sido criados para edificar casas, plantar árboles, juntar riquezas y emplearse en niñerías.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Confúndete, echando en cara á tu alma su miseria, que ha sido tan grande hasta ahora, que poco ó nada ha pensado en todo esto.* ¡Ay de mí!, dirás, ¿en qué pensaba yo, Dios mío, cuando no pen-

saba en Vos?, ¿de qué me acordaba, cuando me olvidaba de Vos?, ¿qué amaba, cuando no os amaba á Vos? ¡Ay de mí, debía apacentarme con la verdad, y me hartaba de vanidad y servia al mundo, que fué criado para servirme!

2. *Detesta la vida pasada.* Pensamientos vanos, discursos inútiles, os desecho; memorias abominables y frívolas, os detesto; amistades infieles y desleales, servicios perdidos y miserables, gratificaciones ingratas, complacencias enfadosas, os renuncio.

3. *Conviértete á Dios.* Y Vos, Dios y Salvador mío, Vos seréis, desde hoy, el único objeto de mis pensamientos; jamás emplearé mi entendimiento en cosa alguna que pueda desagradaros; la grandeza de vuestra benignidad, que tan dulcemente habéis ejercitado conmigo, ocupará mi memoria todos los días de mi vida; Vos seréis las delicias de mi corazón y la suavidad de mis afectos. De aquí adelante, miraré con horror *tales* y *tales* fruslerías y diversiones, en que me ocupaba; *tales* y *tales* ejercicios vanos, en que empleaba los días; *tales* y *tales* aficiones, que prendaban mi corazón, y para esto usaré de *tales* y *tales* remedios.

CONCLUSIÓN

1. *Da gracias á Dios que te ha criado para un fin tan excelente.* Me habéis criado para Vos, Señor, á fin de que goce eternamente de la inmensidad de vuestra gloria. ¿Cuándo seré digna de ella y cuándo os bendeciré como debo?

2. *Ofrece.* Yo os ofrezco, amado Criador mío, todos estos afectos y resoluciones con toda mi alma y con todo mi corazón.

3. *Ruega.* Os suplico, Dios mío, que aceptéis mis deseos y mis votos, y echéis vuestra santa bendición á mi alma para que pueda cumplirlos por los méritos de la preciosa sangre de vuestro Hijo derramada en la Cruz.

Haz el ramillete de devoción.

CAPITULO XI

MEDITACION TERCERA

De los beneficios de Dios.

PREPARACIÓN

1. Pónte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. Considera los dones corporales que Dios te ha dado. ¡Qué cuerpo!, ¡qué comodidades para mantenerle!, ¡qué salud!, ¡cuántos consuelos lícitos!, ¡qué amigos!, ¡qué asistencias! Pero considérale en contraposición de tantos, que siendo mucho mejores que tú, carecen de estos beneficios; unos son imperfectos de cuerpo, faltos de salud ó de algún miembro; otros se hallan expuestos á toda suerte de oprobios, desprecios y deshonras; otros consumidos de pobreza: y Dios no ha querido que padezcas tú tantas miserias.

2. Considera los dones del espíritu. ¡Cuántos fatuos, furiosos é insensatos hay en el mundo! Pues ¿por que no eres tú uno de ellos? porque Dios te ha hecho ese favor. ¿Cuántos se han criado rústicamente y en una total ignorancia? Y la Providencia divina ha dispuesto, que te hayan criado á ti civil y honradamente.

3. Considera, Filotea, las gracias espirituales. Eres hija de la Iglesia, y Dios te ha enseñado á conocerle desde tu tierna infancia. ¿Cuántas veces te ha dado sus Sacramentos? ¿cuántas sus inspiraciones, luces interiores y reprensiones para tu enmienda? ¿cuántas te ha perdonado tus faltas? ¿cuántas te ha librado de las ocasiones de perderte, á que te hallabas expuesta? Y ¿qué eran los años pasados, sino lu-

gar y comodidad que te daba para adelantar en el bien de tu alma? Examina por menor cuán dulce y propicio ha sido Dios contigo.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Admira la bondad de Dios.* ¡Oh, cuán bueno es Dios para conmigo! ¡Oh, cuán bueno es! Vuestro corazón, Señor, es rico en misericordia y generoso en benignidad. Cantemos eternamente, alma mía, las misericordias que nos ha hecho.

2. *Pásmate de tu ingratitud.* Mas ¿quién soy yo, Señor, para que os hayáis acordado de mí? ¡Oh, cuán grande es mi indignidad! ¡Ay de mí! he pisado vuestros beneficios, he deshonrado vuestras gracias, usando de ellas con descuido y menosprecio de vuestra soberana bondad: he contrapuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de vuestras gracias y favores.

3. *Excítate á reconocimiento.* ¡Ea, pues, corazón mío!, no quieras de hoy más ser infiel, ingrato y desleal á tan grande bienhechor. ¿Cómo era posible que mi alma no quedase desde hoy sujeta á Dios, que ha obrado tantas maravillas y gracias en mí y por mí?

4. Aparta, pues, Filotea, tu cuerpo de *tales* y *tales* placeres; sujétale al servicio de Dios, que tanto ha hecho por él; aplica tu alma á conocer más y más á su Dios, por medio de *tales* y *tales* ejercicios, que para esto se requieren; emplea cuidadosamente los medios que tienes en la Iglesia para salvarte y para amar á Dios. Así será: frecuentaré la oración y los santos Sacramentos; oiré la palabra de Dios, y pondré en práctica las inspiraciones y consejos.

CONCLUSIÓN

1. Da gracias á Dios por el conocimiento que ahora te ha dado, de lo que le debes, y de todos los beneficios hasta aquí recibidos

2. Ofrécele tu corazón con todas las resoluciones que has hecho.

3. Pídele que te dé fuerzas para practicarlas fielmente, por los méritos de la muerte de su Hijo: implora la intercesión de la Virgen y de los Santos. *Pater Noster, Ave María.*

Haz el ramillete espiritual.

CAPÍTULO XII

MEDITACION CUARTA

De los pecados.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. Piensa cuánto tiempo ha que empezaste á pecar, y mira desde aquel primer instante cuánto se han multiplicado los pecados en tu corazón; cómo los has acrecentado todos los días contra el prójimo, por obra, por palabra, y por deseo y pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y cuántas veces te has dejado llevar de ellas, y por estos dos puntos conocerás que tus culpas son más que los cabellos de la cabeza y las arenas del mar.

3. Considera aparte el pecado de ingratitud á Dios, que es un pecado general que se extiende por todos los demás y los hace infinitamente más enormes. Mira, pues, cuántos beneficios te ha hecho Dios, y cómo de todos ellos has abusado contra el Dador; pero, singularmente, piensa cuántas inspiraciones has despreciado y cuántos buenos movimientos has inutilizado, y sobre todo, cuál ha sido el fruto de los Sacramentos, que tantas veces has recibido. ¿Dónde están aquellos preciosos joyeles con que te había adornado tu Esposo? Todo ha quedado cubierto con tus iniquidades. ¿Con qué preparación has llegado á recibirlo? Repara bien esta ingratitud, que habiendo

Dios corrido tras ti para salvarte, tú has huido siempre de El para perderte.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Confúndete de tu miseria.* ¿Cómo me atrevo, Dios mío, á comparecer en vuestra presencia? ¡Ay de mí, que soy una postema del mundo y una piscina de ingratitud y de iniquidad! ¿Es posible que á tanto ha de haber llegado mi deslealtad, que ni un sentido del cuerpo, que ni una potencia del alma haya quedado sin pervertirla, violarla y contaminarla, y que no haya dejado pasar un día siquiera de mi vida en que no haya producido tan abominables efectos? ¿Es esta la debida paga de los beneficios de mi Criador y de la sangre de mi Redentor?

2. *Pide perdón y arrójate á los pies del Señor, como el Hijo pródigo, como la Magdalena, ó como una mujer que ha manchado el lecho conyugal con toda suerte de adulterios.* Señor, habed misericordia de esta pecadora. ¡Ay de mí! ¡Fuente viva de Clemencia!, habed piedad de esta miserable.

3. *Propón mejorar tu vida.* No más ya, con vuestra gracia, Señor, no más ya, no más abandonarme al pecado. ¡Ay de mi! Harto lo he amado hasta ahora; ya le detesto, y os abrazo á Vos, Padre de misericordia, pues en Vos quiero vivir y morir.

4. Para borrar los pecados pasados me acusaré de ellos con valor, y no dejaré ni uno que no confiese.

5. Haré todo cuanto pueda para desarraigarlos enteramente de mi corazón, en particular *estos* y *aquellos* que más me molestan.

6. Para hacerlo así, abrazaré constantemente los medios que me aconsejen, no pareciéndome jamás, que ya hecho bastante para remediar tan grandes faltas.

CONCLUSIÓN

1. Da gracias á Dios, que te ha esperado hasta ahora y te ha dado estos buenos afectos.

2. Ofrécele tu corazón para ponerlos en práctica.

3. Pídele que te de fuerzas, etc.

CAPÍTULO XIII

MEDITACION QUINTA

De la muerte.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Pídele su gracia.
3. Imagina que estás enferma, á los últimos, con la agonía de la muerte, sin esperanza alguna de vida.

CONSIDERACIONES

1. Considera cuán incierto es el día de tu muerte. Algún día saldrás de este cuerpo, alma mía; pero ¿cuándo? ¿será en invierno ó en verano? ¿en la ciudad ó en la aldea? ¿de día, ó de noche? ¿será de repente, ó dando tiempo? ¿de enfermedad, ó de accidente? ¿tendrás tiempo para confesarte, ó no? ¿te asistirá tu confesor y padre espiritual? ¡Ay! que nada de esto sabemos; sólo es cierto que hemos de morir, y que será más pronto de lo que pensamos.

2. Considera que entonces, por lo que á ti toca, se acabará el mundo, pues para ti ya no le habrá más: se trastornará de arriba abajo delante de tus ojos, porque entonces los placeres, las vanidades, las alegrías mundanas y las aficiones vanas nos parecerán fantasmas y nublados. ¡Ah desventurada! ¡por qué bagatelas y quimeras he ofendido á mi Dios! Verás entonces que has dejado á Dios por una nada. Mas, por el contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces apetecibles y dulces. ¿Por qué no he seguido yo este camino tan hermoso y agradable? Entonces los pecados que parecían pequeñísimos parecerán tan grandes como los montes, y tu devoción parecerá pequeña.

3. Considera las tristes y dolorosas expresiones con que se despedirá tu alma de este mundo engaña-

dor. Despediráse de las riquezas, de las vanidades y vanas compañías; de los placeres, de los pasatiempos, de los amigos y vecinos; de los padres, de los hijos, del marido, de la mujer, en una palabra, de todas las criaturas; y finalmente, de su mismo cuerpo, que dejará pálido, demudado, deshecho, horroroso y pestilente.

4. Considera la prisa que se darán para echar de allí tu cuerpo y sepultarle en la tierra, y que, hecho esto, el mundo no volverá á pensar en ti ni se acordará de ti, así como tú no has pensado en los otros. Dios le tenga en descanso, dirán, y á esto se reducirá todo. ¡Oh muerte! ¡qué poco se piensa en ti, y qué rigurosa eres!

5. Considera que al salir el alma del cuerpo toma su camino á la derecha ó á la izquierda. ¡Ay! ¿á dónde irá la tuya? ¿qué camino seguirá? El mismo que haya empezado en este mundo.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Ruega á Dios y arrójate en sus brazos.* Señor, recibidme bajo vuestro amparo en aquel día espantoso. Haced que sea para mí feliz y favorable aquella hora, y mas que sean tristes y de aflicción todas las demás de mi vida.

2. *Desprecia al mundo.* Ya que no sé la hora en que te tengo de dejar, ¡oh mundo!, no quiero tenerte apego. Amigos queridos, amados deudos, tened á bien que os estime sólo con una amistad santa que pueda durar eternamente. ¿Para qué he de hacer con vosotros enlaces que por fuerza he de abandonar y romper?

3. Quiero prepararme para esta hora, y tomar las medidas necesarias para dar este paso felizmente; quiero asegurar con todas las diligencias posibles el estado de mi conciencia, y quiero remediar *tales* y *tales* defectos.

CONCLUSIÓN

Da gracias á Dios de las resoluciones que te ha

dado; ofrécelas á Su Majestad; suplícale otra vez que te dé una buena muerte, por los méritos de la muerte de su Hijo; implora la asistencia de la Virgen y de los Santos. *Pater noster, Ave María.*

Forma un hacecito de mirra.

CAPÍTULO XIV

MEDITACION SEXTA

Del juicio.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Suplícale que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. Pasado el tiempo que Dios tiene señalado para la duración de este mundo, y depués de muchas señales y presagios horribles que harán á los hombres secarse de espanto y de terror, el fuego, que vendrá como un diluvio, abrasará y reducirá á cenizas toda la faz de la tierra, sin perdonar cosa alguna de cuantas miramos en ella.

2. Después de este diluvio de llamas y de rayos, resucitarán todos los hombres de la tierra (á excepción de los que hayan resucitado ya), y á la voz del Arcángel comparecerán todos en el valle de Josafat, pero ¡con cuánta diferencia! Unos estarán allí con sus cuerpos gloriosos y resplandecientes, y otros con cuerpos feos y espantosos.

3. Considera la majestad con que aparecerá el soberano Juez, rodeado de todos los ángeles y Santos, llevando delante de sí su Cruz más resplandeciente que el sol, como estandarte de gracia para los bueno y de rigor para los malos.

4. En fuerza del decreto de este soberano Juez, que se ejecutará al instante, serán separados los

buenos de los malos, poniendo los unos á su derecha y los otros á su izquierda, separación eterna, después de la cual jamás podrán volverse á juntar estas dos alas.

5. Hecha esta separación, se abrirán los libros de las conciencias, y se verá claramente la malicia de los malos y el desprecio que hicieron de Dios, y, por otra parte, la penitencia de los buenos y los efectos de la divina gracia que recibieron. Nada quedará oculto. ¡Oh Dios! ¡qué confusión para los unos y qué consuelo para los otros!

6. Considera la sentencia final de los malos: *Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el demonio y sus compañeros.* Pondera bien estas palabras de tanto peso. Id, les dice: palabra que denota el abandono perpetuo de Dios con que arroja para siempre de su vista á estos infelices. Los llama malditos: ¡oh alma mía, qué maldición! Maldición general que comprende á todos los malos, maldición irrevocable que se extiende á todos los tiempos y á la eternidad. ¡Al fuego eterno! añade: mira, corazón mío, esta grande eternidad. ¡Oh eterna eternidad de penas, cuán digna eres de ser temida!

7. Considera, por el contrario, la sentencia de los buenos. "Venid, dice el Juez (esta es la palabra agradable y de salud con que Dios nos trae á sí y nos recibe en el seno de su bondad), benditos de mi Padre (¡oh amable bendición que comprende todas las bendiciones!); poseed el reino que os está preparado desde la constitución del mundo." ¡Oh Dios! ¡qué gracia tan grande! porque jamás ha de tener fin este reino.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. Tiembla, alma mía, con esta memoria. ¡Oh Dios, ¿quién podrá darme seguridad en aquel día en que las columnas del cielo temblarán de espanto?

2. Detesta tus pecados, pues sólo ellos pueden perderte en este día horroroso. Yo quiero juzgarme á mí misma ahora, para no ser juzgada; quiero exa-

minar mi conciencia, condenarme, acusarme y corregirme yo, para que el Juez no me condene en aquel día terrible. Me confesaré y aceptaré los oportunos consejos que me dieren, etc.

CONCLUSIÓN

1. Da gracias á Dios, que te ha concedido medios de alcanzar seguridad para aquel día y te ha dado tiempo de penitencia

2. Ofrécele tu corazón para hacerla.

3. Suplícale que te conceda la gracia de hacerla bien. *Pater noster, Ave María.*

Haz un ramillete.

CAPITULO XV

MEDITACION SEPTIMA

Del Infierno.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.

2. Humíllate y pídele su asistencia.

3. Figúrate una ciudad tenebrosa, ardiendo en llamas de azufre y pez pestilencial, y llena de ciudadanos que nunca pueden salir de ella.

CONSIDERACIONES

1. Los condenados están en el abismo infernal como dentro de una ciudad malaventurada, en la cual sufren indecibles tormentos en todos los sentidos y miembros; porque como emplearon en el pecado todos sus miembros y sentidos, sufrirán todos ellos las penas correspondientes al pecado. Los ojos, por sus silenciosas é ilícitas miradas, sufrirán la ho-

rrible visión de los demonios y del infierno; los oídos, por haberse deleitado con discursos malos, jamás oirán otra cosa más que llantos, lamentos y desesperaciones; y así de los restantes.

2. Además de todos esos tormentos, hay otro todavía mayor, que es la privación y pérdida de la gloria de Dios, de la cual los condenados están excluidos para siempre. Si Absalón juzgó que el estar privado de ver el amado rostro de su padre David, era más penoso que su destierro, ¿cuál será, Dios mío, la pena de estar para siempre privado de ver vuestro dulce y suave rostro?

3. Sobre todo, considera la eternidad de las penas, pues ella sola basta para hacer el infierno insoportable. Si la picadura de una pulga en una oreja, ó el ardor de una ligera calentura es suficiente para que juzguemos larguísimo é insufrible el corto espacio de una noche, ¿qué espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos? De esta eternidad nace la desesperación eterna y las rabias y blasfemias infinitas.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. Atemoriza tu alma con las palabras de Isaías: ¡Oh alma mía! *¿podrás vivir eternamente con estos ardores perdurables y en medio de este fuego devorador? ¿Quieres abandonar para siempre á tu Dios?*

2. Confiesa que has merecido el infierno, y muchas veces. Yo, desde hoy, tomaré el camino contrario; ¿por qué me he de sepultar en este abismo?

3. Haré *tales* y *tales* esfuerzos para evitar el pecado, que es quien solamente puede darme la muerte eterna.

Da gracias, ofrece y suplica.

CAPITULO XVI

MEDITACION OCTAVA

De la gloria.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Invócale.

CONSIDERACIONES

1. Considera qué gusto da en una noche muy serena y hermosa ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas; imagina unida esta belleza con la de un hermoso día, de manera que la luz del sol no estorbe la vista clara de las estrellas y de la luna; y después asegura sin reparo que toda esta hermosura junta es nada en comparación del cielo empíreo. ¡Oh qué lugar tan apetecible y amable! ¡Oh qué ciudad tan preciosa!

2. Considera la nobleza, hermosura y muchedumbre de los ciudadanos y habitadores de este lugar dichoso: aquellos millones de millones de ángeles, querubines y serafines; aquel ejército de apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y matronas santas que no tienen número. ¡Qué dichosa compañía! El menor de éstos excede á todo el mundo en belleza; pues ¿qué será verlos todos juntos? ¡Qué felicidad la suya, Dios mío, de estar cantando sin intermisión el dulce cántico del amor eterno! Gozan siempre de una constante alegría; se comunican unos á otros indecibles contentos y viven gozando de una feliz é indisoluble sociedad.

Considera, finalmente, el bien que logran todos en gozar de Dios, que con su amabilísimo aspecto eternamente los regala y derrama en sus corazones un

abismo de delicias. ¡Qué dicha estar siempre unidos á su primer principio! Son los bienaventurados en el cielo como unos felices pajarillos, que revolotean y cantan sin cesar en el aire puro de la divinad que por todas partes les rodea con increíbles placeres. Allí cada uno, á cuál mejor, pero sin envidia, canta las alabanzas del Criador, diciendo: Bendito seáis para siempre, dulce Criador y Salvador, que tan bueno sois para nosotros y tan liberalmente nos comunicáis vuestra gloria. Dios, recíprocamente, bendice con una bendición perpetua á todos sus santos: benditas seáis vosotras para siempre, dice, amadas criaturas mías, que me habéis servido y que me alabaréis eternamente con tanto amor y afecto.

AFECTOS Y RESOLUCIONES

1. *Admira y alaba esta patria celestial.* ¡Oh, cuán hermosa eres, amada Jerusalén mía, y qué bienaventurados tus habitadores!

2. *Echa en cara á tu corazón tu poco ánimo, que le ha hecho hasta ahora apartarse tanto del camino de esta gloriosa morada.* ¿Por qué causa me he alejado tanto de mi felicidad suma? ¡Ah, necio! Mil veces he dejado estas eternas é infinitas delicias por placeres insulsos y livianos. Pues ¿dónde estaba mi entendimiento cuando por tan vanos y despreciables deseos menospreciaba unos bienes tan dignos de ser apetecidos?

3. *Aspira, sin embargo de eso, animosamente á esta mansión de delicias.* Pues os habéis dignado, soberano y piadoso Señor, enderezar mis pasos por vuestros caminos, ya nunca me he de volver atrás. Vamos, alma mía, vamos á aquel descanso infinito; caminemos hacia aquella tierra de bendición que nos está prometida. ¿Qué hacemos en este Egipto? Me desembarazaré, pues, de *tales* y *tales* cosas, que me extravían ó retardan en este camino; practicaré *tales y tales,* que pueden conducirme allá.

Da gracias, ofrece y suplica.

CAPITULO XVII

MEDITACION NONA

A manera de elección del paraíso.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate delante de El, pidiéndole que te inspire.

CONSIDERACIONES

1. Imagina que estás en un campo raso sola con tu Angel de guarda, como estaba el joven Tobías cuando iba á Rages, y que el Angel te muestra en lo alto el cielo abierto, con todos los placeres representados en la meditación de la gloria que ya has considerado. Después, á la parte de abajo, te manifiesta el infierno abierto, con todos los tormentos descritos en la meditación del infierno. Situada de este modo con la imaginación, y arrodillada delante del Angel de guarda.
2. Considera que es certísimo que estás en medio del cielo y del infierno, y que uno y otro están abiertos para recibirte, conforme la elección que tú hicieres.
3. Considera que la elección de uno ú otro, que se hace en este mundo, ha de durar en el otro eternamente.
4. Asimismo has de considerar que, aunque uno y otro están abiertos para recibirte, según tú eligieres, y Dios está pronto á darte, ó ya el uno por justicia, ó ya el otro por misericordia, sin embargo, desea con imponderable deseo que escojas el cielo; y á este fin, tu santo Angel te insta cuanto puede, ofreciéndote de parte de Dios gran copia de gracia y de auxilios para ayudarte á subir á él.

5 Desde lo alto del cielo te mira Jesucristo lleno de benignidad, y te convida dulcemente diciendo: Ven, alma muy amada, á descansar eternamente entre los brazos de mi bondad, que te tiene preparadas inmortales delicias en la abundancia de su amor. Mira con los ojos del espíritu á la Santísima Virgen, que te convida como madre y te dice: Animo, hija mía, no desprecies los deseos de mi Hijo, ni tantos suspiros como doy por ti, aspirando juntamente con El á tu salvación eterna. Mira á los Santos que te exhortan, y á aquella multitud de almas santas que con gran dulzura te convidan, deseando ver algún día tu corazón unido con los suyos para alabar á Dios eternamente, y te aseguran que el camino del cielo no es tan difícil como lo pinta el mundo. Ten valor, dicen, carísima amiga; porque si consideras bien el camino de la devoción por donde hemos subido, verás que hemos llegado á estas delicias por otras delicias incomparablemente más suaves que las del mundo.

ELECCIÓN

1. ¡Oh infierno! Desde ahora te detesto para siempre; detesto tus tormentos y tus penas; detesto tu infeliz y malaventurada eternidad; y, sobre todo, abomino las eternas blasfemias y maldiciones que eternamente vomitas contra mi Dios, y volviendo mi corazón y mi alma hacia ti, Paraíso hermoso, Gloria eterna, felicidad perdurable, elijo para siempre, é irrevocablemente, para mi domicilio y morada, tus hermosas y sagradas mansiones, y tus santos y deseables tabernáculos. Bendigo, Dios mío, vuestra misericordia y acepto el ofrecimiento que os habéis dignado hacerme. Jesús, Salvador mío, acepto vuestro amor eterno y admito el lugar y habitación que para mí habéis ganado en esta dichosa Jerusalén, y lo principal porque lo quiero, es por amaros y bendeciros eternamente.

2. Acepta los favores que la Santísima Virgen y

los Santos te ofrecen, y dales palabra de seguirlos. Extiende la mano á tu santo Angel para que te lleve allá, y alienta á tu alma para que hagas esta elección.

CAPITULO XVIII

MEDITACION DECIMA

A manera de elección que hace el alma de la vida devota.

PREPARACIÓN

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate ante su rostro, y pídele su auxilio.

CONSIDERACIONES

1. Imagínate otra vez en un campo raso sola con tu Angel de guarda, y que á la izquierda ves al demonio sentado sobre un grande y elevado trono, acompañado de una gran tropa de mundanos, que con la cabeza descubierta le reconocen todos por su señor y le rinden homenaje, unos por un pecado y otros por otro; mira el aspecto de todos los infelices cortesanos de ese abominable rey; repasa cómo los unos están furiosos con el odio, la envidia y la cólera; aquéllos se dan la muerte unos á otros; éstos andan demudados, pensativos y ansiosos por juntar riquezas; otros entregados á la vanidad, sin gozar placer alguno que no sea inútil y vano; otros envilecidos, encenegados y corrompidos en sus brutales apetitos; mira cómo están todos sin descanso, sin orden y sin compostura; advierte cómo se desprecian unos á otros, y su cariño no es más que falsas apariencias; en fin, verás una calamitosa república, tan tiranizada por aquel rey maldito, que te causará compasión.

2. Mira á la mano derecha á Jesucristo crucifica-

do, orando con entrañable amor por estos miserables esclavos de Satanás, para que salgan de su tiranía y llamándoles á sí; y alrededor de Jesucristo verás muchas almas devotas, acompañadas de sus ángeles. Contempla la hermosura de este reino de devoción. ¡Qué gusto da ver una tropa de vírgenes, hombres y mujeres, más blancos que la azucena; otra de viudas adornadas de sagrada mortificación y humildad; y un numeroso coro de gentes casadas, que viven dulcemente unidas con el respeto mutuo, el cual no puede subsistir sin grande caridad! Mira cómo estas almas devotas saben hermanar el cuidado de la casa exterior con el de la interior, el amor del marido con el del celestial Esposo; repáralos á todos, y los verás con aspecto santo, dulce y amoroso, escuchando á Nuestro Señor, y deseando colocarle en medio de sus corazones. Regocíjanse, pero con alegría suave, caritativa y bien ordenada; amándose unos á otros, pero con amor santo y purísimo; en este pueblo devoto, los que padecen aflicciones no se dejan llevar del sentimiento, ni pierden la serenidad; en una palabra, mira cómo la vista del Salvador consuela á todos, y todos suspiran por El.

3. Tú has dejado ya á Satanás con su triste y malaventurado séquito, por medio de los buenos deseos que has concebido; pero, sin embargo, no has llegado todavía al rey Jesús, ni te has unido á su feliz y santa compañía de devotos; y así has estado siempre entre el uno y el otro.

4. La Virgen Santísima, San José, San Luis, Santa Mónica y otros muchos que están en el escuadrón de los que vivieron en medio del mundo, te convidan y animan.

5. El Rey crucificado te llama por tu nombre propio, y te dice: Ven, querida mía, ven, para que yo te corone.

ELECCIÓN

1. ¡Oh mundo! ¡Oh ejército abominable! No me has de ver jamás siguiendo tus banderas; ya para siem-

pre he dejado tus locuras y vanidades. Rey orgulloso de miserias, espíritu infernal, para siempre te renuncio á ti y á tus pompas vanas; para siempre te detesto á ti y á todas tus obras.

2. Y volviéndome á Vos, dulcísimo Jesús mío, Rey de felicidad y de gloria eterna, yo os abrazo con todas las fuerzas de mi alma, yo os adoro con todo mi corazón, yo os escojo desde ahora para siempre por mi Rey, y con inviolable fidelidad os hago irrevocable homenaje, sometiéndome á guardar vuestras santas leyes y preceptos.

3. Virgen santísima, amada Señora mía, yo os elijo por mi caudillo, y siento plaza en vuestras banderas, ofreciéndoos particular respeto y especial reverencia.

4. Angel santo de mi guarda, preséntame en esa sagrada Congregación, y no me abandones hasta que llegue al término con tan dichosa compañía, con la cual digo y diré siempre en testimonio de mi elección: ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!

CAPITULO XIX

Cómo se ha de hacer la confesión general.

ESTAS son, amada Filotea, las meditaciones que se requieren para nuestro intento. Después que te hayas ejercitado en ellas, has de ir con resolución y con espíritu de humildad á hacer una confesión general, y te encargo que no te turbes con aprensión alguna. Venenoso es el escorpión cuando pica; pero el aceite que de él se saca es eficaz medicamento contra su misma picadura: así, el pecado es vergonzoso cuando lo cometemos; pero convertido en confesión y penitencia, es honroso y saludable, porque la confesión y contrición tienen tal hermosura y fragancia, que borran la fealdad y disipan el hedor del pecado. Cuando Simón leproso decía que Magdalena era pecadora, Nuestro Señor de-

cía que no, y sólo hablaba de los perfumes que vertía y de la grandeza de su caridad. Filotea, si somos de veras humildes, nos desagradará infinito nuestro pecado, porque es ofensa á Dios; pero la confesión de este mismo pecado nos será dulce y agradable, porque da honra á su divina Majestad; y ciertamente sirve de consuelo decir con claridad al médico el mal que atormenta.

Cuando llegues á la presencia de tu padre espiritual, imagina que estás en el monte Calvario á los pies de Jesucristo crucificado, cuya sangre preciosa destila por todas partes para lavarte de tus iniquidades; porque ya que no sea ella misma el mérito de esta sangre derramada, baña con abundancia á los penitentes en el confesonario. Abre, pues, del todo tu corazón, para que por medio de la confesión salgan los pecados, pues á medida que ellos salieren, entrarán los preciosos méritos de la sagrada Pasión, para llenarle de bendiciones.

Dirás con sencillez y claridad todo aquello de que te acuse la conciencia para dejarla de una vez descargada y satisfecha, confesándote con franqueza y sin rodeos; y hecho esto, escucha las advertencias y mandatos del ministro de Dios, diciendo en tu corazón: "Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.„ Sí, Filotea, Dios es á quien escuchas; pues este Señor dice á sus vicarios: "El que á vosotros oye, á mí me oye.„ Después has de hacer, como por conclusión de tu arrepentimiento, la protestación siguiente, que conviene hayas meditado y considerado de antemano leyéndola con la mayor atención y afecto que pudieres.

CAPITULO XX

Protestación auténtica con que se graba en el alma la resolución de servir á Dios, y se concluyen los actos de penitencia.

Yo, la intrascrita, puesta y constituida en la presencia de Dios eterno, y de toda la corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia y su divina bondad para conmigo, indigna y despreciable criatura, á quien ha criado de la nada, conservado, mantenido, librado de tantos peligros y colmado de tantos beneficios; pero, sobre todo, habiendo considerado la incomprensible dulzura y clemencia con que este Dios de bondad, estando yo viviendo entre iniquidades, me ha sufrido benignamente, me ha llamado y animado á la enmienda tantas veces con indecible amor; y con tanta paciencia me ha esperado á penitencia y arrepentimiento hasta este año, que es el... de mi edad, por más que con ingratitudes, dilaciones é infidelidades le haya ofendido tan descaradamente, dilatando la conversión, y despreciando sus gracias: después de haber considerado también, que el día que recibí el santo Bautismo fuí consagrada y dedicada dichosa y santamente á mi Dios para ser hija suya; y que contra esta profesión, que se hizo entonces en mi nombre, he profanado y violado infeliz y detestablemente mi alma tantas veces, aplicándola y empleándola contra la divina Majestad: volviendo ya en mí, postrada de corazón y de espíritu ante el trono de la divina Justicia, me reconozco, protesto y confieso legítimamente acusada y convencida del crimen de lesa Majestad divina, y rea de la muerte y pasión de Jesucristo, en fuerza de los pecados que he cometido, por los cuales murió el Señor y sufrió el tormento de la cruz: así que, por tanto, soy merecedora de ser para siempre perdida y condenada.

Pero, volviéndome al trono de la infinita misericordia de este mismo Dios eterno, después de haber detestado de todo corazón y con todas mis fuerzas las iniquidades de mi vida pasada, pido é imploro humildemente gracia, perdón y merced con absolución entera de mi delito, en virtud de la muerte y pasión de este mismo Señor y redentor de mi alma: apoyada en la cual, como en el único fundamento de mi esperanza, confieso otra vez y renuevo la sagrada profesión de fidelidad hecha por mí á Dios en el Bautismo, renunciando al demonio, al mundo y á la carne; detestando sus depravadas sugestiones, vanidades y concupiscencias por todo el tiempo de mi vida presente y por toda la eternidad; y volviéndome á mi benignísimo y piadosísimo Dios, deseo, propongo, determino y resuelvo irrevocablemente servirle y amarle eternamente, dándole, dedicándole y consagrándole á este fin mi entendimiento con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todos sus afectos, mi cuerpo con todos sus sentidos; protestando para siempre no abusar más de parte alguna de mi ser contra su divina voluntad y Majestad soberana, á la cual en espíritu me ofrezco en sacrificio y víctima para ser siempre su leal, obediente y fiel criatura, sin querer jamás retractarme ó arrepentirme. Pero si acaso ¡ay de mí! por sugestión del enemigo, ó por alguna flaqueza humana, acaeciese contravenir en algo á esta mi resolución y consagración, protesto y propongo desde ahora, con la gracia del Espíritu Santo, levantarme al instante que lo conozca, convirtiéndome otra vez á la misericordia divina sin tardanza ni dilación alguna.

Esta es mi voluntad, mi intención y mi resolución inviolable é irrevocable, la cual confieso y confirmo sin reserva ni excepción en la misma presencia sagrada de mi Dios, á la vista de la Iglesia triunfante, á la faz de la Iglesia militante, mi madre, que oye esta mi declaración en persona del que como ministro suyo me escucha en este acto. ¡Plégueos, Dios mío, eterno, omnipotente y bueno, Padre, Hijo y Es-

píritu Santo, confirmar en mí esta resolución, y aceptar este mi sacrificio cordial é interior en olor de suavidad! Y pues habéis querido darme la inspiración y voluntad de hacerlo, dadme también la fuerza y gracia necesaria para perfeccionarlo. ¡Oh Dios mío! Vos sois mi Dios, Dios de mi corazón, Dios de mi alma, Dios de mi espíritu: por tal os reconozco ahora y por todos los siglos de los siglos. ¡Viva Jesús!

CAPITULO XXI

Conclusión de esta purificación primera.

HECHA esta protesta, atiende y abre los oídos de tu corazón para oir en espíritu la sentencia de tu absolución, que el mismo Salvador de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará allá en lo alto de los cielos, en presencia de todos los ángeles y Santos, al mismo tiempo que en su nombre te absuelve el sacerdote acá en la tierra. Y entonces, regocijándose de tu dicha los celestiales ejércitos de bienaventurados, entonarán un cántico espiritual de incomparable alegría, y todos darán el ósculo de paz y de sociedad á tu corazón, restituido á la gracia y santificado.

Ve aquí, Filotea, un admirable contrato, en el cual haces con Dios ventajoso ajuste; pues dándote tú á Dios, le ganas, y te ganas á ti misma para la vida eterna. Ya sólo resta que, tomando la pluma, firmes de todo corazón el acta de protestación que has hecho, y que después te acerques al altar, en donde Dios, también por su parte, firmará y sellará tu absolución, y la promesa que te hará de la gloria, poniéndose El mismo, por medio de la sagrada Eucaristía, como un divino sello sobre tu corazón renovado. Con esto, Filotea, creo que tu alma quedará purificada del pecado y de todo afecto á él; pero como por nuestra fragilidad y concupiscencia renacen fácilmente estas aficiones en el alma, que mien-

tras vivimos en la tierra, puede estar mortificada, mas no muerta, voy á darte algunos avisos, que si los practicares bien, te preservarán en adelante del pecado mortal y de toda afición á él, para que nunca pueda volver á tener lugar en tu corazón. Mas como estos mismos avisos sirven también para otra purificación más perfecta, quiero, antes de dártelos, decir alguna cosa de la pureza más cumplida á que deseo conducirte.

CAPITULO XXII

Que es necesario purificarse de los afectos que se tienen á los pecados veniales.

A medida que va aclarando el día, vamos descubriendo en el espejo las manchas del rostro, y también á medida que ilumina nuestras conciencias la luz interior del Espíritu Santo, vemos más clara y distintamente los pecados, inclinaciones é imperfecciones que nos pueden impedir el llegar á la verdadera devoción: y la misma luz con que descubrimos estos defectos é imperfecciones, nos enciende en deseos de limpiarnos y purificarnos de ellas.

Descubrirás, pues, amada Filotea, que además de los pecados mortales y de las aficiones á éstos, tienes aún en tu alma muchas inclinaciones y aficiones á los pecados veniales. Advierte que no digo que descubrirás pecados veniales, sino aficiones é inclinaciones á ellos, cosas muy diversas unas de otras, porque no podemos jamás estar del todo limpios de pecados veniales, ó á lo menos permanecer largo tiempo con esta pureza; pero podemos muy bien no tenerles afición alguna. A la verdad, hay mucha diferencia de mentir una ó dos veces en tono de fiesta y en materia de poca importancia, á tener gusto en mentir y ser aficionada á esta especie de pecado.

Así, pues, digo que es necesario purificar el alma de todas las aficiones que tiene á los pecados venia-

les; esto es, no mantenerse voluntariamente en ánimo de continuar y permanecer en alguna especie de pecado venial, porque sería, ciertamente, una falta muy grande querer á sabiendas conservar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable á Dios, como es la voluntad de querer desagradarle. Por pequeño que sea el pecado venial, desagrada á Dios, aunque no tanto que por él quiera el Señor condenarnos á perdernos: pues si desagrada á Dios el pecado venial, la voluntad y afecto á él es manifiesta resolución de querer desagradar á su divina Majestad. Y ¿será posible que un alma noble quiera, no solamente desagradar á su Dios, sino tener afición á desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, se openen directamente á la devoción, del mismo modo que el afecto al pecado mortal se opone á la caridad: debilitan las fuerzas de espíritu; estorban las consolaciones divinas; abren la puerta á las tentaciones; y aunque no dan muerte al alma, la dejan sumamente enferma. "Las moscas que mueren", dice el Sabio, "pierden y corrompen la la suavidad del ungüento"; quiere decir, que cuando las moscas no se paran en el ungüento, sino que de paso le comen, no echan á perder más que aquello que cogen, y lo demás queda en su perfección; pero cuando mueren en él, le hacen despreciable y de ningún valor. Del mismo modo los pecados veniales; si no se detienen largo tiempo en una alma devota no causan gran daño; pero si permanecen en ella por el afecto que les tiene, le hacen perder sin duda la suavidad del ungüento, esto es, la devoción santa.

Las arañas no matan á las abejas, pero echan á perder y corrompen la miel; y como ocupan con sus telas los panales, no dejan hacer su oficio á las abejas; bien entendido que es cuando hacen allí mansión las arañas. Así el pecado venial, aunque no da muerte á nuestra alma, sin embargo, daña á la devoción; y empacha tanto las potencias con malas costumbres é inclinaciones, que ya no puede el alma ejercitar la caridad con prontitud, en lo cual consiste la devoción;

pero esto se entiende si el pecado venial permanece de asiento en la conciencia por el afecto que le tenemos. No es mucho, Filotea, decir alguna mentira leve, faltar un poco á la circunspección en palabras, en acciones, en miradas, en vestidos, en adornos, en juegos, en bailes, con tal que, al instante que entran estas arañas espirituales en nuestra conciencia, las rechacemos y ahuyentemos, como hacen las abejas con las arañas. Pero si las dejamos que se paren en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos aficionamos á mantenerlas y multiplicarlas, bien pronto veremos echada á perder nuestra miel, y apestada y deshecha la colmena de nuestra conciencia. Vuelvo á repetir, que no cabe en la imaginación que un alma generosa se complazca en desagradar á su Dios, y se aficione á serle desagradable, y quiera querer lo que sabe que le disgusta.

CAPITULO XXIII

Que es necesario purificarse de la afición á cosas inútiles y peligrosas.

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias, en su esencia, no son cosas malas, sino indiferentes, puesto que pueden ejecutarse bien ó mal; pero, sin embargo, todas estas cosas son siempre peligrosas, y el aficionarse é ellas es todavía más peligroso. Digo, pues, Filotea, que aunque sea lícito jugar, bailar, componerse, ver comedias honestas y asistir á banquetes, con todo, el tener afición á esto, es cosa contraria á la devoción y sumamente nociva y peligrosa. No está el mal en ejecutar estas cosas, sino en aficionarse á ellas. A la verdad, es lástima sembrar en la tierra de nuestro corazón aficiones necias y vanas, que ocupan el lugar que habían de tener las impresiones buenas y estorban que el jugo de nuestra alma se emplee en nutrir las buenas inclinaciones.

Por eso los antiguos Nazarenos se abstenían, no sólo de todo lo que puede embriagar, sino también de las uvas y del agraz; no porque el agraz y las uvas embriaguen, sino porque comiendo el agraz, se exponían á desear comer uvas, y comiendo uvas, á desear beber mosto y vino: del mismo modo, no digo que no se puede usar de las cosas peligrosas; pero sí digo que no se puede jamás tener afición á ellas, sin que lo padezca la devoción. Los ciervos, cuando conocen que han engordado mucho, se esconden y retiran á los bosques, porque no están expeditos para correr en caso de que los persigan: tampoco puede el corazón del hombre, cuando está cargado de aficiones inútiles, superfluas y peligrosas, correr con prontitud, expedición y facilidad en seguimiento de su Dios, que es el verdadero término de la devoción. Los niños se aficionan y empeñan en coger mariposas, y nadie lo lleva á mal porque son niños; pero ¿no es cosa ridícula, ó por mejor decir lamentable, ver á unos hombres hechos, aficionarse y acalorarse en seguimiento de bagatelas tan indignas como son las cosas que he nombrado, las cuales, además de su inutilidad, nos ponen á peligro de desarreglarnos y desordenarnos en su seguimiento? Por esto, amada Filotea, te digo que es necesario purificarse de estas aficiones; y que aunque los actos no sean siempre contrarios á la devoción, las aficiones le son siempre perniciosas.

CAPITULO XXIV

Que es necesario purificarse de las inclinaciones malas.

TENEMOS, además de lo dicho, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, como no provienen de pecados nuestros personales, tampoco son propiamente pecados, ni mortales ni veniales; pero se llaman imperfecciones, y sus actos, defectos y faltas. Pongo por ejemplo, Santa Paula, según

refiere San Jerónimo, era muy propensa á la tristeza y melancolía, tanto, que en la muerte de sus hijos y de su marido estuvo á peligro de perder la vida de dolor: esto era imperfección, pero no pecado, puesto que era contra su gusto y voluntad. Algunos son naturalmente ligeros, otros tienen espíritu de contradicción, otros se desazonan fácilmente, otros son propensos á la ira, otros inclinados al amor; en suma, poquísimas personas se hallarán en quienes no se puedan notar semejantes imperfecciones, las cuales, aunque sean como propias y naturales, con todo, á fuerza de cuidado y por medio de aficiones contrarias, se pueden corregir y moderar, y aun librarnos y purificarnos enteramente de ellas: y más te digo, Filotea, que no sólo se puede, sino que se debe corregirlas. Si se ha encontrado el modo de hacer dulces los almendros amargos, taladrando el pie para que salga el jugo, ¿no podremos nosotros también dar salida á nuestras inclinaciones perversas para mejorarnos? No hay carácter alguno, por bueno que sea, que no pueda hacerse malo con los hábitos viciosos; pues tampoco hay natural tan áspero que no pueda domarse y vencerse, lo primero con la gracia de Dios, y después con la industria y diligencia. Ahora, pues, te daré avisos, y te propondré ejercicios que te servirán para purgar el alma de aficiones peligrosas, de imperfecciones y de cualquier afecto á pecados veniales, y para poner tu conciencia más á cubierto del mortal. Dios te dé gracia para practicarlos bien.





SEGUNDA PARTE

que contiene diferentes avisos acerca de la elevación del alma á Dios por medio de la oración y los Santos Sacramentos.

CAPÍTULO PRIMERO

De la necesidad de la oración.

1. No hay cosa que purifique más de ignorancias al entendimiento y á la voluntad de afectos depravados que la oración, la cual inflama á ésta con el fuego del amor divino y llena á aquél de la divina claridad y luz: es agua de bendición, cuyo riego hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestras almas de sus imperfecciones, y apaga la sed de las pasiones que tiene el corazón.

2. Pero, sobre todo, te aconsejo la oración mental y cordial, y, particularmente, acerca de la Vida y Pasión de nuestro Salvador. Si frecuentemente le miras en la meditación, llenará tu alma, aprenderás su modestia, y reformarás tus acciones por el modelo de las suyas. El es la luz del mundo, y en El, por El y para El debemos ser ser ilustrados é iluminados: es el árbol de deseo á cuya sombra debemos tomar aliento: es la fuente viva de Jacob, para lavarnos de todas nuestras manchas: finalmente, así como los niños á fuerza de oir á sus madres, y tartamudear con ellas, aprenden á hablar su lengua; así nosotros, manteniéndonos cerca del Salvador con la meditación, y observando sus palabras, acciones y afectos,

aprenderemos, con la ayuda de su gracia, á hablar obrar y querer como El. Aquí es donde debemos detenernos, Filotea, y créeme, que no podemos ir á Dios Padre sino por esta puerta: porque así como no podría detenerse nuestra vista en la luna de un espejo, si no estuviese azogada por detrás, así en este mundo inferior no podríamos contemplar bien la divinidad si no se hubiera unido á la sagrada humanidad del Salvador, cuya vida y muerte son el objeto más proporcionado, suave, deleitable y provechoso que podemos escoger para la meditación ordinaria. No en vano se llamó el mismo Señor: "Pan bajado del cielo„; pues así como el pan se come con todos los demás manjares, así en todas las oraciones y acciones hemos de meditar, considerar y buscar al Salvador. Muchos autores han ordenado y distribuido la vida y muerte de Jesucristo en varios puntos para el uso de la meditación: los que yo te encomiendo son: San Buenaventura, Bellintano, Bruno, Fr. Andrés Capilla, Fr. Luis de Granada y el P. Luis de la Puente.

3. Emplea en esto cada día una hora antes de comer, y si es posible, al principio de la mañana, porque entonces, con el descanso de la noche, tendrás más despejada y fresca la cabeza; pero no estés más de una hora, si no te lo dice expresamente tu padre espiritual.

4. Si puedes hacer este ejercicio en la iglesia, y tienes allí bastante quietud para ello, te será más fácil y acomodado, porque es regular que ninguno, ni padre ni madre, ni mujer, ni marido, ni otro alguno te pueda estorbar que estés una hora en la iglesia; pero en tu casa, si es que vives sujeta á otra persona, quizá no te será posible lograr una hora tan desocupada.

5. Empieza tu oración, sea mental ó vocal, poniéndote en la presencia de Dios, y observa esta regla, sin excepción alguna, que presto conocerás cuánto aprovecha.

6. Si me quieres creer, di el *Padre nuestro, Ave María* y *Credo* en latín, pero aprende el significado

de todas sus palabras en tu lengua, para que al decirlas en el idioma común de la Iglesia, puedas, sin embargo, saborearte con el sentido admirable y delicioso de estas oraciones, que se han de rezar pensando atentamente lo que quieren decir, y excitando los afectos que corresponden; y no tienes que apresurarte para rezar mucho, sino procurar decir de corazón lo que dices, pues un solo *Padre nuestro* rezado con atención, vale más que muchos rezados veloz y apresuradamente.

7. El Rosario es un modo utilísimo de orar, con tal que le sepas rezar como conviene, y para esto sírvete de algún libro que traiga el modo de rezarle. Bueno es también decir las Letanías de nuestro Señor, de nuestra Señora y de los Santos, y todas las demás oraciones vocales que hay en los manuales y horas aprobadas; pero con la condición, sin embargo, de que si tienes el don de oración mental, le des siempre el primer lugar; de modo, que si después de ésta, ó ya sea por sus muchos quehaceres, ó por cualquier otra razón, no puedes rezar vocalmente, no por eso has de estar con zozobra, sino contentarte con sólo decir antes ó después de la meditación, la Oración dominical, la Salutación angélica y el Símbolo de los Apóstoles.

8. Si cuando estás orando vocalmente, sientes tu corazón atraído y llevado á la oración interior ó mental, no lo rehuses, antes bien deja al espíritu caminar dulcemente hacia esta parte; y no te dé pena el no haber rezado todas las oraciones vocales que pensabas, porque mucho más agrada á Dios y aprovecha al alma la mental que tienes en su lugar. Esto no se entiende del Oficio eclesiástico, si estás obligada á rezarle; pues, en tal caso, es forzoso cumplir con la obligación.

9. Si por tus muchas ocupaciones, ó por cualquiera otro motivo, acaeciere pasarse la mañana sin este santo ejercicio de la oración mental (bien que has de procurar cuanto puedas evitarlo), cuidarás de resarcir esta omisión por la tarde, en la hora más dis-

tante de la comida que fuere posible; porque si tienes la oración acabada de comer, antes que se haga bien la digestión, estarás soñolienta y padecerá tu salud; pero si en todo el día no puedes tenerla, es necesario reparar esta pérdida multiplicando las oraciones jaculatorias, leyendo algún libro devoto y haciendo alguna penitencia que estorbe la continuación de este defecto; además de lo cual has de hacer firme propósito de volver á tu santa costumbre el día siguiente.

CAPITULO II

Método breve para tener meditación, y primeramente de la presencia de Dios, que es el primer punto de la preparación.

QUIZÁ no sabrás, Filotea, cómo se tiene oración mental, pues, por desgracia, es cosa que en nuestros tiempos saben pocos. Por tanto, voy á proponerte un método sencillo y breve de tenerla, en tanto que te instruyes más á fondo leyendo alguno de los muchos libros buenos que de esto tratan, y, sobre todo, con la práctica. Te señalo, en primer lugar, la *preparación,* que consiste en dos puntos: el primero ponerse en la presencia de Dios, y el segundo implorar su asistencia. Para ponerte en la presencia de Dios te propongo cuatro medios principales, de los cuales podrás servirte al principio.

El primero consiste en una viva y atenta aprehensión de la universal presencia de Dios, esto es, de que Dios está en todo y por todas partes, de modo que no hay lugar ni cosa en el mundo donde no esté con verdadera presencia; pues así como los pajarillos, á cualquiera parte que vuelen, siempre encuentran aire; así, á cualquiera parte que vamos, ó en cualquiera parte que estemos, encontramos á Dios presente. Todos saben esta verdad, pero no todos la aprenden con viveza. Los ciegos, aunque cuando el

príncipe se halle presente, no le ven; sin embargo, si se lo dicen, están con respeto; pero como no lo ven, fácilmente se olvidan que está allí; y con este olvido suelen perder el respeto y reverencia. Nosotros, Filotea, no vemos á Dios; y aunque la fe nos advierte que está presente, como no le ven nuestros ojos, nos olvidamos muy á menudo y obramos como si estuviera muy lejos de nosotros; porque, aunque sabemos que está presente en todas partes, como no pensamos en ello, es lo mismo que si lo ignorásemos. Por esto, antes de la oración, es menester excitar nuestra alma á que piense y considere atentamente la presencia de Dios. Esto entendió David, cuando dijo: "Si subo al cielo, Dios mío, allí estás; si bajo á los infiernos, allí te hallo." Digamos, pues, las palabras de Jacob, quien después de haber visto la escala, exclamó: "¡Qué terrible es este lugar! Verdaderamente está Dios aquí, y yo no lo sabía"; quiere decir que no pensaba en ello, pues no podía ignorar que Dios está en todas partes. Contrayendo esto á nuestro asunto de la oración, has de decir de todo corazón á tu corazón mismo: Corazón mío; corazón mío, verdaderamente está Dios aquí.

El segundo modo de ponerse en esta sagrada presencia es pensar que no solamente está Dios en el lugar donde te hallas, sino también de un modo muy particular en tu corazón y en lo interior de tu espíritu, al cual vivifica y anima con su divina presencia, siendo como corazón de tu corazón y espíritu de tu espíritu; porque al modo que el alma, animando todo el cuerpo, se halla presente en todos sus miembros, y, sin embargo, reside con una residencia especial en el corazón; del mismo modo Dios, estando muy presente en todas las cosas, asiste, sin embargo, de un modo especial en nuestro espíritu. Por esto llamaba David al Señor: "Dios de su corazón"; y San Pablo decía: que "en Dios vivimos, nos movemos y somos". Con la consideración de esta verdad podrás excitar en tu corazón gran reverencia á Dios que está en él con tan íntima presencia.

El tercer modo es considerar á nuestro Salvador que, en cuanto hombre, mira desde el cielo á todas las personas del mundo, particularmente á los cristianos, que son sus hijos, y más especialmente á los que oran, todas cuyas acciones y movimientos está notando. Y esto no es una mera imaginación, sino verdad certísima; pues aunque nosotros no lo veamos, El nos está mirando desde el alto del cielo, como le vió San Esteban al tiempo de su martirio; por lo cual podemos decir con la Esposa: "Vedle allí, que está detrás de la pared mirando por las ventanas y acechando por las celosías."

El cuarto modo consiste en servirse solamente de la imaginación, representándonos al Salvador en su sagrada humanidad como si estuviera junto á nosotros, como solemos representarnos á nuestros amigos, cuando decimos: me parece que veo á fulano, que hace esto ó lo otro; me parece que le estoy mirando, ó cosa semejante. Pero si está presente en el Santísimo Sacramento del altar, entonces esta presencia será real y no puramente imaginaria, porque las especies y apariencias de pan son como un velo, detrás del cual nuestro Señor, realmente presente, nos ve y nos mira, aunque nosotros no le podemos ver en su propia forma. Usarás, pues, de uno de estos cuatro modos para poner tu alma en la presencia de Dios antes de la oración; y no quieras ponerlos en práctica todos á un tiempo, sino solamente uno cada vez, y esto breve y sencillamente.

CAPITULO III

De la invocación, que es el segundo punto de la preparación.

La *invocación* se hace de este modo: persuadida tu alma de que está en presencia de Dios, se postra con suma reverencia, reconociéndose indignísima de estar ante la soberana Majestad; pero, sin embargo, sabiendo que su infinita bondad así lo

quiere, le pide la gracia de servirle y adorarle dignamente en aquella meditación; y si quieres, puedes usar algunas expresiones breves y fervorosas, como son estas de David: "No me arrojéis, Dios mío, de vuestro rostro y no me quitéis la gracia de vuestro santo espíritu.„ "Mostrad la claridad de vuestro rostro sobre vuestra sierva y consideraré vuestras maravillas. Dadme entendimiento, y consideraré vuestra ley y la guardaré con todo mi corazón. Vuestra sierva soy, dadme entendimiento.„ U otras palabras semejantes á estas. También te servirá invocar á tu Angel custodio y á aquellas santas personas que intervienen en el misterio que meditas, como, por ejemplo, en el de la muerte de nuestro Salvador, á Nuestra Señora, á San Juan, á la Magdalena y al buen Ladrón, á fin de que te sean comunicados los mismos afectos y movimientos interiores que á ellos entonces fueron dados; y en la meditación de la muerte podrás invocar á tu Angel custodio, que se hallará presente á ella, para que te inspire consideraciones oportunas. Lo mismo te digo de los demás misterios.

CAPITULO IV

De la proposición del misterio que es el tercer punto de la preparación.

DESPUÉS de estos dos puntos generales de la meditación hay otro tercero, que nos es común á toda especie de meditaciones, y es el que llaman algunos: *composición de lugar,* y otros, *lección interior.* Esto no es más que proponer á la imaginación el cuerpo del misterio que se va meditar, como si realmente y de hecho pasase en nuestra presencia. Por ejemplo, si quieres meditar en Jesucristo crucificado, imagínate que estás en el monte Calvario y que ves lo que allí pasó y se dijo en el día de la Pasión: ó si quieres (que al fin todo viene á ser una misma cosa), puedes imaginar que en el mismo lugar

en donde estás se hace la crucifixión de Nuestro Señor del modo que la refieren los Evangelistas. Lo propio digo cuando medites en la muerte, como ya lo advertí en la meditación de este paso. Digo lo mismo también de la del infierno y de todas las de semejantes puntos en que se trata de cosas visibles y sensibles; porque en cuanto á los otros misterios de la grandeza de Dios, de la excelencia de las virtudes, del fin para que somos criados, que son cosas invisibles, no es del caso querer servirse de esta especie de imaginación. Verdad es que bien se puede emplear alguna comparación ó semejanza para ayudar á la consideración; pero es algo difícil de practicar, y yo no quiero tratar contigo más que cosas muy sencillas, de modo que tu espíritu no trabaje mucho en hacer invenciones. Con esta imaginación se encierra el entendimiento en el misterio que se ha de meditar, para que no ande vagando de aquí para allí, al modo que se encierra un pajarillo en una jaula; ó bien como se ata el halcón con las pigüelas para que esté quieto sobre el puño. Algunos te dirán que es mejor usar de la presencia de fe y de una simple aprehensión puramente mental y espiritual para representar los misterios, ó bien considerar que pasan en tu mismo espíritu; pero esto es demasiado sutil para los principios; y hasta que Dios quiera levantarte á más altura, te aconsejo, Filotea, que te mantengas en el humilde valle que te enseño.

CAPITULO V

De las consideraciones, que son la segunda parte de la meditación.

SÍGUESE el acto de la imaginación, que se ha dicho es otro del entendimiento, al cual llamamos *meditación*, y consiste en hacer una ó muchas consideraciones que muevan nuestros afectos hacia Dios y las cosas divinas; en lo que se diferencia la

meditación del estudio y de los demás pensamientos y consideraciones que no se dirigen á alcanzar la virtud y el amor de Dios, sino á otros fines é intenciones, como son: adquirir la sabiduría, ó disponerse para escribir y disputar. Encerrado, pues, el entendimiento, como te he dicho, en los términos del punto que quieras meditar, ó ya sea por medio de la imaginación, si es objeto sensible, ya, si es invisible, por la simple proposición, empezarás á hacer consideranes sobre él, de las cuales ya tienes ejemplos prácticos en las meditaciones que más arriba pusimos. Si encuentra tu espíritu gusto, luz y fruto en alguna de estas consideraciones, detente en ella sin pasar más adelante; haciendo lo que las abejas, que no dejan una flor mientras encuentran en ella miel que recoger; y si en alguna consideración no encuentras lo que apeteces después de haberlo buscado y procurado algún rato, pasa á otra, pero con suavidad y sencillez, sin afán ni zozobra.

CAPITULO VI

De los afectos y resoluciones: tercera parte de la meditación.

PRODUCE la meditación en la voluntad ó parte afectiva del alma, movimientos buenos, como son: amor de Dios y del prójimo, deseo de la gloria celestial, celo de la salud de las almas, imitación de la vida de nuestro Señor; compasión, admiración y gozo; temor de caer en desgracia de Dios; ó del Juicio ó del infierno; horror al pecado, confianza en la bondad y misericordia divina, y confusión en nuestra mala vida pasada: y en estos afectos debe explayarse y extenderse el alma cuanto pueda. Mas si para esto deseas algún auxilio, lee el prólogo del primer tomo de las Meditaciones de D. Andrés Capilla, en donde enseña el modo de explayar los afectos, y aún con más extensión lo encontrarás en el tratado de la oración mental del P. Arias.

Pero, con todo, no te detengas tanto, Filotea, en los afectos generales, que no pases á convertirlos en resoluciones especiales y particulares para su corrección y enmienda. Por ejemplo, la primera palabra que nuestro Señor dijo en la cruz, despertará, sin duda, en tu alma un afecto santo de imitación, es á saber: deseo de perdonar y amar á tus enemigos; digo, pues, que esto es muy poco, si no añades una resolución especial en esta forma: de aquí adelante, ya no me he de picar de *tales* palabras duras, que fulano ó fulana, mi vecino ó vecina, mi criado ó mi criada, dicen de mí; ni de *tal* ó *tal* desprecio que aquél y aquélla me hacen; antes, por el contrario, diré y haré *tal* ó *tal* cosa para atraerlos y apaciguarlos: así de lo demás. - De este modo corregirás tus faltas en muy poco tiempo; y si te hubieras quedado solamente en afectos, apenas podrías conseguirlos á fuerza de mucho tiempo y fatiga.

CAPITULO VII

De la conclusión y ramillete espiritual.

FINALMENTE, se concluirá la meditación con tres actos, que se han de hacer lo más humildemente que se pueda. El primero es la *acción de gracias*, dándoselas á Dios de los afectos y resoluciones que nos ha dado, y de su bondad y misericordia, que hemos conocido en el misterio de la meditación. El segundo es el *ofrecimiento*, por el cual ofrecemos á Dios su misma bondad y misericordia, la muerte, la sangre y las virtudes de su Hijo, y juntamente nuestros afectos y resoluciones. El tercero es la *súplica*, por la cual pedimos y suplicamos á Dios que nos comunique las gracias y méritos de su Hijo, y que bendiga nuestros afectos y resoluciones para que podamos practicarlos con fidelidad. Rogamos también después por la Iglesia, por nuestros pastores, parientes, amigos y otros, valiéndonos

para esto de la intercesión de nuestra Señora, de los ángeles y de los Santos. Por último, ya te dije que se ha de rezar el *Padre nuestro* y *Ave María*, porque son las oraciones generales y necesarias á todos los fieles.

Añade á esto que es necesario formar un pequeño ramillete de devoción, en lo cual he querido decir, que así como los que se han paseado por un jardín hermoso, antes de salir de él cogen cuatro ó cinco flores para olerlas y tenerlas todo el día, así también, después de haber discurrido nuestro espíritu con la meditación por algún misterio, debemos escoger uno, dos ó tres puntos de aquellos en que hemos encontrado más gusto, para tenerlos presentes el resto del día y olerlos espiritualmente. Es de advertir que todo esto se hace en el mismo lugar, manteniéndonos allí ó paseándonos solos algún rato.

CAPITULO VIII

Algunos avisos muy útiles sobre la meditación.

SOBRE todo es necesario, Filotea, que después de salir de la meditación, conserves las resoluciones y deliberaciones que hayas tomado, para practicar cuidadosamente aquel día. Este es su principal fruto, y sin él, de ordinario, no sólo es inútil, sino aun dañosa; porque las virtudes meditadas y no practicadas suelen hinchar el espíritu y el ánimo, pareciéndonos que somos tales cuales habemos resuelto y deliberado ser; lo cual sería verdad si las resoluciones fuesen vivas y sólidas; pero, cuando no se practican no lo son, sino antes bien vanas y peligrosas. Es necesario, pues, procurar por todos caminos ponerlas en ejecución, buscando las ocasiones pequeñas ó grandes: por ejemplo, si he resuelto ganar con dulzura el ánimo de aquellos que me ofenden, procuraré el mismo día hacerme encontradizo con ellos, para saludarlos con amor; y si no puedo encontrarlos,

á lo menos hablaré bien de ellos y los encomendaré Dios.

Al salir de esta oración cordial, ten cuidado de no agitar tu corazon para que no se derrame el bálsamo que en ella has recibido: quiero decir que es necesario, si se puede, guardar silencio un rato, y procurar que el corazón pase poco á poco de la oración á los negocios, conservando cuanto más tiempo puedas los movimientos y afectos que hayas concebido. Al modo que un hombre á quien hubiesen dado en un vaso de hermosa china un licor muy precioso para que lo llevase á su casa, iría poco á poco, sin volver los ojos á los lados, sino mirando dónde ponía los pies, temiendo tropezar en alguna piedra ó pisar en falso, y volvería también, de cuando en cuando, la vista al vaso para llevarlo derecho; del mismo modo al salir de la meditación no te has de distraer, sino mirar únicamente tu camino: quiero decir, que si acaso encuentras á uno á quien forzosamente has de hablar ú oir, le hables ó le oigas, pero de modo que no pierdas de vista tu corazón para que, en cuanto sea posible, no se derrame el licor santo de la oración.

Es también necesario que te acostumbres á saber pasar de la oración á todas aquellas acciones, que tu estado y profesión requieren justa y legítimamente, aunque parezcan muy ajenas de los afectos que se han excitado en ella: esto es, que el abogado ha de saber pasar de la oración á los pleitos, el mercader al tráfico, la mujer casada á las obligaciones de su estado y al trálago de su casa, con tanta dulzura y tranquilidad, que por esto no se inquiete su espíritu, porque siendo uno y otro conforme á la voluntad de Dios, justo es pasar de lo uno á lo otro con espíritu de humildad y devoción.

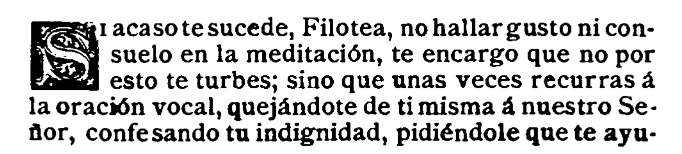
Te sucederá alguna vez que apenas te habrás preparado, cuando se hallará tu afecto movido hacia Dios; entonces, Filotea, es necesario soltar la rienda, sin querer seguir el método que te ha dado; porque, aunque de ordinario la consideración debe preceder

á los afectos y resoluciones, si el Espíritu Santo te da afectos antes de la consideración, no tienes para qué buscar ésta, cuyo fin es únicamente moverlos. En una palabra, siempre que los afectos vengan, se han de recibir y se les ha de hacer lugar, sea antes ó después de las consideraciones; pues aunque he colocado todas éstas antes de aquéllos, ha sido sólo para distinguir mejor las partes de la oración; que por lo demás, es regla general no detener nunca los afectos, sino dejarlos salir siempre que vengan. Y esto debe entenderse lo mismo que de los demás afectos de la acción de gracias, ofrecimiento y súplica que se pueden hacer entre las consideraciones, y tampoco conviene detenerlos, aunque será bueno repetirlos para concluir la meditación. Pero las resoluciones se han de hacer después de los afectos y cerca del fin de la meditación, antes de la conclusión; porque siendo preciso para éstas representarnos objetos particulares y familiares, sería exponerse á muchas distracciones el hacerlas entre los afectos.

Al tiempo de los afectos y resoluciones conviene usar de coloquio, hablando unas veces con Nuestro Señor, otras con los ángeles, con las personas representadas en los misterios, con los Santos, con uno mismo, con su corazón, con los pecadores, y aun con las criaturas insensibles, como vemos que hace David en sus Salmos y otros Santos en sus oraciones y meditaciones.

CAPITULO IX

Avisos acerca de las sequedades que se padecen en la meditación.



Si acaso te sucede, Filotea, no hallar gusto ni consuelo en la meditación, te encargo que no por esto te turbes; sino que unas veces recurras á la oración vocal, quejándote de ti misma á nuestro Señor, confesando tu indignidad, pidiéndole que te ayu-

de, besando devotamente su imagen, si la tienes, y diciendo las palabras de Jacob: *Señor, no os dejaré hasta que me hayáis dado vuestra bendición;* ó las de la Cananea: *Sí, Señor, soy una perrilla, pero también los cachorros comen las migajas que caen de la mesa de su dueño.*

Otras veces toma un libro, y lee con atención hasta que se despierte tu espíritu y vuelvas á entrar en ti. Puedes también alguna vez excitar tu corazón con ciertas posturas y acciones propias de la devoción exterior: postrándote en tierra, cruzando las manos sobre el pecho y abrazándote con el Crucifijo, se entiende, si estás en lugar retirado. Pero aun cuando de este modo no hallares consuelo no te has de turbar, por grande que sea tu sequedad, sino permanecer delante de nuestro Señor en postura devota; pues si tantos cortesanos van muchas veces en el año á palacio sin ésperanzas de hablar al príncipe, sólo para que los vea y hacerle la corte, también nosotros, amada Filotea, debemos ir á la santa oración puramente por hacer lo que debemos, y dar testimonio de nuestra fidelidad: y si se dignare la divina Majestad de hablarnos y conversar con nosotros por medio de sus santas inspiraciones y consolaciones interiores, esto será sin duda una grande honra y un deliciosísimo placer para nosotros; pero si no quiere concedernos esta gracia y nos deja estar allí sin hablarnos, como si no nos viera ni estuviésemos en su presencia, no por eso debemos retirarnos, antes al contrario, por lo mismo nos hemos de mantener en la presencia de su soberana bondad con devota y apacible compostura; y así quedará ciertamente satisfecho de nuestra paciencia, y pondrá los ojos en nuestra continuación y perseverancia, de modo que cuando volvamos otra vez á su presencia, nos favorecerá y hablará con nosotros por medio de sus consolaciones, descubriéndonos la amenidad de la santa oración. Pero aun cuando no lo haga así, contentémonos, Filotea, con saber que es mucha honra para nosotros estar junto á El y á su vista.

CAPITULO X

Ejercicio de por la mañana

Además de esta oración mental, perfecta y ordenada, y de las otras oraciones vocales que has de rezar una vez cada día, hay otras cinco especies de oraciones más breves, que son como afectos y renuevos de la oración más extensa; entre las cuales la primera es la de por la mañana, que sirve como de preparación general para todas las obras del día, y se ha de hacer de este modo:

1. Da gracias á Dios y adórale con humildad por la gracia que te ha hecho en haberte conservado la noche antecedente; y si acaso en ella has cometido alguna culpa, le pedirás perdón.

2. Considera que el día presente se te ha dado para que en él ganes el día eterno que ha de venir, y, por tanto, haz firme propósito de emplearle bien. Con esta mira

3. Recapacita qué negocios, comunicaciones y ocasiones de servir á Dios pueden ocurrirte aquel día, y qué tentaciones pueden sobrevenirte de ofenderle, por ira, por vanidad ó por cualquier otro desorden: prepárate con una santa resolución para emplear bien los medios que se te ofrezcan de servir á Dios y adelantar en la devoción; y, por el contrario, apercíbete cuidadosamente para evitar, combatir y vencer todo lo que se oponga á tu salud espiritual y á la gloria de Dios. Pero no basta hacer esta resolución, es necesario también preparar los medios para cumplirla bien; por ejemplo, si preveo que tengo de tratar algún negocio con un sujeto apasionado y fácil de enojarse, no solamente he de resolver no propasarme á ofenderle, sino que he de estudiar expresiones suaves con que evitar el riesgo, ó buscar la compañía de alguna persona que pueda contenerle; si preveo que podré visitar á un enfermo, dispon-

dré la hora á que lo he de ejecutar, y prepararé los consuelos y socorros que le he de dar; y así de las demás cosas.

4. Hecho esto, humíllate delante de Dios, reconociendo que por ti misma no puedes hacer nada de lo que has resuelto, tanto de huir el mal, como de ejecutar el bien; y como si tuvieras el corazón en tus manos, ofréceselo con todos tus buenos deseos á la divina Majestad, suplicándole que lo reciba bajo su protección y lo fortifique para que pueda servirte bien, lo cual podrás decir con estas ó semejantes palabras interiores: Ved, Señor, este pobre y miserable corazón, que por vuestra bondad ha concebido muchos buenos deseos; pero ¡ay! que es muy flaco y miserable para ejecutar el bien que desea, si Vos no le dais vuestra celestial bendición. Con esta intención os lo pido, Padre de misericordia, por los méritos de la pasión de vuestro Hijo, á cuya honra consagro este día y el resto de mi vida. Invoca también á Nuestra Señora, á tu Angel de la guarda y á los Santos, para que te ayuden con su asistencia.

Pero todos estos actos espirituales se han de hacer con brevedad y viveza antes de salir del aposento, si se puede, para que, por medio de este ejercicio, todas cuantas obras hagas en el día estén vivificadas con la bendición de Dios, y así te encargo, Filotea, que jamás lo omitas.

CAPÍTULO XI

Del ejercicio de por la noche y del examen de conciencia.

Así como antes de la comida corporal has tenido tu comida espiritual en la meditación, así también antes de cenar conviene que tomes alguna cena ó colación devota y espiritual. Busca, pues, un ratito desocupado antes de la hora de cenar; póstrate en la presencia de Dios, recogiendo tu espíritu en Jesucristo crucificado, á quien, por medio de una sencilla consideración, tendrás presente y mirarás con los

ojos del alma: aviva en tu corazón el fuego de por la mañana con algunas aspiraciones fervorosas; humillaciones y amorosos suspiros, que dirigirás á este divino Salvador de tu alma, ó bien sea repitiendo los puntos con que más te hayas saboreado en la meditación de por la mañana, ó bien excitando estos afectos con otra nueva consideración, como mejor te pareciere.

El examen de conciencia, que has de hacer siempre antes de acostarte, todos saben que se hace de este modo:

1. Se dan gracias á Dios de habernos conservado aquel día.

2. Se examina cómo hemos vivido en todas las horas de él, considerando, para hacer esto más fácilmente, en dónde, con quiénes y en qué ocupación hemos estado.

3. Si se halla haber hecho algo bueno, se dan gracias á Dios: si, por el contrario, se ve que hemos cometido alguna falta en pensamientos, en palabras ó en obras, se pide perdón á la Divina Majestad, con resolución de confesarse de ello en la primera ocasión y de procurar enmendarse.

4. Se encomienda después á la divina Providencia el cuerpo, el alma, la Iglesia, los parientes y los amigos, pidiendo á nuestra Señora, al Angel Custodio y á los Santos que velen sobre nosotros y por nosotros. Y finalmente, con la bendición de Dios, se va á tomar el descanso que el Señor ha dispuesto que necesitemos.

Este ejercicio, así como el de por la mañana, nunca debe omitirse, porque el de por la mañana es abrir las ventanas del alma para que entre en ella el Sol de justicia; y el de por la noche cerrarlas, para que no la obscurezcan las tinieblas del abismo.

CAPÍTULO XII

Del retiro espiritual.

AHORA es, amada Filotea, cuando yo te quisiera más pronta para seguir mis consejos; porque en este artículo de que vamos á tratar consiste uno de los más seguros medios de un adelantamiento espiritual.

Procura entre día, cuanto más á menudo puedas, llamar tu espíritu á la presencia de Dios, de uno de los cuatro modos que te he mostrado, y mira lo que hace Dios y lo que tú haces: verás á este Señor, que tiene vuelto siempre hacia ti su rostro, clavados en ti continuamente sus ojos con amor incomparable. ¡Oh Dios!, dirás, ¿por qué no estoy yo mirándoos siempre, como Vos continuamente me miráis? ¿Por qué habéis de pensar Vos siempre en mí, Señor mío, y yo he de pensar en Vos tan de tarde en tarde? ¿A dónde estamos, alma mía? Nuestra verdadera morada es en Dios; pues ¿dónde, dónde estamos?

Así como las aves tienen nidos en los árboles donde retirarse cuando lo necesitan, y los ciervos tienen bosques y matorrales donde se esconden y guarecen para tomar el fresco de la sombra en el verano, así nuestros corazones, Filotea, han de buscar y escoger cada día algún sitio, ó ya sea en la cumbre del Calvario, ó ya en las llagas de Nuestro Señor, ó en cualquier otro lugar cerca de El, para retirarnos allí, en medio de todas las ocupaciones, para consolarnos y recrearnos entre los negocios exteriores y para estar allí defendidos de las tentaciones como en una fortaleza. Bienaventurada será el alma que pueda con verdad decir al Señor: Vos sois mi casa de refugio, mi muralla fortísima, el techo que me defiende de la lluvia, y la sombra que me libra del calor.

Acuérdate, pues, Filotea, de retirarte á menudo á la soledad del corazón, mientras estás corporalmente en medio de las conversaciones y negocios; pues

esta soledad mental de ningún modo pueden impedirla todos los que te rodean, porque como ellos no andan alrededor de tu corazón, sino de tu cuerpo, tu corazón está solo y en presencia de Dios solo. Este es el ejercicio que practicaba el rey David en medio de sus muchas ocupaciones, como lo testifica en diversos lugares de sus Salmos, cuando dice: "¡Oh Señor!, siempre estoy contigo. Continuamente estoy viendo á mi Dios delante de mí. A Ti, Dios mío, levanté mis ojos, á Ti, que habitas en los cielos. Mis ojos siempre están puestos en el Señor.„

Además de que las conversaciones no son de ordinario de tanta entidad que no se pueda de tiempo en tiempo apartar de ellas el corazón para llevarlo á esta divina soledad.

Cuando los padres de Santa Catalina de Sena no le concedían el lugar y tiempo precisos para la oración y meditación, Nuestro Señor la inspiró que hiciese en su alma un oratorio interior, en el cual, retirándose mentalmente, pudo en medio de las ocupaciones exteriores vacar á esta santa soledad de corazon; y desde entonces, por más que el mundo pelease contra ella, ella no recibía daño alguno, porque (como solía decir) se retiraba á su interior retrete, en donde se consolaba con su celestial Esposo; y así después aconsejaba á sus hijas espirituales que fabricasen una celda en el corazón y que habitasen en ella.

Haz, pues, que se retire de cuando en cuando tu espíritu dentro del corazón, en donde, separado de todos los hombres, puedas tratar con tu Dios de corazón á corazón los negocios de tu alma, y decirle con David: "He velado, y me he hecho semejante al pelícano del desierto. Estoy como el buho ó la lechuza en las hendeduras de la pared, y como el pájaro solitario en el techo. Cuyas palabras, además del sentido literal que testifica que este gran rey empleaba algunas horas en estar solo entregado á la contemplación de las cosas espirituales, nos muestran también en sentido místico tres admirables retiros, que son

como tres ermitas en las cuales podemos estar en soledad á imitación del Salvador, que en el monte Calvario fué como el pelícano del desierto, que con su sangre aviva sus polluelos muertos; en su Nacimiento, abandonado en un establo, fué como el buho en las hendeduras de la pared, sintiendo y llorando nuestras culpas y pecados, y en el día de su Ascensión fué como el pájaro solitario, retirándose y volando al cielo, que se puede llamar techo del mundo; á todos estos tres lugares podemos retirarnos en medio del tumulto de los negocios. El beato Elzeario, conde de Arián en Provenza, habiendo recibido un expreso que despachó su casta y devota Delfina, para saber cómo se hallaba en su larga ausencia, le respondió de este modo: "Yo estoy bueno, querida esposa, y si quieres verme, búscame en la llaga del costado de nuestro dulce Jesús: allí tengo mi habitación; allí es donde me encontrarás; y no tienes que buscarme en otra parte.„ Este sí que era caballero verdaderamente cristiano.

CAPÍTULO XIII

De las aspiraciones, oraciones jaculatorias y buenos pensamientos.

Nos retiramos en Dios, porque aspiramos á Él; y aspiramos á El, para retirarnos; de manera, que la aspiración á Dios y el retiro espiritual, son dos cosas que se ayudan recíprocamente, y una y otra provienen y nacen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, á Dios muy á menudo, Filotea, con breves, pero ardientes suspiros del corazón: admira su hermosura; implora su auxilio; arrójate en espíritu á los pies de la Cruz; adora su bondad; consúltale continuamente sobre tu salud espiritual; entrégale mil veces al día tu alma; fija la vista interior en su dulzura; extiende hacia El los brazos como un niño chiquito á su padre, para que El te lleve; ponle

como delicioso ramillete sobre tu pecho; fíjale en tu alma como bandera, y ejercita todos los movimientos del corazón, para concebir amor de Dios y excitar en ti una tierna y apasionada dilección del divino Esposo.

Estas son las oraciones jaculatorias, que con tanto encarecimiento aconsejaba á la devota matrona Proba el gran Padre San Agustín, por medio de las cuales, dedicándose nuestro espíritu al trato, privanza y familiaridad con Dios, quedará perfumado con el olor suavísimo de sus perfecciones. Y no creas que es dificultoso este ejercicio, porque se puede interpolar en todos los negocios y ocupaciones, sin estorbarlas; puesto que si nos distraen de ellas el retiro espiritual y las aspiraciones interiores, es sólo un instante, y esto sin perjuicio, antes bien con provecho de lo mismo que estamos haciendo. El caminante que bebe un trago de vino, para avivar el espíritu y refrescar la boca, aunque por esto se detenga un poco, no interrumpe el viaje, antes bien cobra fuerzas con que llegar más pronto y descansado; y si se detiene, es para caminar mejor.

Muchos han recogido gran número de aspiraciones vocales, provechosas ciertamente; pero te aconsejo que no te pares en las palabras, sino que digas de corazón ó de boca las que en el mismo lance te sugiera el amor, que él te suministrará cuantas quieras. Verdad es que hay ciertas palabras de particular eficacia para satisfacer el corazón acerca de esto, como son las aspiraciones que se encuentran á cada paso en los Salmos de David, las diversas expresiones con que se invoca el nombre de Jesús y los conceptos amorosos que están escritos en el Cántico de los Cánticos; y también pueden servir para este efecto las canciones espirituales si se cantan con atención.

Finalmente, así como los que están enamorados con amor humano y natural casi siempre tienen empleado el pensamiento en recordar, el corazón en estimar y la boca en alabar al objeto de sus amores,

y cuando se hallan ausentes, no pierden ocasión de manifestar su afecto por cartas, y en cualquier árbol que encuentran escriben el nombre de la persona amada; así los que aman á Dios no pueden dejar de pensar en El, suspirar por El, aspirar á El y hablar de El; y quisieran, si fuese posible, grabar en todos los corazones del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús.

Todas las cosas les convidan á ello, y todas las criaturas les anuncian las alabanzas de su amado; y como dice San Agustín con las palabras de San Antonio, todo cuanto hay en el mundo les habla con mudo, pero muy inteligible idioma, apoyando su amor; todo despierta en ellos buenos pensamientos, de los cuales nacen después impulsos y aspiraciones hacia Dios. Escucha algunos ejemplos de esta verdad. Paseándose un día San Gregorio Nacianceno á la orilla del mar (según lo refirió él mismo á su pueblo), consideraba cómo las olas, entrándose en la playa, dejaban en la arena las conchitas, caracolillos, hojas de hierbas, ostritas y otras menudencias semejantes, que el mar arrojaba como quien las escupe en la orilla; y después, con otras olas, recogía y se volvía á tragar parte de aquello mismo, pero entre tanto las rocas que por allí estaban, se mantenían firmes é inmobles, por más que viniesen las olas á estrellarse furiosas contra ellas. De esto formó el Santo este bellísimo discurso: que los flacos, semejantes á las conchitas, caracoles y hojas de hierbas, se dejan arrebatar tan presto de la aflicción como del consuelo, á la voluntad del flujo y de las olas de la fortuna; mas los magnánimos se mantienen firmes é inmobles entre todas las tempestades. Y de este pensamiento sacó aquellas aspiraciones y fervorosos afectos de David: "Salvadme, Dios mío, porque han penetrado las aguas hasta lo interior de mi alma: libradme, Señor, del profundo de las aguas, porque he sido arrebatado en alta mar, y la tempestad me ha sumergido, y es que se hallaba entonces afligido por la justicia con que Máximo había inten-

tado usurparle su obispado. San Fulgencio, Obispo de Ruspa, hallándose en una reunión de toda la nobleza romana, á la cual hablaba Teodorico, rey de los godos, viendo el esplendor de tantos señores que estaban por su orden, según la calidad de cada uno, exclamó: ¡Oh Dios! ¡cuán hermosa ha de ser la Jerusalén celestial, pues aquí abajo vemos con tanta pompa á la terrestre Roma! Y si en este mundo concede el Señor tanto esplendor á los amantes de la vanidad, ¿qué gloria habrá reservado en el otro para los que contemplan la Verdad?

Cuéntase de San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery (hijo y gloria de nuestras montañas), que era admirable en la práctica de estos buenos pensamientos. Yendo en una ocasión el Santo Prelado de camino, una liebre, acosada de los perros, se metió entre los pies de su caballo como en lugar de refugio, que le enseñaba su inminente riesgo de la vida; y los perros, ladrando alrededor, no se atrevían á violar el asilo á que se había acogido su presa: mientras este extraño espectáculo hacía reir á todos los de la comitiva, decía el grande Anselmo, llorando y gimiendo: "Vosotros os reís, pero la pobre bestiezuela no se ríe.„ Así los enemigos del alma, después de haberla perseguido y descarriado por las tortuosas sendas de todos los vicios, la esperan en el estrecho de la muerte, para arrebatarla y devorarla: y ella, atemorizada, busca por todas partes socorro y refugio; y si no lo encuentran, se ríen y burlan de ella: dicho esto echó á andar suspirando. Habiendo escrito á San Antonio con expresiones muy honoríficas Constantino Magno, se admiraron mucho los Religiosos que estaban presentes; pero el Santo Abad les dijo: Vosotros os admiráis de que un rey escriba á otro hombre, cuando debierais admiraros mucho más de que Dios eterno haya escrito su ley á los mortales, y además de eso, les haya hablado boca á boca en la persona de su Hijo. San Francisco, viendo á una oveja sola en un rebaño de machos cabríos, le dijo á su compañero: ¿Ves con qué dulzura está la pobre ove-

jilla en medio de estos machos? así estaba el Señor lleno de dulzura y humildad entre los fariseos. Y otra vez, viendo un corderito comido de un puerco, exclamó llorando: ¡Ah corderillo, cuán al vivo representas la muerte de mi Salvador!

El héroe de nuestro siglo, Francisco de Borja, siendo aún duque de Gandía, tenía muchos pensamientos devotos en el ejercicio de la caza. Admiración me causa, decía después, que los halcones vuelvan á la mano, y se dejen cubrir los ojos y atar á la percha, y los hombres sean tan rebeldes á la voz de Dios. San Basilio Magno dice que la rosa entre las espinas está haciendo á los hombres esta reconvención: "Mortales, las cosas más agradabes del mundo están mezcladas con pesares: nada hay puro en él, la tristeza se sigue á la alegría, la viudez al matrimonio, la necesidad á la abundancia, la ignominia á la gloria, el disgusto á las honras, el fastidio á los placeres y la enfermedad á la salud.„ "Hermosa flor es la rosa, añadía este Santo, pero me llena de tristeza recordándome mi pecado, por el cual fué condenada la tierra á producir espinas.„ Una alma devota, mirando un arroyuelo, en que se veía retratado el cielo con todas sus estrellas en una noche serena, exclamó: "¡Oh Dios mío! debajo de mis piés estarán estas mismas estrellas cuando me hayáis dado albergue en vuestros tabernáculos; y así como las estrellas del cielo están representadas en la tierra, así también los hombres de la tierra están representados en el cielo, en la viva fuente de la caridad divina.„ Otro, viendo correr un río, exclamó: "¡De este mismo modo no tendrá jamás reposo mi alma hasta que este abismada en el mar de la Divininad, de donde tiene su origen!„ Y San Francisco, mirando un hermoso arroyuelo á cuya orilla se había arrodillado para orar, fué arrebatado en éxtasis, repitiendo muchas veces estas palabras: "La gracia de mi Dios, corre dulce y suavemente como este arroyuelo.„ Otro, al mirar los árboles floridos, suspiraba, diciendo: "¿Con que sólo yo he de ser quien no dé flo-

res en el jardín de la Iglesia?„ Otro, viendo los polluelos juntos bajo las alas de su madre, dijo: "Conservadnos, Señor bajo la sombra de vuestras alas.„ Otro dijo, mirando un girasol: ¡Dios mío! ¿cuándo seguirá mi alma los atractivos de vuestra bondad? Y viendo unas flores trinitarias ó pensamientos hermosos, pero sin olor, tales son, dijo, mis pensamientos, hermosos al proponerse, pero sin efecto y sin fruto.

De este modo, Filotea, se sacan buenos pensamientos y aspiraciones santas, de los mismos objetos que se presentan en la variedad de este mundo; ¡ah! desdichados los que apartan las criaturas de su Criador para volverlas hacía la culpa! y ¡dichosos aquellos que convierten las criaturas á la gloria de su Criador empleando la vanidad de ellas en honor de la verdad! "Yo, decía San Gregorio Nazianceno, acostumbro servirme de todas las cosas para mi bien espiritual.„ Lee el devoto epitafio de Santa Paula, que compuso San Jerónimo; porque es gusto ver cuán lleno está de aspiraciones y conceptos sagrados que formaba esta Santa en todas las ocasiones.

En este ejercicio del retiro espiritual y de las oraciones jaculatorias estriba la grande obra de la devoción: él sólo puede suplir la falta de las demás oraciones; pero la falta de éste es casi imposible repararla por otro medio: sin él no se puede seguir bien la vida contemplativa, ni tampoco desempeñar debidamente la vida activa: sin él el reposo es ociosidad, y el trabajo estorbo; por lo cual te aconsejo que le abraces de todo corazón y que jamás le abandones.

CAPÍTULO XIV

De la santa Misa, y cómo se ha de oir.

1. No te he hablado aún del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo y soberano sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, alma de la

devoción, vida de la piedad, misterio inefable que comprende el abismo de la caridad divina, por el cual Dios, uniéndose realmente á nosotros, nos comunica con magnificencia sus gracias y favores.

2. La oración, unida con este divino sacrificio, tiene una indecible fuerza; de modo que por este medio abunda el alma de celestiales favores como apoyada sobre su Amado, el cual la llena tanto de olores y suavidades espirituales, que parece una columna de humo producido de las maderas aromáticas de mirra y de incienso, y de todos los polvos que usan los perfumadores, como se dice en los Cantares.

3. Procura, pues, con toda diligencia, oir todos los días Misa, para ofrecer con el sacerdote el sacrificio de tu Redentor á Dios su Padre por ti y por toda la Iglesia. Allí están presentes muchos ángeles, como dice San Juan Crisóstomo, para venerar este santo misterio; y así, estando nosotros con ellos y con la misma intención, es preciso, que con tal compañía recibamos muchas influencias propicias. En esta acción divina se vienen á unir á nuestro Señor los corazones de la Iglesia triunfante y los de la Iglesia militante, para prendar con El, en El y por El el Corazón de Dios Padre y apoderarse de toda su misericordia. ¡Oh, qué felicidad es para una alma contribuir devotamente con sus afectos á un bien tan necesario y apetecible.

4. Si por algún estorbo inexcusable no puedes asistir corporalmente á la celebración de este soberano sacrificio, á lo menos envía allá tu corazón, asistiendo espiritualmente. Para esto, á cualquiera hora de la mañana mira con el espiritu á la Iglesia, ya que no puedas de otro modo; une tu intención con la de todos los cristianos, y haz, desde el lugar en que te hallares, los mismos actos interiores que harías si te hallases realmente presente en la iglesia al santo sacrificio.

5. Filotea, para oir Misa como conviene, ya sea real, ya espiritualmente, has de seguir este método: 1.° Desde el principio hasta que el sacerdote suba al

altar, prepárate juntamente con él, lo cual harás poniéndote en la presencia de Dios, reconociendo tu indignidad y pidiéndole perdón de tus defectos. 2.° Desde que el sacerdote suba al altar hasta el Evangelio, considera sencillamente y en general la venida de nuestro Señor al mundo y su vida en él. 3.° Desde el Evangelio hasta concluido el *Credo*, considera la predicación del Salvador, protesta que quieres vivir y morir en la fe y obediencia á su santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica. 4.° Desde el *Credo* hasta el *Pater noster*, contempla con el espíritu los misterios de la pasión y muerte de nuestro Redentor, que actual y esencialmente se representan en este santo sacrificio, que has de ofrecer, juntamente con el sacerdote y con el resto del pueblo, á Dios Padre, para honra suya y salvación de tu alma. 5.° Desde el *Pater noster* hasta la Comunión, esfuérzate á excitar en tu corazón muchos y ardientes deseos de estar siempre junta y unida á nuestro Señor con un amor eterno. 6.° Desde la Comunión hasta el fin, da gracias á su divina Majestad por su encarnación, vida, pasión y muerte, y por el amor que nos muestra en este santo sacrificio, pidiéndole por él que te sea siempre propicio á ti, á tus parientes, á tus amigos y á toda la Iglesia; y humillándote de todo corazón, recibe devotamente la bendición divina que te da nuestro Señor por medio de su ministro.

Pero si quieres tener, mientras la Misa, la meditación de los misterios que vas siguiendo por orden todos los días, no es necesario que te diviertas en hacer esos actos particulares; bastará que al principio hagas intención de que el ejercicio de meditación y oración que tienes sirva para adorar y ofrecer este santo sacrificio, puesto que en cualquiera meditación se encuentran los actos arriba dichos, ó ya expresos, ó á lo menos implícita y virtualmente.

CAPÍTULO XV

De otros ejercicios públicos y comunes.

DEMÁS de esto es necesario, Filotea, que los domingos y fiestas asistas á las Horas y Vísperas del Oficio divino, si tienes comodidad para ello, porque en estos días consagrados al Señor se deben hacer más ejercicios que en los otros á honra y gloria suya. Por este medio conseguirás muchas dulzuras de devoción, como le sucedia á San Agustín, el cual, recién convertido, según refiere en sus Confesiones oyendo los divinos Oficios sentía derretirse de ternura su corazón y deshacerse en lágrimas de piedad sus ojos. A más de que (lo diré de una vez para siempre) se encuentra mayor bien y consuelo en los Oficios públicos de la Iglesia que en los ejercicios particulares, porque Dios tiene ordenado que la comunión ó junta de los fieles sea preferida á cualquiera particularidad.

Entra con gusto en las Cofradías del lugar en que moras, pero particularmente en aquellas cuyos ejercicios son más fructuosos y edificativos; porque en esto practicarás cierta especie de obediencia muy agradable á Dios; pues aunque las Cofradías no están establecidas por precepto de la Iglesia, están, sin embargo, recomendadas por ella; y en prueba de que desea se alisten muchos en ellas, concede indulgencias y otros privilegios á los cofrades; y siempre es obra de gran caridad concurrir con otros muchos y cooperar con ellos á sus laudables fines. Y aunque puede suceder que cada uno en particular practique tan buenos ejercicios como los que se hacen en común en las Cofradías, y que tal vez encuentre más gusto hacerlos en particular; con todo, es cierto que glorifica más á Dios la unión y el consagrarle nuestras buenas obras juntamente con nuestros hermanos y prójimos.

Lo mismo digo de todas las demás devociones y

oraciones públicas, en todas las cuales debemos, en cuanto nos sea posible, dar buen ejemplo para edificación de los prójimos y enderezar el afecto á la gloria de Dios y á la intención común.

CAPÍTULO XVI

Que se debe honrar é invocar á los Santos.

PUES Dios, frecuentemente nos envía sus inspiraciones por medio de sus ángeles, debido es que por ellos le enviemos nosotros con frecuencia nuestros suspiros: y pues hacen también el mismo oficio de inspirarnos y suspirar por nosotros las almas santas de los difuntos que habitan el paraíso juntamente con los ángeles, y son semejantes é iguales á ellos, como dice Jesucristo, juntemos nuestros corazones, Filotea, con estos espíritus celestiales y almas bienaventuradas; y así como los ruiseñores, cuando son polluelos, aprenden á cantar de los que ya son grandes; así nosotros, por el trato espiritual que hemos de tener con los Santos aprenderemos á orar y cantar con mayor prefección las divinas alabanzas: por eso decía David: "Cantaré salmos en tu loor, Dios mío, en presencia de los ángeles.„

Honra, reverencia y respeta con especial amor á la sagrada y gloriosa Virgen María porque es Madre de nuestro Padre soberano, y por consiguiente nuestra gran Madre. Recurramos, pues, á Ella, y como hijuelos suyos echémonos en su regazo en todo tiempo y ocurrencia con firmísima confianza; invoquemos á esta dulce Madre, imploremos su amor maternal, procuremos imitar sus virtudes, y tengamos un afecto verdaderamente filial para con esta Señora.

Procura tener trato familiar con los ángeles, mirándoles muy á menudo invisiblemente presentes á todas las acciones de tu vida; pero especialmente has de amar y reverenciar al Custodio de la diócesis en que vives, á los de las personas con quienes tratas, y, sobre todo, al tuyo. Hazles continuas súplicas,

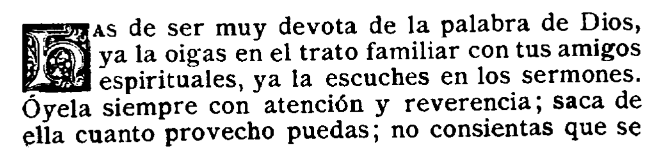
alábalos con frecuencia, y válete de su auxilio y socorro en todas tus necesidades espirituales y temporales, para que ellos cooperen á tus intenciones.

El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la santa Compañía del nombre de Jesús y primer compañero de San Ignacio, fundador de ella, viniendo una vez de Alemania, en donde había hecho grandes servicios á la gloria de nuestro Señor, y pasando por esta diócesis, patria suya, contó que, habiendo atravesado muchos lugares de herejes, en ellos había recibido grandes consuelos, saludando, al llegar á cada una de las parroquias, á los ángeles protectores de ellas; los cuales sensiblemente se le habían mostrado propicios, ya defendiéndole de las emboscadas de los herejes, ya llenando á muchas almas de dulzura y docilidad para recibir la doctrina de salvación. Decía esto con tanto encarecimiento, que una señorita, la cual, siendo muy joven, lo oyó de su boca, y cuatro años ha, esto es, al cabo de más de sesenta, lo refería llena de ternura. Gran consuelo tuve yo el año pasado en consagrar un altar en el mismo lugar en que Dios ordenó que naciese este bienaventurado varón, en un pueblecito de nuestras más elevadas montañas, llamado Villaret.

Elige algunos Santos en particular, cuyas vidas te puedan servir de consuelo y de modelo, y ten especial confianza en su intercesión. El de tu nombre ya va por supuesto, porque á este fin te fué dado en el Bautismo.

CAPÍTULO XVII

Cómo se ha de oir leer la palabra de Dios.



Has de ser muy devota de la palabra de Dios, ya la oigas en el trato familiar con tus amigos espirituales, ya la escuches en los sermones. Óyela siempre con atención y reverencia; saca de ella cuanto provecho puedas; no consientas que se

derrame, antes bien como precioso bálsamo recógela en tu corazón imitando á la santísima Virgen, que conservaba en el suyo cuidadosamente todas las palabras que se decían en gloria de su divino Hijo; y acuérdate de que nuestro Señor recoge las palabras que le decimos en la oración, á medida que nosotros recogemos las que El por la predicación nos dice.

Ten siempre á la mano algún libro bueno y devoto, como los de San Buenaventura, Gerson, Dionisio Cartujano, Ludovico Blosio, Fr. Luis de Granada, el P. Estella, el P. Arias, Pinelli, el P. Luis de la Puente, el maestro Avila, el Combate espiritual, las Confesiones de San Agustín, las Espístolas de San Jerónimo ú otros semejantes; y lee todos los días un poco con gran devoción, como si leyeras cartas que los Santos te hubiesen escrito desde el cielo para enseñarte el camino y animarte á ir allá. Lee también las historias y vidas de los Santos, en las cuales, como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones á tu provecho según tu vocación. Pues aunque los que viven en medio del mundo no es posible que imiten muchos hechos de los Santos, sin embargo, á todos los Santos se puede seguir de cerca ó de lejos. La soledad de San Pablo, primer ermitaño, se imita con el retiro espiritual y real de que hemos hablado y hablaremos. La extrema pobreza de San Francisco, con el modo de ejercitar esta virtud que enseñaremos más adelante; y así de las demás. Verdad es que para gobierno de nuestra vida, unas historias dan más luz que otras, como la vida.de la bienaventurada Madre Teresa de Jesús, la cual para este efecto es admirable, las vidas de los primeros Jesuítas, la del bienaventurado Cardenal Borromeo, Arzobispo de Milán, la de San Luis, la de San Bernardo, las Crónicas de San Francisco y otras semejantes. Hay otras en que más se encuentra que admirar que no que imitar tales son las de santa María Egipciaca, San Simeón Estilita, las dos Santas Catalinas de Sena y de Génova, Santa Angela y otras semejantes, las cuales, sin

embargo, siempre sirven para excitar, en general, grande afecto al santo temor de Dios.

CAPÍTULO XVIII

Cómo se han de recibir las inspiraciones.

LLAMAMOS inspiraciones á todos los atractivos, movimientos, reconvenciones, remordimientos interiores, ilustraciones y conocimientos que Dios, con cuidado y amor paternal, excita en nosotros; previniendo nuestro corazón con sus bendiciones para despertarnos, movernos, estimularnos y atraernos á las santas virtudes, al amor celestial, á los buenos propósitos; en una palabra, á todo lo que nos encamina á la felicidad eterna. Esto es lo que entiende el divino Esposo por llamar á la puerta, hablar al corazón de la esposa, despertarla cuando duerme, gritarla y llamarla cuando está ausente, convidarla á gustar la miel, y á recoger los frutos y flores de su jardín, á cantar y hacer que suene su dulce voz en los oídos del Amado.

Tres pasos se requieren por parte de la esposa para ajustar el casamiento: el primero, que se le proponga el partido; el segundo, que admita ella la propuesta, y el tercero, que dé su consentimiento. De este mismo modo, cuando Dios quiere obrar en nosotros, por nosotros y con nosotros alguna acción de grande caridad, primero, nos la propone por su inspiración; después, damos oídos á ella, y, finalmente, prestamos nuestro consentimiento. Pues así como para caer en el pecado hay tres grados, que son la tentación, la delectación y el consentimiento, así también hay tres para subir á la virtud: la inspiración que es lo contrario de la tentación, la delectación en esta inspiración, que es opuesta á la delectación en la tentación, y el consentimiento á la inspiración, contrario al consentimiento en la tentación.

Aunque durase la inspiración todo el tiempo de nuestra vida, no seríamos agradables á Dios si nos

complaciésemos en ella; antes bien ofenderíamos á su divina Majestad, como lo ofendieron los israelitas, á quienes estuvo inmediato el Señor, según El mismo dice, por espacio de cuarenta años, solicitándolos para que se convirtiesen, sin que ellos jamás quisiesen escucharle; por lo cual juró contra ellos en su ira, que no entrarían jamás en su descanso, al modo que un caballero que hubiese servido largo tiempo á una dama, se daría por ofendido si, después de este mérito, no quisiese ella dar oídos á las proposiciones de casamiento.

Sentir complacencia cuando se reciben las divinas inspiraciones, es principiar á encaminarse á la glode Dios y empezar ya con esto á darle gusto; porque si bien esta delectación no es por entonces consentimiento pleno, por lo menos es disposición para él; y como gustar de oir la palabra de Dios, la cual se puede llamar inspiración exterior, es utilísimo y muy buena señal, también es bueno y agradable al Señor complacerse con la inspiración interior. De este placer habla la Esposa cuando dice: "Mi alma se ha deshecho de placer al oir la voz de mi amado„, al modo que un caballero se da por satisfecho y se juzga favorecido de la dama á quien sirve, cuando ve que ella tiene gusto en que la sirva.

Sin embargo, la acción virtuosa se perfecciona con el consentimiento; porque si después de haber recibido la inspiración y de habernos complacido en ella, con todo, negamos á Dios el consentimiento, somos sumamente ingratos y ofendemos en gran manera á su divina Majestad; pues esto bien se ve que es mayor desprecio. Así le sucedió á la esposa, que aunque la dulce voz del Amado llenó su corazón de santa alegría, con todo, no le abrió la puerta, excusándose con un frívolo pretexto, de lo cual indignado justamente el Esposo, pasó de largo y la dejó; así como el caballero que ha pretendido mucho tiempo á una dama, la cual recibía con agrado sus servicios, si al fin se ve despreciado y desechado, tiene más justo motivo de queja que si su pretensión no hu-

biese sido admitida ni favorecida. Resuélvete, pues, Filotea, á aceptar gustosamente todas las inspiraciones que el Señor se digne enviarte; y cuando lleguen, recíbelas como embajadoras del Rey de los cielos, que desea contraer matrimonio contigo, oye gustosamente sus proposiciones, considera el amor con que te inspira y fomenta la santa inspiración.

Consiente á ella, pero con un consentimiento pleno, amoroso y constante, que de este modo Dios, á quien no eres capaz de obligar, se dará, sin embargo, por muy obligado de tu afecto. Pero cuando las inspiraciones son de cosas importantes ó extraordinarias, consúltalas siempre con tu director antes de consentir, para que él examine si son verdaderas ó falsas, no sea caso que tú te engañes; pues el enemigo, cuando ve un alma que con prontitud da consentimiento á las inspiraciones, de ordinario le propone inspiraciones falsas para engañarla; mas no podrá conseguirlo si ella obedece con humildad á su director.

Después de dado el consentimiento, es menester procurar con gran solicitud que se efectúe y ponga en práctica, en lo cual consiste el complemento de la verdadera virtud, pues dar consentimiento en el corazón, y no ejecutarlo, sería lo mismo que plantar una viña y no querer que diese fruto.

Para todo esto conviene muchísimo practicar bien el ejercicio de por la mañana y los retiros espirituales de que he tratado arriba; pues por este medio nos preparamos para obrar bien, no sólo en general, sino también en particular.

CAPITULO XIX

De la santa confesión.

Ha dejado nuestro Salvador á su Iglesia el sacramento de la Penitencia y Confesión para que en él nos lavemos de todas nuestras iniquidades siempre que nos hallemos manchados; y así no consientas Filotea, que permanezca tu alma largo tiempo contaminada con el pecado, pues tienes un remedio tan pronto y fácil. La leona que ha estado con el leopardo, al instante corre á lavarse, para disipar el hedor que le queda de su contacto, no sea que viniendo el león se ofenda é irrite; así el alma que ha consentido en la culpa, se ha de horrorizar de sí misma y limpiarse lo más pronto que pueda por el respeto que debe tener á los ojos de Dios que la están mirando; á más de que es gran necedad estar muertos en el espíritu teniendo un tan soberano remedio.

Confiésate, pues, humilde y devotamente cada ocho días, y, si puedes, siempre que hayas de comulgar, aunque no sientas en tu conciencia remordimiento alguno de pecado mortal; pues en la confesión recibirás el perdón de los pecados veniales que confesares, gran fortaleza para evitarlos en adelante, mucha luz para discernirlos bien y abundante gracia para resarcir todo el daño que te hubieren causado; practicarás al mismo tiempo las virtudes de humildad, obediencia, sencillez y caridad; y en solo este acto de confesarte ejercitarás más virtudes que en otro alguno.

Ten siempre verdadero dolor de los pecados de que te confiesas, por leves que sean, y haz firme propósito de la enmienda para en adelante. Muchos hay que pierden grandes bienes y mucho aprovechamiento espiritual, porque, confesándose de los pecados veniales, como por costumbre y cumplimiento, sin pensar enmendarse, permanecen toda la vida car-

gados de ellos; y así, si te confiesas de haber mentido, aunque sea sin perjuicio, ó de haber dicho alguna palabra descompuesta, ó de haber juzgado con algún exceso, arrepiéntete y haz propósito firme de la enmienda: porque es abuso confesarse de cualquier especie de pecado, sea mortal ó sea venial, sin querer purificarse de él, puesto que la confesión se ha instituido para esto.

No te acuses solamente con aquellas fórmulas superfluas que muchos dicen por costumbre: *Yo no he amado á Dios tanto como debía, no he orado con la devoción que debiera, no he amado á mi prójimo como debiera amarle, no he recibido los Santos Sacramentos con la reverencia que es debida*, y otras semejantes. La razón es porque diciendo esto no dices nada en particular que pueda manifestar al confesor el estado de tu conciencia, pues cuantos hombres hay en la tierra y cuantos Santos están en el cielo pudieran decir lo mismo si se confesasen. Examina qué motivo particular tienes de acusarte de estas cosas, y cuando le hayas conocido, acúsate sencilla y claramente de aquella falta que has cometido. Pongo por ejemplo: te acusas de no haber amado al prójimo como debías; quizá será porque habiendo visto algún pobre muy necesitado, y pudiendo tú fácilmente socorrerle y consolarle, no tuviste cuenta de ejecutarlo; pues bien, acúsate de esta particularidad y di: habiendo visto un pobre necesitado, no le he socorrido como podía, por negligencia, ó por dureza de corazón, ó por desprecio, según de lo que conozcas haber nacido esta falta. Del mismo modo, no te acuses de no haber orado á Dios con tanta devoción como debías, sino de haber tenido distracciones voluntarias, ó no haber buscado lugar y tiempo oportuno, ó no haber estado en postura conveniente para tener atención, según conocieres haber faltado, sin hablar en la confesión con esa generalidad que ni ata ni desata.

En la acusación de los pecados veniales no digas solamente el hecho, sino también el motivo que te ha

inducido á cometerlos. Pongo por ejemplo: no te contentes con decir: he mentido sin perjuicio de nadie; di también si ha sido por vanagloria, para alabarte ó excusarte, ó por alegría vana, ó por no ceder de tu opinión; si has pecado en el juego, explica si fué por deseo de ganar ó por el placer de la conversación, y así de los demás. Has de expresar también si te has detenido largo tiempo en el mal, pues la prolongación del tiempo, de ordinario, acrecienta mucho la culpa, porque hay gran diferencia entre una vanidad pasajera que haya ocupado el espíritu por espacio de un cuarto de hora, y otra en que el corazón se mantuvo sumergido uno, dos y tres días. En suma, es menester decir el hecho, el motivo y la duración de las culpas, pues aunque por lo común no hay obligación de explicar tan puntualmente los pecados veniales, y en rigor no estamos obligados á confesarlos, con todo, los que quieren purificar bien sus almas para llegar mejor á la devoción santa, deben ser muy cuidadosos en manifestar claramente al médico espiritual la enfermedad de que buscan el remedio, por pequeña que sea.

No omitas, pues, nada de cuanto convenga para declarar bien la calidad de la ofensa, cómo es el motivo por que te encolerizaste, ó por qué permitiste que alguno permaneciese en el vicio. Pongo, por ejemplo, una chanza ligera; si me la dice uno que me desagrada, quizá será bastante para irritarme, entendiéndola en mal sentido; y tal vez hubiera echado á buena parte otra expresión mucho más picante dicha por alguno que me cayese en gracia, pues en este caso he de expresar que me dejé llevar de la cólera hasta decir palabras descompuestas contra una persona cuyas expresiones tomé en mal sentido, no por la calidad de las palabras, sino porque me enfadaba el que las decía; y aun si fuese necesario, para declarar mejor el hecho, expresar las palabras, pienso que será acertado el decirlas, porque acusándose con esta franqueza, no sólo se manifiestan los pecados cometidos, sino también las malas inclina-

ciones, costumbres, hábitos y otras raíces de la culpa, y con esto el padre espiritual adquiere un conocimiento más completo del corazón y de los remedios propios para curarlo; pero, sin embargo, siempre es menester cuidado con no manifestar, en cuanto sea posible, el sujeto que ha tenido parte en la culpa.

Ten cuenta con ciertos pecados que, de ordinario, sin que se eche de ver, viven y reinan en la conciencia; y confiésalos para purificarte de ellos A este efecto convendrá que leas con cuidado los capítulos VI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXXV y XXXVI de la tercera parte, y el capitulo VIII de la cuarta. No andes mudando de confesor con poca causa, sino continúa con el que hayas escogido, y dale cuenta de tu conciencia los días señalados para ello, diciéndole con claridad y franqueza los pecados que hayas cometido; y de tiempo en tiempo, como de mes en mes, ó de dos en dos meses, le dirás también el estado de tus inclinaciones, aunque en ellas no haya pecado, como, por ejemplo, si te has visto atormentada de la tristeza ó del disgusto, si eres llevada de la alegría ó del deseo de adquirir bienes temporales y otras semejantes inclinaciones.

CAPITULO XX

De la frecuente Comunión.

CUÉNTASE de Mitrídates, rey del Ponto, que habiendo descubierto el secreto de hacer un específico llamado mitridático, robusteció con él su cuerpo en tanto grado, que habiendo procurado después envenenarse para no ser esclavo de los romanos, no lo pudo conseguir. Pero sea de esto lo que fuere, nuestro Señor sí que instituyó el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, donde realmente está su cuerpo y su sangre para que quien le coma viva eternamente; y por eso, el que le recibe á menudo y con devoción, asegura de tal modo la salud y vida de su alma, que es casi imposible que sea envenenado con

ninguna especie de aficiones malas; porque, ¿cómo puede ser que quien se alimenta con esta carne de vida viva con efectos de muerte? Si los hombres cuando estaban en el paraíso terrenal podían no morir corporalmente, por la virtud del fruto de aquel árbol de la vida que Dios había puesto en él por la virtud de este Sacramento, pueden no morir espiritualmente; y si las frutas más delicadas y sujetas á corrupción, como son las guindas, albaricoques y las fresas, se conservan fácilmente todo el año estando confitadas en azúcar ó en miel, no es maravilla que nuestros corazones, aunque frágiles y viles, estén libres de la corrupción del pecado cuando están confitados con la carne y sangre incorruptible del Hijo de Dios. No tendrán que replicar los infelices cristianos que se condenan cuando el justo Juez les haga ver su necedad de morir espiritualmente, pudiendo con gran facilidad mantenerse vivos y sanos comiendo su santísimo Cuerpo, que para este fin les había dejado. ¡Miserables! les dirá, ¿por qué habéis muerto, teniendo á vuestra disposición el fruto y manjar de vida?

Recibir todos los días la Comunión eucarística, ni lo alabo ni lo vitupero; pero comulgar todos los domingos, lo persuado y encomiendo á todos, con tal que tengan su alma sin afecto alguno de pecado. Estas son las palabras de San Agustín (1), con el cual yo no vitupero ni alabo absolutamente la comunión diaria, sino lo dejo á la discreción del padre espiritual de la persona que piensa resolverse á ello; porque siendo muy exquisita la preparación que se requiere para comulgar con tanta frecuencia, no conviene aconsejarla en general á todos. Pero como

---

(1) En tiempo de San Francisco de Sales se creía de San Agustín el libro *De fide, seu de Ecclesiae dogmatibus,* que es de Genadio Masiliense, autor del siglo v, en el cual, al capítulo LIII, se leen estas palabras: *Quotidie, Eucharistiae communionem percipere nec laudo nec reprehendo, omnibus tamen dominicis diebus communicandum suadeo et hortor, si tamen mens sine affectu peccandi sit.*

esta disposición, aunque sea exquisita, puede hallarse en muchas almas buenas, tampoco tengo por justo el apartar y disuadir generalmente á todos; y así, esto se debe resolver con atención al estado interior de cada uno en particular. Imprudencia sería aconsejar indistintamente á todos un uso tan frecuente; pero sería también imprudencia reprender por él á cualquiera, sobre todo, cuando siguiese el dictamen de algún prudente director. Graciosa fué la respuesta de Santa Catalina de Sena á los que, desaprobando que comulgase con tanta frecuencia, alegaron el dicho de San Agustín, que ni alaba ni vitupera el comulgar todos los días; puesto que San Agustín no lo vitupera, dijo, no lo vituperéis vosotros tampoco, y me doy por contenta.

Pero ya que San Agustín, como ves, aconseja y exhorta encarecidamente el comulgar todos los domingos, hazlo así siempre que puedas, Filotea, porque supuesto que no tienes afecto alguno al pecado mortal, ni aun al venial, es tu disposición la misma que pide San Agustín; y aûn es mejor todavía, pues además de no tener afecto á pecar tû, tampoco tienes afición al pecado en general; por lo cual, si tu padre espiritual lo tiene por conveniente, puedes comulgar aún más á menudo que todos los domingos.

Con todo, pueden ocurrir muchos estorbos legítimos que, sin depender de ti, sino de aquellos con quienes vives, sean justa causa de que el prudente director te mande no comulgar tan á menudo. Pongo, por ejemplo: si vives con alguna sujeción, y los superiores á quienes debes obedecer y reverenciar, por ser poco instruídos, ó por su extraño modo de pensar, se inquietan y enfadan de verte comulgar con tanta frecuencia; quizá, consideradas todas las circunstancias, será bien condescender en algún modo con su flaqueza y no comulgar más que cada quince días; bien entendido, que esto ha de ser en caso de que no se pueda absolutamente vencer la dificultad. Este es un punto que no se puede decir bien en general, y es necesario hacer lo que diga el padre es-

piritual; pero lo que yo te puedo asegurar es que, quien desea servir á Dios devotamente, lo más de tarde en tarde que puede comulgar es de mes á mes.

Si te portas con prudencia, ni padre, ni madre, ni marido, ni mujer podrán estorbarte que comulgues á menudo; porque supuesto que el día de la Comunión no has de faltar á los cuidados propios de tu estado, y que has de tratar á todos con más dulzura y afabilidad y que no les has de negar nada de lo que debes, no es creíble que quieran apartarte de este ejercicio que nada les incomoda, si no es que tengan un genio sumamente delicado y extravagante, en cuyo caso, como ya te he dicho, querrá tal vez tu director que uses de condescendencia.

Fuerza es decir siquiera una palabra para los casados. No permitía Dios, en la ley antigua, que los acreedores exigiesen la paga de sus créditos en días festivos; pero jamás prohibió que los deudores pagasen en tales días lo que exigían de ellos. Es indecente, aunque no pecado grave, pedir el débito matrimonial en día de Comunión; pero no es impropio, antes bien será meritorio, el pagarlo; y así, por la paga de esta deuda ninguno se debe privar de la Comunión, cuando por otra parte su devoción le mueve á desearla. Lo cierto es que en la primitiva Iglesia comulgaban diariamente los cristianos, aunque fuesen casados y tuviesen fruto de bendición, por la generación de sus hijos; y ved aquí por qué he dicho que la frecuente Comunión no puede causar incomodidad alguna, ni á los padres, ni á las mujeres, ni á los maridos, con tal que la persona que comulga sea prudente y discreta. En cuanto á las enfermedades corporales, ninguna es estorbo legítimo para la Comunión, sino la que causa vómitos frecuentes.

Para comulgar cada ocho días es necesario no tener pecado mortal ni afecto alguno al venial, y desear mucho la Comunión; pero para comulgar todos los días es necesario, á más de esto, haber ya vencido la mayor parte de las malas inclinaciones y que sea por dictamen del padre espiritual.

CAPITULO XXI

Cómo se ha de comulgar.

Comienza á prepararte para la santa Comunión desde la noche precedente, con muchas aspiraciones y actos de amor, retirándote un poco más temprano para poder madrugar más; y si entre noche despiertas, al punto se han de llenar tu corazón y tu boca de palabras amorosas, las cuales, como olorosos perfumes, dispongan tu alma para recibir al soberano Esposo, que vigilante mientras tú duermes, se prepara á traerte muchas gracias y favores, con tal que tú, por tu parte, estés dispuesta á recibirlos. Levántate á la mañana llena de gozo, por la dicha que te espera; y después de haberte confesado, llégate con grande humildad y confianza á recibir aquel manjar del cielo que te alimenta para hacerte inmortal. Después de decir aquellas sagradas palabras: "Señor, yo no soy digna", no muevas la cabeza, ni los labios, ni para rezar, ni para suspirar, sino abre suave y moderadamente la boca, levantando la cabeza cuanto sea necesario para que el sacerdote pueda ver lo que hace, y recibe llena de fe, esperanza y caridad al Señor, en quien, á quien, por quien y para quien crees, esperas y amas. Imagínate, ¡oh Filotea!, semejante á una abeja, que habiendo recogido en las flores el rocío del cielo y el jugo de la tierra, y habiéndole convertido en miel, lo lleva á su colmena; pues á este modo el sacerdote, tomando del altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que como rocío bajó del cielo, y verdadero Hijo de la Virgen, que como flor brotó de la tierra de nuestra humanidad, le pone cual manjar suavísimo dentro de tu boca y de tu cuerpo. Después de haberle recibido llama á tu corazón para que acuda á rendir homenaje al Rey de la salud, trata con El de tus negocios espirituales, y considérale dentro

de ti, adonde ha venido para bien tuyo. En fin, dale la mejor acogida que sea posible, y pórtate de tal modo que en todas tus acciones se eche de ver que Dios está contigo.

Pero cuando no puedas lograr esta dicha de comulgar realmente en la misa, comulga siquiera interior y espiritualmente, uniéndote con ardiente deseo á la carne vivificadora de tu Salvador.

Tu principal designio en la Comunión ha da ser adelantar en el amor de Dios, arraigarlo en tu alma y tener en él tu consuelo; pues justo es que recibas por amor lo que sólo el amor pudo hacer que se te diese. Es imposible considerar á nuestro Salvador en acción más amorosa ñi más tierna que esta, en la cual, por decirlo así, se anonada y se hace comida, para penetrar en nuestras almas y unirse íntimamente con los corazones y cuerpos de sus fieles.

Si acaso te preguntan los mundanos por qué comulgas tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, y para tener consuelo en tus aflicciones y apoyo en tus flaquezas: diles que dos especies de personas deben comulgar á menudo: los perfectos, porque como están bién dispuestos, quedarían muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfección; y los imperfectos, para tener justo derecho de aspirar á ella; los fuertes, para no debilitarse, y los débiles, para fortalecerse; los enfermos, para alcanzar la salud, y los sanos para no enfermar; y que así, tú, como imperfecta, débil y enferma, necesitas comulgar á menudo para buscar perfección, fuerzas y médico divino. Diles que los que se hallan sin muchos negocios mundanos deben comulgar con frecuencia, porque tienen comodidad para ello; y los que están entre muchos negocios del mundo, también deben comulgar frecuentemente, porque tienen necesidad; pues quien trabaja mucho y está fatigado, necesita comer manjares substanciosos y á menudo. Diles, finalmente, que recibes este Sacramento para aprender á re-

cibirle bien; pues que nadie hace bien una acción en la cual no se ejercita con frecueucia.

Comulga frecuentemente, Filotea, y cuanto más frecuentemente puedas, con el dictamen de tu padre espiritual; créeme, pues así como en nuestras montañas las liebres en el invierno se vuelven blancas, porque ni ven ni comen otra cosa más que nieve; así tú también te volverás hermosa, buena y pura á fuerza de adorar y de comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este santo Sacramento.





PARTE TERCERA

que contiene muchos avisos acerca del ejercicio de las virtudes.

CAPÍTULO PRIMERO

De la elección que se debe hacer en cuanto al ejercicio de las virtudes.

El modo que el rey de las abejas nunca sale al campo sino rodeado de su pequeño pueblo, así la caridad jamás entra en el alma sin ir acompañada de las demás virtudes, las cuales ejercita y emplea como un capitán á sus soldados, pero no al instante, ni igualmente, ni en todas las ocasiones, ni en todos los lugares. Por eso es el justo como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas, que da fruto á su tiempo; porque la caridad, que riega el alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su estación. Así como la música, en sí misma tan agradable, es importuna en un duelo, según dice el proverbio, así también es gran defecto en muchos que emprenden el ejercicio de alguna virtud particular empeñarse en practicarla en todas las ocasiones, queriendo, como aquellos antiguos filósofos, ó siempre llorar ó reir siempre; y aun es peor todavía, cuando vituperan y censuran á los que no ejercitan siempre con ellos las mismas virtudes. Preciso es alegrarse con los que están alegres, y llorar con los que lloran, dice el Apostol: la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente.

Con todo, hay algunas virtudes cuya práctica es casi universal, y que no sólo se han de ejercitar en sus propios actos, sino que también han de revestir de sus propiedades los actos de todas las demás virtudes. No suelen ofrecerse con frecuencia ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad y la magnificencia: pero la dulzura, la templanza, la urbanidad y la humildad son tales, que todas nuestras acciones deben tener como una tintura de ellas. Más excelentes son sin duda otras virtudes; pero es necesario el uso de éstas, así como el de la sal es más general y continuo que el del azúcar, á pesar de ser el azúcar más excelente que la sal. Por tanto, de estas virtudes generales es necesario tener gran provisión y muy á mano, pues se han de estar usando casi de continuo.

En el ejercicio de las virtudes debemos preferir el que sea más conforme á nuestra obligación, y no el que es más acomodado á nuestro gusto. Santa Paula era inclinada á la aspereza de las mortificaciones corporales para gozar con más facilidad las espirituales dulzuras; pero tenía más obligación de ejercitar la obediencia á los superiores: por esto San Jerónimo confiesa que era reprensible por sus inmoderadas abstinencias hechas contra el dictamen de su Obispo. Los Santos Apóstoles, como estaban destinados á predicar el Evangelio y distribuir el pan celestial á las almas, juzgaron muy bien que no convenía interrumpir este santo ejercicio por cuidar de los pobres, aunque esta virtud es tan excelente en sí misma. En cada estado se necesita ejercitar alguna especial virtud; unas virtudes son propias del Prelado, otras del príncipe, otras del soldado, otras de la mujer casada y otras de la viuda; y aunque todos deben tener todas las virtudes, no deben todos practicarlas igualmente, sino dedicarse cada uno con particular esmero á las que sean propias de su estado y vocación.

Entre las virtudes que no pertenecen á nuestras particulares obligaciones, se han de preferir siempre las más excelentes y no las más visibles. Ordi-

nariamente los cometas parecen mayores que las estrellas y abultan más á nuestra vista; sin embargo, no son comparables con las estrellas, ni en grandeza ni en calidad; y si parecen más grandes es porque están más cerca de nosotros y en un fluido mucho más grosero que el que circunda las estrellas. Del mismo modo hay ciertas virtudes, las cuales, por estar más cerca de nosotros y ser más sensibles y materiales, si se puede hablar así, son muy estimadas y preferidas siempre á las demás por el común de las gentes, que, de ordinario, prefieren la limosna temporal á la espiritual; el cilicio, el ayuno, la desnudez, la disciplina y las mortificaciones corporales, á la dulzura, bondad, modestia y otras mortificaciones del corazón: con todo, son éstas mucho más excelentes. Elige, pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más estimadas; las más excelentes, y no las más visibles; las mejores, y no las más resplandecientes.

Es muy útil escoger cada uno el ejercicio particular de alguna virtud, no para descuidarse de las demás, sino para tener ocupado el espíritu con más arreglo y orden. Apareciósele á San Juan, Obispo de Alejandría, una hermosísima doncella más resplandeciente que el sol, adornada y ataviada como reina y coronada de olivo, y le dijo: Yo soy la hija primogénita del rey; si puedes ganar mi amistad, yo te llevaré á su presencia: conoció el Santo que aquella era la misericordia para con los pobres, y que Dios le encomendaba esta virtud, con la cual empezó á ejercitarla desde entonces con tal fervor, que mereció ser conocido en todas partes con el renombre de San Juan el Limosnero. Eulogio Alejandrino, deseando hacer á Dios algún particular servicio y no hallándose con fuerzas para abrazar la vida solitaria ni para sujetarse á la obediencia de otro, recogió en su casa un pobre cubierto de lepra, desde los pies á la cabeza, para ejercer con él la caridad y la mortificación; y queriendo tener en esto mayor mérito, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como si

el pobre fuese su señor y él criado suyo. Habiendo tenido después, tanto el leproso como Eulogio, tentaciones de separarse, lo consultaron con el insigne abad San Antonio, quien les dijo: Guardaos bien, hijos míos, de separaros uno de otro, porque ambos estáis cerca de vuestro fin; y, si el ángel no os encuentra juntos, es muy temible que perdáis vuestras coronas.

El rey San Luis visitaba como por obligación los hospitales y servía con sus propias manos á los enfermos. San Francisco amaba sumamente la pobreza, hasta llegar á llamarla su señora: Santo Domingo la predicación, que dió nombre á su Orden: San Gregorio Magno tenía especial gusto en regalar á los peregrinos, á ejemplo del patriarca Abraham, y recibió como él al Rey de la gloria en figura de peregrino: Tobías ejercitaba la caridad enterrando á los muertos: Santa Isabel, siendo tan gran princesa, amaba sobremanera el desprecio de sí misma: Santa Catalina de Génova, después de viuda, se dedicó á servir en el hospital: de una devota doncella, refiere Casiano que consultó con San Atanasio sus deseos de ejercitar la virtud de la paciencia, y el Santo, condescendiendo con sus ruegos, le dió por compañera de casa una viuda importuna, colérica, fastidiosa é insufrible, la cual, regañando continuamente con la piadosa doncella, le dió hartas ocasiones de ejercitar con esmero la dulzura y condescendencia. Así, pues, entre los siervos de Dios, unos se dedican á servir á los enfermos, otros á socorrer á los pobres, otros á enseñar la doctrina cristiana á los niños, otros á reducir almas perdidas y descarriadas, otros á adornar las iglesias y los altares, otros á procurar la paz y concordia entre los hombres, imitando á los bordadores, que sobre diferentes fondos colocan con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata, para bordar toda especie de flores; pues del mismo modo estas almas piadosas que emprenden algún ejercicio particular de devoción, le ponen como fondo de su bordadura espiritual y colocan sobre él la variedad

de todas las demás virtudes, teniendo de este modo sus acciones y afectos más unidos y ordenados, por medio de la relación que tienen todos ellos con el ejercicio principal, y así hacen comparecer á su alma:

Con ropa de oro, que de mil colores
La aguja esmalta recamando flores.

Cuando nos hallamos tentados de algún vicio, es necesario hacer todo lo posible para practicar la virtud contraria, dirigiendo á ella las demás, pues de esta manera venceremos á nuestro enemigo sin dejar por eso de adelantar en todas las demás virtudes. Si soy tentado de la soberbia ó de la ira, es menester que en todas las ocasiones procure armarme de humildad y dulzura y dirigir á este fin los demás ejercicios de oración, sacramentos, prudencia, constancia y sobriedad; porque así como los jabalíes, para aguzar sus colmillos, los estregan y afilan contra los otros dientes, los cuales también recíprocamente quedan afilados y cortantes; así el hombre virtuoso, cuando toma por empeño perfeccionarse en aquella virtud que más necesita para su defensa, debe limarla y afilarla con el ejercicio de las demás virtudes, las cuales, perfeccionándola, adquieren también más excelencia y perfección. Así le sucedió á Job, que con el ejercicio particular de la paciencia en las muchas tentaciones de que se vió combatido, salió perfectamente santo y virtuoso en toda especie de virtudes: verificándose lo que decía San Gregorio Nazianceno, que algunos, con solo un acto de una virtud ejercitado con toda perfección, han llegado á la suma de todas las virtudes; de lo cual pone por ejemplo á Rahab, la que, practicando exactamente la virtud de la hospitalidad, llegó á una suma gloria; pero esto se entiende cuando aquella acción se practica heroicamente con gran fervor y caridad.

CAPITULO II

Continuación del mismo asunto de la elección de las virtudes.

Dice muy bien San Agustín, que los principiantes en la devoción cometen ciertas faltas, que, miradas con el rigor de las leyes de la perfección, serían reprensibles; y, con todo, son laudables en ellos, siendo feliz anuncio de la futura excelencia de piedad para la cual disponen al alma. El temor bajo y grosero, que es causa de escrúpulos excesivos en las almas que acaban de salir de una vida estragada, es virtud recomendable en los principios y para en adelante presagio cierto de la pureza de conciencia; pero este mismo temor sería reprensible en los muy adelantados, en cuyo corazón debe reinar el amor, que es quien, poco á poco, va desterrando esta especie de temor servil.

San Bernardo, á los principios, era muy áspero y riguroso con los que se sujetaban á su dirección, intimándoles desde luego que para vivir en su compañía habían de venir desnudos del cuerpo y solamente con el espíritu: cuando oía sus confesiones, detestaba con extraordinaria severidad todas sus faltas, por pequeñas que fuesen, y estimulaba á estos pobres principiantes con tal vehemencia á que fuesen perfectos, que á fuerza de estimularlos á la perfección los apartaba de ella, porque perdían el ánimo y el aliento viendo que los estrechaban tanto para subir por una cuesta tan empinada y alta. Mira, Filotea, aunque procedía así este gran Santo en fuerza de su ardentísimo celo de la perfecta pureza, el cual, sin duda, era gran virtud, con todo, esta misma virtud fué reprensible, por eso Dios mismo le corrigió con una sagrada aparición, derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amoroso y tierno, con el cual quedó transformado en otro; de suerte que él mismo se acusaba de haber sido tan riguroso

y severo, y fué en adelante tan suave y condescendiente con cada uno en particular, que se hacía todo para todos á fin de ganarlos á todos. San Jerónimo, después de contar que su amada hija Santa Paula practicaba las mortificaciones corporales, no sólo con exceso, sino también con pertinacia, llegand a l extremo de no ceder á las saludables amonestaciones que le había hecho acerca de esto su Obispo San Epifanio, y después de haber dicho que también se dejaba llevar en tanto grado del sentimiento de la muerte de los suyos, que en cada una de estas ocasiones se ponía á peligro de perder la vida, concluye de esta suerte: Pudiera parecer que en lugar de escribir las alabanzas de esta Santa, escribo baldones y vituperios; pero pongo por testigo á Jesús, á quien ella sirvió, y á quien yo deseo servir, que no falto á la verdad, ni por una parte ni por otra, sino que refiero sencillamente sus acciones, como debe hablar un cristiano de una cristiana; quiero decir, que escribo la historia y no el panegírico pero que sus defectos son las virtudes de otros. En esto quiere dar á entender que los descuidos y defectos de Santa Paula se hubieran mirado como virtudes en otra menos perfecta. Acciones hay, sin duda, que se miran como imperfecciones en los perfectos, y en los imperfectos se tendrían por grandes perfecciones: al modo que en un enfermo es buena señal hinchársele las piernas en la convalecencia, y esto mismo sería malo en quien no hubiese estado enfermo; pues en el primero indica que la naturaleza, recobrando sus fuerzas, sacude los humores superfluos; pero en el segundo, sería señal de no tener bastante vigor para disiparlos y resolverlos. Hagamos, pues, Filotea, buen concepto de los que vemos que practican las virtudes, aunque sea con imperfección, pues los mismos Santos las practicaron muchas veces de este modo; pero pongamos cuidado en ejercitarlas nosotros, no sólo con fidelidad, sino también con prudencia; y para esto observemos á la letra el consejo del Sabio, de no confiar en nuestra pro-

pia prudencia, sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores.

Hay también ciertas cosas que muchos tienen por virtudes sin serlo, de las cuales es necesario decir siquiera una palabra. De esta clase son los éxtasis ó raptos, las insensibilidades, impasibilidades, uniones deíficas, revelaciones, transformaciones y otras perfecciones semejantes de que tratan ciertos libros que ofrecen elevar el alma á la contemplación puramente intelectual, á la aplicación esencial del espíritu y á la vida supereminente. Estas perfecciones, Filotea, no son virtudes, sino recompensas que Dios da por las virtudes, ó, por mejor decir, son unas muestras de las felicidades de la vida futura, que tal vez descubre Dios á los hombres para hacerles desear el complemento perfecto que se ha de disfrutar en el cielo. Todo esto prueba que no debemos pretender semejantes gracias, pues no son necesarias para amar y servir á Dios perfectamente, que es en lo que debemos poner nuestro único deseo: y de ordinario, no se pueden conseguir estas gracias con el trabajo y la industria, porque más son pasiones que acciones, y así las podemos recibir, pero no producirlas en nosotros. Añádase á esto que nuestro designio ha sido únicamente ser buenos devotos, hombres piadosos, mujeres piadosas, con que en esto tenemos bastante en que emplearnos; y si pluguiese á Dios elevarnos á las perfecciones angélicas, también seremos buenos ángeles; pero entretanto, ejercitémonos con sencillez, humildad y devoción en las virtudes menos elevadas, que nuestro Señor nos manda adquirir á fuerza de esmero y trabajo, como son la paciencia, la mansedumbre, la mortificación de corazón, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la afabilidad con el prójimo, el sufrimiento de sus flaquezas, la diligencia y el fervor santo. Dejemos las grandes alturas para las almas muy elevadas, que nosotros no merecemos tan alto puesto en el servicio de Dios. Sobradamente felices seremos en servirle en la cocina, en la panadería, en ser sus

lacayos, mandaderos ó mozos de retrete, y nos sacará, si le place, de estos empleos para que le sirvamos en su gabinete y consejo privado. Sí, Filotea, sí; porque Dios no recompensa á sus siervos á proporción de la dignidad de los ejercicios que ejercen, sino á proporción del amor y humildad con que los ejercen. Saúl, buscando los jumentillos de su padre, encontró el reino de Israel; Rebeca, dando de beber á los camellos de Abraham, consiguió ser esposa de su hijo; Ruth, espigando detrás de los segadores de Booz, y acostándose á sus pies, fué colocada á su lado y recibida por esposa suya. No cabe duda en que pretender tan altas, elevadas y extraordinarias mercedes, es muy expuesto á ilusiones, engaños y falsedades; y algunas veces sucede que los que piensan ser ángeles, no son ni aun hombres buenos; y en la realidad, su elevación más es de palabras y expresiones que de afectos y obras. Con todo, á nadie hemos de despreciar ni censurar temerariamente, sino bendecir á Dios por la grande altura á que eleva á nuestros hermanos, y mantenernos nosotros con humildad en el camino que llevamos más bajo, pero más seguro; menos excelente, pero más proporcionado á nuestra insuficiencia y pequeñez; que si nosotros caminamos por él con humildad y fidelidad, Dios nos elevará á grandezas muy encumbradas.

CAPITULO III

De la paciencia.

La "paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios, alcancéis la promesa„, dice el Apóstol; sí, por cierto; pues, como ya había dicho el Salvador, "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas„. La mayor felicidad del hombre, Filotea, es poseer su alma; y á medida que es más perfecta la paciencia, poseemos nuestras almas más perfectamente. Acuérdate con frecuencia de que

nuestro Señor nos salvó, sufriendo y padeciendo; y que también nosotros hemos de conseguir nuestra salvación con los sufrimientos y trabajos, tolerando las injurias, contradicciones y disgustos con la mamor mansedumbre que podamos.

No has de limitar la paciencia á sufrir tales ó tales injurias y aflicciones: la has de extender universalmente á todas las que Dios te envie ó permita que te sucedan; porque algunos hay que sólo quieren sufrir aquellas tribulaciones que son honoríficas, como por ejemplo, ser heridos en campaña, ser prisioneros de guerra, sufrir malos tratamientos por la fe, empobrecer en seguimiento de algún pleito, con tal que lo ganen: estos tales no aman la tribulación, sino la honra que de ella resulta; pero el verdadero siervo de Dios sufre del mismo modo las tribulaciones ignominiosas que las honoríficas. Placer tiene el varón fuerte en ser despreciado, reprendido y acusado de los malos; pero el mérito está en sufrir las reprensiones, acusaciones y malos tratamientos de los buenos, de los amigos y de los parientes. Para mí es más apreciable la mansedumbre con que el bienaventurado Cardenal Borromeo sufrió largo tiempo las públicas declamaciones que hacia contra él en el púlpito, un gran predicador de cierta Religión muy estrecha, que todas cuantas persecuciones sufrió de los demás. Porque así como las picaduras de las abejas escuecen mucho más que las de las moscas, así el mal que se recibe de los buenos, y las contradicciones que ellos mueven, son cosas mucho más insoportables que otras: y sucede, sin embargo, muchas veces, que dos sujetos buenos, teniendo entrambos buena intención, sólo porque piensan de diverso modo, se levantan mutuamente grandes persecuciones y contradicciones.

Sé sufrida, no sólo en cuanto á la esencia, digámoslo así, de las aflicciones que te sucedieren, sino también en lo accesorio y accidental que de ellas se siga. Muchos, desde luego, se convinieron á sufrir el mal con tal que no les incomodase: yo no siento ha-

ber quedado pobre, dice uno, sino que por esto no podré servir á mis amigos, criar mis hijos, vivir con la decencia que quisiera; otro dirá: á mí no se me diera cuidado si no fuera porque el mundo pensara que ha sido por culpa mía; otro oiría con gran tranquilidad, que murmurasen de él y lo sufriría con mucha paciencia, con tal que ninguno diese crédito á la murmuración; otros piensan que alguna parte de la incomodidad les sería sufrible, pero no la quisieran sufrir toda; dicen que no se impacientan porque están malos, sino porque no tienen dinero para curarse, ó porque los asistentes son importunos. Digo, pues, Filotea, que es necesario sufrir con paciencia, no sólo el estar malos, sino el estarlo de la enfermedad que Dios quiere, en el lugar que quiere, entre las personas que quiere y con las incomodidades que quiere; y lo mismo digo de las demás tribulaciones. Cuando te sobrevenga algún mal, procura remediarle por los medios que sean posibles y conforme á la voluntad de Dios, pues hacer otra cosa sería tentar á su divina Majestad; pero hecho esto, espera con entera resignación el suceso que Dios disponga: si quiere que los remedios venzan el mal, dale gracias con humildad, y si dispone que el mal pueda más que los remedios, bendícele con paciencia.

Yo sigo el dictamen de San Gregorio: si te acusan justamente por una falta que has cometido, humíllate profundamente y confiesa que mereces aun más de lo que te acusan, y si la acusación es falsa, excúsate con mansedumbre, negando la culpa por respeto á la verdad y edificación del prójimo; pero si después de excusarte con verdad y justicia prosiguen aún acusándote, no te turbes ni te empeñes en hacer creer tu disculpa; pues ya que has cumplido con la verdad debes cumplir también con la humildad, y de esta manera, ni faltarás al cuidado que debes tener de tu buena fama ni al debido amor de la paz, humildad y dulzura de corazón. Quéjate lo menos que puedas de los agravios que recibas, pues de ordinario peca el que se querella; porque el amor propio siempre nos pinta

las injurias mayores de lo que son; y, sobre todo, jamás digas tus resentimientos á personas propensas á indignarse y á pensar mal. Pero si acaso conviene dar á alguno la queja, ó ya sea para remediar la ofensa, ó ya para aquietar tu espíritu, ha de ser á personas pacíficas y que amen mucho á Dios; porque de otra manera, lejos de aliviar tu espíritu, le llenarían de mayores inquietudes, y en lugar de sacar la espina que picaba, te la hincarían más en el pie.

Muchos hay que cuando están malos, afligidos ú ofendidos de alguno, no quieren quejarse ni mostrar sentimiento porque piensan, y con razón, que esto denota poca fortaleza y generosidad; pero desean vivamente y procuran por varios rodeos que los demás se compadezcan, les tengan mucha lástima, y los miren, no sólo como afligidos, sino también como pacientes y animosos: esto es sin duda una especie de paciencia, pero falsa, y para decirlo con toda propiedad, es delicadísima y finísima ambición y vanidad: "Estos tienen gloria, dice el Apóstol, pero no delante de Dios." El verdadero paciente ni se queja del mal, ni desea que le tengan lástima, y habla de su enfermedad con franqueza, verdad y sencillez, sin lamentos, quejas ni ponderaciones: si otros se lamentan, compadecidos de él, lleva con paciencia sus quejas, con tal que no supongan algún mal que en la realidad no padece; pues entonces declara con modestia que no le tiene y queda de este modo tranquilo entre la verdad y la paciencia, confesando su mal, pero sin quejarse de él.

Cuando por ser devota padezcas contradicciones (que no te faltarán ciertamente), acuérdate de las palabras de nuestro Señor: "La mujer, mientras está de parto, se aflige; pero después de haber parido un niño, ya no se acuerda de sus dolores, por el gozo de haber nacido un hombre al mundo." Has concebido en tu alma el más digno infante, que es Jesucristo, y en tanto que llega á nacer y á salir á luz, es preciso que padezcas trabajos; pero ten buen ánimo, porque pasados estos dolores, te quedará la eterna alegría de

haber dado á la luz del mundo un hombre como éste; y se podrá decir que del todo le has dado á luz cuando por medio de la imitación de sus ejemplos le hayas formado enteramente en tu corazón y en tus obras.

Cuando estuvieres enferma, ofrece á nuestro Señor todos los dolores, penas y fatigas, y suplícale que las una á los tormentos que padeció por ti: obedece al médico, toma las medicinas, alimentos y demás remedios por el amor de Dios, acordándote de la hiel que tomó por amor nuestro: desea curarte para servirle; pero no rehuses el estar enferma para obedecerle, y disponte á morir, si fuere su voluntad, para alabarle y gozarle. Acuérdate de que las abejas, cuando fabrican la miel, comen un alimento sumamente amargo, y que así jamás podemos nosotros hacer actos de mayor dulzura y paciencia, ni componer mejor la miel de las virtudes perfectas, que cuando comemos el pan de amargura y vivimos entre congojas; y como la miel que se hace de las flores del tomillo, hierba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se ejercita en la amargura de las más viles, bajas y despreciables tribulaciones, es la más excelente de todas.

Pon frecuentemente los ojos del espíritu en Jesucristo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, abandonado, finalmente, oprimido de tedio, de tristeza y de trabajos; y considera que todo lo que padeces no tiene comparación alguna, ni en cantidad, ni en calidad, con lo que padeció el Señor, y que jamás podrás tú padecer por El cosa alguna comparable á lo que padeció por ti.

Considera las penas que sufrieron en otro tiempo los mártires y las que muchas personas sufren al presente, las cuales son incomparablemente más graves que las tuyas, y exclama: ¡Ay de mí! consuelos son mis trabajos y rosas mis penas, á vista de los que, sin socorro, asistencia ni alivio, viven en una continua muerte, aquejados de aflicciones muchísimo más graves.

CAPÍTULO IV

De la humildad en cuanto al exterior.

PIDE prestados muchos vasos vacíos, dijo Eliseo á la pobre viuda, y ve echando aceite en todos ellos: á este modo es necesario que nuestros corazones estén vacíos de la propia gloria para que la gracia del Señor los llene. Pues así como el cernícalo, por una propiedad y virtud oculta, espanta á las aves de rapiña con el graznido y con la vista, por lo cual las palomas le quieren más que á las otras aves, y se tienen por seguras cuando está entre ellas; así la humildad ahuyenta al demonio y conserva todas las gracias y dones del Espíritu Santo. Por esta razón todos los Santos, y más particularmente el Rey de los Santos y su Madre Santísima, prefirieron siempre esta preciosa virtud á todas las morales.

Llámase gloria vana la que se funda, ó ya en lo que no está en nosotros, ó ya en lo que aunque esté en nosotros no depende de nosotros, ó ya, finalmente, en lo que aun estando y dependiendo de nosotros, no merece que de ellos nos gloriemos. La nobleza del linaje, el favor de los grandes y el aura popular, no son cosas que estén en nosotros, sino en nuestros predecesores ó en la estimación de los demás. Algunos tienen gran vanidad de ir montados en un buen caballo, de llevar una pluma en el sombrero, de estar ricamente vestidos; mas ¿quién no conoce que esto es locura? porque si hay alguna gloria en ello, es del caballo, del ave y del sastre; ¿y puede haber mayor flaqueza que mendigar estimación de un caballo, de una pluma y de un vestido? Otros se engríen y se van mirando porque llevan los bigotes levantados, la barba bien peinada, los cabellos encrespados; porque tienen suaves las manos, porque saben bailar, jugar ó cantar: ¿y no será también flaque-

za, querer con unas cosas tan frívolas y ligeras, aumentar su valor y acrecentar su reputación? Otros, por un poco de ciencia, quieren ser honrados y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir á su escuela y tenerlos por maestros, por lo cual se les da el nombre de pedantes. Otros se pavonean mirando su belleza y creen que todo el mundo pone en ellos sus ojos: todo esto es sumamente vano, necio y descabellado; y la gloria que estriba en tan débiles fundamentos, es vana, necia y frívola.

Conócese el verdadero bien como el bálsamo legítimo; porque así como éste se aprueba echándole en agua gota á gota, pues entonces, si es fino y precioso, se va á fondo y se pone debajo; así se conoce al hombre verdaderamente prudente, sabio, generoso y noble, en que dirige á la humildad, modestia y sumisión todos estos bienes, que entonces son verdaderos; pero si nadan por encima y quieren ser vistos, serán tanto menos reales cuanto más aparentes. Las perlas que se creían expuestas al viento y al ruido de los truenos, no tienen más que la corteza de perlas y están vacías de substancias; del mismo modo las virtudes y buenas cualidades de los hombres, concebidas y criadas en soberbia, jactancia y vanidad, sólo tienen apariencia de bien, pero sin jugo, sin meollo y sin solidez.

Son los honores, jerarquías y dignidades como el azafrán, que sale mejor y produce con mayor abundancia cuando se pisa: tampoco es apreciable la hermosura de quien se va mirando siempre, pues que la gracia de la belleza consiste en el descuido, y también la ciencia es afrentosa, cuando llena de hinchazón degenera en pedantería.

Si andamos reparando en puestos, en asientos y en títulos, no sólo nos exponemos á que se examine, indague y dispute nuestra calidad, sino que envilecemos las mismas distinciones, que al paso que merecen aprecio si vienen sin buscarlas, son despreciables cuando se exigen, buscan y solicitan. ¿No sabes que el pavo real, cuando forma su rueda levantando las

vistosas plumas para mirarse, se eriza todo y por todas partes muestra su fealdad? ¿No ves que las flores, que son hermosas cuando están en la planta, cogidas y manoseadas se marchitan? Pues así como perciben un olor muy suave los que, de lejos y de paso, huelen la mandrágora, pero los que la huelen de cerca y despacio quedan adormecidos y enfermos; asi las honras son agradable consuelo para los que lijeramente y de lejos las perciben, sin detenerse ni fijar en ellas sus cuidados; pero al que se aficiona y apacienta en ellas, le hacen digno de la más severa reprensión y vituperio.

Empieza el hombre á ser virtuoso siguiendo y amando la virtud; pero siguiendo y amando las honras empieza á ser despreciable y reprensible; pararse en las pequeñeces del puesto, de la cortesía y del cumplimiento no es de almas grandes que tienen otras cosas en que pensar, sino de gente desocupada. El que puede tener perlas no se carga de conchas, y el que busca la virtud no se afana por distinciones. Cierto es que, sin faltar á la humildad, puede cada uno ponerse en su lugar y mantenerse en él; pero ha de ser sin cuidado y sin disputas; pues así como los que vienen del Perú, además del oro y de la plata, traen también monas y papagayos porque no les cuestan nada ni sirven de gran carga en el navío; así los que tienen puesta la mira en la virtud no dejan de recibir las distinciones y honras que les corresponden, con tal que no les cueste demasiada atención y cuidado, ni les acarree turbaciones, inquietudes, disputas y competencias. No hablo aquí de los que están constituidos en empleos públicos, ni de ciertos lances particulares, de que pueden seguirse notables consecuencias; porque en tales casos, cada uno debe mantener su derecho con prudencia y discreción acompañadas de caridad y cortesía.

CAPITULO V

De otra humildad más interior.

PERO ya desearás, Filotea, que pasemos más adelante en la humildad; porque lo dicho hasta aquí, más que humildad, se debe llamar prudencia; vamos, pues, más adelante. Muchos hay que ni quieren ni se atreven á pensar y considerar las gracias que Dios, particularmente, les ha dispensado, porque temen vanagloriarse ó complacerse con ellas; pero ciertamente se engañan, pues siendo la consideración de los beneficios divinos medio verdadero de alcanzar el amor de Dios, como enseña el grande y Angélico Doctor, amaremos más á Dios, á proporción que conozcamos más sus mercedes; y como los beneficios particulares mueven más nuestro corazón que los generales, por eso debemos considerarlos más atentamente. A la verdad, nada puede humillarnos tanto como la multitud de los beneficios del Señor, contemplando su misericordia, y la multitud de nuestras maldades, considerando su justicia. Miremos lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra Dios: asi como consideramos por menor nuestros pecados, consideremos también por menor sus gracias; y no temamos que el conocimiento de los dones con que nos ha dotado, pueda engreirnos y desvanecernos, si tememos, presente siempre esta verdad, que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro. ¿Dejan acaso de ser bestias pesadas y hediondas los mulos, por ir cargados de los preciosos muebles de un príncipe? ¿Qué tenemos nosotros bueno que no lo hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos hemos de ensoberbecer? Antes por el contrario, la consideración de las gracias recibidas nos humilla, porque el conocimiento produce reconocimiento. Pero si al considerar las gracias que Dios nos ha hecho sentimos que nos

tienta algún tanto la vanidad, el remedio infalible es recurrir á la consideración de nuestras ingratitudes, imperfecciones y miserias; pues si consideramos lo que hemos hecho cuando Dios no ha estado con nosotros, conoceremos claramente que lo que hacemos cuando está con nosotros, no es de nuestro caudal ni de nuestra cosecha; y aunque verdaderamente nos gocemos y regocijemos por los bienes que hay en nosotros, á Dios solo, como autor de ellos, daremos la gloria.

De este modo confiesa la Santísima Virgen, que Dios ha obrado en ella cosas sumamente grandes; pero lo confiesa sólo para humillarse y engrandecer á Dios. *Mi alma*, dice, *engrandece al Señor, porque ha obrado en mí grandes cosas.* Nosotros, por el contrario, decimos muchas veces que somos la misma miseria y la escoria del mundo; pero quedaríamos harto burlados, si, cogiéndonos la palabra, dijeran en en público de nosotros lo mismo que hemos dicho: aparentamos huir y escondernos, para que nos sigan y nos busquen: afectamos querer ser los últimos y sentarnos en el ínfimo lugar del banquete, pero con el fin de pasar al primero con más ventajas. La verdadera humildad no muestra que lo es, ni anda diciendo palabras humildes, porque, no sólo desea ocultar las otras virtudes, sino, principalmente, ocultarse á sí misma; y si le fuese lícito mentir, fingir ó escandalizar al prójimo, prorrumpiría en palabras arrogantes y altivas para encubrirse con ellas; y vivir enteramente desconocida y oculta. Por tanto, Filotea, mi sentir es, que ó no digamos palabras humildes ó las digamos de todo corazón, pensando interiormente lo mismo que exteriormente pronunciamos: no bajemos los ojos sin humillar el corazón al mismo tiempo: no demos á entender que queremos el último lugar sin quererlo verdaderamente; y esta regla la establezco como tan general, que no admito excepción alguna: solo añadiré que la cortesía exige algunas veces que ofrezcamos la preferencia á los que ciertamente no la han de tomar, sin que en ello haya

doblez ni humildad fingida, porque entonces el ofrecer la preferencia es un principio de distinción y ya que no podamos dársela entera, no es mal hecho que les demos el principio. Lo mismo digo de algunas expresiones de cortesía y de respeto, que, en rigor, no parecen verdaderas, pero, con todo, lo son bastante cuando se dicen con verdadera intención de honrar y respetar al sujeto á quien se dirigen; pues, aunque las palabras signifiquen con algún exceso lo que decimos, no es malo usarlas cuando la costumbre lo requiere: sin embargo, quisiera que las palabras concordasen lo posible con nuestros afectos, para seguir en todo y por todo la sencillez y candor cordial. El verdadero humilde, más quiere que otro diga de él que es miserable, que es nada, que nada vale, que no decirlo él mismo: ó por lo menos, cuando sabe que lo dicen así, no lo contradice, sino que de buena fe se conforma, porque como lo cree firmemente, se alegra de que sigan su opinión. Muchos dicen que no son dignos de tener oración mental, y la dejan para los perfectos; otros aseguran que no se atreven á comulgar con frecuencia porque no se hallan bastante puros; otros que temen, si profesan la devoción, deshonrarla con su gran miseria y fragilidad, y otros rehusan emplear sus talentos en servicio de Dios y del prójimo, porque, dicen, que conocen su flaqueza y temen ensoberbecerse si se ven instrumentos de algún bien, y perderse á sí mismos cuando iluminen á los demás; todo esto es artificio y una especie de humildad, no sólo falsa, sino maligna, con la cual quieren ocultamente y con gran sutileza desacreditar las cosas divinas, ó á lo menos encubrir, so color de humilde, el amor propio, que les hace seguir su dictámen, su genio y su pereza.

Pide á Dios una señal de lo alto del cielo, ó en lo profundo del mar, decía el Profeta al malaventurado Acaz, y el respondió: *No la pediré, ni tentaré al Señor.* ¡Ah malvado! afecta tener gran reverencia á Dios, y so color de humildad, no quiere aspirar á la gracia con que su divina bondad le convida.

¿Acaso no ve, que cuando Dios nos quiere favorecer es soberbia rehusarlo; que los dones de Dios nos obligan á r ecibirlos, y que es humildad obedecer y seguir con la mayor prontitud su voluntad? ¿Que su voluntad es que seamos perfectos, uniéndonos con El é imitándole lo más que nos sea posible? Razón tiene de no atreverse á emprender nada el soberbio que confía en sí propio; pero el humilde es tanto más animoso cuánto más reconoce su insuficiencia; se atreve más cuanto más despreciable se juzga, porque tiene toda su confianza en Dios, que se complace en magnificar su omnipotencia en nuestra enfermedad y elevar su misericordia sobre nuestra miseria: así que es necesario atrevernos humilde y santamente á todo lo que nuestros directores espirituales juzguen oportuno para nuestro aprovechamiento.

Pensar que sabemos lo que ignoramos, es necedad manifiesta; y querer pasar por sab'os en lo mismo que nos co nsta que no sabemos, es vanidad insoportable: yo, por mí, ni aun en lo que sé quisiera afectar sabiduría, aunque tampoco quisiera afectar ignorancia. Es menester, cuando la caridad lo exige, comunicar con el prójimo con franqueza y dulzura, no sólo lo preciso para su instrucción, sino también lo conveniente para su consuelo; que si la humildad oculta y encubre las virtudes para no perderlas, las manifiesta cuando la caridad lo ordena para acrecentarlas, engrandecerlas y perfeccionarlas. Semejante á un arbol de las islas de Tilos, que encoge á la noche sus hermosas encarnadas flores, y no las abre hasta que sale el sol, por lo cual suelen decir los de aquel país, que estas flores duermen por la noche; la humildad encubre y guarda todas nuestras virtudes y perfecciones humanas, y sólo deja que comparezcan á vista de la caridad, que siendo virtud, no humana sino celestial, no moral sino divina, es el verdadero sol de las virtudes sobre las cuales ha de extender siempre su dominio; y, por tanto, humildad que perjudique á la caridad será indubitablemente falsa.

Tampoco quisiera afectar ni locura ni prudencia,

pues si afectar prudencia es contra la humildad, afectar locura es contra la sencillez y candor; porque así como la vanidad se opone á la humildad, así contradicen á la sencillez y candor el artificio, la afectación y el fingimiento; por lo cual debemos admirar, más no imitar, á algunos grandes siervos de Dios, que para ser despreciados del mundo se fingieron locos; pues si llegaron á tal exceso, fué movidos de razones tan particulares y extraordinarias, que no pueden hacer regla para los demás. Así, cuando David danzó y saltó delante del Arca del Testamento, más de lo que, según las reglas ordinarias, permitía la majestad y decoro de su persona, en esto no quiso afectar locura, sino denotar, naturalmente y sin artificio, con los movimientos exteriores del cuerpo, el interior extraordinario y desmesurado gozo de su espíritu. Verdad es que cuando se lo echó en cara como locura Micol su esposa, no se dió por sentido de verse despreciado, antes, perseverando en la sencilla y verdadera representación de su gozo, testificó que se complacía de recibir por su Dios algún desprecio. En consecuencia de lo cual te digo, que si te juzgan despreciable, abatida ó necia, porque eres verdadera y sencillamente devota, la humildad hará que te regocijes con este feliz oprobio, que no nace de ti, sino de los que te desprecian.

CAPITULO VI

La humildad hace que amemos la propia abyección.

Quiero pasar más adelante, Filotea, y decirte que en todo y por todo ames tu propia abyección. Pero acaso me preguntarás: ¿qué quiere decir esto de amar la propia abyección? En latín, abyección quiere decir humildad, y humildad quiere decir abyección; así, pues, cuando Nnuestra Señora en su sagrado cántico dice: "Porque miró el Señor la humildad de su sierva, todas las generaciones me

llamarán bienaventurada,„ quiere decir que nuestro Señor miró con buenos ojos su abyección, vileza y jeza para colmarla de gracias y favores. Sin embargo, hay diferencia entre la virtud de la humildad y la abyección; porque abyección es la pequeñez, babajeza y vileza que hay entre nosotros, aunque no hagamos alto en ello; pero la virtud de la humildad es el verdadero conocimiento y reconocimiento voluntario de nuestra abyección; así que la humildad perfecta no consiste sólo en reconocer voluntariamente nuestra abyección, sino en amarla y complacerse en ella; y no por falta de ánimo y generosidad, sino por exaltar mucho más la Majestad divina y tener en más al prójimo que á nosotros mismos. A esto te exhorto, y, para entenderlo mejor, sabe que entre los males que sufrimos, unos llevan consigo abyección y otros honra; con éstos se conforman muchos, pero casi ninguno con aquéllos. Verás á un devoto ermitaño con un hábito andrajoso, muriéndose de frío, y todos honran sus andrajos, compadeciéndose de lo que padece; pero si un artesano, un caballero ó una señora pobre se ve en el mismo estado, los desprecian y se burlan de ellos; y he ahí de dónde viene la abyección de su pobreza. Si un religioso recibe humildemente una reprensión áspera del superior, todos calificarán este acto de obediencia, de mortificación y de prudencia; pero si á un caballero ó á una señora le sucede lo mismo con cualquiera, aunque lo sufran por amor de Dios, todos lo tacharán de cobardía y pusilanimidad. He ahí otro mal con abyección. Si uno padece un cáncer en el brazo y otro le tiene en el rostro, el primero sólo padece la enfermedad; pero el segundo, además de la dolencia, sufre desprecio, desvío y abyección. Sentado esto, digo que no solamente hemos de amar la enfermedad, en la cual se ejercita la paciencia, sino también la abyección, lo cual es propio de la humildad.

También entre las virtudes hay unas que son abyectas y otras honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la sencillez y la humildad misma son virtudes

que los mundanos tienen por viles y abatidas; y, por el contrario, hacen grande aprecio de la prudencia, vigilancia y liberalidad. Aun entre los actos de una misma virtud, unos son despreciados, y honrados otros, como sucede en el dar limosna y el perdonar las injurias; pues siendo entrambos actos de caridad, todos honran el primero, pero los mundanos desprecian el segundo. Si un joven noble, ó una señora de poca edad, no se dejan llevar de los desórdenes de muchos desenfrenados en hablar, jugar, bailar, beber y vestir, serán sin duda murmurados y censurados de los demás, que darán á su modestia el nombre de rusticidad ó afectación; pues si se complacen en este desprecio, aman su propia abyección. Me explicaré de otro modo: supón que vamos á visitar á los enfermos; si me envían al más miserable, esto será para mí abyección, según piensa el mundo, y lo apreciaré por lo mismo; pero si me envían á los de más alta jerarquía, será abyección según el espíritu, porque en este acto no hay tanta virtud y mérito; pues esta misma abyección es la que debo amar. Cuando uno se cae en medio de la calle, no sólo se hace mal, sino padece sonrojo; pues también se ha de amar esta abyección. También hay faltas que, sin ser malas en sí, ocasionan abyección: éstas no pide la humildad que se cometan de propósito; pero quiere, sí, que no nos inquietemos si caemos en ellas; por ejemplo, debemos procurar no incurrir en ciertas indiscreciones, inadvertencias y descortesías, porque lo dictan la civilidad y la prudencia; pero, una vez cometidas, es menester conformarnos con la abyección que de esto nos resulta, y aceptarla con gusto, para ejercitar con ella la santa humildad. Más aún me atrevo á decir: si arrebatado de algún ímpetu de ira ó disolución he prorrumpido en expresiones indecorosas, ofendiendo á Dios y al prójimo, me arrepentiré de todo corazón, y quedaré sumamente pesaroso de la ofensa, procurando repararla en cuanto pueda; más no dejaré por eso de abrazar gustoso la abyección y el desprecio que me resulta, de modo

que si pudiera separarse lo uno de lo otro, detestaría esforzadamente el pecado y acogería humildemente la abyección.

Pero, aunque amemos la abyección que se origina del mal, debemos procurar por medios convenientes y legitimos, remediar el mal que la ha producido, especialmente cuando es de consecuencia. Si tengo, por ejemplo, en el rostro alguna enfermedad que me ocasiona abyección, procuraré curarme del mal, pero no que se olvide la abyección que por él he recibido. Si la falta que he cometido á nadie ofende, no me debo disculpar, porque no siendo permanente esta falta, sólo por la abyección podía ser la disculpa, y eso no lo consiente la humildad; pero si por descuido ó inadvertencia he ofendido ó escandalizado á alguno, entonces sí que repararé la ofensa con alguna excusa verdadera, porque como el daño es permanente, la caridad manda que se remedie. Mas también alguna vez acontece que la misma caridad nos obliga á remediar la abyección por el bien del prójimo, á quien nuestra reputación es provechosa: en tal caso, apartemos de la vista del prójimo nuestra abyección para que no se escandalice; encerrémosla y guardémosla en lo íntimo del corazón para que éste se edifique.

Me preguntarás, Filotea, ¿qué abyecciones son las mejores? y yo te responderé sin detenerme, que las casuales, ó nacidas de la misma condición de vida que tenemos, son las más agradables á Dios y provechosas al alma; porque no son escogidas por nosotros, sino recibidas como nos las envía su Divina Majestad, cuya elección es siempre más acertada que la nuestra; pero si se ha de escoger, las mayores son las mejores, y por mayores entendamos las más contrarias á nuestras inclinaciones, con tal que no desdigan de nuestra vocación; pues, por decirlo de una vez para siempre, la propia elección destruye y menoscaba casi todas las virtudes. ¡Oh, quién nos diera que pudiésemos decir con el real Profeta: "¡Escogido he vivir abatido en la casa de mi Dios, antes que ha-

bitar en los tabernáculos de los pecadores!„ Sólo puede concedernos esta gracia, amada Filotea, el que por exaltarnos vivió y murió siendo «oprobio de los hombres y abyección de la plebe„. Muchas cosas te he dicho, que te parecerán asperísimas al considerarlas; pero créeme, al practicarlas, verás que son mucho más dulces que el azúcar y la miel.

CAPITULO VII

Cómo se ha de conservar la buena fama ejercitando la humildad.

No por cualquiera virtud se da á los hombres alabanza, honra y gloria, sino por la virtud sobresaliente, pues con las alabanzas procuramos persuadir á los demás que estimen la excelencia de alguno. Con la honra protestamos estimarle nosotros mismos, y la gloria, en mi entender, no es más que cierto brillo de reputación, que resulta de la reunión de muchas alabanzas y honras; así que, las honras y alabanzas son como piedras preciosas, de cuyo conjunto resulta el esmalte de la gloria. Pues como la humildad no puede sufrir, que nosotros creamos sobresalir ó ser dignos de alguna preferencia entre los demás, tampoco puede consentir que busquemos la alabanza, la honra ni la gloria, que sólo se deben dar á la excelencia; pero consiente, sin embargo, que cuidemos de nuestra buena fama, según el consejo del Sabio, pues la buena fama no consiste en la estima de alguna excelencia, sino sólo de la mera y común hombría de bien é integridad de vida, que sin perjuicio de la humildad podemos reconocer en nosotros, deseando, por consiguiente, nuestra reputación. Verdad es que la humildad despreciaría la buena fama si la caridad no hubiese menester de ella; porque como uno de los fundamentos de la sociedad humana es la reputación, sin la cual, no sólo seríamos inútiles, sino tam-

bién perjudiciales al público por el escándalo que recibiría; de ahí nace el requerir la caridad y consentir la humildad que nosotros deseemos y conservemos con toda diligencia el buen nombre.

Además de esto, así como las hojas de los árboles, que en sí mismas tienen muy poco precio, con todo, son utilísimas, no sólo para hermosear, sino también para conservar el fruto cuando todavía está tierno; así el buen nombre, que por sí mismo no merece que lo deseemos con ansia, sin embargo, importa mucho, no sólo para adorno de nuestra vida, sino también para la conservación de nuestras virtudes, y en especial de las que están todavía débiles y tiernas. La obligación de mantener la buena fama y hacernos nos dignos de ser estimados, fortalece al ánimo generoso con una poderosa y dulce violencia. Conservemos, amada Filotea, nuestras virtudes, porque son agradables á Dios, que es el grande y soberano fin de todas nuestras acciones; pero así como el que quiere conservar las frutas no se contenta con sólo confitarlas, sino que las pone en vasos oportunos para su conservación; así también, aunque el amor de Dios sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos emplear también una buena fama como utilísima y propiísima para este efecto.

Pero no por eso hemos de ser nimiamente eficaces, exactos y delicados en conservar la propia fama; pues los que tienen esta nimia delicadeza, son como aquellos que, por cualquier ligerísima indisposición se llenan de medicamentos: éstos, por conservar su salud, la destruyen; y aquellos, por mantener con toda escrupulosidad su fama, vienen á perderla enteramente; porque su mucha delicadeza los hace caprichosos, inquietos é insufribles, por lo cual provocan la malignidad de los maldicientes.

Ordinariamente se curan mejor las injurias y calumnias sufriéndolas y despreciándolas, que con resentimientos, quejas y venganzas: el que las desprecia, hace que se desvanezcan; pero el que se ofende, parece que las confiesa, y así como el cocodrilo sólo

hace mal al que le teme, así la maledicencia sólo hiere al que se resiente de ella.

El temor excesivo de perder la buena fama, es prueba clara de tener mucha desconfianza del fundamento en que estriba, que es vivir bien. Las ciudades que tienen puentes de madera en los ríos caudalosos, temen que cualquiera avenida se los lleve; pero las que los tienen de piedra, sólo están con cuidado en las inundaciones extraordinarias: así los cristianos sólidos y verdaderos desprecian, por lo común, las avenidas de las lenguas maldicientes; cuando los flacos se andan inquietando á cada paso. Lo cierto es, Filotea, que el que quiere tener reputación con todos, con todos la pierde; y con razón debe perder la honra el que quiere tenerla entre aquellos á quienes sus vicios hacen verdaderamente infames y deshonrados.

Es la reputación como muestra de la casa donde mora la virtud; y así, si te llaman hipócrita, porque profesas la devoción, ó si te juzgan pusilánime, porque perdonas las injurias, bien puedes reirte: lo uno, porque sólo unos necios é ignorantes son capaces de pensar de este modo; y lo otro, porque aun cuando fuese necesario perder la buena fama, no por eso se había de negar la virtud ó abandonar el camino de conseguirla, pues más estimable es el fruto que las hojas; quiero decir: el bien interior y espiritual debe anteponerse á todos los bienes exteriores. Hemos de ser celosos, mas no idólatras de la buena fama: y así como es justo no ofender la vista de los buenos, así también es necedad contentar la de los malos. ¿No veis en la barba del hombre y en los cabellos de la mujer, que son adornos del rostro, no veis, digo, que con dificultad vuelven á nacer si se arrancan de raíz los cañones; pero si se cortan ó se afeitan, luego vuelven á crecer más fuertes y erizados? Pues así también, por más que la lengua maldiciente, navaja afilada en frase de David llegue á cortar ó raer, por decirlo así, el buen nombre, no por eso debemos inquietarnos, porque bien presto renacerá con la mis-

ma hermosura y con solidez más constante. Pero, si nuestros vicios, abandono y mala vida destruyen nuestra reputación, difícilmente volverá á brotar de nuevo, estando arrancada la raíz; pues la raíz del buen nombre es la bondad y probidad, la cual, subsistiendo en nosotros, puede producir de nuevo la honra que le es debida.

Se debe abandonar aquella conversación vana, aquel trato inútil, aquella amistad frívola y aquella frecuencia inconsiderada si son perjudiciales al buen nombre; porque el buen nombre es mucho más estimable que todos estos vanos contentos; pero si murmuran, reprenden y calumnian los ejercicios de piedad, los progresos de devoción y la diligencia en buscar los bienes eternos, dejemos enhorabuena que ladren los perros á la luna, porque si pueden, levantando alguna voz siniestra contra nuestra fama, cortar y raer, por decirlo así, los cabellos ó la barba de nuestra reputación, pronto crecerán de nuevo, y la navaja de la maledicencia servirá de instrumento á nuestra honra, como le sirve á la viña la podadera, con cuyos cortes sale más frondosa y cargada de fruto.

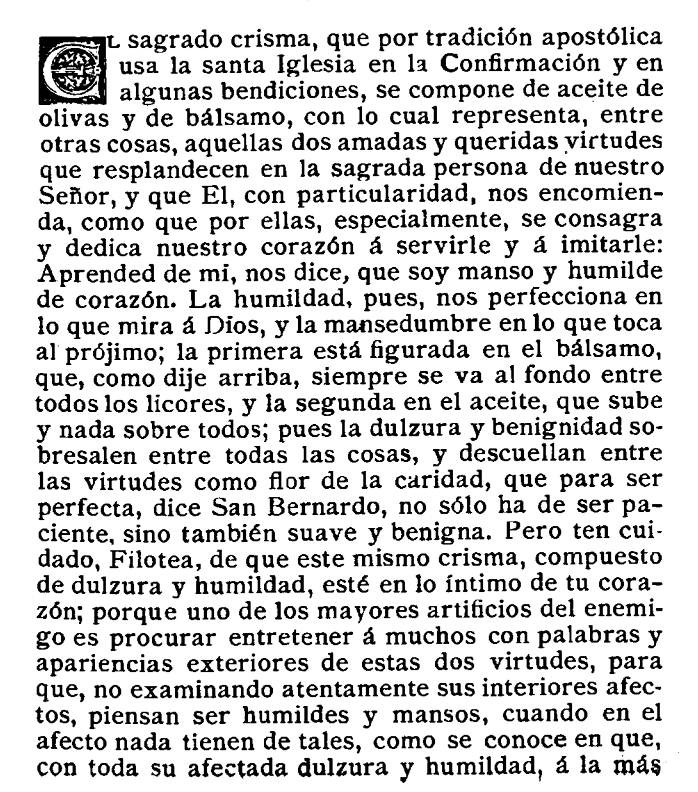
Tengamos puestos siempre los ojos en Jesucristo crucificado, que El cuidará de nuestra reputación, y aun cuando permita que nos la quiten, será para dárnosla mejor, ó para que adelantemos en la santa humildad, de la cual una onza vale mucho más que mil libras de honra. Si nos desacreditan injustamente, opongamos con serenidad la verdad á la calumnia: si persevera ésta, perseveremos en humillarnos, que nunca estará más segura nuestra reputación, que cuando la pongamos juntamente con nuestra alma en las manos de Dios. Sirvámosle *por la infamia y por la buena fama*, como hacía San Pablo; y así podremos decir con David: "Por Ti, Dios mío, he sufrido el oprobio y que la confusión cubra mi rostro.»

Deben, sin embargo, exceptuarse de esta regla general ciertos crímenes tan atroces é infames, que nadie debe consentir que se le atribuyan, si puede con

justicia sincerarse; y también se han de exceptuar ciertas personas cuya reputación es necesaria para edificación de muchos; porque en estos casos, dicen los teólogos que se debe pedir satisfacción del agravio recibido, pero sin perder la paz.

CAPITULO VIII

De la afabilidad con el prójimo y remedio contra la ira.



El sagrado crisma, que por tradición apostólica usa la santa Iglesia en la Confirmación y en algunas bendiciones, se compone de aceite de olivas y de bálsamo, con lo cual representa, entre otras cosas, aquellas dos amadas y queridas virtudes que resplandecen en la sagrada persona de nuestro Señor, y que El, con particularidad, nos encomienda, como que por ellas, especialmente, se consagra y dedica nuestro corazón á servirle y á imitarle: Aprended de mi, nos dice, que soy manso y humilde de corazón. La humildad, pues, nos perfecciona en lo que mira á Dios, y la mansedumbre en lo que toca al prójimo; la primera está figurada en el bálsamo, que, como dije arriba, siempre se va al fondo entre todos los licores, y la segunda en el aceite, que sube y nada sobre todos; pues la dulzura y benignidad sobresalen entre todas las cosas, y descuellan entre las virtudes como flor de la caridad, que para ser perfecta, dice San Bernardo, no sólo ha de ser paciente, sino también suave y benigna. Pero ten cuidado, Filotea, de que este mismo crisma, compuesto de dulzura y humildad, esté en lo íntimo de tu corazón; porque uno de los mayores artificios del enemigo es procurar entretener á muchos con palabras y apariencias exteriores de estas dos virtudes, para que, no examinando atentamente sus interiores afectos, piensan ser humildes y mansos, cuando en el afecto nada tienen de tales, como se conoce en que, con toda su afectada dulzura y humildad, á la más

mínima palabra de disgusto que les dicen, ó á la menor injuria que reciben, se ensoberbecen con indecible arrogancia. Se suele decir, que no se hinchan, aunque sean mordidos ó picados de víboras, los que usan un preservativo, llamado comúnmente gracia de San Pablo, si es legítima y fina; así también, cuando la humildad y mansedumbre son legítimas y verdaderas, nos libran de la hinchazón y ardor que suelen causar en nuestros corazones las injurias; pero, si nos alteramos, ensoberbecemos y apesadumbramos con las picaduras y mordeduras de los maldicientes y enemigos, señal es de que nuestra humildad y dulzura no es verdadera y genuina, sino artificiosa y aparente.

Al despachar á sus hermanos de Egipto el santo y famoso patriarca José, para que se restituyesen á la casa de su padre, sólo les hizo este encargo: No os enojéis por el camino. Y pues esta miserable vida es camino de la bienaventurada, lo mismo te digo, Filotea, no nos enojemos en el camino unos contra otros; caminemos con nuestros hermanos y compañeros con dulzura, paz y amor; y te lo digo con toda claridad y sin excepción alguna: no te enojes jamás, si es posible; por ningún pretexto des en tu corazón entrada al enojo, pues Santiago expresamente nos enseña que "la ira del hombre no obra la justicia de Dios". Debemos, ciertamente, oponernos á lo malo, y refrenar los vicios de las personas que están á nuestro cargo con entereza y vigilancia, pero con dulzura y apacibilidad. El remedio más eficaz para sosegar al elefante rabioso es la vista de un corderillo, y el mejor reparo contra la violencia de los cañonazos son los sacos de lana. Aunque sea con razón, no hace la corrección tanta fuerza cuando nace de la pasión como cuando es producida únicamente por la razón misma, porque el alma racional está naturalmente sujeta á la razón, y sólo por tiranía se somete á la pasión; así que, aun la razón misma se hace odiosa si la pasión la acompaña, porque envilece su justo imperio, asociando á él la tiranía. Cuando los príncipes van de paz á

visitar sus pueblos, los llenan de indecible honra y consuelo; pero cuando llevan consigo un ejército, aunque sea para bien público, con todo, es desagradable y dañosa su venida, pues, por más que hagan observar exactamente á sus soldados la disciplina militar, no pueden impedir que suceda algún desorden con que el bueno sea atropellado. Del mismo modo, mientras reina la razón, ejecutando pacíficamente los castigos, correcciones y reprensiones, aunque sea con exactitud y rigor, es amada y aprobada de todos; pero cuando lleva consigo ira, cólera y enojo, que son sus soldados, como dice San Agustín, entonces se muestra más temible que amable, y el propio corazón queda siempre atropellado y maltratado. Más vale, dice el Santo escribiendo á Profuturo, más vale negar la entrada á la ira justa y moderada que recibirla, por pequeña que sea, pues, si llega á entrar, es difícil hacer que salga, porque entra como pequeño pimpollo, y en un instante engruesa y se hace árbol crecido: con sólo una noche que permanezca, poniéndose el sol sobre nuestra ira, contra lo que manda el Apóstol, se convertirá en aborrecimiento y apenas habrá modo ya de deshacerse de ella, pues como el hombre encolerizado jamás tiene por injusto su enojo, alimenta su ira con muchos falsos juicios.

De lo dicho se infiere que vale más aprender á no enfadarse que intentar enfadarse con moderación y prudencia; y si por imperfección ó flaqueza nos sorprende la ira, más vale rechazarla al instante que entrar con ella en capitulaciones; pues, por poco lugar que se le dé, se apodera de la plaza, y hace como la serpiente, que donde entra la cabeza fácilmente entra todo el cuerpo. Pero ¿cómo la hemos de rechazar?, me dirás. Al primer resentimiento que tengas has de juntar prontamente, Filotea mía, todas tus fuerzas, mas no con aspereza é impetuosidad, sino con dulzura y serenidad al mismo tiempo. Pues así como en las audiencias de los Senados y Parlamentos los porteros gritando *silencio,* hacen más ruido que los

otros á quienes mandan callar, así muchas veces sucede, que queriendo nosotros reprimir con impetuosidad la cólera, agitamos más que ella nuestro corazón y agitado ya, no puede dominarse á sí mismo.

Después de este suave esfuerzo has de practicar el aviso que daba San Agustín, siendo ya anciano, al Obispo Auxilio, que era joven: Haz, decía, lo que debe hacer un hombre santo, esto es, que si como hombre te sucede lo que el hombre de Dios dice en su salmo: "turbádose han mis ojos por la ira„, exclames á Dios: "tened, Señor, misericordia de mí„, para que extendiendo su diestra reprima tu ira. Quiero decir que si nos vemos agitados de la ira, invoquemos el auxilio divino, como los Apóstoles cuando se vieron combatidos del viento y torbellino en medio de las aguas, que Dios mandará á nuestras pasiones que cesen, y quedaremos en gran tranquilidad; pero te advierto que contra la ira que actualmente atormenta no se ha de orar con agitación, sino con dulzura y sosiego; y lo mismo digo de los demás remedios contra este mal.

Además de lo dicho, luego que adviertas haber tenido algún acto de ira, repara la falta prontamente con otro acto de mansedumbre con la misma persona contra quien te has irritado. Pues, así como es excelente remedio contra la mentira desdecirse al instante que se advierte haberla dicho, también es remedio eficaz contra la ira repararla prontamente con su acto contrario, que es el de mansedumbre: que las llagas, como se suele decir, se curan con más facilidad cuando están recién hechas.

Pero sobre todo, cuando estás tranquila y sin enfado alguno, haz gran provisión de dulzura y mansedumbre, poniendo cuidado en que todas tus palabras y acciones, chicas y grandes, sean lo más suaves que puedas, acordándote de que la Esposa de los Cantares tiene la miel, no sólo en los labios y en la punta de la lengua, sino también debajo de la lengua, esto es, en el pecho; y no sólo tiene miel, sino también leche, porque para el prójimo han de ser dulces,

no solamente las palabras, sino también el pecho; esto es, el interior; y no basta tener la dulzura de la miel aromática y olorosa, siendo suave en el trato urbano con los extraños, pues también ha de haber la dulzura de la leche para con los domésticos y vecinos cercanos; contra lo cual faltan gravemente muchos, que en la calle parecen ángeles y en su casa son demonios.

CAPITULO IX

De la mansedumbre con nosotros mismos.

Uno de los principales ejercicios de la mansedumbre es, el que practicamos interiormente, no impacientándonos ni contra nosotros mismos ni contra nuestras imperfecciones. Pues aunque es razón sentir disgustos y pesar de haber cometido algunas faltas, no ha de ser este disgusto agrio, enfadoso, picante y colérico; y así es gran defecto el de aquellos que, en viéndose encolerizados, se impacientan de su impaciencia misma y se enfadan de su mismo enfado, manteniendo con eso el corazón lleno y como sumergido en cólera; pues aunque parece que el segundo enfado destruye el primero, es tan al contrario, que antes abre la puerta á otro nuevo en la primera ocasión que se presente: á más de que la ira, enfado y amargura del hombre contra sí mismo, se encamina al orgullo y nace del amor propio, que se resiente y se inquieta al ver que somos imperfectos. Sintamos, pues, nuestras faltas, pero con paz y sosiego; porque así como la sentencia de castigo que da contra los delincuentes el juez por pura razón y con tranquilidad de ánimo, es mucho más acertada que no la que pronuncia llevado de impetuosidad y pasión; pues, en tal caso, no castiga los delitos conforme á lo que son, sino conforme á lo que él es: así también uno á sí mismo se castiga mucho mejor con arrepentimiento tranquilo y constante, que

no con dolor agrio, impetuoso y colérico, porque estos arrepentimientos impetuosos no son á medida de nuestras faltas, sino de nuestras inclinaciones. El amante de la castidad, por ejemplo, se resentirá amarguísimamente de la más leve falta que cometa contra esta virtud, y se reirá de haber incurrido en una grave murmuración; otro, al contrario, porque aborrece la maledicencia, se inquietará de haber murmurado ligeramente, y no hará caso de una falta grave contra la castidad; y así de los demás actos. Todo lo cual proviene de que no juzgan su conciencia por razón, sino por pasión.

Créeme, Filotea, que así como á un hijo le hacen más fuerza las reconvenciones dulces y cordiales de su padre, que no con iras y enfados, así también si nosotros reprendemos á nuestro corazón cuando comete alguna falta, son suaves y pacíficas reconvenciones usando más de compasión que de enojo; y animándole á la enmienda, conseguiremos que conciba un arrepentimiento mucho más profundo y penetrante que el que pudiera concebir entre el resentimiento, la ira y la turbación.

Yo por mí, si teniendo vivos deseos de no incurrir en el vicio, v. gr. de la vanidad, hubiese sin embargo, caído gravemente en él, cuando tratase de reprender á mi corazón, no le hablaría ciertamente de este modo: ¿Es posible, corazón vil y despreciable, que después de tantos propósitos, todavía te dejes arrastrar de la vanidad? Cáete, cáete muerto de vergüenza, no vuelvas á levantar jamás los ojos al cielo, ciego, descarado, traidor y desleal á tu Dios. Ni usaría otras expresiones semejantes, sino echaría mano de la razón para corregirle, y por vía de compasión le diría: ¡Ea, pobre corazón mío! al fin hemos caído en el precipicio de que tantas veces propusimos librarnos: ¡ay de mí! levantémonos y huyamos para siempre; invoquemos la misericordia de Dios, y esperemos en ella, que nos asistirá, para que en adelante estemos más firmes: vamos, vamos otra vez á entrar en el camino de la humildad; buen áni-

mo, cuidemos desde ahora de estar siempre alerta, que Dios nos ayudará y aprovecharemos; y sobre esta reprensión, trataría de fabricar una sólida y firme resolución de no volver á cometer más aquella falta, tomando para ello las medidas y los consejos de mi director.

Pero si alguno conoce que las correcciones suaves no bastan para mover su corazón, podrá, en tal caso, servirse de reconvenciones y reprensiones ásperas y severas para excitarle á una profunda confusión, con tal, que después de haberle reprendido y corregido ásperamente, finalice dándole algún ensanche, terminando todo su enojo y sentimiento en dulce y santa confianza en Dios, á imitación de aquel gran penitente, que viendo afligida su alma, la consolaba diciendo: "*¿Por qué estás afligida, alma mía, y por qué me conturbas? Espera en Dios, que todavía le bendeciré y confesaré como que es la salud de mi rostro y mi Dios verdadero.*"

Cuando cayere, pues, tu corazón, levántale suavemente, humillándote mucho en la presencia de Dios con el conocimiento de tu miseria, sin admirarte de tu caída; pues ¿qué extraño es que sea enferma la enfermedad, flaca la flaqueza y la miseria miserable? Pero, sin embargo, detesta de todo corazón la ofensa que has hecho á Dios y llena de ánimo y de confianza en su misericordia, vuelve á emprender el ejercicio de aquella virtud que has abandonado.

CAPITULO X

Que se han de tratar con diligencia los negocios, pero sin afán ni ansiedad.

GRANDE diferencia hay entre la diligencia y cuidado que hemos de tener de nuestros negocios, y la solicitud, fatiga y afán: con diligencia cuidan y procuran nuestro bien los ángeles, pero sin solicitud, afán ó fatiga; porque el cuidado y diligencia son propios de su caridad; pues la soli-

citud, fatiga y afán serían totalmente contrarios á su bienaventuranza; que si bien pueden asociarse con la paz y tranquilidad de ánimo el cuidado y diligencia, no el afán y solicitud, y la ansiedad mucho menos.

Pon, pues, Filotea mía, gran diligencia y cuidado en los negocios de tu cargo, porque así lo quiere Dios que te los ha encomendado, pero, si puedes, no tengas solicitud ni afán; quiero decir, que ni los emprendas con inquietud, ansiedad ó ardor, ni quieras acabarlos con afán; pues el afán, como perturba el juicio y la razón, no deja hacer bien aquello mismo por que estamos afanados.

Para reprender nuestro Señor á Santa Marta, le dice: "Marta, Marta, solícita estás y te turbas por muchas cosas.„ He aquí claro lo que decíamos: si hubiese estado cuidadosa, y no más, no se hubiera turbado; pero como estaba llena de afán y de inquietud, se apuraba y turbaba, y por eso fué reprendida de nuestro Señor. Los ríos que corren mansamente por la llanura, llevan grandes barcos y preciosas mercancías: las lluvias que caen blandamente sobre la tierra, la hacen fértil de hierbas y de granos; pero los torrentes y ríos que se precipitan, despeñados, arruinan las cercanías, y son inútiles para el comercio, y los turbiones fuertes y tempestuosos asuelan las mieses y los prados. Jamás se hace bien lo que se hace con impetuosidad y afán: es necesario darse prisa despacio, como dice un proverbio antiguo. "El que se apresura, dice Salomón, está á peligro de tropezar y de írsele los pies.„ Bastante pronto se hace lo que se hace bien: semejantes á los zánganos, que con mucho más ruido y priesa que las abejas no fabrican miel, sino cera solamente, los que se apresuran con afán ardiente y solicitud ruidosa, jamás hacen mucho ni bueno.

Así como las moscas no mortifican por ser fuertes, sino por ser muchas, así no turban tanto los grandes negocios como los pequeños cuando éstos son muchos. Toma con sosiego los negocios que se te ofrez-

can, y procura despacharlos por su orden, uno después de otro; porque si quieres evacuarlos todos de golpe y sin orden, harás esfuerzos que te arruinarán y debilitarán tu espíritu; y lo regular será que caigas con la carga sin hacer cosa alguna.

En todos tus negocios ten por único apoyo la pro videncia de Dios, pues sola ella puede cumplir tus deseos: haz, sin embargo, para cooperar con ella cuanto esté de tu parte, pero con sosiego; y cree, que si confías firmemente en Dios, sucederá siempre lo que más te convenga, parézcate á ti bueno ó malo según tu propio juicio.

Haz como los niños, que asidos con la una mano de su padre, van cogiendo con la otra las fresas que están al lado del camino: tú, pues, mientras con una mano allegas y usas de los bienes de este mundo, ten con la otra asida siempre la del Padre celestial, volviéndote hacia El de tiempo en tiempo, para ver si le agrada tu régimen y tus ocupaciones; pero, sobre todo, ten mucho cuidado de no soltar su mano y su protección por querer juntar ó recoger más, porque si El te deja, no podrás andar un paso sin dar de rostro en tierra. Quiero decir, Filotea, que en aquellos negocios y ocupaciones ordinarias, que no requieren grande y solícita atención mires más á Dios que á las mismas ocupaciones; y en los que sean de tanta importancia, que requieran todo tu conato para su desempeño, levantes los ojos á Dios de tiempo en tiempo como los que navegan por el mar, que para llegar á la tierra que desean, miran más al cielo que al agua por donde van navegando. Si así lo hicieres, Dios trabajará contigo, en ti y por ti, y á tu trabajo seguirá el consuelo.

CAPÍTULO XI

De la obediencia.

Para ser perfectos basta la caridad; pero para adquirir esta virtud hay tres medios poderosísimos, cuales son: obediencia, castidad y pobreza, con que se consagran al amor y servicio de Dios: el corazón, por medio de la obediencia; el cuerpo, por la castidad; y por la pobreza los haberes; y estos tres brazos de la cruz espiritual estriban todos en el cuarto, que es la humildad. Nada diré de las tres referidas virtudes, como objetos del voto solemne, por pertenecer estos votos únicamente á los Religiosos: ni tampoco del voto simple, pues aunque este voto añade muchas gracias y mérito á las virtudes, con todo, para nuestro intento no es necesario que se practiquen por voto, sino solamente que se practiquen. Porque si bien profesarlas (en especial con voto solemne), es abrazar un estado de perfección, para abrazar la perfección basta sólo observarlas: que hay mucha diferencia entre perfección y estado de perfección; pues, en estado de perfección viven todos los Obispos y Religiosos y tenemos demasiadas pruebas de que no todos son perfectos. Procuremos, pues, Filotea, cada uno según nuestra vocación, practicar bien estas tres virtudes, y con ellas, aunque no entremos en estado de perfección, la alcanzaremos: y á la verdad, todos estamos obligados á practicarlas, aunque no todos de un mismo modo.

Dos especies hay de obediencia, una precisa y otra voluntaria: la precisa te manda obedecer humildemente á los superiores eclesiásticos, es á saber: al Papa, al Obispo y al cura, y los que por ellos ejercen sus funciones; á los superiores políticos, esto es al príncipe y á los magistrados puestos por él en tu pueblo ó provincia; y finalmente, á los superiores domésticos, esto es, á tu padre, madre, maestro y maestra; y se llama precisa esta obediencia, porque nadie puede

eximirse de la obligación de obedecer á estos superiores, que han recibido de Dios la autoridad de mandar y gobernar cada uno, en cuanto al cargo que tiene sobre nosotros. Obedece, por tanto, como debes, sus preceptos; pero, para ser perfecta sigue también sus consejos, y aun sus deseos é inclinaciones, en cuanto la caridad y prudencia lo permitan. Has de obedecer cuando te mandan cosas agradables como es el comer ó divertirte; pues, aunque entonces no parece gran virtud el hacerlo, el no hacerlo sería gran defecto: has de obedecer en las cosas indiferentes, como ponerte tal ó tal vestido, ir por tal ó por camino, cantar ó callar, y esta ya será una obediencia muy loable; has de obedecer también en las cosas difíciles, ásperas y duras, y esta será obediencia perfecta: has de obedecer, finalmente, con dulzura sin replicar, con prontitud sin tardanza, con alegría sin enfado, y, sobre todo, por amor de aquel Señor que por nuestro amor se hizo obediente hasta la muerte de cruz y quiso más perder la vida que la obediencia, como dice San Bernardo.

Para aprender fácilmente á obedecer á tus superiores, condesciende sin repugnancia con la voluntad de tus iguales, cediendo á su dictamen y no siendo disputadora é impertinente: acomódate con gusto á los deseos de tus inferiores en cuanto lo permita la razón, y no uses con ellos de autoridad imperiosa, si son buenos.

Es error el creer que si fuésemos Religiosos ó Religiosas obedeceríamos fácilmente, cuando con dificultad y repugnancia prestamos la obediencia á los que Dios ha constituido sobre nosotros.

Llámase obediencia voluntaria aquella á que nos sujetamos por elección propia, sin que nadie nos obligue á ella. Pongo por ejemplo: ninguno escoge, ordinariamente, príncipe, Obispo, padre ni madre, y muchas veces ni aun marido; pero escoge confesor y director. La obediencia, pues, que les damos, ó ya sea por voto, como se dice de la madre Teresa de Jesús, que á más del solemne que tenía de obedien-

cia al superior de su Orden, hizo voto simple de obedecer al P. Gracián; ó bien sea sin voto, y se llama entonces obediencia voluntaria, por serlo en su causa, que es nuestra voluntad y elección.

Debemos obedecer á todos los superiores, pero á cada uno en aquello en que nos tiene á su cargo; á los príncipes, por ejemplo, en cuanto á la policía y á la policía y á las acciones públicas: á los Prelados eclesiásticos, en lo que toca á disciplina de la Iglesia: en los asuntos domésticos, al padre, al amo, al marido: y al director y confesor, en lo perteneciente al gobierno particular del alma.

Haz que tu padre espiritual te señale las obras de piedad que has de practicar, y con eso tendrán duplicada gracia y bondad, una por sí mismas, puesto que son piadosas, y otra por la obediencia que las ordena y en cuya virtud se ejecutan. Bienaventurados los que obedecen, porque Dios no permitirá jamás que se extravíen.

CAPITULO XII

De cuán necesaria es la castidad.

Es la castidad la azucena de las virtudes, y hace á los hombres casi iguales á los ángeles; no hay hermosura sin pureza, y la pureza del hombre es la castidad: dásele también el nombre de honestidad, y á su profesión el de honra. También se llama integridad, y su contraria corrupción: en suma, tiene la gloria particular de ser hermosa y cándida virtud de alma y cuerpo.

Jamás es lícito dar entrada en nuestro cuerpo al placer impuro, sea del modo que se fuere, si no es en el legítimo matrimonio, cuya santidad puede con justa compensación reparar el daño que causa la delectación; pero aun en el matrimonio es preciso guardar honestidad de intención, para que si hay imperfección en el placer, en la voluntad, todo sea honestidad y pureza.

Es el corazón casto como la madreperla, que no puede recibir ni una gota de agua que no venga del cielo, pues él tampoco puede recibir otro placer que el del matrimonio que el cielo ha ordenado: fuera de esto, hasta el más mínimo pensamiento voluptuoso, voluntario y consentido le está vedado.

En cuanto al primer grado de esta virtud, has de tener gran cuidado, Filotea, de no dar entrada á ninguna especie de placer vedado y prohibido, como son todos los que se reciben fuera del matrimonio, y aun los del mismo matrimonio, cuando se usan fuera de sus santas reglas.

En cuanto al segundo, apártate cuanto sea posible de los deleites inútiles y superfluos, aunque sean lícitos y permitidos.

En cuanto al tercero, no dejes pegar la voluntad, ni aun á los placeres y deleites mandados y ordenados; porque, aunque es preciso usar de los deleites necesarios, esto es, de los que miran al fin é institución del santo matrimonio, ha de ser sin apego del corazón y del espíritu.

Lo cierto es, que todos necesitamos mucho esta virtud; los que se hallan en la viudez deben tener una castidad animosa, que no sólo desprecie los objetos presentes y futuros, sino que también resista á las imaginaciones que pueda excitar en su espíritu la memoria de los placeres que lícitamente disfrutaron en el matrimonio, por cuya razón están más expuestos al cebo de la deshonestidad. Por esto admira San Agustín la pureza de su amado Alipio, que despreció y olvidó enteramente los placeres carnales que en su juventud había probado alguna vez. Y á la verdad, mientras la fruta está bien entera, se puede conservar, ó ya entre paja, ó ya sobre arena, ó ya envuelta en sus propias hojas; pero si empieza á tener alguna maca, sólo se conserva confitándola con miel ó azúcar: así la castidad que no ha sido ofendida ni violada se puede conservar de muchos modos, pero si ha padecido alguna quiebra, no puede conservarse sino á fuerza de mucha devoción, que, como ya

he dicho varias veces, es la verdadera miel y azúcar del espíritu.

La castidad que deben profesar las vírgenes ha de ser muy sencilla y remirada, para arrojar del corazón todos los pensamientos curiosos, y despreciar con tal desprecio cualesquiera placeres impuros, indignos á la verdad de que los deseen los hombres, pues son propios de los jumentos é inmundos animales. No duden jamás estas almas puras, que la castidad es incomparablemente mejor que todos los placeres opuestos á ella; porque, como dice el máximo doctor San Jerónimo, el enemigo tienta con gran violencia á las vírgenes con el deseo de gustar los placeres, representándoselos mucho más agradables y deliciosos de lo que son en la realidad; lo cual, dice este santo Padre, les causa gran perturbación, pues por lo mismo que no los han probado, los creen más dulces. Al modo que la mariposilla, al ver la llama, revotea curiosa alrededor de ella, para ver si es tan dulce como hermosa, y animada siempre de esta fantasía, no cesa hasta que se abrasa en la primera prueba; así los jóvenes suelen muchas veces dejarse llevar con tanta vehemencia, de la falsa y necia estimación que hacen del placer de las impuras llamas, que después de muchos pensamientos curiosos, al fin se van á perder y arruinar en ellos, acreditándose de más necios que las mariposas, porque éstas tienen algún fundamento para creer que será delicioso el fuego que tan hermoso se muestra; mas ellos, sabiendo que es sumamente deshonesto lo que apetecen, aprecian, sin embargo, la necia y brutal delectación.

También les es muy precisa la castidad á los casados, aunque no lo piensa así el vulgo, por cuanto en ellos no consiste esta virtud en abstenerse del todo de los placeres carnales, sino en saberse contener entre ellos. Pues, así como aquel precepto que dice: *Airaos y no queráis pecar*, es en mi entender más difícil que estotro: *No os airéis jamás*, por ser mucho más fácil evitar la ira que arreglarla; así también

con más facilidad se puede el hombre apartar enteramente de los placeres carnales, que mantenerse con moderación en el uso de ellos. Cierto es que la licencia santa que da el matrimonio tiene particular eficacia para apagar el fuego de la concupiscencia; pero la flaqueza de los que usan de ella hace que pasen fácilmente de la licencia á la disolución y del uso al abuso. Así como vemos muchos ricos que roban, no por necesidad, sino por avaricia, asi vemos también muchos casados que salen de los justos límites por intemperancia y lujuria, sin contentarse con el objeto legítimo que debieran y pudieran, porque su concupiscencia es como un ligero fuego que va prendiendo aquí y allí sin fijarse en parte alguna. Siempre se ha juzgado peligroso el uso de medicamentos violentos, porque si se toma más cantidad de la que se necesita ó sin prepararse bastante causan mucho daño; el matrimonio, pues, que entre otros fines se instituyó y consagró para remedio de la concupiscencia, sin duda es excelente medicina, pero violenta, y, por consiguiente, arriesgada, si no se aplica con discrección.

A esto se añade que á más de las enfermedades largas, los varios negocios que ocurren separan muchas veces á los maridos de sus mujeres; por cuya razón necesitan dos especies de castidad los casados, una para abstenerse del todo cuando se hallan separados en las ocasiones que hemos dicho; y otra para usar con moderación cuando se hallan juntos en el curso ordinario de su vida. Vió Santa Catalina de Sena entre los condenados, muchas almas que padecían indecibles tormentos por haber violado la santidad del matrimonio, no porque estos pecados, dice la Santa, sean los más enormes de todos, porque á la verdad lo son más los asesinatos y blasfemias, sino porque los que caen en ellos no hacen escrúpulo y continúan cometiéndolos largo tiempo.

Ya has visto que toda clase de personas deben guardar castidad, pues el Apóstol dice: "Sigue la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá á

Dios„: y en esta palabra santidad entiende la castidad, según la explicación de San Jerónimo y San Juan Crisóstomo. Así que, Filotea, ninguno verá á Dios sin castidad: ninguno habitará su santo tabernáculo sin ser limpio de corazón, porque serán arrojados de él los canes y los impuros, como dice el Salvador; y en otra parte: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.„

CAPITULO XIII

Avisos para conservar la castidad.

HAS de estar siempre dispuesta á separarte de cuanto induzca ó sea cebo de la impureza, porque este mal obra insensiblemente y de ligeros principios pasa á gravísimos accidentes; siempre es más fácil huir de él que curarle.

Son los cuerpos humanos semejantes á los vasos de vidrio, que si van tocándose unos con otros, están expuestos á quebrarse, ó á las frutas, que aunque estén enteras y bien sazonadas, contraen macas de tocarse unas con otras; aun el agua, por muy fresca que esté en un vaso, si la toca algún animal terrestre, no puede conservar largo tiempo su frescura. Jamás, pues, permitas, Filotea, que te toque alguno incivilmente, ni por fiesta ni por caricia, porque aunque tal vez puede conservarse la castidad entre unas acciones más livianas que maliciosas, siempre padece con ellas algún detrimento y pérdida la frescura y flor de la castidad; la cual enteramente queda destruida, si se permite ejecutar deshonestamente acciones tales.

Tiene la castidad su principio en el corazón, pero el cuerpo es, digámoslo así, la materia de esta virtud; y asi puede perderse por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos y deseos del alma. Ver, oir, hablar, oler y tocar cosas deshonestas es deshonestidad, si el alma se complace y tiene gusto en ello; por eso dice San Pablo con brevísi-

mas palabras: "La fornicación ni aun se nombre entre vosotros.„ Las abejas, no sólo no quieren tocar los cadáveres podridos, sino que huyen y aborrecen el mal olor que de ellos sale. La sagrada Esposa de los Cantares tiene las manos destilando mirra, licor que preserva de la corrupción; los labios guarnecidos de una cinta roja, que denota el pudor de sus palabras; sus ojos son de paloma por su gran limpieza; sus orejas están adornadas con pendientes de oro, símbolo de la pureza; su nariz está entre dos cedros del Líbano, madera incorruptible; pues así el alma devota ha de ser casta, pura y honesta de manos, de labios, de oídos, de ojos y de todo su cuerpo.

Quiero recordarte á este propósito una sentencia que el antiguo P. Casiano refiere haber dicho San Basilio Magno, hablando una vez de sí propio: "Yo no sé lo que son mujeres, y sin embargo, no soy virgen.„ A la verdad, puede perderse la castidad de tantos modos cuantas son las especies de impurezas y lascivias; de las cuales unas la debilitan, otras la hieren, y otras del todo le dan muerte, según son mayores ó menores. Hay ciertas familiaridades ó pasiones indiscretas, locas y sensuales, que en rigor, no violan la castidad; pero la debilitan, la dejan sin fuerza, y le quitan el ampo de su blancura. Hay otras familiaridades y pasiones, no sólo indiscretas, sino viciosas; no sólo locas, sino deshonestas; no sólo sensuales, sino carnales; éstas, cuando menos, dejan la castidad gravemente herida y enferma; y digo cuando menos, porque si estas liviandades y lascivias ocasionan en la carne el último efecto del placer voluptuoso, entonces muere y perece totalmente la castidad más indigna, malvada é infelizmente, que cuando se pierde por la fornicación y aun por el adulterio y el incesto; porque estas últimas especies de maldad son pecados; pero las otras son monstruos de iniquidad y de pecado, como dice Tertuliano en el libro: *De Pudicitia.* Casiano no cree, ni yo tampoco lo imagino, que hablase de estos pecados San Basilio, cuando se acusaba á sí propio de no ser virgen,

y juzgo, que lo decía, por los pensamientos malos y voluptuosos, los cuales sin haber manchado su cuerpo, habían contaminado su corazón, de cuya castidad son muy celosos los espíritus magnánimos (1).

No converses con personas impuras, en especial si son desvergonzadas, como lo son de ordinario; porque así como los machos de cabrío truecan en amargos los almendros dulces, tocándolos con la lengua, así estas almas apestadas y estos corazones infectos no hablan á persona alguna, ni del mismo ni de diferente sexo, sin causar algún perjuicio á su pureza, porque tienen el veneno en los ojos y en el aliento como el basilisco.

Procura, por el contrario, tratar con gentes castas y virtuosas; medita y lee frecuentemente las verdades eternas, porque la palabra de Dios es pura, y hace castos á los que gustas de ella, por lo cual la compara David al topacio, piedra preciosa que tiene la propiedad de amortiguar el ardor de la concupiscencia.

Mantente siempre junto á Jesucristo crucificado, ya espiritualmente por medio de la meditación, ya realmente por la comunión sagrada; porque así como los que duermen sobre la hierba llamada agnocasto, consiguen ser castos y púdicos, así también como repose tu corazón en Nuestro Señor, que es el verdadero agnocasto é inmaculado, verás cuán pronto quedan tu alma y tu corazón purificados de toda mancha é impureza.

---

(1) Cuán justo sea este modo de pensar de San Francisco de Sales, lo muestra el mismo San Basilio en la Epístola á su discípulo Chilon: *Mulieres se meis hisce oculis visendas offerebant, quarum praecellenti elegantia et decore meae tentaretur integritas pudicitiae. Et quidem flagilium vitavi fornicationis: ad munditiae virginalis florem arcana cordis cogitatione faedavi.*

CAPITULO XIV

De la pobreza de espíritu practicada entre las riquezas.

BIENAVENTURADOS *los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos:* luego, por consecuencia son malaventurados los ricos de espíritu, porque para ellos es la desdicha del infierno. Podemos llamar rico de espíritu al que tiene las riquezas en el espíritu, ó el espíritu en las riquezas; y pobre de espíritu al que, por el contrario, ni tiene en el espíritu las riquezas, ni en las riquezas el espíritu. Hacen los halcones sus nidos redondos como una pelota, sin más que una abertura muy pequeña en la parte superior, y los ponen á la orilla del mar; pero los dejan tan fuertes é impenetrables, que aunque sobrevengan las olas, jamás puede entrar el agua en ellos, antes bien nadando siempre encima, permanecen en medio del mar, como dueños de él, sobre sus aguas; tal ha de ser tu corazón, amada Filotea, abierto para el cielo, impenetrable para las riquezas y bienes caducos; de manera, que si las posees, no dejes que tu corazón las ame, sino que siempre se mantenga superior á ellas; de tal suerte, que en medio de las riquezas no tenga riquezas y sea señor de las riquezas. No pongas, no, ese espíritu celestial dentro de los bienes terrenos; mantenle siempre superior sobre ellos y no en ellos.

Es muy diferente tener veneno ó estar envenenado; casi todos los boticarios tienen venenos para hacer de ellos varios usos; pero, sin embargo, no están envenenados, porque no tienen el veneno dentro de sus cuerpos, sino dentro de sus boticas; de este modo puedes tú tener riquezas sin estar envenenada con ellas, teniéndolas en tu casa ó en tu bolsillo, pero no en tu corazón. He ahí una gran dicha del cristiano, ser rico en el efecto y pobre en el afecto, disfrutando así la comodidad de las riquezas en este mundo, y teniendo el mérito de la pobreza para el otro.

No encontrarás, Filotea, quien confiese que es avaro: todos niegan esta bajeza y ruindad de corazón, y toman por pretexto, ya el hallarse cargados de hijos, ya que es prudencia procurar tener lo que uno necesita; de manera que jamás se cree tener demasiado, y siempre se encuentran ciertas precisiones de tener más: así, pues, aun los más avaros, no sólo no confiesan que lo son, pero ni aun en su conciencia lo juzgan, porque la avaricia es una fiebre prodigiosa que se siente menos cuanto mayor es su ardor y su violencia. Vió Moisés una zarza que ardía con un fuego divino sin consumirse; pero el fuego profano de la avaricia hace lo contrario, consume y devora al avariento sin que se sienta encendido, ó por lo menos, en medio del ardor y calor más excesivo, se gloría de que disfruta una suavísima frescura y cree que su rabiosa sed no es más que un natural y templado deseo de beber.

Si deseas con perseverancia, ardor é inquietud los bienes que no posees, eres verdaderamente avara, aunque digas que no es por medios injustos; así como da claro indicio de estar con calentura el que con ardor, perseverancia é inquietud desea beber aunque no sea más que agua.

Yo no sé, Filotea, si puede llamarse deseo justo el apetecer por medios justos lo que otro justamente está poseyendo, porque me parece que con este deseo apetecemos nuestra comodidad á costa de la incomodidad del otro. ¿No es verdad que quien con justicia posee un bien tiene más justa razón de conservarle, que nosotros de desear tenerle, aunque sea por medios justos? Pues ¿por qué se han de extender nuestros deseos hasta apetecer lo que á él le acomoda, deseando privarle de ello? Si este deseo no es injusto, á lo menos no es según el orden de la caridad, porque nosotros, ciertamente, no quisiéramos que apeteciese otro, aunque fuese por medios justos, lo que justamente posemos y queremos conservar. Este fué el pecado de Acab: deseó tener por medios justos la viña de Nabot, que éste, con más justicia, quería

retener; lo deseó con ardor por mucho tiempo y con inquietud, y en esto cometió una ofensa á Dios.

Para desear los bienes del prójimo has de esperar, Filotea, á que él piense en deshacerse de ellos, porque entonces su deseo hará que el tuyo sea arreglado, no solamente á la Justicia, sino también á la Caridad. Esto te digo, porque yo bien quiero que tengas cuidado de aumentar tus bienes y facultades; pero no sólo con justicia, sino también con dulzura y caridad.

Si tienes mucha afición á los bienes que posees, si estás tan pegada á ellos que arrastran tu corazón, ocupan tu pensamiento; y temes con viveza y agitación perderlos, créeme, todavía estás con algo de calentura; porque los calenturientos beben la cantidad de agua que se les da con un ansia, una atención y un paladeo, que no tienen por lo regular los que están sanos: y á la verdad, es imposible complacerse en una cosa sin poner en ella mucho afecto. Bien puedes creer, Filotea, que si te afliges y estás inconsolable cuando pierdes tus bienes, sin duda tenías mucha afición á ellos; pues nada prueba tanto el afecto á la cosa perdida como el afligirse cuando se pierde.

En suma, no desees con deseo eficaz y absoluto los bienes que no posees: no dejes que se interne mucho tu corazón ni aun en los mismos que tienes; no sientas con vehemencia las pérdidas que te acaecieren; y entonces tendrás algún fundamento para creer, que siedo rica en el efecto, no lo eres en el afecto, sino que antes bien eres pobre de espíritu, y, por consiguiente, bienaventurada, porque es tuyo el reino de los cielos.

CAPITULO XV

De cómo se ha de practicar la pobreza real, permaneciendo sin embargo realmente rico.

Con una invención muy ingeniosa retrató al pueblo ateniense Parrasio, célebre pintor, representándole de natural vario y mudable, colérico, injusto, inconstante, cortés, clemente, misericordioso, altanero, codicioso de gloria, humilde, feroz y cobarde, todo á un mismo tiempo. Yo también quisiera, amada Filotea, colocar en tu corazón juntas la riqueza y la pobreza, un gran cuidado y gran desprecio de las cosas temporales.

Has de cuidar mucho más que los mundanos de que tus bienes sean útiles y fructuosos. ¿No has notado que los jardineros de los grandes príncipes cultivan y adornan los jardines de que están encargados con más curiosidad y diligencia que si fueran suyos propios? ¿Y por qué? Sin duda porque pretenden ganar de este modo la gracia de aquellos príncipes y reyes. Pues como no son tampoco nuestras las posesiones que tenemos, porque Dios nos las ha entregado para que las cultivemos y hagamos que produzcan utilidad y fruto, podemos por este medio hacerle un servicio muy grato cuidando de ellas.

Ha de ser, pues, más eficaz y sólido este cuidado que el de los mundanos acerca de sus bienes, porque ellos los cuidan por amor de sí mismos, y nosotros hemos de trabajar por amor de Dios; y como el amor de uno mismo es violento, turbulento é inquieto, también el cuidado que produce está lleno de turbación, de disgusto y de inquietud; pero del amor de Dios, dulce, sufrido y tranquilo, nace un cuidado amoroso, dulce y apacible, aunque tiene por objeto los bienes del mundo. Tengamos, pues, este cuidado apacible de conservar y aun de aumentar nuestros bienes temporales, cuando haya oportunidad justa y según lo

requiera nuestra condición, pues así quiere Dios que lo hagamos por amor suyo.

Pero vive alerta para que no te engañe el amor propio, que sabe muchas veces fingirse amor de Dios, con tal destreza, que cualquiera le tendrá por tal. Para evitar, pues, este engaño, y no dar lugar á que el cuidado de los bienes temporales degenere en avaricia, es necesario, á más de lo que se ha dicho en el capítulo precedente, practicar muchas veces la pobreza real y efectiva en medio de los bienes y riquezas que Dios nos ha dado.

Para esto has de disminuir alguna parte de tus bienes, dándosela de buena voluntad á los pobres, porque se empobrece uno tanto cuanto da de lo que tiene; y así, cuanto más des, más te empobrecerás. Verdad es que Dios te lo restituirá, no sólo en el otro mundo, sino aun también en éste, pues nada hace prosperar tanto los bienes temporales como la limosna, pero entre tanto que Dios te lo restituye, tú te habrás empobrecido de aquella cantidad. ¡Oh, qué santo y rico empobrecimiento es el que produce la limosna!

Ten amor á los pobres y á la pobreza, y este amor hará que seas verdaderamente pobre, porque, como dice la Escritura: "Nosotros nos hacemos tales cuales son las cosas que amamos.„ El amor iguala á los amantes. "¿Quién está enfermo, dice San Pablo, ¿sin que yo esté enfermo con él?„ Y también pudiera haber dicho: ¿quién es pobre, sin que yo sea pobre con él? porque el amor le hacía estar con todos los que amaba. Pues si tú amas á los pobres, serás verdaderamente participante de su pobreza, y pobre con ellos.

Pero si amas á los pobres, has de andar muchas veces entre ellos, teniendo gusto de verlos en tu casa, y de visitarlos en la suya, conversando amigablemente con ellos, alegrándote de que se lleguen á ti, ya sea en las iglesias, ya en las calles, ó ya en cualquier otro lugar. Has de ser para con ellos pobre de lengua, hablándoles como compañera; pero rica

de manos, repartiendo con ellos tus bienes, ya que los posees con más abundancia.

Si quieres pasar aún más adelante, Filotea, no te contentes con ser tan pobre como los pobres, sino más que ellos. ¿Sabes cómo? haciéndote criada de los pobres; pues el criado es menos que su amo: sírvelos en la cama cuando están enfermos; digo, con tus propias manos: sé su cocinera, pero á costa tuya: sé su costurera y lavandera. Esta servidumbre, Filotea, es más gloriosa que una corona. No puedo admirar bastantemente el fervor con que practicó este aviso San Luis, que fué uno de los mayores monarcas que el sol ha visto en toda su carrera, y grande de todos modos: servía mucha veces en la mesa á los pobres que mantenía; casi todos los días sentaba tres de ellos á la suya propia, y no pocas veces comía con indecible amor la sopa que á ellos les sobraba. Cuando visitaba los hospitales, que era muy á menudo, de ordinario se llegaba á servir á los de enfermedades más asquerosas, como lepra, cáncer y otras semejantes: servíales de rodillas y con la cabeza descubierta, respetando en su persona al Salvador del mundo, y amándolos con un amor tan afectuoso como el que tiene una cariñosa madre á un hijo tierno. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, se mezclaba ordinariamente entre los pobres, y algunas veces por recreo se vestía de pobre entre sus damas, diciéndoles: Así andaría yo vestida si fuera una pobrecita. ¡Oh Dios mío! ¡cuán bien sabían este príncipe y esta princesa ser en las riquezas pobres, y cuán ricos eran en tal pobreza!

Bienaventurados los que son de esta manera pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. *Tuve hambre,* dirá el Rey de los pobres y de los reyes en el día grande de su juicio; *tuve hambre y me disteis de comer, tuve frío y me vestisteis; poseed el reino que os está preparado desde la constitución del mundo.*"

Ninguno deja de verse sin comodidades en algunas ocasiones. Suele acontecer que llega á nuestra casa un huésped á quien debiéramos y quisiéramos feste-

jar; pero en semejante ocasión nos hallamos sin medios para ello: otro no tiene que ponerse en un día de gala, porque están en otro lugar sus vestidos ricos; acaece que todos los vinos de la cuba se vuelven y avinagran y sólo queda el malo y nuevo; se halla uno en el campo en alguna venta, donde todo falta y ni se encuentra cama, ni aposento, ni mesa, ni quien sirva; finalmente, no hay cosa más común que tener necesidad y falta de alguna cosa, por muy rico que uno sea: pues esto es ser efectivamente pobre en cuanto á lo que nos hace falta. Estos acaecimientos, Filotea, te han de ser agradables, los hasde recibir con complacencia y los has de llevar con alegría.

Cuando te sucedan algunos contratiempos, que poco ó mucho te empobrezcan, como tempestades, incendios, inundaciones, esterilidad, robos y pleitos, entonces es ocasión oportuna de practicar la pobreza, recibiendo con tranquilidad la diminución de bienes, y acomodándote con paciencia y constancia á este empobrecimiento. Presentóse Esaú á su padre con las manos cubiertas de pelo y del mismo modo se presentó también Jacob; pero á Jacob, que tenía el pelo en los guantes y no en su propio pellejo, se lo hubieran podido arrancar sin causarle dolor alguno ni despellejarle; mas si hubiesen intentado arrancar á Esaú el pelo que nacía de su propio cutis, le hubieran causado mucho dolor, y á fe que hubiera dado grandes gritos y se hubiera defendido con todas sus fuerzas. Cuando los bienes están pegados al corazón, nos causan mil quejas, impaciencias y disgustos la tempestad, los ladrones, ó los pleitistas, que se llevan alguna parte de ellos; pero si tenemos solamente el cuidado que Dios manda de la hacienda, sin que arrastre nuestra voluntad, no perderemos el conocimiento ni la tranquilidad, aunque se pretenda privarnos de ambas cosas. Y he ahí la diferencia que hay en cuanto al vestido entre los brutos y los hombres: el de los brutos está pegado á la carne; el de los hombres sobrepuesto, y así pueden quitárselo y ponérselo cuando quieren.

CAPITULO XVI

Modo de practicar la riqueza de espíritu entre la pobreza real.

Pero si eres realmente pobre, amada Filotea, sé también pobre de espíritu, haz de la necesidad virtud, dale á esta piedra preciosa de la pobreza la estimación que merece, que aunque su brillo no se manifiesta en este mundo, no por eso deja de ser sumamente hermosa y de gran precio.

Ten paciencia, y sepas que vives en muy buena compañía, porque también Nuestro Señor, Nuestra Señora, los Apóstoles y otros muchos santos y santas fueron pobres, y aun pudiendo ser ricos, menospreciaron el serlo. ¿Cuántos grandes en el mundo, venciendo innumerables contradicciones, fueron á buscar con indecible solicitud la santa pobreza dentro de los claustros y en los hospitales? Mucha pena les costó encontrarla, como lo pueden atestiguar San Alejo, santa Paula, San Paulino, santa Angela y otros muchos; pero á ti con más predilecc ón, ¡oh Filotea! ella misma te viene á buscar á tu casa: sin trabajo y sin-buscarla la has encontrado; abrázala, pues, como á una amiga querida de Jesucristo, que nació, vivió y murió con pobreza, y la pobreza le sirvió como de nutriz todo el tiempo de su vida.

Dos grandes ventajas tiene tu pobreza, Filotea, que pueden acrecentar en gran manera su mérito. La primera es que no te ha venido por elección propia, sino por voluntad de Dios únicamente; pues El te ha hecho pobre sin que tú lo hayas querido, y es muy agradable á Dios que lo recibamos con gusto y por amor de su voluntad santísima; y cuanto menos hay de nuestro caudal, más hay del de Dios; por lo cual una simple y mera aceptación, hace que sea sumamente puro cualquier sufrimiento.

El segundo privilegio de esta pobreza es ser verdaderamente pobre. Cuando la pobreza es alabada, acariciada, estimada, socorrida y amparada, tiene

algo de riqueza, ó, á lo menos, no es enteramente pobre; pero cuando es despreciada, despedida, reprochada y abandonada, entonces es verdaderamente pobre. Tal es, por lo común, la pobreza de los seglares, porque como no son pobres por su elección, sino por necesidad, no se hace mucho caso de su pobreza, y por eso mismo es más pobre que la de los Religiosos; bien que ésta tiene por otra parte una grande excelencia, y es muy apreciable por razón del voto y del fin con que la han abrazado.

No te quejes, pues, de tu pobreza, querida Filotea, porque nadie se queja de lo que no le disgusta; y si te disgusta la pobreza, ya no eres pobre de espíritu, sino rica de afecto.

No te desconsueles de que no te socorran como necesitas, pues en esto consiste la excelencia de la pobreza: querer ser pobre y no sufrir incomodidad alguna, es ambición desmesurada; porque es querer la honra de la pobreza y la comodidad de las riquezas.

No te avergüences de ser pobre ni de pedir una limosna por Dios; toma la que te den con humildad, y recibe con mansedumbre las negaciones; acuérdate del camino que hizo Nuestra Señora á Egipto, llevando á su querido Hijo, y cuántos desvíos, pobreza y miseria tuvo que sufrir. Si tú vives de esta suerte, serás muy rica en medio de la pobreza.

CAPITULO XVII

De la amistad, y primeramente de la que es mala y frívola.

Es el amor la primera pasión del alma y el rey de los movimientos del corazón; convierte en sí propio todas las demás cosas, y os hace ver tal cual es el objeto amado; y así has de poner, Filotea, gran cuidado en no tener amor malo, porque al punto toda tú serás mala; pero de todos los amores ninguno es más peligroso que la amistad, porque los demás pueden existir sin trato; mas la amistad, como

estriba en él, es casi imposible tenerla con una persona sin participar de sus calidades.

No todo amor es amistad, porque puede uno amar sin ser amado, y entonces habrá amor, mas no amistad; pues ésta, lo primero, es amor recíproco, y no siendo recíproco, no es amistad; lo segundo, es necesario, además de esto, que las personas que mutuamente se aman, conozcan esta recíproca afición, porque si la ignoran, tendrán amor, pero no amistad; lo tercero, se requiere que haya entre ellas alguna especie de comunicación que sirva de fundamento á la amistad.

Según las diversas comunicaciones, es también diversa la amistad, y las comunicaciones se diferencian por la diferencia de bienes que mutuamente se comunican; si los bienes son engañosos y vanos, es la amistad vana y engañosa; si son verdaderos, es verdadera, y cuanto más excelentes sean, tanto más excelente será la amistad; pues así como es más exquisita la miel sacada de las flores más exquisitas, así el amor que se funda en la mejor comunicación es el mejor de todos; y al modo que en Heraclea del Ponto hay una miel venenosa, que deja insensatos á los que la comen, porque es formada del acónito, hierba que abunda mucho en aquella región, así la amistad que se funda en la comunicación de bienes falsos y viciosos es totalmente falsa y mala.

La comunicación de los deleites carnales es una mutua propensión y cebo brutal, que no puede llamarse amistad entre los hombres, así como no pudiera decirse con semejante fundamento, que tienen amistad los jumentos y los caballos. Y si no hubiera en el matrimonio otra comunicación más que esta, tampoco habría amistad; pero como en él hay también, además de esta comunicación, la de la vida, de la industria, de los bienes, de los afectos y de una fe indisoluble, por eso la amistad del matrimonio es verdadera y santa.

La amistad fundada en comunicación de placeres sensuales es grosera é indigna del nombre de amis-

tad; y lo mismo la que se funda en virtudes frívolas y vanas, porque tales virtudes dependen también de los sentidos. Llamo placeres sensuales los que pertenecen inmediata y principalmente á los sentidos exteriores, como es el placer de ver lo hermoso, de oir una voz agradable, de tocar y otros semejantes: virtudes frívolas llamo á ciertas habilidades y gracias vanas, que los espíritus débiles tienen por virtudes y perfecciones. Si oyes hablar á la mayor parte de las doncellas, de las mujeres y de los jóvenes, verás que sin reparo dicen que un caballero es virtuoso y adornado de muchas perfecciones, porque baila bien, juega bien á todos los juegos, se viste bien, canta bien, es decidor y tiene buena presencia; y entre los charlatanes pasan por más virtuosos los que son más bufones; pero como todas estas cosas pertenecen á los sentidos, por eso se llaman sensuales las amistades que en ellas se fundan, y más bien que amistad debieran llamarse liviandades: tales son, de ordinario, las amistades de la gente joven, que sólo se fundan en el bigote, en los cabellos, en las miradas, en los vestidos, en los gestos y en las habladurías: amistades correspondienfes á la edad de los sujetos que las tienen, cuyas virtudes están en ciernes y cuyo juicio está en flor todavía; por eso esas amistades son pasajeras y se deshacen como la nieve herida del sol.

CAPITULO XVIII

De los enamoramientos.

LLÁMANSE enamoramientos esas amistades livianas cuando son entre personas de diferente sexo y sin la mira de casarse; porque no merecen nombre de amistad ó amor unos abortos, ó por mejor decir, fantasmas de amistad tan vanas é imperfectas. Estas, pues, hacen que los corazones de los hombres y de las mujeres queden aprisionados, empeñados y enlazados unos con otros con afi-

ciones vanas y locas, fundadas en las frívolas comunicaciones y ruines prendas de que acabamos de hablar; y aunque estos necios amores, ordinariamente pasan y se despeñan en carnalidades y lascivias muy torpes, con todo, no se proponen este fin los que en ellos se emplean; pues, en tal caso, ya no serán enamoramientos sino deshonestidades manifiestas. Muchas veces pasarán años y años, sin que entre los que están contagiados de esta locura haya cosa alguna contraria directamente á la castidad del cuerpo, porque se contentan únicamente con que sus corazones se deshagan en ansias, deseos, suspiros, galanterías y otras tales monadas y vanidades, llevados de diversos fines.

Unos tienen por único designio saciar sus corazones con hacer y recibir expresiones de amor, dejándose llevar de su inclinación amorosa; y estos tales eligen los amores sin consultar más que su gusto y propensión; y así, apenas encuentran un objeto agradable, cuando sin examinar su interior y su conducta, dan principio á esta comunicación de enamoramiento, y se enredan en los miserables lazos de que no podrán salir después sin gran trabajo. Otros, llevados de la vanidad, tienen por gran gloria prender y atar con el amor los corazones; y éstos, como hacen la elección por vanidad, ponen sus asechanzas y tienden sus redes en lugares hermosos, elevados, escogidos é ilustres. Otros son llevados de ambas cosas, esto es, de la inclinación amorosa y de la vanidad; pues, aunque su corazón está propenso al amor, no quieren, sin embargo, entregarse á él sin sacar alguna ventaja de gloria. Todas estas amistades son malas, locas y vanas: malas, porque van á parar finalmente en el pecado cardinal y roban el amor, y, por consiguiente, el corazón á Dios, y á la esposa, ó al marido, á quienes se les debe: locas, porque no tienen fundamento ni razón: vanas, porque no producen honra ni contentamiento alguno, antes, por el contrario, hacen perder tiempo, perjudican á la honra, y todo el placer que producen es una solicitud

continua de pretender y esperar, sin saber lo que esperan ó pretenden; porque les parece siempre á estos espíritus débiles y miserables que tienen no sé qué de apetecibles las pruebas que mutuamente se dan de amor recíproco; pero, como no saben decir lo que es, no pueden tener fin sus deseos, que permanecen siempre oprimiendo sus corazones con perpetuas desconfianzas, celos é inquietudes.

Maravillas dijo sobre esto San Gregorio Nacianceno, escribiendo contra las mujeres vanas; copiaremos un breve pasaje, que, aunque habla de las mujeres, puede ser también muy útil á los hombres: "Tu natural hermosura, dice, basta para tu marido; pero si es para muchos hombres, como red tendida á una bandada de pájaros, ¿qué vendrá á suceder? Alguno te agradará, y se agradará de tu hermosura; corresponderás á sus ojeadas con ojeadas, á sus miradas con miradas; seguirá después el sonreirse y decirse algunas palabritas amorosas, dejadas caer con disimulo á los principios, pero bien presto se les tomará el gusto, y pasarán á ser requiebros manifiestos. Lengua mía locuaz, no pases más adelante. Pero diré, sin embargo, esta verdad: de cuanto dicen ó hacen los jóvenes y las mujeres juntos en estas locas conversaciones, nada hay que no cause violentos estímulos; pues todas esas bagatelas amorosas tienen conexión entre sí, y se siguen unas á otras; así como el hierro tocado del imán va consecutivamente atrayendo otros muchos hierros."

¡Qué bien dice ese gran Prelado! Pero dime, ¿qué pretendes?, ¿qué se enamoren de ti?, ¿no es esto? Pues sabe que nadie procura voluntariamente que se enamoren de él sin que por precisión quede enamorado; en este juego el que coge es cogido. Así como la hierba aproxis se enciende si la ponen delante del fuego, así nuestro corazón apenas ve una alma enamorada de él, cuando sin dilación queda inflamada por ella. Yo bien quiero enamorarme, dirá alguno, pero sin mucho empeño: ¡ay, como te engañas! El fuego del amor es más activo y penetrante de lo

que piensas; tú quieres que entre una chispa no más, y quedarás atónito al ver que en un momento se ha apoderado de todo tu corazón, y ha convertido en cenizas todos tus propósitos, y tu reputación en humo. *¿Quién tendrá compasión,* exclama el Sabio, *de un encantador mordido por la serpiente?* Y yo digo con él: ¿Creéis, necios é insensatos, poder encantar al amor para manejarle como queráis? Pensáis burlaros de él, pero él os picará y morderá peligrosamente. Y ¿sabéis lo que se dirá entonces de vosotros? Cuantos os conozcan se reirán de ver que quisisteis encantar al amor, y que con falsa seguridad os atrevisteis á abrigar en vuestro seno una peligrosa culebra, que os ha dañado y perdido en el alma y en la honra.

¡Oh Dios!, ¡qué ceguedad jugar al fiado sobre prendas tan frívolas la parte principal del alma! Así es, Filotea, pues Dios quiere al hombre por el alma, el alma por la voluntad y la voluntad por el amor. ¡Ay de mí!, para esto no tenemos ni con mucho el amor que necesitamos, pues sólo siendo infinito podría ser bastante para amar á Dios; y con todo, ¡qué miserables somos! con todo, le malbaratamos y empleamos en cosas necias, vanas y frívolas, como si tuviéramos amor de sobra. Pero ¡ay!, que aquel gran Dios, que sólo se ha reservado el amor de nuestras almas en reconocimiento de haberlas criado, conservado y redimido, nos pedirá una cuenta muy estrecha de estos locos descuentos que hacemos; y si de las palabras ociosas ha de hacer una exacta pesquisa, ¿que hará de las amistades ociosas, inútiles, necias y perjudiciales?

Así como el nogal es muy dañoso á las viñas ó campos en que está plantado, porque como es tan grande, chupa todo el jugo de la tierra y no deja el suficiente para alimentar las demás plantas, y porque, siendo su copa muy espesa, hace una sombra densa y extendida, y, finalmente, porque los pasajeros se llegan á él, y por recoger su fruta, echan á perder y pisan todo lo que hay alrededor; así, tam-

bién estos enamoramientos hacen al alma semejantes daños; pues la ocupan de tal modo y se llevan con tal poderío sus afectos, que después que no la dejan fuerzas para ninguna buena obra, las hojas, esto es, los entretenimientos, diversiones y festejos son tan frecuentes, que en ellos se desperdicia todo el tiempo; y, finalmente, atraen tantas tentaciones, distracciones, sospechas y otras consecuencias, que el corazón está totalmente hollado y corrompido. En una palabra, los enamoramientos destierran, no sólo el celestial amor, sino aun también el temor á Dios; quitan al alma su vigor, disminuyen la reputación, y, por decirlo todo de una vez, son entretenimientos de las cortes, pero peste de los corazones.

CAPITULO XIX

De las amistades verdaderas.

AMA á todos, Filotea, con mucho amor de caridad; pero ten amistad sólo con los que pueden comunicar contigo cosas virtuosas; y cuanto más excelentes sean las virtudes que entren en esta comunicación, tanto más perfecta será tu amistad. Será ciertamente muy laudable, si comunicas acerca de las ciencias; mucho más si comunicas acerca de las virtudes: prudencia, templanza, fortaleza y justicia: pero si esta mutua y recíproca comunicación fuese acerca de la caridad, devoción y perfección cristiana, ¡oh, Dios mío, que amistad tan preciosa! Será excelente porque viene de Dios, excelente porque va á Dios, excelente porque su vínculo es Dios, excelente porque durará para siempre en Dios. ¡Qué bueno es amar en la tierra como se ama en el cielo y aprender á amarse mutuamente en este mundo como nos amaremos eternamente en el otro! No hablo aquí del mero amor de caridad, porque éste lo debemos tener á todos los hombres; hablo de la amistad espiritual con que dos, tres ó más almas se comunican su devoción y sus afectos espirituales, haciéndose todas

entre sí un alma sola. Con razón pueden cantar almas tan dichosas: *¡Oh, cuán bueno y cuán agradable es vivir los hermanos unidos!* Así es, porque el precioso bálsamo de la devoción va destilando de un corazón en otro, por medio de una participación continuada; de suerte, que sobre tal amistad se puede decir que Dios derrama su bendición y vida por los siglos de los siglos.

Todas las demás amistades me parecen sombras comparadas con estas, y sus vínculos, cadenas de vidrio ó de frágil esmalte, en comparación del poderoso vínculo de la santa devoción, que es de oro puro.

No trabes otra especie de amistad: hablo de las amistades que haces tú misma, pues no por eso se han de abandonar ni despreciar las amistades cuya continuación exige la naturaleza y las obligaciones anteriores, como es la de los parientes, allegados, bienhechores, vecinos y otros: solamente trato de las amistades que por elección propia contraes.

Muchos por ventura te dirán, que no se debe tener amistad ó afecto particular, sea el que fuere, porque esto ocupa el corazón, distrae el espíritu y produce envidias; pero en esto padecen equivocación, nacida de haber visto en los escritos de muchos Santos y autores ascéticos, que las amistades particulares y aficiones extraordinarias son sumamente dañosas á los Religiosos; de donde infieren que debe entenderse lo mismo de los demás hombres, sobre lo cual hay mucho que decir; pues como en un monasterio bien arreglado, los designios comunes de todos se dirigen á la verdadera devoción, no es necesario allí tener estas particulares comunicaciones, antes bien debe temerse, que buscando como particular lo que ha de ser común, se puede pasar de las particularidades á las parcialidades: mas los que, viviendo entre los mundanos, abrazan la verdadera virtud, necesitan unirse unos con otros por medio de una santa y sagrada amistad, con que se animan, ayudan y conllevan hacia el bien. Y al modo que los que van por un camino llano no necesitan darse la mano, pero los

que van por caminos escabrosos y resbaladizos se tienen que asir unos á otros para caminar más seguros, así los que están en religión no necesitan amistades particulares; pero las necesitan los que viven en el mundo, para asegurarse y socorrerse mutuamente en los malos pasos por donde han de caminar precisamente. Como en el mundo no conspiran todos á un mismo fin, ni están animados de un mismo espíritu, es preciso apartarse y hacer amistades proporcionadas á lo que pretendemos; y aunque esta particularidad forma verdaderamente una parcialidad, es una parcialidad santa, que si causa división, es apartando el bien del mal, los corderos de los cabritos y las abejas de los zánganos; división sumamente necesaria.

Nadie puede negar que nuestro Señor amó con más tierno y especial amor á San Juan, á Lázaro, á Marta y á Magdalena, porque la Escritura lo testifica: sabemos que San Pedro quería tiernamente á San Marcos y á Santa Petronila; así como San Pablo á Timoteo y á Santa Tecla: San Gregorio Nacianceno se gloría repetidas veces de la incomparable amistad que tenía con San Basilio el Magno, y la describe de este modo: "Parecía que en nosotros dos había una alma sola en dos cuerpos; y aunque no se debe dar crédito á los que dicen, que todas las cosas están en todas las cosas, con todo, pueden creernos que nosotros dos estábamos cada uno en el otro mutuamente. Un solo querer teníamos entrambos, que era practicar la virtud, y arreglar el fin de nuestras acciones á las esperanzas futuras, saliendo por este medio de la tierra mortal aun antes de morir." San Agustín testifica, que San Ambrosio amaba á Santa Mónica tiernamente, por las extraordinarias virtudes que veía en ella, y que ella, recíprocamente, le amaba como á un ángel de Dios.

Pero en vano te detengo en cosa tan clara. San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio y todos los mayores siervos de Dios, tuvieron amistades muy particulares sin menoscabo de su perfección. San

Pablo, echando en cara á los gentiles su desvío, los acusa de haber sido gentes sin afecto, esto es, que no habían tenido amistad alguna; y Santo Tomás dice, como todos los buenos filósofos, que la amistad es virtud; y nótese, que habla de la amistad particular, puesto que, como él mismo dice, la amistad perfecta no puede extenderse á muchas personas. No consiste, pues, la perfección en no tener amistad, sino en no tener amistad que no sea buena, santa y sagrada.

CAPITULO XX

De la diferencia que hay entre las amistades verdaderas y las vanas.

Voy á darte un aviso muy importante, Filotea: la miel de Heraclea, que es tan venenosa, como hemos dicho, se parece mucho á la otra saludable; por lo cual hay gran peligro de equivocarlas una con otra, ó de mezclarlas, y entonces la bondad de la una no corregirá la malignidad de la otra. Conviene, pues, estar alerta para no engañarse en las amistades, y más cuando se contraen entre personas de diverso sexo con cualquier pretexto que sea, porque muchas veces cambia Satanás los afectos de los que aman: se empieza por amor virtuoso, mézclase después el amor sensual, y finalmente, el carnal; así que, aun en el mismo amor espiritual hay riesgo, si no se está con cuidado; bien que en éste no es tan fácil engañarse, porque en su pureza y blancura son más visibles las manchas que quiere echar el demonio; por lo cual, cuando lo intenta, usa de más sutileza, y procura que se resbalen las impurezas casi insensiblemente.

Distinguirás la amistad mundana de la santa y virtuosa, del mismo modo que se distingue de la otra la miel de Heraclea: ésta es más dulce al paladar que la común, porque el acónito aumenta la dulzura: también la amistad mundana presenta, ordinaria-

mente, gran copia de palabras melosas, de adulaciones, de expresiones tiernas y de lisonjas, celebrando la hermosura, gracia y prendas exteriores; però el lenguaje de la amistad santa es sencillo y sincero, y solo alaba la virtud y la gracia de Dios, que es el único fundamento en que estriba. La miel de Heraclea, comida, trastorna la cabeza; y la falsa amistad trastorna el espíritu de quien la tiene, haciéndole titubear en la castidad y devoción; induciéndole á miradas artificiosas, lisonjeras é inmoderadas; á caricias sensuales, á desordenados suspiros, á quejas de no ser correspondido, á ciertos ademanes ligeros, pero afectados y halagüeños; á galanterías, á procurar ósculos y otras particularidades y favores atrevidos, presagios ciertos é indubitables de la cercana ruina de la honestidad; pero los ojos de la amistad santa son siempre castos y sencillos, sus caricias puras y sinceras, los suspiros sólo van al cielo, las particularidades sólo para el espíritu, y las quejas sólo cuando Dios no es amado, señas infalibles de honestidad. La miel de Heraclea turba la vista, y la amistad mundana turba el juicio, de tal manera, que los que están infectos de ella piensan obrar bien cuando obran mal, y juzgan razones sólidas sus excusas, pretextos y palabras; temen la luz, y apetecen las tinieblas; pero la amistad santa tiene clara la vista, y no se esconde, antes comparece gustosa ante los buenos. Finalmente, la miel de Heraclea deja un grande amargor de boca; y así también las amistades falsas se convierten y paran en palabras y pretensiones carnales, hediondas; y si no son admitidas, en injurias, calumnias, imposturas, melancolías, confusiones y celos, que suelen terminar muchas veces en brutalidad y locura; pero la amistad casta siempre es igualmente honesta, civil, amigable, y no se convierte en otra cosa que en una más perfecta y pura unión de espíritus, imagen viva de la amistad bienaventurada que se profesa en el cielo.

Dice San Gregorio Nacianceno, que cuando grazna el pavo real, formada la rueda y encrespadas sus plu-

mas, provoca fuertemente á la sensualidad á las hembras que le oyen: así también pavonearse el hombre, engalanarse y llegar á requebrar, cuchichear y hablar en secreto y á la oreja á una mujer ó doncella, sin el fin justo de casarse, sólo puede ser para provocarla á la impureza. Por tanto, debe la mujer honrada cerrar sus oídos para no escuchar el graznido de este pavón, y la voz del encantador, que sagazmente pretende encantarla; pues, escucharle ¡oh Dios! será fatal agüero de la futura pérdida de su corazón.

Los jóvenes que hacen señas, gestos y caricias, ó dicen palabras que no quisieran que oyesen sus padres, madres, maridos, mujeres ó confesores, en esto mismo dan prueba de que tratan asuntos ajenos del honor y de la conciencia. Nuestra Señora se turba viendo un ángel en forma humana, porque está sola, y porque el ángel la alaba con elogios desmedidos aunque celestiales. ¡Oh Salvador del mundo!, teme la pureza misma á un ángel en forma humana; pues ¿por qué, quien es la misma impureza, no ha de temer á un hombre, aunque sea en figura de ángel, cuando la alaba con elogios sensuales y humanos?

CAPÍTULO XXI

Avisos y remedios contra las amistades malas.

PUES ¿qué remedio contra esta casta y hormiguero de amores necios, locuras é impurezas? Apenas percibas los primeros movimientos, vuélvete inmediatamente á la parte contraria, y detestando del todo estas vanidades, corre á la cruz del Salvador, toma su corona de espinas y ponla alrededor de tu corazón, para que no puedan acercarse á él tales raposillas. Guárdate de tratar de composición alguna con semejante enemigo; no digas: le escucharé, pero no haré nada de lo que me diga; le daré oídos, pero le negaré el corazón. Por Dios, Filotea mía, sé muy rigurosa en tales ocasiones, que el co-

razón y los oídos tienen mutua correspondencia; y así como es imposible detener un torrente que ha empezado á bajar por la pendiente de una montaña, así también es difícil estorbar que el amor, cuando ha llegado á caer en el oído, deje de continuar cayendo hasta el corazón. Dice Alcmeón, aunque Aristóteles lo niega, que las cabras no respiran por las narices, sino por las orejas: yo no sé lo que hay en esto, pero lo que sí sé es que nuestro corazón respira por los oídos; pues así como aspira por la boca, por la cual exhala sus pensamientos, así por los oídos respira, recibiendo los pensamientos de los demás. Guardemos, pues, cuidadosamente los oídos del aire de las palabras necias, porque si no pronto quedará inficionado el corazón. No escuches proposición alguna, sea con el pretexto que fuere, pues en esta materia no importa ser incivil y grosera.

Acuérdate de que has consagrado tu corazón á Dios, y que habiéndole consagrado tu amor, sería sacrilegio quitarle una partecita. Antes bien, vuélveselo á consagrar de nuevo, haciendo mil resoluciones y protestas; y manteniéndote entre ellas como un ciervo en su fuente, invoca á Dios, que El te socorrerá, y su amor recibirá bajo su protección el tuyo para que viva únicamente para El.

Pero si ya estás presa en las redes de estos locos amores, ¡oh Dios, cuán dificultoso es que te desprendas! Ponte en su divina presencia, reconoce á su vista tu gran miseria, flaqueza y vanidad; y después, esforzando el corazón cuanto puedas, detesta los comenzados amores, abjura la vana profesión que has hecho de ellos, renuncia á todas las promesas recibidas, y con voluntad plena y absoluta contén tu corazón, resolviéndote á no volver jamás á esos juegos y entretenimientos amorosos.

Si puedes apartarte del objeto, será lo mejor, porque así como los que han sido mordidos de la serpiente, con dificultan se curan á vista de los que en otro tiempo fueron heridos de la misma mordedura; así la persona picada de amor difícilmente curará de

esta pasión mientras esté cerca de la otra que ha padecido la misma picadura. Sirve mucho la mutación de lugar para calmar los ardores é inquietudes del dolor ó del amor. Cuenta de un mancebo San Ambrosio, en el libro segundo de la Penitencia, que habiendo hecho un largo viaje, volvió enteramente libre de los necios amores que antes había tenido; y tan cambiado, que encontrándole su loca amante, y diciéndole: ¡Qué! ¿no me conoces? Mira que soy la misma. —Sí, respondió él, pero yo no soy el mismo; y es que la ausencia había causado esta mutación dichosa. De sí mismo refiere San Agustín, que para mitigar el dolor que le afligia por la muerte de un amigo, salió de Tagaste, donde sucedió la desgracia, y se fué á Cartago.

Y ¿qué ha de hacer el que no puede ausentarse? Es absolutamente necesario cortar toda conversación particular, trato secreto, miradas tiernas, sonrisas, en una palabra, toda especie de comunicación y cebo que pueda servir de pábulo á un fuego, que tal hedor y tan denso humo despide; ó, á lo sumo, si es forzoso hablar al cómplice, ha de ser para declararle con una protesta resuelta, breve y severa, el divorcio eterno que se le ha jurado. Con cualquiera que haya caído en las asechanzas de los enamoramientos, hablo y le digo con cuanta eficacia puedo: Corta, divide, rompe; no te detengas á descoser estas locas amistades, rásgalas; no te desates las ligaduras, rómpelas ó córtalas; obrando así, esas ataduras y cordeles nada valen. No se debe usar de condescendencia con un amor tan contrario al amor de Dios.

Pero, aun después de rotas las cadenas de esta infame esclavitud, todavía me resentiré algún tanto, y me quedarán señales y marcas de los grillos en los pies, esto es, en mis afectos. No quedarán, Filotea, con tal que hayas detestado tu mal tanto como merece, porque, en tal caso, no sentirás más movimiento que un sumo horror de ese amor infame, y de todo cuanto tiene conexión con él, ni conservarás más

afecto al objeto abandonado que una caridad muy pura y con respecto á Dios; pero, si por ser imperfecto tu arrepentimiento te quedan aún inclinaciones malas, busca la interior soledad del alma que antes te dije, retírate á ella lo más que puedas; y por medio de muchas y repetidas aspiraciones, renuncia tus inclinaciones y detéstalas con todas tus fuerzas; lee libros devotos con más frecuencia que otras veces; confiésate más á menudo de lo que acostumbras, y comulga; trata si puedes, humilde y claramente con tu director de todas las sugestiones y tentaciones que acerca de esto te sobrevinieren; y si no, á lo menos con alguna persona fiel y prudente; y no dudes que Dios te librará de todas las pasiones, con tal que continúes fielmente en estos ejercicios.

Es ingratitud, me dirás, romper tan desapiadamente una amistad. ¡Oh feliz ingratitud, que nos hace agradables á los ojos de Dios! Pero créeme, Filotea, no será ingratitud, sino hacer un gran beneficio al amante, porque rompiendo tus prisiones, romperás las suyas, que unas mismas os aprisionaban á entrambos; y aunque él por entonces no conozca su felicidad, la reconocerá bien presto, y cantará contigo en acción de gracias: "¡Oh Señor! roto habéis mis ataduras; yo os sacrificaré una hostia de alabanza é invocaré vuestro nombre santo."

CAPITULO XXII

Algunos avisos más acerca de las amistades.

Aún me queda sobre este particular una advertencia muy importante. Como la amistad requiere entre los amantes mucho trato, sin el cual no puede nacer ni subsistir, suelen entrarse juntas con la comunicación de la amistad otras muchas comunicaciones, resbalándose sin sentir de corazón en corazón, pues mutuamente se infunden, y como que destilan uno en otro sus afectos, inclinaciones é impresiones; y esto especialmente sucede

cuando estimamos mucho á la persona amada, porque entonces franqueamos tanto el corazón á su amistad, que fácilmente se introducen con ella todas las inclinaciones é impresiones buenas ó malas, así como las abejas de Heraclea, aunque no buscan en el acónito más que miel, chupan insensiblemente con ella las calidades venenosas de aquella planta. Conviene, pues, Filotea, practicar en esta materia la advertencia que solía dar el Salvador de nuestras almas, según dicen los antiguos: "Sed buenos cambiantes y monederos, esto es, no recibáis la moneda falsa entre la buena, ni el oro de baja ley entre el fino; separad lo precioso de lo vil.„ Así ha de ser, porque no hay casi ninguno que no tenga sus defectos; y ¿por qué hemos de recibir con la amistad las tachas é imperfecciones del amigo? Cierto es que debemos amarle; aunque sea imperfecto; pero no debemos amar ni recibir sus imperfecciones, pues la amistad requiere comunicación del bien, no del mal. Así como los que sacan la arena del Tajo recogen el oro que entre ella se encuentra, y dejan la arena en las orillas, así los que tienen la comunicación de una buena amistad, deben apartar la arena de las imperfecciones y no dejar que se introduzcan en su alma. Asegura San Gregorio Nacianceno, que muchos amantes y admiradores de San Basilio se dejaban llevar del deseo de imitarle hasta en sus imperfecciones exteriores, en su modo lento de hablar, en el espíritu abstraído y pensativo, y hasta en la forma de la barba y en la manera de andar; y también nosotros vemos maridos, mujeres, hijos y amigos, que, formando gran concepto de sus amigos, padres, maridos y mujeres, con el comercio de amistad que tienen entre sí, adquieren, ó por condescendencia ó por imitación, mil caprichos malos, aunque levemente. Por ningún motivo se debe hacer esto, que bastante son las malas inclinaciones que cada uno tiene, sin encargarse con las de otros; lejos de requerir tal cosa la amistad, exige, por el contrario, que nos ayudemos mutuamente para librarnos unos á otros de to-

das las imperfecciones; debemos, sin duda, sufrir con dulzura las flaquezas de nuestros amigos, mas no inducirlos á ellas, y mucho menos contraerlas nosotros.

Pero hablo solamente de las imperfecciones, porque en cuanto á pecados, ni se ha de inducir al amigo, á ellos, ni aun se le debe sobrellevar; amistad que viendo perecer al amigo no le socorriese, y mirándole cercano á morir de una apostema no osase darle el lancetazo de la corrección para salvarlo, sería débil ó mala; la amistad verdadera y viva no puede subsistir entre pecados. Se dice que la salamandra apaga el fuego en que se arroja; el pecado sí que destruye la amistad en que se aposenta; porque si el pecado es pasajero de ordinario, le ahuyenta la amistad con la corrección; y si permanece y se detiene, al punto se acaba la amistad, que sólo puede subsistir sobre el fundamento de la verdadera virtud. Y siendo esto así, mucho menos se debe pecar por la amistad, pues es verdadero enemigo el amigo que quiere inducirnos á pecar, y merece perder la amistad el que pretende perder y condenar su amigo. Por esta razón, una de las señales más ciertas de amistad falsa es ser con persona viciosa, sea en la especie de pecados que fuere; si es vicioso el amado, sin duda será viciosa la amistad, que no pudiendo tener por objeto la verdadera virtud, mirará ciertamente á alguna virtud engañosa ó prenda sensual.

De la compañía que forman entre sí los comerciantes para las ganancias temporales, sólo se puede decir que es imagen de la amistad verdadera, porque no se hace por amor de las personas, sino por amor de la ganancia.

Por conclusión, sirvan de columnas firmísimas para asegurar bien la vida cristiana estas dos divinas sentencias, una del Sabio que dice: "El que teme á á Dios, igualmente tendrá buena amistad." Y otra de Santiago: "La amistad de este mundo es enemiga de Dios."

CAPITULO XXIII

De los ejercicios de la mortificación exterior.

DICEN algunos que tratan de agricultura y de cosas del campo, que si en una almendra bien entera se escribe cualquiera palabra, y poniéndola después dentro de su cáscara, ésta se encierra y une perfectamente, y se planta de este modo, el árbol que nazca producirá todas las almendras con la misma inscripción. Sea de esto lo que fuere, yo jamás he aprobado el método de algunos que empiezan á reformar al hombre por el exterior, por los movimientos, por los vestidos y por los cabellos.

Al contrario; me parece á mí que se ha de dar principio por el interior: "Convertíos á mí de todo vuestro corazón, dice Dios; hijo mío, dame tu corazón„; porque siendo el corazón el principio de las acciones, éstas son tales cual es él. "Ponme, dice el Esposo divino convidando al alma, ponme con un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo„; y con razón, pues quien tenga en su corazón á Jesucristo, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores. Por eso, amada Filotea, ante todas cosas, he querido grabar y esculpir en tu corazón esta expresión santa y sagrada: ¡VIVA JESÚS!, asegurado de que con esto tu vida, que procede del corazón, como el almendro nace de la almendra, producirá todas las acciones, que son sus frutos, con esta misma saludable expresión grabada y esculpida; y de que así como el dulcísimo Jesús vivirá dentro de tu corazón, así también vivirá en todas tus acciones, y se dejará ver en tus ojos, en tu boca, en tus manos, y aun en tus cabellos; y podrás decir como San Pablo: "Vivo yo, pero ya no yo: vive en mí Jesucristo.„ En una palabra: es dueño de todo el hombre quien es dueño de su corazón; pero como también al corazón, por donde quiero dar principio, es necesario instruirle de cómo ha de ordenar su porte y exterior continente;

para que se deje ver allí, no sólo la santa devoción, sino también gran discreción y prudencia, voy á darte con brevedad muchas advertencias para ello.

Si puedes llevar el ayuno, convendrá que ayunes algunos días más que los de precepto de la Iglesia, porque con el ayuno, además de levantar el espíritu, reprimir la carne, practicar la virtud, y ganar mayor recompensa en el cielo, que son sus regulares efectos, se adquiere un gran bien en mantener la posesión de tratar con dureza á la glotonería, y tener el apetito sensual y el cuerpo sujetos á la ley del espíritu; y aunque no ayunemos mucho, con todo, el enemigo nos teme más cuando conoce que sabemos ayunar. Los antiguos cristianos guardaban abstinencia, particularmente los miércoles, viernes y sábados; y así, de estos días puedes tomar los que tu devoción y la prudencia de tu director te dictaren. Convengo desde luego en lo que escribía San Jerónimo á la virtuosa matrona Leta: "Mucho me desagradan los ayunos largos é inmoderados, particularmente entre las personas de tierna edad", porque la experiencia me ha enseñado que el jumentillo, cuando está muy cansado del camino, busca el modo de salirse de él; quiero decir, que los jóvenes que enferman por el exceso de los ayunos, suelen volverse á la vida delicada. Así como los ciervos corren poco en dos tiempos, esto es, cuando están demasiado gordos y cuando están demasiado flacos, así también nosotros estamos muy expuestos á las tentaciones cuando el cuerpo está alimentado con demasía, y cuando está demasiado descaecido; porque lo uno le hace insolente con la comodidad, y lo otro con la incomodidad le hace desesperado: no podemos con él cuando está muy grueso; y él no puede con nosotros cuando está muy flaco. La falta de moderación en los ayunos, disciplinas, cilicios y asperezas, deja á muchos, en los más preciosos años de su vida, incapaces de ejercer obras de caridad, como sucedió á San Bernardo, que sentía haber practicado demasiadas austeridades; y estos tales, por lo mismo que han mal-

tratado su cuerpo al principio, se ven obligados á lisonjearle al fin. ¿No hubiera sido mejor tratarle siempre de un mismo modo, con proporción á los oficios y trabajos á que su condición les obliga?

Así el ayuno como el trabajo sirven para macerar y abatir la carne; con que si el trabajo en que te has de emplear es necesario ó muy útil para la gloria de Dios, más quisiera yo que sufrieses la pena del trabajo que la del ayuno: de esta manera piensa la Iglesia, que dispensa aun los ayunos de precepto por las fatigas útiles al servicio de Dios y del prójimo. Uno se mortifica en ayunos, y otro en servir á los enfermos, visitar á los encarcelados, confesar, predicar, consolar á los afligidos, orar y otros semejantes ejercicios, pues esta mortificacion es más preciosa que aquella, porque á más de que como ella mortifica, produce otros frutos más apetecibles. Y por lo tanto, hablando en general, mejor es conservar algunas fuerzas corporales más de las precisas, que no destruir más de las que conviene, porque siempre estamos á tiempo de destruir cuando nos parezca, y no siempre lo estamos de reparar cuando queremos.

Debemos mirar con gran reverencia lo que Jesucristo nuestro Señor y Redentor dijo á sus discípulos: *Comed lo que os pongan delante*. A mi entender, comer sin elección lo que le pongan á uno delante y con el mismo orden que se lo den, sea ó no sea á su gusto, es mayor virtud que escoger siempre lo peor; pues, aunque este último modo de vivir parece más austero, el otro es más resignado, porque en él, no sólo se renuncia el propio gusto, sino también la propia elección; y no es poca austeridad, volver el gusto á todas partes, y tenerle sujeto á cualquier acaecimiento; á lo cual se añade que esta especie de mortificación no es visible ni acomoda á nadie y es la más propia de la civil. No querer un manjar para tomar de otro, picar y probar todos los platos, no encontrar nada bien guisado ni bastante limpio, hacer gestos á cada bocado, son muestras de un corazón flaco, que pone su atención en los platos y en las es-

cudillas. Cuando en vez de agua ó vino veo beber aceite á San Bernardo, le juzgo más digno de alabanza que si con reflexión y estudio hubiese bebido agua de ajenjos, porque es prueba clara de que no pensaba en lo que bebía; y en este descuido de lo que se ha de comer ó beber consiste la perfecta práctica de aquella sagrada sentencia: *Comed lo que os pongan delante*. Con todo, de esta regla exceptúo los manjares dañosos á la salud ó que perturban la razón, como son, para muchos, las cosas cálidas, y cargadas de especies, las que suben á la cabeza ó son flatulentas: y también exceptúo aquellas ocasiones en que la naturaleza necesita recreo y auxilio para poder llevar algún trabajo á la gloria de Dios. Más vale una sobriedad moderada y continua, que guardar mucha abstinencia unas temporadas y tener otras gran relajación.

Si se usa con moderación, la disciplina es sumamente eficaz para despertar el gusto de la devoción: el cilicio es muy poderoso para macerar el cuerpo; pero, por lo común, no es conveniente á los casados, ni á los de complexión delicada, ni á los que han de dedicarse á grandes trabajos: con todo, en los días más señalados de penitencia podrán usar de él con con el dictamen de un confesor discreto.

Para el sueño, cada uno ha de tomar de la noche aquel tiempo que, según su complexión, necesita para velar bien y con utilidad todo el día. Y pues la Sagrada Escritura en muchos lugares, el ejemplo de los Santos, y aun la razón natural, nos recomiendan encarecidamente la madrugada, como la mejor y más útil parte del día, y pues Nuestro Señor toma el nombre de sol que sale y Nuestra Señora el de la aurora del día, tengo por práctica virtuosa el recogerse á dormir temprano por la noche para levantarse bien de madruguda: este tiempo es, ciertamente, el más agradable y dulce y el más desembarazado: aun los pajarillos nos provocan en él á levantarnos y alabar á Dios: así que el madrugar es saludable para el alma y para el cuerpo.

Camina Balaam sobre su jumentilla hacia donde está Balac; pero como no lleva recta intención, le espera en el camino el ángel del Señor con una espada en la mano para darle muerte: la jumentilla, que ve al ángel, se pasa por tres veces como inmoble: hiérele cruelmente Balaam con la vara para que ande, hasta que la tercera vez, echándose con él en tierra, le habla milagrosamente, y le dice: "Qué te he hecho? ¿Por qué me hieres ya por tercera vez?„ Y al punto se abren los ojos de Balaam para que vea al Angel, el cual le dice: "¿Por qué hieres á tu jumentilla? Si ella no se hubiera apartado del camino, cediendo á mi resistencia, yo te hubiera dado á ti la muerte y á ella la hubiera dejado viva.„ Entonces responde Balaam: "Herí porque no sabía que tú estabas oponiéndote á mi camino.„ ¿Ves esto, Filotea? Balaam, que es la causa del mal, castiga y hiere á la pobre jumentilla, que no puede remediarlo; pues así nos suele suceder á nosotros muchas veces. Aquella mujer ve á su marido ó á su hijo enfermo, y al punto echa mano del ayuno, del cilicio, de la disciplina, como hizo David en un caso semejante. ¡Ah, querida! tú hieres á la pobre jumentilla, afliges al cuerpo que no tiene la culpa de tu mal, ni de que Dios tenga la espada desenvainada contra ti: corrige tu corazón que idolatra á ese marido, y que permite á ese hijo tantos vicios, y le enseña á ser soberbio, vano y ambicioso. Aquel hombre ve que con frecuencia cae torpemente en pecados de lujuria, y el remordimiento interior de su conciencia le sale al encuentro con la espada en la mano para traspasarle con un saludable temor: entonces, por lo común, entrando en sí mismo, exclama su corazón: ¡Ah cuerpo desleal! tú me has hecho traición. Y de contado descarga sobre su carne ásperos golpes, y se entrega á inmoderados ayunos, á desapiadadas disciplinas y á insoportables cilicios. ¡Ah, pobre alma! si pudiese tu carne hablar como la jumentilla de Balaam, diría: ¿por qué me hieres tú, ruín, si es contra ti contra quien Dios asesta su venganza? Tú eres la culpada, alma mía. ¿Por

qué me llevas á las conversaciones malas? ¿Por qué empleas en lascivias mis ojos, mis manos y mis lábios? ¿Por qué me alteras con torpes imaginaciones? Ten tú pensamientos buenos, y no tendré yo movimientos malos; trata con personas castas, y no me veré yo agitada de la concupiscencia; pero ¡ay! después que tú misma me arrojas á las llamas, pretendes que no me queme; me echas tú misma el humo á los ojos, y quieres que mis ojos no se inflamen. En estos casos, aun el mismo Dios os está diciendo: Herid, romped, hended, desmenuzad en primer lugar vuestros corazones, porque el objeto de mi indignación son ellos. Así como para curar la comezón, no son tan provechosos los lavatorios y baños exteriores como los medicamentos que purifican la sangre y refrescan el hígado; así, para curarnos de los vicios, aunque en la realidad es bueno mortificar la carne, es mucho más necesario purificar nuestros afectos y refrescar nuestros corazones. Finalmente, por regla general, nunca se han de hacer penitencias corporales sin consejo del director.

CAPITULO XXIV

De las conversaciones y de la soledad.

En la devoción propia de las personas que viven en el mundo, que es de la que estamos tratando, son extremos reprensibles, así el andar en busca de conversaciones, como el andar huyendo de ellas; porque huirlas parece desvío y desprecio del prójimo, y buscarlas no deja de ser ociosidad inútil. Hemos de amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, y así, para mostrar que los amamos no huyamos de estar con ellos; y para dar testimonio de que nos amamos á nosotros, gustemos de estar con nosotros mismos, esto es, de estar solos. Primero has de pensar en ti, dice San Bernardo, y después en los demás: y así, si no tienes precisión de concurrir á conversar con otros ó de recibirlos en tu casa, es-

táte dentro de tí misma y conversa con tu corazón; pero, si viene á buscarte la conversación ó tienes justo motivo de irla á buscar, ve en nombre de Dios, y mira á tu prójimo, Filotea, con buena voluntad y con buenos ojos.

Llamamos conversaciones malas á las que se tienen con mala intención, sea la que fuere; y también las que se tienen con personas viciosas, atrevidas y disolutas; y en cuanto á éstas, es necesario huir de ellas, como huyen las abejas de los enjambres de tábanos y avispas; pues, al modo que el sudor, el aliento y la saliva de los que han sido mordidos de un perro rabioso es peligrosa, especialmente para los niños y personas delicadas de complexión, así también es arriesgado y peligroso el trato de las gentes viciosas y disipadas, pero en especial para aquellos cuya devoción está todavía delicada y endeble.

También hay conversaciones que únicamente sirven de pasatiempo, y que se tienen sólo para distraerse de las ocupaciones serias: éstas, aunque no conviene entregarse á ellas, se pueden tener en el tiempo destinado para recreación.

Otras conversaciones hay de urbanidad, como son las mutuas visitas y ciertas concurrencias que se hacen para obsequiar al prójimo; acerca de las cuales ni ha de haber nimiedad en hacerlas, ni descortesía en despreciarlas, sino cumplir con modestia lo que se debe, huyendo tanto de la rusticidad como de la inmoderada ligereza.

Restan ahora las conversaciones útiles, como son las de personas devotas y virtuosas; y ¡qué gran bien será para ti, Filotea, encontrar tales conversaciones á menudo! La viña plantada entre los olivos produce uvas crasas, que tienen algún sabor de aceituna, y el alma que anda entre las gentes virtuosas no puede menos de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel, pero mezclados con las abejas las ayudan á formarla; así nos es muy provechoso para acostumbrarnos á la devoción, conversar con almas devotas.

En cualquiera conversación es apreciable la sinceridad, sencillez, dulzura y modestia; pero hay algunos que hacen todas las acciones y movimientos con tanto artificio que á todos empalagan; y así como nadie podría sufrir á uno que, al pasearse, fuese siempre contando los pasos y que no hablase sin cantar, así también son sumamente fastidiosos en el trato los que tienen afectación y hacen todas las acciones á compás: tales gentes son siempre algo presuntuosas. De ordinario conviene que en nuestra conversación se vea una alegría moderada: por eso son tan celebrados San Romualdo y San Antonio, quienes, en medio de sus grandes austeridades, mostraban en el rostro y en la conversación alegría, buen amor y civilidad. "Alegraos con los que se alegran„, dice el Apóstol; y en otro lugar: "Alegraos siempre en el Señor, y vuestra modestia sea visible á todos los hombres. Para alegraros, pues, en nuestro Señor, no sólo ha de ser lícita, sino también honesta la materia de vuestra alegría; digo esto, porque hay cosas que son lícitas, pero no son honestas; y para que se vea vuestra modestia, huid de desvergüenzas, que siempre son reprensibles. Dejar caer á uno, tiznar á éste, picar al otro, hacer mal á un simple, son diversiones y alegrías necias é insolentes.

Pero además de la soledad mental, á la cual puedes retirarte, aun en las grandes concurrencias, como dijimos arriba, siempre has de gustar de la soledad real, esto es, la soledad del lugar. No digo por esto que te retires á los desiertos como Santa María Egipcíaca, San Pablo, San Antonio, Arsenio y otros Padres del yermo, sino que estés algún rato en tu aposento ó en tu jardín, ó en otra parte, donde con más comodidad puedas retirar tu espíritu dentro del corazón y recrear tu alma con buena consideraciones y pensamientos santos, ó con alguna lectura santa, como hacía el insigne San Gregorio Nacianceno, el cual dice, hablando de sí propio: "Paseábame yo solo por la orilla del mar á la caída del sol, porque acostumbro usar de esta recreación para descansar y sacudir algún tanto las

molestias ordinarias." Y en seguida de esto trata de aquel buen pensamiento que tuvo, y que ya en la parte II, cap. XIII, he referido. Y en esto también imitarás á San Ambrosio, de quien refiere San Agustín, que cuando entraba en su aposento (pues á nadie cerraba la puerta), le veía leer; y esperando algún tiempo, se solía retirar sin decirle palabra, por no incomodarle, juzgando que no se le debía quitar á este insigne pastor aquel corto tiempo que le quedaba para restablecer y recrear el espíritu del bullicio de tantos negocios. Así también Nuestro Señor, cuando le refirieron los Apóstoles lo mucho que habían predicado y hecho, les dijo: "Venid aparte á un lugar desierto, y descansad un poco."

CAPITULO XXV

De la conveniente decencia del vestido.

ENSEÑA San Pablo, que las mujeres devotas (otro tanto pudiera decirse de los hombres) deben usar vestidos modestos y decentes, adornándose con pudor y moderación. Consiste la decencia del vestido en su materia, forma y aseo: el aseo casi siempre debe ser igual á nuestros vestidos, no llevando en ellos, en cuanto sea posible, mancha ni indecencia alguna; porque la limpieza exterior representa, en cierto modo, la honestidad interior; y el mismo Dios exige la pureza corporal en los que se acercan á los altares y ejercen el principal cargo de la devoción.

En cuanto á la materia y forma, se ha de medir la decencia por las circunstancias del tiempo, edad, calidad, compañías y ocasiones. Es regular componerse más los días de fiesta, á proporción de la solemnidad que se celebra; y en tiempo de penitencia, como es la Cuaresma, se debe disminuir mucho el adorno: á las bodas se llevan vestidos nupciales; á los duelos, de luto: cuando se ha de andar alrededor de los príncipes se aumenta la compostura y se disminuye

cuando se vive entre los domésticos. La mujer casada puede y debe ataviarse cuando está presente su marido, si en ello le complace; pero si también se engalana cuando está ausente, se podrá preguntar: ¿á qué ojos quiere agradar con este particular cuidado? A las doncellas se les permiten más adornos, porque lícitamente pueden procurar parecer bien á muchos, aunque solamente con el fin de ganar la voluntad de uno con quien puedan contraer el santo matrimonio. Tampoco puede vituperarse que se atavíen algún tanto aquellas viudas, que se hallan proporcionadas para volverse á casar, pero sin mostrar ligereza; pues habiendo sido ya madres de familia y habiendo sufrido los contratiempos de la viudez, pasan por mujeres de espíritu maduro y templado. Pero á las verdaderas viudas, que no solamente lo son de cuerpo, sino también de espíritu, no les sienta bien otro adorno que la humildad, modestia y devoción; pues si quieren enamorar á los hombres, no son verdaderas viudas; y si no pretenden enamorarlos, ¿para qué son aquellos atavíos? El que no piense en recibir huéspedes, quite la muestra de la posada. ¿Quién no se ha de reir de las viejas que quieren parecer bien? locura que sólo se puede disimular en las jóvenes.

Has de andar aseada, Filotea, sin llevar pingajos ni desgarrones, porque parece desprecio de las personas con quienes se trata, andar entre ellas en traje que repugna; pero huye de toda afectación, vanidad, primor y locura. Arrímate cuanto puedas á la sencillez y modestia, que es, ciertamente, el mayor ornamento de la belleza y el mejor disimulo de la fealdad. San Pedro advierte, en particular á las jóvenes, que no lleven los cabellos tan batidos, rizados, ensortijados y ondeando. Los hombres que incurren en la afeminación de gustar de tales afeites, son mirados en todas partes como hermafroditas, y las mujeres vanas son tenidas por poco firmes en la castidad; pues si la tienen, á lo menos no lo manifiestan con tantos adornos y bagatelas. Suele decirse que no se hace con mal pensamiento; pero yo respondo,

como otras veces, que el enemigo siempre piensa mal. Quisiera yo que el devoto y devota á quienes hablo, fuesen los mejor vestidos de su clase, pero los menos pomposos y afectados y que estuviesen adornados de gracia, de modestia y de majestad, como se dice en los Proverbios. En pocas palabras dice San Luis que cada uno se ha de vestir según su estado; de tal manera, que los buenos y prudentes no puedan decir que hay exceso, ni los jóvenes puedan notar que hay falta; pero, en caso que los jóvenes no se quieran dar por satisfechos de esta decencia, es justo atenerse al parecer de los prudentes.

CAPITULO XXVI

Del modo de hablar, y, primeramente, cómo se ha de hablar con Dios.

REGISTRANDO la lengua, conocen los médicos el estado de salud ó enfermedad de una persona; así también las palabras son indicios verdaderos de las calidades del alma. "Por tus palabras serás justificado, dice el Salvador, y por tus palabras serás condenado.„ Adonde se siente dolor acude la mano, y la lengua adonde se tiene amor; así, pues, Filotea, si estás muy enamorada de Dios, hablarás frecuentemente de Dios en las conversaciones familiares que tengas con tus domésticos, amigos y vecinos, pues "la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio„. Al modo que las abejas sólo chupan con el pico la miel, tu lengua estará siempre endulzada de su Dios, y en nada encontrará mayor suavidad que en ver salir de tus labios alabanzas y bendiciones de su nombre; como se refiere de San Francisco, que cuando pronunciaba el santo nombre del Señor, se chupaba y lamía los labios, en prueba de la suma dulzura que en él encontraba.

Pero habla siempre de Dios como de Dios, esto es, con reverencia y devoción, sin querer parecer sabia ni predicadora, sino procurando cuanto puedas,

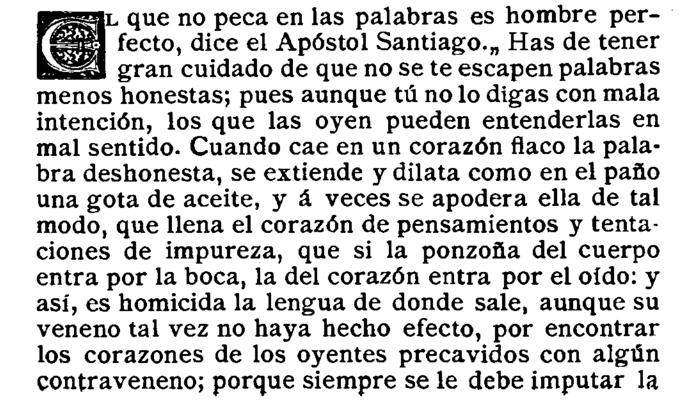
como la Esposa de los Cantares, destilar con espíritu de dulzura, caridad y humildad la deliciosa miel de la devoción y de las cosas divinas gota á gota, ya en los oídos de uno, ya en los de otro, rogando interiormente á Dios se digne hacer que este santo rocío penetre hasta el corazón de los que te oyen.

Sobre todo, has de practicar este angelical ministerio dulce y suavemente, no corrigiendo, sino inspirando, porque es un prodigio lo que vale para ganar las voluntades usar de suavidad y proponer amistosamente lo bueno.

Nunca has de hablar de Dios ni de la devoción, por cumplimiento y pasatiempo, sino siempre con respeto y devoción; y te hago esta advertencia para que no caigas en la reparable vanidad de algunos devotos, que á cada paso dicen sólo por decir, y sin pensar lo que dicen, palabras santas y fervorosas; y después de haberlas pronunciado se creen tales como indican sus palabras, no siéndolo en realidad.

CAPITULO XXVII

De la decencia de las palabras y del respeto que se debe á las personas.



EL que no peca en las palabras es hombre perfecto, dice el Apóstol Santiago.„ Has de tener gran cuidado de que no se te escapen palabras menos honestas; pues aunque tú no lo digas con mala intención, los que las oyen pueden entenderlas en mal sentido. Cuando cae en un corazón flaco la palabra deshonesta, se extiende y dilata como en el paño una gota de aceite, y á veces se apodera ella de tal modo, que llena el corazón de pensamientos y tentaciones de impureza, que si la ponzoña del cuerpo entra por la boca, la del corazón entra por el oído: y así, es homicida la lengua de donde sale, aunque su veneno tal vez no haya hecho efecto, por encontrar los corazones de los oyentes precavidos con algún contraveneno; porque siempre se le debe imputar la

malicia de haber procurado darles muerte; y no se excusen diciendo que no lo pensaron, pues el Señor que ve los pensamientos, dice: "Que de la abundancia del corazón habla la boca"; y aun cuando nosotros no pensemos mal, lo piensa siempre el maligno y se sirve ocultamente de estas malas palabras para traspasarle á alguno el corazón. Se dice que los que comen la hierba llamada angélica tienen siempre el aliento suave y agradable; así también los que conservan en su corazón la honestidad y caridad, virtudes angélicas, dicen siempre palabras puras, urbanas y púdicas. Las cosas indecentes y locas quiere el Apóstol que ni aun se nombren entre nosotros, asegurando "que las conversaciones malas corrompen las buenas costumbres".

Son mucho más venenosas estas palabras deshonestas cuando se dicen encubiertas con arte y agudeza; pues si el dardo, cuanto más agudo, más fácilmente penetra en el cuerpo; la palabra mala, cuanto más aguda, tanto más penetra en nuestros corazones.

Los que piensan acreditarse de urbanos y discretos diciendo semejantes palabras, no saben siquiera el fin de las conversaciones, que es juntarse como un enjambre de abejas para sacar miel de las pláticas dulces y virtuosas, y no como avispas que se reunen para chupar la podredumbre. Si te dijera algún necio palabras mal sonantes, dale á entender que ofende tus oídos, ó ya apartándote de allí, ó ya por algún otro medio que te dictare la prudencia.

No puede haber peor propiedad que la de burlarse: aborrece Dios este vicio en gran manera, y lo ha castigado en los pasados tiempos con extraordinarios castigos; pues siendo la desestimación y desprecio del prójimo el mayor contrario de la caridad, y mucho más de la devoción, siempre la mofa y burla llevan consigo este desprecio; por lo cual es pecado tan grave, que, como enseñan con mucha razón los Doctores, no se puede hacer mayor ofensa de palabra al prójimo que mofarse de él; pues si entre las demás ofensas se conserva alguna estimación de la

persona ofendida, en ésta se comete con desestima y menosprecio.

Aquellos chistes ó juegos de palabras que con modesta alegría y gracejo se dicen unos á otros, pertenecen á la virtud que llaman los griegos *eutrapelia,* y nosotros podemos llamar buena conversación; con tales chistes se hace que sirvan de honesta y familiar recreación los asuntos de poca entidad que suministran las imperfecciones humanas; pero es preciso tener cuidado de no pasar desde el honesto gracejo á la mofa, pues la mofa provoca á risa por la desestima y menosprecio del prójimo; y el chiste y buen humor hace reir por una sencilla libertad, confianza y familiar franqueza, junta con el donaire de algún dicho. Cuando querían algunos religiosos hablar á San Luis de asuntos graves después de comer, respondía: Ahora no es tiempo de tratar de negocios, sino de esparcirse con chistes y ocurrencias; diga cada uno honestamente lo que le ocurra. Lo cual decía atendiendo á los nobles que le rodeaban para disfrutar de su benevolencia. Por lo tanto, cuidemos, Filotea, de pasar el tiempo con la recreación, de manera, que con la devoción conservemos la eternidad santa.

CAPITULO XXVIII

De los juicios temerarios.

No queráis juzgar, y no seréis juzgados; no queráis condenar, y no seréis condenados„ dice el Salvador de nuestras almas. "No juzguéis antes de tiempo, dice el Apóstol, hasta que venga el Señor, que revelará lo escondido de las tinieblas y manifestará los designios de los corazones.„ ¡Oh, cuánto desagradan á Dios los juicios temerarios! Son temerarios los juicios de los hijos de los hombres, porque como no son jueces unos de otros, usurpan á Nuestro Señor su oficio cuando los juzgan; temerarios, porque la principal malicia del pecado de-

pende de la intención y designio del corazón, la cual es para nosotros obscura como las tinieblas; temerarios, porque bastante tiene que hacer cada uno en juzgarse á sí mismo, sin ingerirse á juzgar á su prójimo. Para no ser juzgado, es necesario no juzgar á los demás y juzgarse á sí propio, pues el Señor nos prohibe lo primero, y el Apóstol nos manda lo segundo, cuando dice: "Si nos juzgásemos á nosotros mismos, no seríamos ciertamente juzgados." Pero ¡oh Dios! todo lo hacemos al revés: continuamente estamos juzgando al prójimo, que es lo que se nos prohibe, y jamás queremos juzgarnos á nosotros mismos como se nos manda.

En cuanto á los remedios, se han de aplicar según las causas de que nacen los juicios temerarios. Hay algunos corazones naturalmente agrios, amargos y ásperos, que agrian y amargan todo cuanto reciben, y que, como dice el profeta Amós, *convierten el juicio en ajenjos*. Estos necesitan presisamente dar en manos de un buen médico espiritual, porque siéndoles connatural la amargura de corazón, es muy difícil de vencer; y aunque ella en sí no sea pecado, sino sólo imperfección, es, con todo, peligrosa, porque da entrada y dominio en el alma al juicio temerario y murmuración. Juzgan algunos temerariamente, no por amargura, sino por orgullo, pareciéndoles que á medida que deprimen la estimación de otro realzan la suya propia: espíritus arrogantes y presuntuosos, que se glorían en sí mismos, y se elevan tanto en su propia estimación, que miran todo lo demás como humilde y bajo: tal era el necio fariseo cuando decía: "No soy como los demás hombres." Otros no tienen este orgullo manifiesto, sino solamente cierta complacencia en considerar el mal de los demás, para sentir mayor dulzura en reparar y hacer reparar á otros el bien opuesto de que se juzgan dotados; y es tan secreta é imperceptible esta complacencia, que sólo una vista muy perspicaz puede descubrirla, pues aun los mismos que están tocados de este contagio no lo conocen, si no hay

quién se lo muestre. Otros, para lisonjearse y excusarse consigo mismos, y para acallar los remordimientos de su conciencia, juzgan de ligero, que los demás adolecen del mismo vicio que á ellos les domina, ó de algún otro de no menor gravedad, creyendo, que será menos vituperable su culpa si son muchos los culpados. No pocos hay que, por ocupar el pensamiento, se echan á juzgar temerariamente, sin otro fin que divertirse en filosofar y adivinar las costumbres y temperamentos de las personas; y si por desgracia salen alguna vez verdaderos sus juicios, toma tal incremento su audacia y su apetito de continuar, que es muy difícil desviarlos. Otros juzgan por pasión, y así siempre piensan bien de lo que estiman, y mal de lo que aborrecen, exceptuando un caso digno de admiración, pero, sin embargo, verdadero, en que el mismo exceso del amor indujo á hacer malos juicios del amado: efecto monstruoso, que proviene de un amor impuro, imperfecto, inquieto y enfermo, que son los celos, los cuales, como nadie ignora, por sólo una mirada sencilla ó por la menor sonrisa, califican de pérfidos y adúlteros á los sujetos. Finalmente, contribuyen, de ordinario, en gran manera, á producir sospechas y juicios temerarios el miedo, la ambición y otras semejantes flaquezas del espíritu.

Pues ¿qué remedio? Los que beben el zumo de la hierba ofusia, de Etiopía, ven por todas partes serpientes y otros objetos formidables; y los que han bebido la soberbia, la envidia, la ambición y el rencor, no ven cosa que no juzguen mala y reprensible: aquellos para curar han de beber vino de palma; lo mismo digo á estos: bebed cuanto podáis el sagrado vino de la caridad, que os limpiará de los malos humores que hacen formar estos errados juicios. La caridad, no solamente no va á buscar el mal, sino que teme encontrarlo; y si tropieza con él, vuelve á otra parte el rostro, y lo disimula, cierra los ojos antes de verle desde que percibe el primer rumor, y luego, con una santa sencillez, piensa que no era verdade-

ramente el mal, sino sólo una sombra ó fantasma. Y aun cuando forzosamente conoce que es el mismo mal, se aparta al instante y procura olvidar su figura. La caridad es la mejor medicina de todas las enfermedades, pero en particular de esta. Todas las cosas aparecen amarillas á los ojos de los que adolecen de ictericia, y dicen que para curarse de este mal, se ha de llevar la celidonia bajo de la planta del pie. Es el juicio de juzgar temerariamente una especie de ictericia espiritual, que á los que la padecen les hace ver todas las cosas como malas; y el que quiera curarse de ella ha de aplicar los remedios, no á los ojos, sino á los afectos, que son como pies del alma. Si tus afectos son suaves, serán suaves tus juicios; si son caritativos, también tus juicios lo serán. He aquí tres ejemplos admirables. Había dicho Isaac que Rebeca era hermana suya; vió Abimelec que jugaba con ella, esto es, que la acariciaba con ternura, y al punto juzgó que era su esposa. Unos ojos malignos la hubieran juzgado su manceba, ó, creyéndola hermana, le hubieran tenido por incestuoso: pero Abimelec siguió la opinión más caritativa que se podía formar del hecho. Así es menester que procedamos siempre, Filotea, juzgando del prójimo lo más favorable que podamos; y si se puede mirar con cien aspectos una acción misma, la hemos de mirar por el mejor de todos. Conocía claramente San José que nuestra Señora estaba en cinta; pero como por otra parte la miraba tan santa, pura y angelical, no pudo persuadirse que hubiese mal alguno en su preñez; por lo cual determina, alejándose de ella, dejar á Dios el juicio: de este modo, á pésar de ser vehemente el argumento para hacerle formar mal concepto de la Virgen, él jamás quiso juzgarla. ¿Y por qué? porque era justo, dice el Espíritu de Dios, y el justo, cuando no puede excusar ni el hecho ni la intención de un sujeto, á quien, por otra parte, reconoce bueno, no quiere juzgarle, sino aparta de su pensamiento la especie y deja á Dios el juicio. Finalmente, el Salvador crucificado, no pudiendo abso-

lutamente excusar el pecado de los que le habían puesto en la cruz, trata siquiera de minorar la malicia, alegando su ignorancia. Cuando no podamos nosotros excusar el pecado, juzguémosle á lo menos digno de compasión, atribuyéndolo á la causa más tolerable que pueda aplicársele, como lo es la ignorancia ó la flaqueza.

¡Pues qué! ¿nunca se puede juzgar al prójimo? Nunca: porque Dios es, Filotea, quien juzga en justicia á los delincuentes; y aunque para ser oído de nosotros, habla por boca de los magistrados, éstos son sus ministros é intérpretes no más, y como oráculo suyo no pueden decir más de lo que el Señor les enseña; y si lo hacen de otra suerte, gobernándose por sus propias pasiones, entonces sí que son ellos los que juzgan y los que por consiguiente serán juzgados; porque á los hombres, como hombres, les está vedado juzgar á los demás hombres.

Mas no pienses que el ver ó conocer una cosa es juzgar, porque el juicio supone (á lo menos en frase de la Escritura) alguna dificultad pequeña ó grande, verdadera ó aparente, que es necesario vencer; y aun por eso nos dice: *que los que no creen están ya juzgados;* porque ya no cabe duda de su condenación. No es malo, pues, dudar del prójimo, porque lo prohibido es el juzgar, no el dudar; pero aun la duda ó sospecha, para que sea lícita, ha de ser ni más ni menos de lo que persuaden las razones y los argumentos en que se funda, pues de otra suerte, las dudas y sospechas son temerarias. Si algún malicioso hubiera visto á Jacob dar un ósculo á Raquel junto al pozo, ó á Rebeca recibir los brazaletes y pendientes que le dió Eliezer, hombre desconocido en aquel país, hubiera sin duda pensado mal de estos dos dechados de castidad, pero sin razón ni fundamento; porque cuando una acción es indiferente en sí misma, es sospecha temeraria inferir de ella una consecuencia mala, no habiendo muchas circunstancias que corroboren el argumento. También es juicio temerario sacar de un acto solo la consecuencia para des-

acreditar á una persona; pero esto luego lo explicaré con más claridad.

Finalmente, los que velan cuidadosamente sobre su conciencia, están menos expuestos á hacer juicios temerarios; porque así como las abejas, viendo las nieblas en tiempo revuelto, se recogen dentro de su panal á formar la miel, así el pensamiento de las almas buenas no se para en objetos enmarañados, ni anda vagando en las acciones obscuras de los prójimos, antes bien, por no encontrarlas, se recoge dentro del corazón á formar buenos propósitos para su propia enmienda.

Ocuparse en examinar vidas ajenas es de almas ociosas, exceptuando á los que tienen otros á su cargo, ya sea en la familia ó en la república, pues para éstos uno de los principales cargos de conciencia es velar sobre las de los demás. Cumplan, pues, con su obligación amorosamente, y hecho esto, manténganse recogidos en sí propios.

CAPITULO XXIX

De la maledicencia.

PRODUCE el juicio temerario inquietud y menosprecio del prójimo, orgullo y complacencia de sí mismo, con otros muchos y perniciosos efectos, entre los cuales, uno de los más notables es la maledicencia, verdadera peste de las conversaciones. ¡Ojalá tuviera yo en mi mano un carbón encendido del altar santo para tocar los labios de los hombres, y purificarlos de su iniquidad y pecado, como lo hizo el serafín con el profeta Isaías! pues quien quitase del mundo la maledicencia, quitaría gran parte de los pecados y de la maldad.

El que injustamente roba á su prójimo la fama, además de pecar, queda obligado á la restitución, bien que de diversos modos, según la diversidad de murmuraciones, porque nadie puede entrar en el cielo llevando los bienes de otro, y entre los bienes

exteriores la fama es el más precioso. Es la maledicencia especie de homicidio. Tenemos tres géneros de vida: espiritual, que consiste en la gracia de Dios; corporal, que proviene del alma; y civil, que se mantiene con la buena fama: la primera se pierde por el pecado, la segunda por la muerte y por la maledicencia la tercera. Pero el murmurador hace, de ordinario, tres homicidios con sólo una estocada de su lengua, dando muerte espiritual á su alma, y á la de quien le escucha, y muerte civil á la persona de quien murmura, pues, como dice San Bernardo, el que murmura y el que escucha la murmuración tienen en sí al demonio, uno en la lengua y otro en el oído. "Aguzarán sus lenguas como la de la serpiente„, dice David de los murmuradores; y si la serpiente, como enseña Aristóteles, tiene la lengua dividida y con dos puntas, tal es la del murmurador, que con un golpe solo hiere y envenena el oído de quien le escucha, y la reputación de la persona de quien habla.

Sobremanera te encargo, amada Filotea, que jamás hables mal de persona alguna, ni directa ni indirectamente: guárdate de imputar al prójimo crímenes y pecados falsos, de manifestar los ocultos, de ponderar los públicos, de dar siniestra interpretación á las obras buenas, de negar lo bueno que sabes de alguno, de disimularlo maliciosamente ó de disminuirlo con tus palabras, porque todas estas cosas son grande ofensa á Dios, pero mucho mayor acusar á alguno con falsedad, ó negar la verdad en perjuicio de tercero, en lo cual hay dos pecados: la mentira y el daño del prójimo.

No hay murmuradores más finos y venenosos que aquellos que para hablar mal empiezan celebrando ó refiriendo algunas prendas y dotes de las personas de las cuales murmuran; protesto, dicen, que le estimo, y que en lo demás es muy buen hombre; pero con todo, no puedo menos de confesar la verdad, ha obrado mal cometiendo tal perfidia: fulana es muy buena muchacha, pero se dejó sorprender:

y siempre usan de semejantes rodeos: ¿no conoces en esto el artificio? Como el que dispara el arco, tira hacia sí la flecha todo cuanto puede, pero es para lanzarla con mayor ímpetu, así los tales parece que tiran hacia sí la malidecencia, pero es para despedirla con mayor fuerza, y que penetre otro tanto en los corazones de los que escuchan. La murmuración que se dice en tono festivo es también más cruel que todas, porque así como la cicuta en sí no es veneno activo sino lento, y cuyos efectos se pueden atajar fácilmente, pero que tomada con vino es incurable; así la murmuración que, dicha sin artificio, hubiera entrado por un oído y salido por el otro, como suele decirse, cuando viene envuelta en alguna expresión aguda y graciosa, se queda muy impresa en la memoria de los que la escuchan. "Tienen en sus labios, dice David, veneno de áspides", porque el áspid hace una picadura casi imperceptible, y su veneno al principio causa una comezón agradable, con la cual se dilatan el corazón y las entrañas, y reciben el veneno á que después es imposible contrarrestar.

No digas fulano es un borracho, por haberle visto embriagado una vez; ni le llames adúltero, por haberle visto que cayó en este pecado; ni le apellides incestuoso, por haberle cogido en este delito; pues no basta un acto solo para caracterizar al sujeto. Paróse una vez el sol para contribuir á la victoria de Josué; obscurecióse otra en testimonio de la victoria del Salvador: ¿diremos por esto que es inmoble ú obscuro? Una vez se embriagó Noé, otra Lot, y éste, además, cometió un gravísimo incesto; sin embargo, á ninguno de los dos se puede llamar borracho, ni á Lot incestuoso. No fué San Pedro sangriento porque una vez derramó sangre; ni porque blasfemó en otra ocasión, blasfemo: que el nombre de vicioso ó virtuoso se adquiere por la continuación y el hábito; así que, es impostura tratar á uno de colérico ó ladrón, por haberle visto una vez encolerizarse ó robar.

Se expone á no decir verdad el que llama á otro

vicioso, aunque lo haya sido mucho tiempo; así mintió Simón leproso cuando llamó pecadora á Magdalena, que lo había sido poco antes, pero ya entonces no lo era, sino muy santa penitente, por lo cual tomó Nuestro Señor á su cargo defenderla: el necio fariseo juzgaba gran pecador, ó quizá injusto, adúltero y ladrón, al publicano, pero se engañaba mucho, porque había sido justificado entonces mismo: y pues la bondad de Dios es tan grande, que basta un momento para impetrar y alcanzar su gracia, no puede haber certidumbre de que hoy sea pecador el que ayer lo era. Ni el día de ayer puede juzgar al de hoy, ni el de hoy al de ayer: sólo el último de todos es el que á todos los juzga. Luego nunca podemos decir que un hombre es malo sin exponernos á mentir: únicamente podemos decir, si es preciso, que cometió tal ó tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, que obró mal poco antes; pero de ningún modo inferir de lo de ayer para hoy, ni de lo de hoy para ayer, menos para mañana.

Al mismo tiempo que debemos ser sumamente mirados en no hablar mal del prójimo, hemos de huir de alabar y hablar bien del vicio, que es el extremo opuesto en que suelen caer algunos, por evitar la maledicencia. No digas, por disculpar á otro, que es claro y sincero cuando es murmurador: no llames generoso y aseado al que es manifiestamente vano: no des á las familiaridades peligrosas título de sencillez ó bondad de genio, ni á la desobediencia de celo, ni á la arrogancia de franqueza, ni de amistad á la lascivia, que no es necesario, amada Filotea, para huir del vicio de la maledicencia, favorecer, lisonjear ó fomentar otros; antes bien se ha de decir claramente y con franqueza mal del mal, y vituperar lo que es vituperable, que así se da gloria á Dios, con tal que se guarden las condiciones siguientes:

Para vituperar laudablemente los vicios de otro, es necesario que así lo exija la utilidad de aquel de quien se habla, ó de aquellos con quienes se habla. Cuando se refieren delante de las doncellas las fami-

liaridades indiscretas, y ciertamente peligrosas, de aquellos ó de aquellas, y la liviandad de palabras y ademanes lúbricos, sin duda, que usa fulano ó fulana; si no vitupero claramente el mal, sino que quiero excusarlo, pongo en peligro á las almas tiernas que lo escuchan de resbalarse á alguna cosa semejante: luego el bien de éstos pide que con claridad vitupere yo tales cosas al punto que las oiga, á menos que pueda reservar esta buena obra para otro tiempo más á propósito, en que se ejecute con menos daño de aquellos con quienes se habla.

Demás de esto, es necesario que me toque á mí hablar sobre el asunto, como sucede cuando soy una de las primeras personas de la conversación, que si no hablo, parecerá que apruebo el vicio; pues si soy de los menores, no debo entrometerme á censurar, y sobre todo, es necesario que mis palabras sean medidas, para no decir ni aun una de más. Si, por ejemplo, motejo la familiaridad de aquel joven y de aquella señorita, porque es demasiado indiscreta y peligrosa, ¡Dios mío, de qué balanza tan fina debo usar, para no abultar el hecho de una tilde! Si no hay más que ligeras apariencias, esto sólo he de decir: si hay únicamente imprudencia, me ceñiré á decir esto sólo: si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia del mal, sino puro pretexto de murmuración, que sólo pudo hallarlo la malicia, ó no diré nada, ó diré esto mismo. Para juzgar al prójimo ha de ser mi lengua como el cuchillo del cirujano, que va á cortar entre los nervios y tendones: he de dar el golpe tan justo, que ni diga más ni menos de lo que hay: y finalmente, al vituperar el vicio se ha de procurar, cuanto sea posible, disculpar á la persona en quien se halla.

Cierto es que se puede hablar sin reparo de los pecadores infames, públicos y manifiestos, con tal que sea con espíritu de caridad y compasión, y no con presunción y arrogancia, ni complaciéndose en el mal del otro, que esto último es propio de corazones viles y bajos. Exceptúo, entre todos, á los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, que á éstos se les

debe desacreditar todo cuanto se pueda: tales son las sectas de herejes y cismáticos, y los caudillos de ellas; porque es caridad gritar al lobo cuando anda entre las ovejas, esté donde estuviere.

Algunos se creen con derecho de juzgar y censurar á los príncipes y de murmurar de naciones enteras, según los diversos afectos que tienen para con ellas. No cometas tal falta, Filotea, porque además de la ofensa á Dios, pudiera acarrearte mil disputas.

Cuando oigas hablar mal, suspende el juicio, si puedes hacerlo con justicia; si no, excusa la intención del acusado; si ni aun esto pudieres, muestra compasión de él, y muda la conversación, teniendo presente y recordando á los demás, que los que no caen en faltas deben esta gracia á Dios sólo: procura hacer con suavidad que el maldiciente entre en sí, y di alguna otra cosa buena de la persona ofendida, si la sabes.

CAPITULO XXX

Algunos avisos más acerca del hablar.

Ha de ser nuestro lenguaje suave, ingenuo, sincero, sin anfibología, claro y fiel; no ha de haber doblez, artificio y fingimiento; pues, aunque no siempre conviene decir todas las verdades, nunca es lícito faltar á la verdad. Acostúmbrate á no mentir jamás á sabiendas, ni por excusarte, ni de otro modo alguno; y para esto ten presente que Dios es el Dios de la verdad. Si acaso faltas á ella por equivocación, enmiéndalo al instante, si puedes, con alguna explicación ó reparación; hazlo así, que una verdadera excusa tiene más gracia y fuerza para disculpar que la mentira.

Aunque algunas veces se puede disimular con discreción y prudencia, encubriendo la verdad con algún artificio de palabras, esto no se ha de hacer sino en asunto de importancia, cuando lo piden claramente la gloria y servicio de Dios; porque, fuera de

estos casos, es arriesgado el artificio, puesto que, como dice la Sagrada Escritura, "no habita el Espíritu Santo en el corazón fingido y doble„. No hay finura mejor y más apreciable que la sencillez; la prudencia del mundo y el artificio de la carne es propio de los hijos del siglo; los hijos de Dios no andan en rodeos, ni tienen dobleces en el corazón; porque, como dice el Sabio, "el que camina con sencillez, camina con confianza„; el alma que usa de mentira, doblez y simulación muestra debilidad y vileza.

Había dicho San Agustín en el libro cuarto de sus *Confesiones,* que su alma y la de su amigo eran un alma misma; que la vida le era aborrecible después de la muerte de su amigo, porque no quería vivir á medias; pero que por esto mismo tal vez temía la muerte, porque su amigo no acabase de morir del todo. Estas expresiones le parecieron después demasiado artificiosas y afectadas, y se desdice de ellas en el libro segundo de las *Retractaciones,* llamándolas necedad. ¿Ves, Filotea, con cuánta delicadeza mide la afectación de las palabras esta alma santa y pura? A la verdad, es grande adorno de la vida cristiana la fidelidad, exactitud y sinceridad del lenguaje; por eso decía David: "Dije, guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua; poned, Señor, una guardia á mi boca y una puerta de circunspección á mis labios.„

San Luis, rey de Francia, tenía la máxima de no contradecir á nadie, sino en caso que de no hacerlo se siguiese pecado ó daño grave, procurando así evitar contestaciones y disputas. Mas cuando convenga contradecir y oponer el propio dictamen al de otro, ha de ser con gran dulzura y discreción, no pretendiendo violentar el juicio ajeno, porque así como así nada se saca de tomar las cosas con aspereza.

Aquel hablar poco que tanto encargaban los sabios de la antigüedad, no consiste en decir pocas palabras, sino en no decir muchas inútiles, pues en el hablar no se mira la cantidad, sino la calidad; y yo

creo que deben evitarse los dos extremos, porque afectar entendimiento y circunspección, no contestando á los discursos familiares que ocurren en la conversación, denota, ó poca confianza, ó algún menosprecio; y el parlar ó aplaudir siempre, sin dar lugar ni tiempo de hablar cómodamente á los demás, muestra liviandad y poco seso.

Nada le agradaba á San Luis el hablar en secreto y al oído, estando muchos juntos, particularmente en la mesa, por no dar lugar á sospechar que se murmuraba de los otros. El que está en la mesa, decía, con gentes honradas, si se le ofrece decir alguna especie alegre y festiva, debe decirla de modo que todos la oigan; y si es cosa de importancia, debe callarla, sin decir cosa alguna.

CAPÍTULO XXXI

De los pasatiempos y recreaciones, y, en primer lugar, de los lícitos y laudables.

FORZOSO es, de cuando en cuando, dar ensanche con alguna recreación al espíritu y al cuerpo. De San Juan Evangelista refiere Casiano, que encontrándole un cazador acariciando una perdiz que tenía en la mano, le preguntó, cómo siendo un un sujeto de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan frívola y despreciable.—¿Y por qué tú, le replicó San Juan, no llevas siempre flechado el arco?—Porque temo, respondió el cazador, que si está encorvado siempre, pierda la fuerza de extenderse cuando sea necesario.—No extrañes, pues, dijo el Apóstol, que yo remita algún tanto el rigor y atención de mi espíritu para tener alguna recreación, y poder entregarme después á la contemplación con más viveza. Es vicioso, ciertamente, un genio tan riguroso, agreste y severo, que no quiere usar de alguna recreación, ni permitirla.

Tomar el aire, pasearse, entretenerse en pláticas festivas y familiares, tocar el laúd ú otro instrumen-

to, cantar por música, y salir á caza, son recreaciones tan honestas, que para usar bien de ellas no se necesita más que aquella ordinaria prudencia que á todas las cosas da el correspondiente orden, tiempo, lugar y medida.

Los juegos cuya ganancia es el premio y la recompensa de la habilidad é industria del cuerpo ó del espíritu, como la pelota, el balón, el mallo, el correr sortijas, el aiedrez y el chaquete, son recreaciones buenas y loables en sí mismas, con tal que no sea excesivo el tiempo ni el tanto que se juega, porque si dura mucho tiempo, no es recreación sino ocupación; no despeja el espíritu ni el cuerpo, antes, por el contrario, le fatiga y cansa; pues al levantarse de jugar cinco ó seis horas al ajedrez, se encuentra la cabeza caliente y debilitada; y jugar largo tiempo á la pelota, no es recrear el cuerpo, sino fatigarse: por otra parte, si el tanto ó cantidad que se juega es excesiva, llega á ser desarreglado el afecto de los jugadores, á más de que no es justo estimar en tanto precio unas habilidades é industrias de tan poca monta y tan inútiles como las del juego. Pero sobre todo, Filotea, ten gran cuidado de que no se pegue el afecto á estas cosas, pues, aunque sean recreación, es vicio poner en ellas el corazón y afecto: no digo que no se haya de tener placer en el juego mientras se juega, que esto sería no divertirse; lo que digo es que no se ha de poner el afecto en el juego de manera que se desee que se embebezca uno en él y lo busque con solicitud.

CAPITULO XXXII

De los juegos prohibidos.

Los juegos de dados, naipes y otros semejantes, en que la ganancia depende por la mayor parte de la suerte, son recreaciones, no sólo peligrosas como los bailes, sino absoluta y esencialmente malas y reprensibles, y por esto los prohiben las le-

yes, tanto civiles como eclesiásticas. Pues ¿qué grave mal hay en esto, me diréis? En tales juegos no sigue la ganancia á la razón, sino á la suerte, que muchas veces cae á quien nada merecía, por su habilidad é industria, lo cual es contra la razón. Es que ya estamos convenidos en esto, me replicaréis: esto prueba que el que gana no hace injuria á los otros; mas no prueba que sea según la razón el convenio; y, por consiguiente, el juego en que la ganancia es premio, no de la industria, como era razón, sino de la suerte, no puede aprobarse, pues no está en nuestra mano.

Además, tales juegos de suerte, aunque se llamen recreación, y para esto se juegan, no lo son, sino ocupación violenta, pues en ellos está el espíritu flechado y tirante con una agitación seguida y agitado de continuas inquietudes, aprensiones y cuidados. ¿Hay atención más triste, opaca y melancólica que la de los jugadores? Ni se puede hablar del mismo juego, ni reir, ni aun toser, sin que se desesperen.

Finalmente, en estos juegos, el único gusto es la ganancia, placer injusto y regocijo infame, que sólo se puede alcanzar por la pérdida y disgusto del compañero. He aquí las tres razones por qué están prohibidos tales juegos. El gran rey San Luis, habiendo sabido que su hermano el conde de Anjou y el Sr. Gautier de Nemours estaban jugando, se levantó, enfermo como estaba, fué bambaleándose á su aposento, donde asiendo las tablas, los dados y parte del dinero, lo arrojó al mar por la ventana, mostrándose muy enojado con ellos. Y la santa y casta doncella Sara, alegando en presencia de Dios su inocencia, decía: "Vos sabéis, Señor, que jamás he conversado con los jugadores."

CAPITULO XXXIII

De los bailes y pasatiempos lícitos, pero peligrosos.

Las danzas y bailes son cosas indiferentes por su naturaleza; pero según el modo ordinario con que se ejecutan, están muy ladeadas é inclinadas hacia la parte del mal, y, por consiguiente, llenas de riesgo y de peligro: ejecútanse de noche, y es muy factible que entre la obscuridad y tinieblas se introduzcan muchas cualidades tenebrosas y viciosas en un sujeto sumamente apto en sí mismo para recibir el mal. En ellos se trasnocha considerablemente, con lo cual se pierden las madrugadas de los siguientes días y la oportunidad de servir á Dios en ellas: en una palabra, es locura cambiar el día por la noche, la luz por las tinieblas y las buenas obras por los devaneos. En todos los bailes osténtase á competencia la vanidad; y como esta es la disposición más oportuna para aficiones malas y amores reprensibles y peligrosos, fácilmente se engendra todo esto en los bailes.

De los hongos y setas dicen los médicos que los mejores no valen nada; pues lo mismo te digo, Filotea, de los bailes, que los mejores no son absolutamente buenos. Pero si es preciso comer hongos, se ha de cuidar de que estén bien aderezados; y si por algún motivo inexcusable es preciso ir al baile, ten cuidado de que esté bien condimentada tu danza. Pues ¿con qué se ha de sazonar? Con la modestia, la seriedad y buena intención. Comed pocas setas, y no muy á menudo, dicen los médicos, pues por bien sazonadas que estén, la cantidad las hace venenosas: baila poco, y no muy á menudo, Filotea, porque si no, te expones á cobrar afición al baile.

Los hongos, escribe Plinio, que por ser esponjosos y porosos, atraen fácilmente toda la infección que hay alrededor de ellos, de suerte, que cuando están

cerca de las culebras reciben el veneno: los bailes, danzas y semejantes concurrencias tenebrosas atraen, ordinariamente, los vicios y pecados que reinan en el lugar; las quejas, las envidias, las mofas y los necios amores; y así como este ejercicio de la danza abre los poros del corazón, por lo cual, si alguna serpiente llega á inspirar al oído palabras lascivas, requiebros, lisonjas, ó si algún basilisco se acerca á echar miradas impuras y ojeadas amorosas, los corazones están sumamente dispuestos para dejarse contaminar y emponzoñar.

Estas recreaciones, poco conformes á la razón, son ordinariamente peligrosas, Filotea, porque disipan el espíritu de devoción, debilitan las fuerzas, debilitan la caridad y despiertan en el alma muchas suertes de aficiones malas, por lo cual se ha de usar de ellas con suma moderación.

Pero, sobre todo, dicen que después de haber comido hongos, es menester beber vino generoso; y yo digo, que después de los bailes, es necesario servirse de algunas consideraciones santas y buenas que impidan las impresiones peligrosas que dejaría tal vez en nuestras almas el vano placer que se ha tenido. ¿Y cuáles son estas consideraciones?

1.ª Mientras tú estás en el baile, muchas almas están ardiendo en el fuego del infierno por pecados cometidos, ó en el baile ó por causa del baile.

2.ª Muchos religiosos y personas devotas están en aquella hora en presencia de Dios cantando sus alabanzas, y contemplando su hermosura: ¡cuánto mejor que tú emplean el tiempo!

3.ª Mientras tú has estado bailando, han muerto muchos entre graves congojas: muchos millares de hombres y mujeres han estado padeciendo gravísimos trabajos en sus camas, en los hospitales y en las calles; dolores de gota, de piedra y ardientes calenturas: ¿y es posible que estando éstos sin hallar descanso, no tengas tú compasión de ellos? ¿No consideras que vendrá día en que tú gimas como ellos, mientras otros bailen como tú lo has hecho?

4.ª Nuestro Señor, Nuestra Señora, los ángeles y los Santos te han estado viendo en el baile, y se han dolido mucho de ti, viendo tu corazón divertido en tales niñerías y ocupado en tal necedad.

5.ª ¡Ay, que mientras tú estabas en el baile, se ha pasado el tiempo, y la muerte se ha acercado! Mira cómo se burla de ti y te convida á su baile, en el cual los gemidos de tus deudos servirán de violín y tú en aquella danza harás un paso solo, pero de la viva á la muerte. Esta danza es el pasatiempo de los mortales, pues en ella se pasa en un instante del tiempo á la eternidad de bienes ó de tormentos. Te he indicado estas breves consideraciones; pero Dios te inspirará otras muchas para el mismo efecto si vives en su temor santo.

CAPITULO XXXIV

Cuándo es lícito jugar ó bailar



PARA que sea loable el juego ó la danza, se ha de tomar por recreo y no por pasión; ha de durar un tiempo moderado, y no hasta fatigarse y desvanecerse; y ha de ser raras veces, pues siendo con frecuencia, se convierte en ocupación el pasatiempo. ¿En qué ocasión, pues, se puede jugar ó bailar? Las ocasiones justas del baile y juegos indiferente son más frecuentes que las de los juegos prohibidos, así como tales juegos son mucho más reprensibles y peligrosos; pero, en una palabra, puedes danzar y jugar con las condiciones que te he señalado, cuando lo dicten la prudencia y discreción, por condescender y complacer á la honesta concurrencia en que te hallas; porque la condescendencia, como hija de la caridad, hace buenas las cosas indiferentes, lícitas las peligrosas, y aun quita la malicia á las que son algún tanto malas: por lo cual, los juegos de suerte, alguna vez que nos ponga en ellos la justa condescendencia, no son reprensibles, como lo

serían en cualquiera otra ocasión. He tenido gran consuelo en leer en la Vida de San Carlos Borromeo, que condescendía con los suizos en ciertas cosas, sobre las cuales era sumamente rígido en otras ocasiones; y que San Ignacio de Loyola, convidado á jugar, aceptó el convite. También Santa Isabel, reina de Hungría, cuando concurría á tertulias de pasatiempo, jugaba y bailaba alguna vez sin perjuicio de su devoción; la cual estaba tan arraigada en el alma, que así como las rocas que rodean el lago de Rieti crecen cuando son azotadas de las olas, así su devoción crecía en medio de las pompas y vanidades á que su dignidad la exponía; porque los grandes incendios se avivan con el viento, al paso que los pequeños se apagan si se exponen á él.

CAPITULO XXXV

Que es necesario ser fiel en las ocasiones grandes y en las pequeñas.

Dice el sagrado Esposo en los Cantares que le ha robado el corazón su esposa con uno de sus ojos y con uno de sus cabellos; y si los ojos son la parte más noble de todas las exteriores del cuerpo humano, ya por su estructura, ya por su actividad, ninguna es más vil que los cabellos; pero quiere dar á entender con esto el divino Esposo, que, no sólo se complace en las grandes obras de las personas devotas, sino también en las más pequeñas y bajas; y que para darle gusto se le ha de servir con igual esmero, así en las ocasiones pequeñas y humildes, como en las grandes y elevadas, puesto que, tanto con unas como con otras, podemos robarle el corazón de enamorado.

Prepárate, pues, Filotea, á sufrir por Nuestro Señor muchas y grandes aflicciones y aun también el martirio; resuélvete á sacrificarle lo que más estimas, si quiere recibirlo, sea el padre, la madre, el

hermano, el marido, la mujer, los hijos, tus mismos ojos y tu propia vida, porque á todo esto ha de estar preparado tu corazón; pero, en tanto que la divina Providencia no te envía tan sensibles y grandes aflicciones, en tanto que no exige de ti el sacrificio de tus ojos, sacrifícale á lo menos tus cabellos; quiero decir, que sufras con paciencia aquellas ligeras injurias, leves incomodidades y pérdidas de poca consideración que ocurren cada día; pues, aprovechando con amor y dilección estas ocasioncillas, conquistarás enteramente su corazón y le harás del todo tuyo. Los cotidianos, aunque ligeros actos de caridad, el dolor de cabeza, ó de muelas, la fluxión, las extravagancias del marido ó de la mujer, el quebrarse un brazo, aquel desprecio ó gesto; el perderse los guantes, la sortija ó el pañuelo; aquella tal cual incomodidad de recogerse temprano y madrugar para la oración, ó para ir á comulgar; aquella vergüenza que causa hacer en público ciertos actos de devoción; en suma, todas estas pequeñas molestias, sufridas y abrazadas con amor, son agradabilísimas á la divina Bondad, que por sólo un vaso de agua ha prometido á sus fieles el mar inagotable de una bienaventuranza cumplida. Y como estas ocasiones se encuentran á cada instante, si se aprovechan, son excelente medio de atesorar muchas espirituales riquezas.

Al leer en la vida de Santa Catalina de Sena los éxtasis y elevaciones de su espíritu, sus palabras llenas de sabiduría, y aun las exhortaciones que hizo, no puedo dudar de que con aquellos ojos de contemplación habría robado el corazón de su celestial Esposo; pero no fué menor mi consuelo cuando la vi en la cocina de su padre con grande humildad dar vuelta al asador, atizar el fuego, sazonar la comida, amasar el pan, y hacer los más humildes oficios de la casa, con un espíritu inflamado en amor y dilección para con su Dios; y no tengo en menos la meditación, sencilla y humilde que tenía entre los ejercicios viles y despreciables, que los éxtasis y elevaciones que la arrobaban con tanta frecuencia, y que quizá se le con-

cedieron en premio de aquella humildad y abatimiento. Tenía, pues, esta meditación imaginando que cuando guisaba para agasajar á su padre, estaba guisando para Nuestro Señor, como otra Santa Marta; que su madre ocupaba el lugar de Nuestra Señora, y sus hermanos el de los Apóstoles; con lo cual se excitaba á servir en espíritu á toda la Corte celestial; y se empleaba en aquellos ruines ministerios con gran dulzura de su alma, porque sabía que aquella era la voluntad de Dios. Te he propuesto, Filotea, este ejemplo, para que aprendas cuánto importa enderezar todas nuestras acciones, por viles que sean, al servicio de la Majestad divina.

A este fin te aconsejo, con todo el encarecimiento posible, que imites á la Mujer fuerte, que tanto celebra Salomón, la cual, como dice este gran sabio, echaba mano á las acciones grandes, generosas y elevadas, sin dejar por eso de hilar y torcer el huso. "Alargó su mano á las cosas fuertes, y sus dedos tomaron el huso." Echa tú también la mano á las cosas fuertes, empleándote en tener oración y meditación, y recibir los santos Sacramentos, en excitar el fuego del amor de Dios en las almas, en sembrar inspiraciones buenas en los corazones, y finalmente, en hacer obras grandes y de sumo precio conforme á tu vocación. Empero, no te olvides del huso y de la rueca, quiero decir, de practicar aquellas virtudes pequeñas y humildes, que crecen como flores al pie de la cruz, cuales son: servir á los pobres, visitar á los enfermos, cuidar de la familia, con todo lo que á esto se sigue, y el importante cuidado de no estar jamás ociosa; mas, entre estas ocupaciones has de esparcir unas consideraciones semejantes á las que te he referido de Santa Catalina.

Raras veces se ofrecen grandes ocasiones de servir á Dios; pero pequeñas continuamente: pues ten entendido, que el que sea fiel en lo poco, será constituido en lo mucho, como dice el Salvador. Por tanto, haz todas las cosas en el nombre de Dios, y todas las harás bien: ora comas, ora bebas, ora duer-

mas, ora te diviertas, ora des vuelta al asador, como sepas aprovechar estas haciendas, adelantarás mucho á los ojos de Dios, haciendo todo esto porque no quiere Dios que lo hagas.

CAPITULO XXXVI

Que nuestro espíritu ha de ser conforme á justicia y razón.

La razón nos constituye hombres, y con todo eso, es cosa muy rara encontrar hombres verdaderamente racionales, porque, de ordinario, el amor propio nos desvía de la razón, haciéndonos insensiblemente caer en muchísimas injusticias é iniquidades peligrosas, aunque pequeñas, las cuales, semejantes á aquellas raposillas de que se habla en los Cantares, destruyen las viñas, pues por pequeñas se descuidan, y por muchas hacen considerable daño. Mira si no son contra razón y justicia todas las cosas que ahora te diré.

Acusamos al prójimo por una nonada, y á nosotros mismos nos excusamos de lo que es mucho: queremos vender caro y comprar barato: pretendemos que se haga justicia en la casa del vecino, y en la nuestra se use de misericordia y tolerancia: deseamos que nuestras palabras se echen á la mejor parte, y nos resentimos y picamos de las de los otro: quisiéramos que nuestro prójimo nos entregase sus bienes, porque le pagamos su precio, como si no fuera más justo que él guarde sus bienes, y nosotros nuestro dinero: llevamos á mal que no nos quiera prestar alguna cosa, como si no tuviera él más razón de llevar á mal que pretendamos nosotros incomodarle.

Si nos agrada un ejercicio, despreciamos los demás y sindicamos todo lo que no es á gusto nuestro; si alguno de nuestros inferiores es desmañado, ó si ya le tenemos entre dientes, nos desagrada cuanto hace, siempre le estamos dando que sentir, y en todo pega-

mos contra él; por el contrario, si alguno nos cae en gracia, le disculpamos, haga lo que hiciere. Hay hijos virtuosos que sus padres y madres casi no los pueden ver, sólo porque tienen alguna imperfección corporal; y hay otros viciosos que por alguna gracia corporal son los predilectos. Anteponemos generalmente los ricos á los pobres, aunque no sean ni de mejor nacimiento ni más virtuosos; y aun preferimos á algunos sólo porque van mejor vestidos. Queremos que se nos paguen puntualmente nuestros derechos y que los demás usen de cortesía en exigir los suyos; mantenemos nuestro puesto con la mayor delicadeza, y pretendemos que sean humildes y condescendientes los otros; por cualquier motivo nos quejamos del prójimo, y no quisiéramos que nadie se quejase de nosotros; lo que hacemos por otro siempre nos parece mucho, y lo que él hace por nosotros nos parece nada. En fin, somos como las perdices de Paflagonia, que tienen dos corazones, pues tenemos un corazón condescendiente y cortés para con nosotros mismos, y otro duro, severo y riguroso para con el prójimo; tenemos dos balanzas: una para pesar lo que nos acomoda con toda la ventaja que podemos; otra para pesar lo que acomoda al prójimo, con toda la desventaja posible. Pero la Escritura nos dice "que los labios engañosos hablan con un corazón doble,,; esto es, que tienen dos corazones; y tener dos balanzas, una grande para recibir, y otra pequeña para dar, es cosa abominable á los ojos de Dios.

Has de ser, Filotea, equitativa y justa en tus acciones; ponte en lugar del prójimo y pon al prójimo en el tuyo, y así juzgarás rectamente; hazte cargo de que vendes cuando compras y de que compras cuando vendes, y así venderás y comprarás según justicia. Es verdad que muchas de estas injusticias son leves, pues no obligan á restitución, y no hacemos más que estar á todo el rigor de la justicia en lo que nos es favorable, pero no dejan de ser faltas considerables de razón y de caridad, de que debemos enmendarnos; y, finalmente, son tranquilas, pues no perde-

mos nada en proceder con generosidad, nobleza y cortesía, y con un corazón recto, igual y equitativo. No te olvides, Filotea, de examinar frecuentemente tu corazón, á ver si está para con el prójimo como tú quisieras que el suyo estuviese para contigo si te hallases en su lugar, porque este es el punto de la verdadera razón. Habiéndole motejado á Trajano sus confidentes que hacia demasiado accesible la majestad imperial, les respondió: Así es; pero, ¿acaso no debo ser para con los particulares un emperador tal cual quisiera yo encontrarle si fuera particular?

CAPITULO XXXVII

De los deseos.

Nadie ignora que es necesario guardarse de desear cosas malas, porque el deseo del mal nos hace malos; pero te añado, Filotea, que no desees cosas peligrosas para el alma, como bailes, juegos y otras diversiones semejantes; ni honras y puestos; ni aún visiones y éxtasis; porque en semejantes cosas hay mucho peligro de vanidad y de engaño. No desees tampoco lo que está muy distante, esto es, lo que no puede suceder en mucho tiempo, como hacen algunos, que con esto cansan y disipan el corazón inútilmente, y se exponen á grandes inquietudes. ¿Me dirás, acaso, de qué le sirve á un joven desear con ansia á algún empleo antes que llegue el tiempo de obtenerló? ¿De qué le sirve á una casada desear ser Religiosa? ¿No será perder tiempo desear comprar la hacienda de mi vecino antes que él piense en venderla? Si cuando estoy enfermo deseo predicar, celebrar el santo sacrificio de la Misa, visitar á los otros enfermos y hacer ejercicios propios de los que están sanos; ¿no serán vanos unos deseos cuyo cumplimiento no está en mi mano? Y, sin embargo, tengo estos deseos, inútiles, en vez de desear, como debiera, paciencia, resignación, mortificación, obediencia y afabilidad en mis enfermedades, que es

lo que Dios quiere que practique por entonces; pero nuestros deseos son de ordinario como los de las mujeres embarazadas, que en otoño se les antojan guindas frescas, y en primavera racimos sazonados.

De ningún modo apruebo, que quien tiene obligación ú ocupación determinada se entretenga en desear una manera de vida poco conveniente á su obligación, ni ejercicios incompatibles con su condición actual, porque esto disipa el corazón y debilita para los ejercicios necesarios. Si deseo la soledad de los Cartujos, pierdo tiempo, y este deseo ocupa el lugar del que debiera tener de desempeñar bien mi actual oficio. No quisiera yo que se apeteciese tener más entendimiento ó juicio, porque estos deseos son frívolos y ocupan el lugar del deseo que cada uno debe tener de cultivar su talento, sea el que fuere; ni tampoco que se deseen aquellos medios de servir á Dios que uno no tiene, sino que se empleen fielmente los que se tienen; pero esto se entiende de aquellos deseos que distraen el corazón, pues no hace daño alguno apetecer sencillamente, como no sea con mucha continuación.

No desees cruces sino á proporción que hayas llevado bien las que se te han ofrecido, pues es abuso desear el martirio y no tener ánimo para sufrir una injuria. El enemigo procura, ordinariamente, que tengamos grandes deseos de objetos que están ausentes, y jamás se nos ofrecerán para apartar con esto el espíritu de los objetos presentes, en los cuales, aunque pequeños, pudiéramos aprovechar mucho; con la imaginación peleamos contra los monstruos del Africa, y en la realidad, por falta de cuidado, dejamos que nos den muerte las culebrillas que hay en el camino por donde andamos.

No desees tentaciones, que sería temeridad; pero emplea tu corazón en esperarlas valerosamente y en defenderte de ellas cuando vinieren.

La variedad de manjares, principalmente en mucha cantidad, carga el estómago, y si es débil lo destruye; no llenes, pues, tu alma de muchos deseos, ni

mundanos, que te perderían enteramente, ni aun espirituales, porque te causarían empacho. Cuando está ya purgada el alma, como se encuentra descargada de los malos humores, tiene mucha hambre de de las cosas espirituales y empieza como hambrienta á desear muchos ejercicios de piedad, de mortificación, de penitencia, de humildad, de caridad y de oración. Buena señal es, Filotea, tener tan buenas ganas; pero considera si podrás digerir tanto como quisieras comer. Con el dictamen, pues, de tu padre espiritual, elige entre tantos deseos los que al presente pueden ponerse en práctica y ejecución; escogidos éstos, saca de ellos todo el fruto posible, y Dios te enviará otro, que á su tiempo ejecutarás, y de este modo no perderás el tiempo en deseos inútiles. Yo no digo, que se pierda ningún deseo bueno; pero sí digo que se vayan sacando por su orden, guardando en un rinconcito del corazón los que al presente no se pueden efectuar, hasta que les llegue su tiempo, y ejecutando entre tanto los que están maduros y son de la estación; y entiéndase esto, no sólo de los espirituales, sino también de los temporales, pues si no siempre viviremos entre inquietudes y zozobras.

CAPITULO XXXVIII

Aviso para los casados.


EL *matrimonio es un gran Sacramento,* digo en Jesucristo y su Iglesia: merece ser honrado por todos, en todos y en todo, esto es, en todas sus partes: por todos, porque aun las vírgenes deben honrarlo con humildad: en todos, porque la misma santidad tiene en los pobres que en los ricos: en todo, porque es santo en su origen, en su fin, en sus utilidades, en su forma y en su materia. Es el plantel del cristianismo, que puebla la tierra de fieles para completar en el cielo el número de los escogi-

dos; así que conviene mucho á la república conservar el bien del matrimonio, por ser fuente y manantial de todos sus arroyos.

¡Pluguiese á Dios que su muy amado Hijo fuese convidado á todas las bodas, como lo fué á las de Caná! Nunca faltaría entonces el vino de sus soberanos consuelos y bendiciones; pues si no hay, ordinariamente, más que un poco, y eso á los principios, consiste en que en lugar de nuestro Señor se convida á Adonis, y á Venus en lugar de nuestra Señora. El que quiera tener corderillos hermosos y pintados como Jacob, ha de poner á la vista de las madres al tiempo de concebir unas varitas hermosas y de diversos colores, como lo hizo aquel patriarca: el que quiera tener próspero suceso en el matrimonio, debe tener presente en sus bodas la santidad y dignidad de este Sacramento; pero si en vez de esto se cometen muchísimos desórdenes en los entretenimientos, festines y conversaciones, ¿qué extraño es que sean desordenados los efectos?

Con el mayor encarecimiento posible exhorto á los casados á que se profesen el mutuo amor que tanto les encomienda el Espíritu Santo en las divinas Escrituras. Deciros que os améis uno á otro con amor natural, es lo mismo que nada, porque otro tanto hacen las pareadas tortolillas; ni basta decir que os améis con amor humano, pues también los gentiles se profesan este amor. Yo os diré con el Apóstol de las gentes: "*Esposos, amad á vuestras esposas como ama Jesucristo á su Iglesia*": esposas, amad á vuestros maridos como la Iglesia ama á Jesucristo. Dios, que llevó á Eva á la presencia de nuestro primer padre Adán y se la dió por esposa, es quien con su invisible diestra, ha echado el nudo de las sagradas ataduras de vuestro matrimonio, amados míos: El es quien os ha entregado unos á otros: pues ¿cómo no os amáis con un amor enteramente santo, sagrado y divino?

Es el primer efecto de este amor la unión indisoluble de los corazones. Cuando se encolan dos pedazos

de pino, uno con otro, si es buena la cola, queda tan firme la unión, que más presto se partirá la madera por otras partes que no por la pegadura: así, pues, cuando Dios une con su propia sangre el marido á la mujer, es tan firme esta unión, que antes se ha de separar el alma del cuerpo de uno ú otro, que no el marido de su mujer. Pero esto se entiende no tanto de la unión del cuerpo cuanto del corazón, del afecto y del amor.

Ha de ser el segundo efecto de este amor la inviolable fidelidad de uno á otro consorte. Antiguamente se grababan los sellos en los anillos que se llevaban en el dedo, como la misma Escritura santa lo acredita; y he aquí la significación de una ceremonia que se hace en las bodas: bendice la Iglesia por mano del sacerdote un anillo, que se le entrega primeramente al esposo, en testimonio de que sella y cierra su corazón con este Sacramento, para que en adelante jamás pueda entrar en él ni el nombre, ni el amor de otra alguna mujer, mientras viva la que Dios le ha dado; después el esposo pone el anillo en la mano de su esposa, para que ella igualmente entienda que jamás ha de entrar en su corazón afecto á otro hombre alguno mientras viva sobre la faz de la tierra el que nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la procreación y crianza de los hijos. Grande honra es para vosotros, casados, el que Dios, queriendo multiplicar las almas que puedan bendecirle y alabarle por toda la eternidad, os hace cooperadores de obra tan digna por medio de la producción de los cuerpos, en que El reparte, como gotas de celestial rocío, las almas que cría é infunde dentro de ellos.

Conservad, pues, esposos, un tierno, constante y cordial amor á vuestras esposas, pues la mujer fué sacada de la costilla más cercana al corazón del primer hombre, para que él la amase cordial y tiernamente. Las flaquezas y enfermedades corporales ó espirituales de vuestras mujeres, no os han de hacer con ellas desdeñosos, sino antes bien dulces y amoro-

samente compasivos, pues Dios las ha criado tales para que dependan de vosotros, y os honren y respeten más, y vosotros las tengáis por compañeras, sin dejar de ser cabeza y superior suyo. Y vosotras, esposas, amad tierna y cordialmente á los maridos que Dios os ha dado, pero con amor respetuoso y reverente, pues por eso los ha criado Dios de un sexo más robusto y predominante, y ha querido que la mujer dependa del hombre, y sea hueso de sus huesos, y carne de su carne, formándola de una costilla suya tomada debajo de sus brazos, en señal de que ha de estar bajo la mano y gobierno de su marido. En toda la Escritura santa se os está intimando estrechamente esta subordinación, que os dulcifica al mismo tiempo la propia Escritura, no sólo enseñándoos á llevarla con amor, sino también mandando á vuestros maridos que la ejerzan con suma dilección, ternura y suavidad. "Maridos, dice el Apóstol San Pedro, con discreción tratad á vuestras mujeres, honrándolas como vasos más frágiles."

Pero así como os exhorto á acrecentar más y más el recíproco amor que os debéis, os advierto que estéis alerta para que de ningún modo degenere en celos, pues muchas veces acontece que así como se cría el gusano en la manzana más delicada y madura, así nacen los celos en el amor más ardiente y afectuoso de los casados, cuya substancia corrompen y destruyen, porque poco á poco acarrean disgustos, disensiones y divorcios. Cuando el recíproco amor se funda en la verdadera virtud, no sobrevienen ciertamente celos; y así, estos son señal certísima, de que el amor tiene algo de sensual y grosero, y que se ha dirigido á objeto en que ha encontrado una virtud imperfecta, inconstante y expuesta á desconfianzas. Necedad será querer dar á entender con los celos la grandeza del amor, pues podrán estos descubrir su magnitud y corpulencia, pero no su bondad, pureza y perfección, pues la perfección de la amistad supone seguridad de la virtud del amado, y los celos suponen incertidumbre.

Esposos, si queréis que os sean fieles vuestras esposas, enseñadlas la lección con vuestro ejemplo. "¿Con qué cara queréis, decía San Gregorio Nacianceno, pedir honestidad á vuestras mujeres, viviendo en deshonestidad vosotros? ¿Cómo les pedís lo que no les dais? ¿Queréis que sean castas? Pues vivid con ellas castamente.„ Y como dice San Pablo: "Sepa cada uno poseer su vaso en santificación.„ Pero si, por el contrario, vosotros mismos les enseñáis las disoluciones, ¡qué mucho que sufráis la deshonra de su pérdida! Mas vosotras, mujeres, cuya honra está inseparablemente unida con la pureza y honestidad, conservad celosamente vuestra gloria y no permitáis que disolución alguna, sea la que fuere, amancille la blancura de vuestra reputación. Temed cualquiera invasión, por pequeña que sea; nunca permitáis que os anden alrededor los galanteos; tened por sospechoso á cualquiera que entre alabando vuestra belleza y vuestra gracia; porque, ordinariamente, quien alaba la mercancía que no puede comprar, tiene grandes tentaciones de robarla; pero si á estas alabanzas añade algunos desprecios de vuestro marido, ese os ofende mucho; pues claro está que, no solamente quiere perderos, sino que os juzga ya medio perdida, y que ya está medio hecho el trato con el segundo comprador cuando se está disgutado del primero. Siempre han acostumbrado las señoras, así en otros tiempos como ahora, llevar pendientes de las orejas muchas perlas, por el gusto, según dice Plinio, de oir el ruido que hacen dando unas con otras; pero yo, como sé que Isaac, grande amigo de Dios, envió á la casta Rebeca unos pendientes por primeras arras de sus amores, creo que este ornamento místicamente significa que lo primero que el marido ha de tener de su esposa, y éste le debe guardar con fidelidad, es el oído, para que no pueda entrar en él palabra ó ruido alguno que no sea el dulce y amigable susurro de expresiones castas y puras, que son las perlas orientales del Evangelio; porque conviene tener siempre presente que, así como el

cuerpo recibe el veneno por la boca, el alma lo recibé por el oído.

Unida la fidelidad al amor, produce siempre familiaridad y confianza; por eso los Santos y Santas usaron en sus matrimonios de muchas recíprocas caricias, amorosas ciertamente, pero castas; tiernas, pero sinceras. Por eso Abimelech, viendo por una ventana cómo aquellos dos castos esposos del antiguo Testamento, Isaac y Rebeca, se acariciaban, aunque sin mengua alguna de su honestidad, conoció en sus caricias que eran marido y mujer sin duda alguna. El grande San Luis, que era tan duro con su propia carne, como tierno en el amor de su esposa, casi fué notado de pródigo en semejantes caricias, aunque, en realidad, merecía más loa que nota, olvidando su marcial espíritu por practicar estas ligeras obligaciones, que conservaban el amor conyugal; pues, si bien las insinuaciones de pura y sincera amistad no unen por sí los corazones, los avecinan, sin embargo, y sirven de agradable cebo para la mutua conversación.

Estando Santa Mónica en cinta del gran Padre San Agustín, le consagró con repetidas ofertas á la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios, como lo testifica él mismo, diciendo: Que ya en el vientre de su madre había gustado la sal de Dios. Aprendan las mujeres cristianas esta admirable lección de ofrecer á la divina Majestad el fruto de su vientre, aun antes que salga de él, porque Dios, que acepta las obligaciones del corazón cuando se hacen con humildad y de agrado, ordinariamente, favorece en esta ocasión los buenos deseos de las madres; séanme testigos Samuel, Santo Tomás de Aquino, San Andrés de Fiésoli y otros muchos. La madre de San Bernardo, digna madre de tal hijo, tenía la costumbre de coger en sus brazos á cada uno de sus hijos apenas les daba á luz, ofreciéndolos á Jesucristo: desde aquel punto los amaba con respeto, como cosa consagrada y que Dios le había confiado; y fué tan feliz el éxito de esta práctica, que todos los siete hi-

jos fueron muy santos. Nacidos ya, y comenzando á despuntar en ellos el uso de la razón, deben tener los padres gran cuidado de imprimir el temor de Dios en sus corazones. ¡Con cuánto fervor desempeñó esta obligación la piadosa reina doña Blanca con su hijo el rey San Luis, diciéndole repetidas veces: Más quisiera, hijo mío muy amado, que te cayeras muerto delante de mis ojos, que verte cometer un solo pecado mortal! Dejando tan impresa esta máxima en el alma de su santo hijo, que, como refería él propio, ningún día de su vida dejó de acordarse de ella, poniendo todo su esmero en guardar esta celestial doctrina. En nuestro idioma llamamos *casas* (1) á los linajes y generaciones; aun los hebreos llamaban á la generación de los hijos edificación de las casas, pues en este sentido se dice que Dios edificó casas á las comadres de Egipto. Esto, pues, nos enseña que las casas no se consolidan proveyéndolas de muchos bienes mundanos, sino criando bien los hijos en virtud y temor de Dios.

Acerca de esto no se ha de excusar pena ni trabajo alguno, pues los hijos son corona del padre y de la madre. Así lo hizo Santa Mónica, peleando con tanto fervor y constancia contra las malas inclinaciones de San Agustín, que á costa de seguirle por mar y por tierra, le hizo ser más felizmente hijo de sus lágrimas por la conversión de su alma, que lo había sido de su sangre por la generación de su cuerpo.

Señala San Pablo como herencia de las mujeres el gobierno de la casa, y por eso muchos creen, y con razón, que su devoción es más fructuosa para la familia que la de los maridos; pues como éstos no tienen tan continua residencia entre los domésticos, tampoco pueden con tanta facilidad inclinarlos á la virtud; y según esta consideración, pinta Salomón en sus Proverbios toda la felicidad de la casa como dependiente

---

(1) También en castellano se usa la voz casa en esta acepción, y así decimos la *casa* de Borbón, la *casa* de Lara, etc.

del cuidado é industria de la mujer fuerte que describe.

En el Génesis se dice que Isaac, viendo la esterilidad de su esposa Rebeca, rogó al Señor por ella, ó, según el texto hebreo, rogó al Señor en frente de ella, esto es, que en el lugar de la oración, el uno rogaba al un lado, y el otro al opuesto; y la súplica del marido, hecha de este modo, fué oída del Señor. No hay unión mayor ni más fructuosa entre el marido y la mujer, que la que consiste en la santa devoción, á la cual se pueden excitar mutuamente el uno al otro como á competencia. Frutas hay, como el membrillo, que por su aspereza no se pueden comer sino en dulce; otras hay, como las guindas y los albaricoques, que por su delicadeza y ternura, no se pueden guardar sino también confitadas; por esto las mujeres han de desear que sus maridos estén confitados con el azúcar de la devoción, porque el hombre sin devoción es un animal severo, áspero y duro; y los maridos también han de desear que sus mujeres sean devotas, porque la mujer sin devoción es sumamente frágil, y está expuesta á descaecer ó mancillar su virtud. San Pablo dijo "que el hombre infiel es santificado por la mujer fiel, y la mujer infiel por el hombre fiel„; porque, en la estrecha alianza del matrimonio fácilmente pueden atraerse á la virtud el uno al otro. ¡Ah! qué bendición tan grande es santificarse mutuamente marido y mujer fieles con un verdadero y santo temor de Dios!

Por lo demás, han de tener tanta condescendencia uno con otro, que jamás se enfaden los dos á un mismo tiempo, para que nunca haya disensión ni disputa. Las abejas no pueden estar donde hay eco y suena la voz repetida: tampoco el Espíritu Santo hace morada en la casa en que hay disputas, réplicas, repetición de voces y alteraciones.

Dice San Gregorio Nacianceno que en su tiempo los casados celebraban el aniversario de sus bodas; y yo aprobaría, ciertamente, que se renovase esta costumbre, con tal que no fuese con aparatos de di-

versiones mundanas y sensuales, sino que los maridos y mujeres confesasen y comulgasen aquel día, y encomendasen á Dios con más fervor que en los demás el progreso de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarle más y más por un recíproco amor y fidelidad, y recobrando espíritu en el Señor para sobrellevar las cargas de su estado.

CAPITULO XXXIX

De la honestidad del lecho nupcial.

Ha de ser el lecho nupcial inmaculado, como le apellida el Apóstol, esto es, libre de inmundicias y de otras manchas profanas, que aun por eso fué instituido el matrimonio en el paraíso terrenal, donde hasta entonces no había habido desenfreno alguno de la concupiscencia ni cosa alguna menos honesta.

Como entre los placeres vergonzosos y los de comer hay cierta semejanza, pues unos y otros pertenecen á la carne, aunque los primeros, por su brutal vehemencia, se han levantado con el nombre de placeres carnales, explicaré lo que no se puede decir de los unos con lo que diré de los otros.

1.° Fué instituido el matrimonio para conservar la especie humana; por tanto, así como es bueno, santo y de precepto comer lo necesario para mantener y conservar la vida, así también en el matrimonio, lo que se requiere para la procreación y multiplicación de la especie humana es bueno y santo, porque es el fin principal de las bodas.

2.° Comer, no ya por conservar la vida, sino por conservar el trato y la condescendencia que debemos tener unos con otros, es muy justo y honesto; del mismo modo en el santo matrimonio, el satisfacer recíprocamente los esposos sus legítimos deseos es lo que San Pablo llama débito; pero débito tan grande, que no permite el Santo que uno de los consortes se exima de él sin el libre y voluntario consenti-

miento del otro; y eso ni aun para los ejercicios de devoción (que es lo que me movió á decir lo que sobre esta materia puse en el capítulo de la santa Comunión) pues, ¡cuánto menos se podrán eximir por afecciones caprichosas de virtud, ó por riñas y desórdenes!

3.° Así como los que comen, por la obligación del mutuo trato han de comer con libertad y no como por fuerza, y además de esto, han de procurar hacer ver que tienen buena gana, así también se ha de pagar el débito nupcial siempre con fidelidad y franqueza, lo mismo que si fuese con esperanza de sucesión, aunque por algún motivo no haya tal esperanza.

4.° Comer, no ya por la dos razones antecedentes, sino por saciar el hambre, es tolerable pero no laudable; porque el placer del apetito sensual por sí sólo no es bastante causa para hacer laudable una acción, aunque basta para que sea soportable.

5.° Cuando lo que incita á comer no es ni aun este simple apetito, sino el exceso, entonces es desorden y acción más ó menos vituperable, según sea el exceso mayor ó menor.

6.° Adviértase que el exceso en el comer, no consiste sólo en la mucha cantidad, sino tambien en el modo y manera con que se come. Cosa particular es, Filotea, que siendo la miel tan propia y saludable para las abejas, les puede ser sin embargo tan nociva, que unas veces las pone enfermas, como sucede cuando por comer mucha en primavera les da flujo de vientre, y otras veces les ocasiona sin remedio la muerte, como acontece cuando tienen enmelado el hocico y las alas. A la verdad, el trato nupcial, tan santo, justo, recomendable y útil á la república, es, con todo, en algunos casos, arriesgado para los que le practican, pues á veces hace enfermar mucho sus almas con el pecado venial, como acontece por sólo el exceso; y otras veces con el pecado mortal les causa la muerte; lo cual sucede cuando se viola y pervierte el orden establecido para la procreación: y en

tal caso, á proporción que se apartan más ó menos de este orden, son más ó menos execrables los pecados, aunque siempre mortales; pues siendo la procreación de los hijos el primero y principal fin del matrimonio, jamás puede ser bueno apartarse del orden que para ella se requiere, aunque ésta no pueda efectuarse por entonces á causa de algún otro accidente, como cuando la esterilidad ó la actual preñez estorban la producción y generación; pues, en tales casos, el comercio nupcial puede ser justo y santo, con tal que se sigan las reglas de la procreación, puesto que ningún accidente es capaz de perjudicar á la ley impuesta por el fin principal del matrimonio. No tiene duda que la infame y execrable acción que Onán ejecutó en su casamiento fué detestable á los ojos de Dios, como lo dice el sagrado texto en el capítulo XXXVIII del Génesis: y aunque algunos herejes de nuestro siglo, mil veces más reprensibles que los cínicos (de que habla San Jerónimo sobre la Epístola á los Efesios), quieran decir que lo que desagradaba á Dios era la perversa intención de este malvado, la Escritura habla de otro modo, porque asegura expresamente, que la misma acción que cometía era detestable y abominable en la divina presencia.

7.° Propio es de espíritus abandonados, viles, abatidos é infames, pensar en los manjares y viandas antes de la hora de comer, y mucho más complacerse después de la comida en el gusto que se ha de tener comiendo, tomándolo por asunto de las conversaciones y pensamiento, y revolcando su espíritu en la memoria del placer que se sintió al tragar los bocados; así lo hacen aquellos que antes de comer tienen puesto el pensamiento en el asador, y después de comer en los platos, hombres que merecerían ser galopines de cocina, y que tienen por Dios á su vientre, como dice el Apóstol. Las personas honradas sólo piensan en la mesa cuando se sientan á ella, y después de haber comido se lavan las manos y la boca para que no les quede ni el gusto ni el

olor de la comida. Aunque el elefante es un bruto como los demás, ninguno es tan digno de vivir sobre la tierra, ni está dotado de tan singular instinto. He aquí un rasgo de su honestidad: jamás cambia de hembra; ama tiernamente á la que escoge; pero no está con ella más que de tres en tres años, por espacio de cinco días, y con tanto secreto, que jamás se deja ver en este acto; pero al sexto día se le ve ir, ante todas las cosas, á buscar algún río, en el cual se lava enteramente todo el cuerpo; sin querer volver al rebaño hasta haberse purificado. Con tan admirables y honestas propiedades enseña este animal á los casados, no que permanezcan enredados con el afecto en las sensualidades y placeres que según su estado han tenido, sino antes bien, pasados éstos, laven su corazón y afecto, purificándose cuanto antes, para poder después practicar con total libertad de espíritu otras acciones más puras y elevadas. En este documento consiste el exacto cumplimiento de la admirabla doctrina que enseña San Pablo á los Corintios: "El tiempo es breve, les dice, lo que resta es, que los que tienen mujeres sean tales como si no las tuvieren.„

Pues aquel tiene mujer como si no la tuviera, según expone San Gregorio, que recibe los gustos corporales de modo que en ninguna manera le aparten de las espirituales solicitudes. Y lo que se dice del marido ha de entenderse recíprocamente de la mujer. "Los que usan de este mundo, continúa el Apóstol, han de ser como si no usasen de él.„ Todos, pues, cada uno según su estado, pueden usar del mundo; pero, sin dejar que se pegue á él el afecto, quedando así tan libres, como si no usasen de él, para emplearse en el servicio de Dios. El mayor mal del hombre, dice San Agustín, consiste en querer gozar de lo que debe usar solamente, y querer usar de lo que sólo debe gozar: debemos gozar de los bienes espirituales, y los temporales usarlos solamente; y si cambiamos el uso de éstos en gozo, también nuestra alma racional se cambia en alma brutal y de

bestia. Me parece que he dicho ya todo lo que quería decir, y lo que no quería decir lo he dado á entender sin decirlo.

CAPITULO XL

Avisos para las viudas.

INSTRUYENDO San Pablo á todos los Prelados en persona de Timoteo, dice: "Honra á las viudas que son verdaderamente viudas." Para que sean, pues, verdaderamente viudas, se requieren las circunstancias siguientes:

1.ª La viuda lo ha de ser, no sólo de cuerpo, sino también de corazón, esto es, estar inviolablemente resuelta á mantenerse en el estado de una casta viudez; porque las viudas, que lo son únicamente mientras hallan proporción de volverse á casar, no están separadas de los hombres más que en cuanto á los placeres del cuerpo, pero están unidas á ellos en cuanto á la voluntad del corazón. Y si la verdadera viuda, para confirmarse más en su estado, quiere ofrecer con voto su cuerpo y su castidad á Dios, añadirá á la viudez un nuevo esmalte, y afirmará mucho más su resolución; porque al ver que después de pronunciado el voto no está ya en su mano dejar la castidad sin dejar el cielo, será tan solícita en mantener su propósito, que ni siquiera un simple pensamiento de matrimonio dejará parar un instante en su corazón; siendo este sagrado voto una fuerte muralla que separará el alma de cualquier designio contrario á su resolución. Este voto aconseja San Agustín con grande encarecimiento á la viuda cristiana, y el antiguo sabio Orígenes pasa aún mucho más adelante, porque aconseja á las casadas que hagan voto y se consagren á la castidad viudal, en caso de fallecer sus maridos antes que ellas, á fin de que, entre los placeres sensuales que han de gozar en el matrimonio, puedan lograr el mérito de una

casta viudez, por medio de esta promesa anticipada. Hace el voto más agradables á Dios las obras que en virtud de él se ejecutan; fortalece el ánimo para hacerlas; y consagra al Señor, no solamente las acciones, que son como frutos de la voluntad, sino también la voluntad misma, que es como árbol que produce las acciones. Por la castidad sólo entregamos nuestro cuerpo á Dios; pero reservándonos la libertad de poder dedicarle otra vez á los placeres sensuales; mas por el voto de castidad hacemos de él donación absoluta é irrevocable, y quedamos sin acción alguna para volvernos atrás, haciéndonos, por tanto, dichosamente esclavos de aquel Señor, cuya esclavitud es mejor que reinar. Pero si bien los dictámenes de esos dos insignes autores merecen en mi estimación un grande aprecio, quisiera, con todo, que aquellas almas que por dicha se sientan con voluntad de seguirlos, lo ejecutasen con prudencia, santidad y solidez, examinando bien sus fuerzas, implorando la luz del cielo, y tomando consejo de algún director prudente y piadoso, pues de esta manera se hará todo con gran fruto.

2.ª Además de esto es necesario, que el fin de renunciar á segundas nupcias sea mera y simplemente convertir hacia Dios todos los afectos con mayor pureza, y unir por todas partes el corazón con el de su divina Majestad; porque si se mantiene la viuda en tal estado para que sus hijos queden ricos, ó por algún otro deseo mundano, logrará tal vez ser alabada, pero no delante de Dios, pues delante de este Señor sólo es verdaderamente digno de alabanza lo que se hace por El.

3.ª Sobre todo, la viuda, para serlo verdaderamente, ha de virvir separada y privada voluntariamente de todos los placeres profanos, pues, *viuda que vive entre delicias, está ya muerta en vida,* como dice San Pablo: querer mantenerse viuda, y al mismo tiempo recrearse en ser festejada, celebrada y lisonjeada: querer asistir á los bailes, danzas y festines, llevar olores, adornos y atavíos, es lo mismo que vivir

en cuanto al cuerpo, pero estar muerta en cuanto al alma. ¿Qué más da, decidme, que la muestra de la posada de Adonis y del amor profano se ponga con plumajes blancos colocados á manera de penachos, ó con velo negro ceñido alrededor del rostro á manera de red? Antes, muchas veces, lo negro se suele presentar por vanidad á lo blanco, para dar más realce al color: experimentada la viuda de cómo pueden las mujeres agradar á los hombres, pone á su alma un cebo mucho más peligroso: luego, la viuda que vive entre estos locos placeres está muerta en vida, y, hablando con propiedad, es solamente fantasma de la viudez.

Llegado ha el tiempo de la poda, la voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra, dicen los Cantares: y si la poda de las superfluidades es necesaria para cualquiera que quiera vivir piadosamente, es mucho más necesaria para la verdadera viuda, que cual casta tortolilla acaba de llorar, gemir y lamentarse de la pérdida de su marido. Cuando volvió Noemí de Moab á Belén, se preguntaban unas á otras las matronas de la ciudad que la habían conocido recién casada: ¿No es esta Noemi? pero ella replicaba: No me llaméis, por vida vuestra, Noemí (que quiere decir agraciada y hermosa), sino llamadme Mara, pues el Señor ha llenado mi alma de amargura; y decía esto, porque le habían muerto á su marido. Así, la viuda devota jamás quiere ser llamada ni tenida por hermosa y agraciada, y se contenta con ser lo que Dios quiere que sea, esto es, humilde y abatida delante de sus ojos.

Al modo que las lámparas que arden con aceite aromático, cuando se apaga su llama despiden más suave olor, así las viudas que tuvieron un amor puro en el tiempo de su matrimonio, difunden más perfume de virtud y de castidad cuando la muerte ha extinguido su luz, esto es, su esposo. Amar al marido mientras vive, es cosa bastante común entre las mujeres; pero amarle tanto, que después de su muerte no se quiera otro, es un grado de amor que sólo per-

tenece á las verdaderas viudas: esperar en Dios cuando se tiene por apoyo al marido, no es muy raro; pero esperar en Dios hallándose destituida de aquel apoyo, es cosa muy digna de alabanza: por esto, en la viudez se conoce más claramente la perfección de las virtudes que se profesaron en el matrimonio.

La viuda que tuviere hijos que necesiten de su diligencia y gobierno, particularmente en lo que toca á su alma y á su establecimiento, ni puede ni debe por ningún motivo abandonarlos, pues claramente dice el Apóstol San Pablo, que están obligadas á tener este cuidado, en pago del que tuvieron con ellas sus padres y madres; y mucho más, porque *si alguno no tiene cuidado de los suyos, en especial de los de su familia*, *es peor que un infiel:* pero si los hijos se hallan ya en estado de no necesitar dirección, debe entonces reunir todos sus afectos y pensamientos para emplearlos únicamente en su propio aprovechamiento en el amor de Dios.

A la verdadera viuda le aconsejo, que, á no tener obligación de conciencia que la precise, se abstenga totalmente de entrar en negocios exteriores, cuales son los pleitos, y que maneje sus asuntos del modo más pacífico y tranquilo que pueda, aunque parezca que no es el más lucroso; pues muy grandes han de ser los frutos de tales enredos para ser comparables con el bien de una tranquilidad santa: y dejo aparte que los pleitos y semejantes embrollos disipan el corazón y no pocas veces dan entrada á los enemigos de la castidad, pues por complacer á aquellos cuyo favor se necesita, se usa de modales poco conformes á la devoción y desagradables á Dios.

Ha de ser la oración lo que ocupe de continuo á la viuda, pues como su amor debe ser sólo para Dios, no ha de hallar casi palabras sino para hablar con El. Y al modo que un hierro que no puede correr á juntarse con el imán por estar presente un diamante, apenas se quita éste cuando se va hacia el imán, así la viuda que, durante la vida de su esposo, no podía cómodamente arrojarse del todo en manos de Dios,

siguiendo los atractivos de su divino amor, muerto ya su esposo, ha de correr fervorosa tras el olor de los perfumes celestiales, á imitación de la sagrada Esposa, diciendo: Señor, ahora que soy del todo mía, recíbeme por tuya del todo: "*Atráeme en pos de Ti, y correremos todas al olor de tus aromas.*„

Las virtudes más propias de una viuda santa son: suma modestia, desvío de honras, dignidades, concurrencias, títulos y semejantes vanidades; cuidar de los pobres y enfermos, consolar á los afligidos, enseñar á las doncellas la vida devota, y ser para las jóvenes perfecto dechado de todas las virtudes; la limpieza y sencillez han de adornar sus vestidos, la humildad y caridad sus acciones, la honestidad y agasajo su lenguaje, sus ojos la modestia y el pudor, y ha de ser Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En una palabra, es en la Iglesia la verdadera viuda violeta del mes de Marzo, que despide incomparable fragancia con el olor de la devoción; está casi siempre oculta entre las anchas hojas de la humildad, en su color apagado manifiesta la mortificación, y se cría en los parajes frescos é incultos, no queriendo verse molestada de la conversación de los mundanos, para guardar mejor la frescura de su corazón de los ardores que pudieran ocasionarle los deseos de conveniencias, de honras y aun de amores. "Bienaventurada será, dice el Apóstol, si así permaneciere.„

Mucho más pudiera decir sobre este asunto; pero lo diré todo sólo con aconsejar á la viuda celosa de la honra de su estado, que lea con atención las admirables Epístolas que el Máximo doctor San Jerónimo escribe á Furia, á Salvia y á las demás matronas, que tuvieron la dicha de ser hijas espirituales de tan gran Padre, pues á lo que allí dice, sólo se puede añadir que la verdadera viuda no debe motejar ni censurar á las que contraen segundas, terceras ó aun cuartas nupcias, porque algunas veces lo dispone así Dios para su mayor gloria; y siempre se

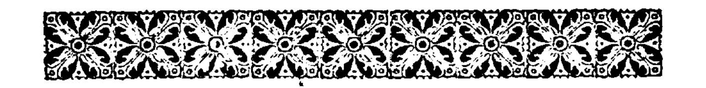
ha de tener á la vista este documento de los antiguos: que ni la viudez, ni la virginidad tienen en el cielo otro puesto que el que les señala la humildad.

CAPITULO XLI

Una palabra á las vírgenes.

VÍRGENES, si pensáis en abrazar el estado del matrimonio temporal, guardad cuidadosamente el primer amor para vuestro primer marido, pues tengo por gran falsedad ofrecerle, en vez de un corazón íntegro y sincero, un corazón usado, adulterado y agitado por el amor. Pero si por dicha sois llamadas á las castas y virginales nupcias del espíritu, y queréis conservar perpetuamente vuestra virginidad para Dios, conservad también vuestro amor con la más exquisita diligencia que podáis para este divino Esposo, que, siendo la pureza misma, ama sobremanera esta virtud; y aunque le son debidas las primicias de todas las cosas, se le deben en especial las del amor. En las Epístolas de San Jerónimo hallaréis cuantos documentos os sean necesarios; y pues vuestro estado os obliga á la obediencia, escoged un guía espiritual, bajo cuya dirección podáis con mayor santidad consagrar vuestro corazón y vuestro cuerpo á la Majestad divina.





CUARTA PARTE

que contiene los documentos necesarios contra las más ordinarias tentaciones.

CAPITULO PRIMERO

Que no debemos hacer caso de los dichos de los hijos del mundo.

En cuanto vean los mundanos que quieres seguir una vida devota, descargarán sobre ti mil habladurías y murmuraciones: los más malignos calumniarán tu mudanza de hipocresía, superstición y artificio, y dirán, que te ha puesto mala cara el mundo, y á falta de él te acoges á Dios; tus amigos se empeñarán en hacerte muchísimas reconvenciones muy prudentes y caritativas á su parecer: te dirán que estás expuesta á llenarte de hipocondría, que perderás el crédito con todo el mundo, que te harás insufrible, que te haces vieja antes de tiempo y que todo lo pagarán los negocios de tu casa. En el mundo, dirán, se ha de vivir como en el mundo, y no son menester tantos misterios para salvarse: á ese tenor te dirán otras muchas frioleras.

Filotea mía, todas son habladurías necias y vanas, pues á todas esas gentes lo que menos les importa es tu salud y tus negocios. "Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo, decía el Salvador; pero como no sois del mundo, por eso él os aborrece.„ A cuántos caballeros y señoras hemos visto pasar toda una noche, ó quizá muchas noches seguidas, jugando al ajedrez ó á los naipes, que es la ocupación más cansada y melancólica que puede imagi-

narse, y, con todo, nada han tenido que decir los mundanos ni que sentir sus amigos; y al observar que tenemos una hora de meditación, ó que madrugamos un poco más de lo acostumbrado á prepararnos para comulgar, ya quieren llamar al médico para que nos cure la hipocondría y la ictericia. Se pasarán treinta noches continuas en bailar sin que ninguno se queje; por haber velado sólo la noche de Navidad, todos toserán y se quejarán al día siguiente. ¿Quién no echa de ver que el mundo es juez inicuo, que usa de gracia y de favor para con sus hijos, y para con los hijos de Dios de rigor y de aspereza?

No es posible estar bien con el mundo, sino perdiéndose con él; no hay modo de contentarle, porque es muy vario. "Juan vino, no comiendo ni bebiendo, y dijisteis que estaba endemoniado; el hijo del hombre ha venido comiendo y bebiendo, y decís que es samaritano": así decía el Salvador. Lo cierto es, Filotea, que si nosotros, por condescender con el mundo, usamos de relajación en reir, jugar y bailar, el mismo mundo se escandalizará; y si no lo hacemos así, nos llamará hipócritas ó melancólicos; si nos adornamos, dirá que llevamos en esto alguna mira; si andamos con desaliño, lo mirará como bajeza de corazón: llamará disolución nuestra alegría y nuestra mortificación tristeza; y como siempre nos mirará con malos ojos, jamás podremos ser agradables á su vista. Abulta nuestras imperfecciones y publica que son pecados; nuestros pecados veniales los hace mortales, los de flaqueza los convierte en pecados de malicia; y asi como la caridad es benigna, como dice San Pablo, el mundo, por el contrario, es maligno: así como la caridad nunca piensa mal, el mundo nunca piensa bien; y cuando no puede tachar nuestras acciones, censura la intención, porque ó ya tengan astas los corderos ó no las tengan, ó ya sean blancos ó ya sean negros, el lobo no dejará de devorarlos como pueda.

Hagamos lo que hiciéremos, siempre estará el mundo en guerra contra nosotros: si estamos largo

rato á los pies del confesor, preguntará qué tenemos que decir en tanto tiempo; si despachamos pronto, dirá que no nos confesamos de todo: estará acechando todos nuestros movimientos; y por una palabrilla de enfado, ya afirmará que somos insoportables: el cuidado de nuestros bienes le parecerá avaricia, y estolidez la mansedumbre; al paso que en los hijos del mundo llamará generosidad la ira, la avaricia cuidado, y las familiaridades inocentes entretenimientos. ¡Cuán cierto es que las arañas echan á perder lo que trabajan las abejas!

Pero dejemos, Filotea, que grite cuanto quiera ese ciego, como la lechuza, para inquietar á los pajarillos: mantengámonos firmes en nuestros propósitos, invariables en nuestras resoluciones, y la perseverancia hará ver, si de veras y de corazón nos hemos consagrado á Dios y dedicado á la vida devota. En la apariencia, casi lo mismo brillan los cometas que los planetas; pero los cometas desaparecen al cabo de poco tiempo, porque son fuegos pasajeros, y los planetas tienen una claridad duradera: así la hipocresía y la verdadera virtud son en el exterior muy semejantes; pero no es difícil distinguir la una de la otra, porque la hipocresía no dura, sino que se disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme y constante. Finalmente, padecer por la devoción oprobios y calumnias es oportunísimo medio de cimentarla en nosotros con más firmeza, pues esto nos libra del peligro de vanidad y de orgullo, que son como las comadronas de Egipto, á quienes el Faraón infernal ha encargado que den muerte á los hijos varones de Israel el mismo día de su nacimiento. Estamos crucificados al mundo, y el mundo ha de estar crucificado para nosotros: él nos tiene por locos, tengámosle nosotros también por insensato.

CAPÍTULO II

Que es necesario tener buen ánimo.

AUNQUE la luz es tan hermosa y apetecible á nuestros ojos, los deslumbra, sin embargo, cuando han estado mucho tiempo entre tinieblas; y hasta que uno se acostumbra al trato de las gentes de algún país, por muy corteses y agradables que sean, siempre le causa alguna cortedad. Bien podrá suceder, Filotea, que al hacer esta mudanza, sientas muchas rebeliones en tu interior, y que el haberte despedido enteramente de las locuras y necedades del mundo, produzca en ti algún sentimiento de tristeza y cobardía. Si tal te sucediere, ten un poco de paciencia, por vida tuya, que todo esto no será nada, ni puede ser más que extrañar la novedad: ello se pasará, y recibirás muchísimos consuelos: al principio puede ser que sientas dejar aquella gloria que en tus vanidades te tributaban los necios y engañadores; pero ¡ay Dios! ¿Querrás por eso perder la gloria eterna y verdadera que el Señor te tiene preparada? Se le representarán todavía á tu corazón las vanas diversiones y pasatiempos en que has consumido los años pasados, y querrán atraerle y hacerle volver á ellos; pero ¿tendrás ánimo para privarte de aquella eternidad dichosa por unas engañosas niñerías? Créeme: si perseveras, bien pronto sentirás interiores dulzuras, tan deliciosas y agradables, que te harán confesar que las del mundo son hiel comparadas con esta miel suavísima; y que un día solo empleado en la devoción vale más que mil años de vida mundana.

Pero al ver, cuán elevado es el monte de la perfección cristiana, te oigo decir: ¡Dios mío! ¿cómo he de poder yo subir á él? Animo, Filotea; cuando empiezan á tener figura las crías de las abejas, á quienes se da el nombre de ninfas, aún no pueden volar á po-

nerse sobre las flores, ni ir á los montes y collados circunvecinos para recoger la miel; pero manteniéndose con la que han recogido sus madres, poco á poco van echando alas y fortificándose, de modo que después vuelan por todo el campo á recogerla. Todavía somos, á la verdad, como ninfas pequeñas en la devoción; no estamos en estado de subir donde apetecemos, que es nada menos que la cima de la perfección cristiana; pero si empezamos á ir teniendo figura por medio de nuestros deseos y propósitos, ya comienzan á nacernos alas, y bien podemos esperar que seremos algún día espirituales abejas y que volaremos; mas, entre tanto, vivamos con la miel de tantos documentos como nos han dejado los devotos antiguos; y pidamos á Dios que nos dé alas como de paloma, para que, no sólo podamos volar en el tiempo de la vida presente, sino también alcanzar el reposo en la eternidad de la futura.

CAPITULO III

De la naturaleza de las tentaciones y de la diferencia que hay entre sentir y consentir en la tentación.

FÍGURATE, Filotea, que á una princesa jóven y muy amada de su esposo, un malvado, que desea corromperla y manchar su tálamo, le envía algún infame mensajero de amor para que trate con ella su desventurado proyecto: este mensajero, primeramente propone á la princesa la intención de su señor; en segundo lugar, ella da ó no da acogida á su proposición y mensaje; y en tercero, la acepta ó la desecha: de este mismo modo el demonio, el mundo y la carne, viendo al alma desposada con el Hijo de Dios, envían tentaciones y sugestiones, por medio de las cuales, primeramente, se le propone el pecado; en segundo lugar, ella se complace ó se disgusta; y en tercero, consiente ó no consiente, que son, en suma, los tres grados por donde se baja á la maldad,

es á saber: tentación, delectación y consentimiento; y aunque estas tres acciones no se conocen claramente en toda suerte de pecados, palpablemente se ven en los graves y enormes.

Aunque toda la vida durase la tentación de algún pecado, no bastaría para hacernos desagradables á la divina Majestad si no tuviésemos complacencia en ella, ni diésemos nuestro consentimiento: la razón es, porque en la tentación no obramos, sino sufrimos; y puesto que no tenemos gusto en ello, tampoco podemos tener culpa alguna. San Pablo padeció por mucho tiempo tentaciones de la carne, y estuvo tan lejos por eso de ser desagradable á Dios, que, por el contrario, fué Dios glorificado en ellas: tan crueles fueron las tentaciones carnales que padeció la bienaventurada Angela de Foligni, que causa compasión el relato que hace de ellas: grandes fueron también las tentaciones que tuvieron San Francisco de Asís y San Benito, cuando para mitigarlas, el uno se arrojó entre las espinas, y el otro se sepultó entre la nieve, y, sin embargo, nada descaecieron por esto de la gracia de Dios, antes bien la acrecentaron mucho.

Conviene, pues, Filotea, tener mucho ánimo en las tentaciones, y no creerse vencida mientras ellas desagraden, observando bien la diferencia que hay entre sentir y consentir, la cual está en que podamos sentirlas, aunque nos desagraden, pero no podemos consentir sin que nos causen algún placer, puesto que, ordinariamente, se pasa por el placer al consentimiento. Pues por más que los enemigos de nuestra salvación nos ofrezcan cebos y atractivos; por más que permanezcan continuamente á la puerta de nuestro corazón, pretendiendo entrar en él; por más que nos hagan cuantas proposiciones quieran, mientras nosotros nos mantengamos resueltos á no complacernos en nada de esto, no es posible que ofendamos á Dios: así como el príncipe, esposo de la princesa que arriba figuramos, no puede darse por sentido del mensaje, si ella no tuvo gusto alguno en escucharlo. Pero, en cuanto á esto, hay una diferencia entre el

alma y la princesa: ésta, oída la deshonesta proposición, puede, si quiere, arrojar de sí al mensajero, y no escucharle; pero el alma no siempre tiene en su mano el no sentir la tentación, aunque siempre está en su mano el no consentir en ella; y así, por más que la tentación dure y persevere mucho tiempo, no puede sernos dañosa si nos es desagradable.

En cuanto á la delectación que puede seguirse á la tentación, como en nuestra alma tenemos dos partes, una inferior y otra superior; y la inferior no siempre obedece á la superior, sino que obra por sí, sucede, no pocas veces, que la parte inferior se complace en la tentación sin consentimiento, antes bien con disgusto de la superior; y ésta es aquella contradicción y guerra que pinta el Apóstol, cuando dice que la carne codicia contra el espíritu, y que hay una ley en los miembros y otra ley en el espíritu, con otras semejantes expresiones.

¿No has visto alguna vez, Filotea, un gran brasero lleno de lumbre, pero cubierta de ceniza, que cuando vienen al cabo de diez ó doce horas á buscar fuego en él, no encuentran más que un poco en el centro, y aun esto con gran trabajo? Pues sin duda estaba allí el fuego, puesto que le han encontrado, y con él pueden volver á encender todos los carbones que ya se habían apagado; lo mismo acaece con la caridad, que es la vida de nuestra alma, en medio de las grandes y violentas tentaciones, porque la tentación, esparciendo la delectación en la parte inferior, como que cubre toda el alma de ceniza, y reduce el amor de Dios al fondo; de modo que no se ve en otra parte que en el centro del corazón y en lo más profundo del espíritu; y aunque parece que ni aun allí lo hay, y cuesta mucho trabajo el encontrarlo, lo hay en realidad, puesto que por más que estén llenas de turbación el alma y el cuerpo, nos mantenemos firmemente resueltos á no consentir en el pecado ni en la tentación; de suerte que la delectación agrada al hombre exterior, pero desagrada al interior; y por más que esté rodeando por todas partes á la voluntad, no

tiene entrada en ella, en lo cual se conoce que semejante delectación es involuntaria, y siéndolo, no puede ser pecado.

CAPITULO IV

Dos admirables ejemplos de lo dicho.

Quiero extenderme algo más en explicar esta doctrina, porque importa mucho entenderla bien. ¡Qué extraños accidentes sentiría aquel joven, de quien habla San Jerónimo, acostado y atado con gran delicadeza en un blando lecho con atados de seda, y provocado con todos los malvados tocamientos y atractivos posibles por una mujer deshonesta, acostada con él exprofeso para derribar su constancia! Estarían sin duda sus sentidos acometidos de la delectación, y ocupada su imaginación de los objetos voluptuosos que tenía presentes: no cabe duda; pero, sin embargo, entre agitaciones tan repetidas, en medio de tan terrible torbellino de tentaciones, rodeado de tantos placeres que le circundan, asegura que su corazón no ha sido vencido y que su voluntad no consiente de modo alguno; pues viendo su alma que todo se rebela contra ella, y que de todos los miembros de su cuerpo sólo queda en su poder la lengua, se la corta con los dientes, y la escupe en el rostro de aquella alma vil que atormentaba la suya con los placeres, más cruelmente, que hubieran podido los verdugos con los más atroces tormentos, como lo conoció aun el tirano, que no teniendo esperanza de vencerle con los dolores, quiso triunfar de él con los placeres.

Admirable es también la batalla de Santa Catalina de Sena en un caso semejante: tuvo el maligno espíritu licencia de Dios para tentar la pureza de esa santa virgen con la mayor rabia que pudiese con tal que no llegase á tocarla; esparció, pues, en el corazón de la Santa mil maneras de sugestiones impúdi-

cas; y para moverla más, dejándose ver juntamente con sus compañeros en figura de hombres y mujeres, hacían actos carnales y deshonestidades de varios modos á su vista, diciendo también palabras y expresiones deshonestísimas; y aunque todas estas cosas eran exteriores, se internaban por medio de los sentidos en el corazón de aquella virgen, que, como ella misma confesaba, se vió llena de estas especies, no quedándole otra cosa libre de la agitación tempestuosa de los placeres carnales, sino la voluntad superior únicamente, lo cual duró mucho tiempo, hasta que, apareciéndosele un día Nuestro Señor, le dijo la Santa:—¿Dónde estabas, dulce Señor mío? ¿Dónde estabas cuando mi corazón se veía lleno de tantas tinieblas é inmudicias?—Dentro de tu corazón estaba yo, hija mía, respondió el Señor.—¿Cómo habéis podido habitar, replicó la Santa, en mi corazón cubierto de tantas asquerosidades? ¿Podríais Vos habitar en semejantes lugares? Y nuestro Señor le dijo:—Dime, esos pensamientos inmundos, ¿te causaban placer ó tristeza? ¿amargura ó delectación?—Suma tristeza y amargura, respondió la Santa.—¿Pues quién, replicó el Señor, producía en tu corazón esa suma tristeza y amargura sino Yo, que estaba escondido en lo más interior de tu alma? Créeme, hija mía, que si yo no me hubiera hallado presente, esos pensamientos, que andaban alrededor de tu voluntad sin poder asaltarla, la hubieran expugnado sin duda, y entrando en ella, hubieran sido admitidos con gusto por tu libre albedrío y hubieran dado muerte á tu alma; pero como estaba Yo dentro de tu corazón, le llenaba de aquel disgusto y resistencia con que se apartaba todo cuanto podía de la tentación; y al ver que no podía tanto como quisiera, aumentaba su disgusto y encono contra ella y contra sí mismo; de manera que estas penas serán de gran mérito y provecho para ti, y acrecentaban mucho tu virtud y fortaleza.

He ahí, Filotea, cómo estaba el fuego cubierto de ceniza, y cómo la tentación y delectación habían entrado en el corazón y tenían cercada la voluntad; la

cual, sola con la asistencia de su Salvador, resistía á las sugestiones del pecado con las amarguras, disgustos y detestaciones, negando siempre su consentimiento á la culpa que la rodeaba. ¡Oh Dios! ¡Qué tormento es para el alma enamorada del Señor, no saber siquiera si El habita en ella ó no, y si el amor divino, por el cual pelea, está ó no del todo apagado! pero es la más exquisita flor de la perfección del amor celestial hacer que por El sufra y pelee el amante, sin saber si posee el amor, con quien y por quien pelea.

CAPITULO V

Aliento para el alma que se halle tentada.

PERMITE Dios que sufran estos grandes asaltos y tentaciones solamente aquellas almas que quiere elevar á su amor puro y sublime; pero no se infiere de ahí, Filotea, que después de esto estén ya seguras de llegar á El; porque muchas veces ha sucedido que los mismos que se mantuvieron constantes en combates tan violentos, descuidándose después de corresponder con fidelidad á la divina gracia, han sido vencidos de tentaciones muy ligeras. Digo esto para que si te sucede hallarte afligida con grandes tentaciones, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, con que manifiesta que te quiere engrandecer en su presencia; pero pretendo también que seas siempre humilde y temerosa, no teniéndote por segura de poder vencer las tentaciones ligeras, aunque hayas triunfado de las grandes, si no eres siempre fiel á Dios.

Vengan, pues, las tentaciones que vinieren, y aunque se siga á ellas delectación; siempre que tu voluntad no consienta, ni á la tentación, ni aun á la delectación, no tienes por qué turbarte, pues no hay ofensa de Dios. Cuando es uno herido del pasmo, y no da señal alguna de vida, le ponen la mano sobre

el corazón; y si se percibe algún movimiento por pequeño que sea, conocen que está vivo, y que con algún licor espirituoso ó algún confortativo se le hará volver á recobrar el sentido y la fuerza; así sucede algunas veces con la violencia de la tentación: parece que el alma ha perdido totalmente sus fuerzas, y que como pasmada no tiene vida espiritual ni movimiento; mas para conocer la verdad, pongamos la mano sobre el corazón, observemos si el corazón y la voluntad conservan su movimiento espiritual, esto es, si rehusan, como deben, consentir y seguir la tentación y delectación; pues, mientras subsista en nuestro corazón el movimiento de resistencia, estamos ciertos de que hay en nosotros caridad, que es la vida del alma, en la cual está Jesucristo nuestro Salvador, aunque escondido y encubierto; y que, por tanto, con el ejercicio continuo de la oración, de los Santos Sacramentos y de la confianza en Dios, recobraremos las fuerzas y viviremos una vida cabal y deliciosa.

CAPITULO VI

De cómo la tentación y delectación pueden ser pecado.

AQUELLA princesa, de quien hablamos arriba, ninguna culpa tuvo en la proposición deshonesta que se le hizo, porque, como supusimos, fué contra su voluntad; pero si, por el contrario, hubiese ella dado ocasión á la solicitud con algunos atractivos, pretendiendo enamorar al que la festejaba, no hay duda en que sería culpable de la misma solicitud; y aunque ella después se hiciese la desentendida, no dejaría, con todo, de merecer reprensión y castigo: de este modo sucede algunas veces que con sola la tentación ya pecamos, porque somos causa de ella.

Por ejemplo: si sé que, voluntariamente, me dejo llevar de la ira, y prorrumpo en blasfemias en el juego, que es para mí ocasión de tales culpas, siem-

pre y cuantas veces juegue, peco y soy culpable de todas las tentaciones que me sobrevengan en el juego: del mismo modo, cuando conozco que alguna conversación me acarrea tentaciones y caídas, con sólo ir á ella voluntariamente, me hago culpable, sin duda alguna, de todas las tentaciones que allí me ocurrieren.

Siempre que se pueda evitar la delectación que de la tentación se sigue, es pecado tenerla, más ó menos grave, según la grandeza ó pequeñez y la mayor ó menor duración del placer que se goza, y del consentimiento que se le da. Sería sin duda reprensible la princesa, de quien hemos hablado, si no sólo oyese la proposición impura y deshonesta que le hacían, sino que después se complaciese en ella, pensando con gusto en esta materia; pues, aunque no pensase consentir en la ejecución real de lo que le proponían, consentía, sin embargo, en aplicar espiritualmente su corazón por medio del placer que de ello recibía; pues no tiene duda que es deshonestidad llegar, ya sea el corazón, ya sea el cuerpo, á objeto deshonesto; y esta aplicación del corazón ó consentimiento de la voluntad es tan esencial para la culpa, que sin ella, la puramente material del cuerpo no puede ser pecado.

Considera, pues, cuando te veas tentada de algún pecado, si has dado voluntariamente causa para serlo, pues entonces en la misma tentación hay culpa, porque te expusiste á este riesgo: esto se entiende si pudiste cómodamente evitar la ocasión, y previste ó debiste prever, que había de seguirse tentación, pero si no has dado causa alguna para ello, de ningún modo se te puede imputar á pecado.

Cuando, pudiendo evitar la delectación que de la tentación se sigue, no se evita, siempre hay algún pecado mayor ó menor, según la mayor ó menor detención, y según el objeto de la complacencia. Una mujer que no ha dado causa para que la requiebren, pero tiene gusto en ser requebrada, es sin duda reprensible, si se complace únicamente de los requie-

bros: pongamos por ejemplo, si el galán que quiere enamorarla es sumamente diestro en tocar el laúd, y ella tiene gusto, no en que la enamore, sino en oir la armonía y dulzura de aquel instrumento, no habrá pecado alguno, aunque ella no debe permanecer mucho tiempo en esta diversión, por no exponerse, á pesar suyo, á tener complacencia en la solicitud. Del mismo modo, si me propone alguno una estratagema muy ingeniosa y de grande artificio para tomar venganza de mi enemigo, y yo no consiento ni tengo complacencia alguna en la venganza que se me propone, sino sólo en la sutileza de la invención y artificio, no hay duda en que no peco, aunque no es del caso entretenerme mucho en este gusto, no sea que, poco á poco, me vaya llevando á tener alguna delectación en la venganza.

Suelen á veces ciertas cosquillas de delectación, que siguen á la tentación inmediatamente, sorprenderle á uno antes que haya podido echarlo de ver; y esto, cuando más, podrá ser pecado venial muy leve; el cual será mayor, si después que uno conoce el mal en que se halla, permanece algún tiempo por negligencia, como regateando con la delectación, si puede ó no puede admitirla; y todavía será mucho mayor, si, teniendo ya conocimiento, permanece en ella algún tiempo por verdadera negligencia, sin propósito alguno de desecharla; pero, cuando voluntariamente y de propósito deliberado, estamos resueltos á complacernos en semejantes delectaciones, este propósito deliberado es pecado grave, si el objeto en que tenemos la delactacion es gravemente malo. En una mujer es pecado gravísimo entretener amores ilícitos, aunque no quiera entregarse jamás realmente al amante.

CAPITULO VII

Remedios contra las tentaciones violentas.

Cuando sientas en ti alguna tentación, has de hacer lo que los niños cuando ven algún lobo ó algún oso en el campo, que al punto corren á echarse entre los brazos de su padre ó de su madre, ó, á lo menos, los llaman para que los ayuden y socorran: acude tú á Dios del mismo modo, implorando su misericordia y su auxilio, que este es el remedio que nos enseña nuestro Señor: *Velad y orad para no caer en la tentación.*

Si con todo esto ves que la tentación dura ó se acrecienta, corre espiritualmente á abrazarte con la Santa Cruz, como si vieras delante de ti á Jesucristo crucificado: ofrece no consentir en la tentación, pídele socorro para vencerla y persevera todo el tiempo que durare la tentación, protestando que no quieres consentir en ella.

Pero en tanto que haces estas protestas y rechazas el consentimiento, huye la cara de la tentación; mira, sí, á nuestro Señor; porque si fijas tus ojos en la tentación, en especial cuando es muy violenta, podrá hacer titubear tu esfuerzo.

Aparta tu tentación con algunas ocupaciones útiles y laudables, porque éstas, entrando en el corazón y asentándose en él, desalojarán las tentaciones y sugestiones malignas.

Pero el gran remedio contra todas las tentaciones, grandes ó pequeñas, es abrir el pecho al director espiritual, manifestarle las sugestiones, sentimientos y afectos que se sienten; pues es muy de notar, que el primer pacto que hace el maligno con el alma que quiere seducir, es que calle, como así lo recomiendan los que quieren engañar á las mujeres casadas ó doncellas; pues lo primero que les encargan es que no manifiesten sus propuestas á los padres ó mari-

dos, cuando, por el contrario, Dios, en sus inspiraciones, nos encarga sobre todo que las manifestemos, para que sean reconocidas por nuestros superiores y maestros espirituales.

Y si después de todo lo dicho persiste la tentación en labrarnos y perseguirnos, persistamos también nosotros en protestar que no queremos consentir; pues así como la doncella no puede ser casada mientras se mantiene diciendo que no, así el alma, por más agitada que esté, no puede ser violada mientras persista negativamente.

No entres en disputas con tu enemigo, ni le respondas otra palabra más que aquella que le respondió el Salvador, con la cual le dejó confundido: "Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo; y á él solo servirás." Y así como la casta esposa, no debe responder palabra ni mirar el rostro al vil perseguidor que le propone alguna deshonestidad, sino que, volviéndole la espalda, debe en el mismo punto convertir su corazón hacia su esposo y tornarle á jurar la fidelidad que le tiene prometida, sin detenerse en regateos, así el alma devota, al verse asaltada de alguna tentación, de ningún modo debe detenerse en disputas ni respuestas, sino convertirse sencillamente hacia Jesucristo su esposo, protestando de nuevo guardarle fidelidad, y asegurando que para siempre quiere ser únicamente suya.

CAPÍTULO VIII

Cuán necesario es resistir á las tentaciones ligeras.

Aunque el resistir con ánimo invencible á las tentaciones grandes es obligación precisa, y nos acarrea gran provecho la victoria que de ellas alcanzamos, tal vez, sin embargo, son mayores las ventajas de resistencia con esfuerzo á las tentaciones ligeras; pues si las grandes exceden en la ca-

lidad á las pequeñas, éstas las sobrepujan tan considerablemente en el número, que su victoria puede ciertamente compararse con el vencimiento de las mayores. Es cierto que los lobos y los osos son mucho más nocivos que las moscas; pero también es cierto, que no dan tanta molestia y enfado como ellas, ni ejercitan tanto nuestra paciencia. Fácil es no cometer homicidios, pero es muy difícil evitar los enfados pequeños, de los cuales continuamente se ofrecen ocasiones: no le es difícil al hombre ó á la mujer librarse del adulterio, pero no le es tan fácil estorbar las miradas, el enamorar ó ser enamorada, el procurar gracias y favores ligeros y el decir ó escuchar requiebros; fácil es no consentir, que tenga rival la mujer ó el marido en cuanto al cuerpo, pero no es tan fácil en cuanto al corazón; es fácil no manchar el tálamo nupcial, pero es difícil mantener ileso el amor conyugal; es fácil no robar los bienes ajenos, pero no lo es no apetecerlos ni codiciarlos; es fácil no decir en juicio falsos testimonios, pero no lo es tanto no mentir en la conversación; fácil es no embriagarse, pero no es tan fácil ser templado y sobrio; fácil es no desear á otro la muerte, pero es difícil no desearle incomodidad alguna; es fácil no quitar á otro la fama, pero no es tan fácil no despreciarle; en una palabra, las tentaciones ligeras de ira, de sospecha, de celos, de envidia, de amor, de ligereza, de vanidad, de doblez, de afectación, de artificio, de pensamientos impuros, son continuo ejercicio aun de los más devotos y constantes. Por lo cual es necesario, amada Filotea, prepararse para esta batalla con sumo cuidado y diligencia; pero puedes estar segura de que cuantos sean los triunfos que alcancemos contra esos enemigos pequeños, tantas serán las preciosas piedras que adornen la corona de gloria que Dios nos prepara en su reino. Por tanto, sin dejar de estar aparejados para resistir con valor y vigilancia á las tentaciones grandes, si vinieren, debemos también defendernos con esfuerzo y diligencia de los acontecimientos menores y ligeros.

CAPITULO IX

Del modo de resistir á las tentaciones ligeras.

Ya que es imposible librarse enteramente de la importunidad de esas tentacioncillas de vanidad, de sospecha, de disgusto, de celos, de envidia, de enamoramiento y otros semejantes trampantojos, que como moscas ó moscones nos pasan por delante de la vista, y ya nos pican en la mejilla, ya en la nariz, el mejor modo de resistir á ellas es no apurarnos; pues aunque nos pueden molestar, no podrán dañarnos si estamos firmemente resueltos á servir á Dios.

De tales embestidillas, pues, ni has de hacer caso, ni pararte siquiera á pensar qué significan: déjalas como á las moscas susurrar cuanto quieran junto á tus oídos, volando aquí y acullá alrededor de ti; y cuando vengan á picarte, y veas que de algún modo se paran en tu corazón, no hagas más que osearlas', no poniéndote á pelear con ellas, ni á darles respuesta, sino haciendo cualesquiera actos contrarios, pero en particular de amor de Dios; pues, á mi parecer, no conviene empeñarse en querer oponer la virtud contraria á la tentación que se padece, porque sería, en algún modo, disputar con ella; sino después de haber hecho un acto de la virtud directamente contraria, si cómodamente se conoce la calidad de la tentación, se ha de volver sencillamente el corazón á Jesucristo crucificado, besando sus sagrados pies por medio de un acto de amor suyo. Este es el mejor modo de vencer al enemigo, tanto en las tentaciones pequeñas como en las grandes; pues como el amor á Dios contiene en sí la perfección de todas las virtudes, y aun con más excelencia que ellas mismas, es también el mejor remedio contra todos los vicios. Y acostumbrado el espíritu á recurrir en todas las tentaciones á este asilo común, no tendrá que mirar ó

examinar qué tentaciones padece, sino acudir, apenas se siente agitado, á este gran remedio; el cual, además de lo dicho, es tan formidable al espíritu maligno, que cuando ve que sus tentaciones nos incitan al divino amor, deja de tentarnos.

Y basta esto en cuanto á las tentaciones pequeñas y frecuentes, con las cuales el que quisiere entrar en singular batalla se confundiría y no conseguiría cosa alguna.

CAPITULO X

Cómo se ha de fortalecer el corazón contra las tentaciones.

Has de examinar de cuando en cuando cuáles son las pasiones dominantes de tu alma, y cuando las hayas conocido, emprende un tenor de vida opuesto á ellas en pensamientos, palabras y obras. Si conoces, por ejemplo, que eres inclinada á la pasión de la vanidad, piensa muy á menudo en las miserias de la vida humana, en los remordimientos de conciencia que causarán á la hora de la muerte tus vanidades, en cuán indignas son de un corazón generoso, que son juguetes y divertimientos de chiquillos y otras cosas á este modo. Habla frecuentemente contra la vanidad, y despréciala, aunque te parezca que es de mala gana; pues por este medio te harás del partido contrario, hasta en la creencia de los demás; porque á fuerza de hablar mal de alguna cosa, venimos á aborrecerla, aunque la hayamos mirado al principio con alguna afición: practica obras obras abyectas y humildes, aunque veas que es necesario violentarte, que de esta manera te acostumbrarás á la humildad y disminuirás las fuerzas de la vanidad, para que cuando llegue la tentación no pueda tu inclinación serle tan favorable y tengas más fuerzas para combatirla. Si eres propensa á la avaricia, piensa muchas veces en la necedad de este vicio, que nos hace esclavos de lo que ha sido criado sólo

para servirnos á nosotros; que con la muerte todo lo dejaremos y dará en manos de quien lo disipe, ó tenga en ello su ruina y condenación, con otros pensamientos semejantes: habla siempre contra la avaricia, alaba mucho el desprecio del mundo, hazte violencia para dar frecuentemente limosna y hacer obras de caridad, y no aproveches todas las ocasiones de adquirir.

Si eres inclinada á enamorar ó escuchar amores, piensa con frecuencia cuán peligroso es este entretenimiento, no sólo para ti, sino también para los otros; que es cosa indigna profanar y emplear en pasatiempos el afecto más noble de nuestra alma; que te expones á ser tenida por inconstante; alaba frecuentemente la pureza y sencillez de corazón; y en cuanto puedas, arregla á ella todas tus acciones, evitando afectaciones y lisonjas.

Finalmente, en tiempo de paz, esto es, cuando no te molesten las tentaciones de aquel pecado á que eres inclinada, te has de ejercitar en actos de la virtud contraria: y si no se te presenta ocasión para ello, búscala para fortalecer por este medio tu corazón contra la tentación futura.

CAPÍTULO XI

De la inquietud.

Es preciso decir algo de la inquietud, pues no es puramente tentación, sino manantial de donde y por donde nacen muchas tentaciones. Es la tristeza un dolor que siente el alma por el mal que padecemos contra nuestra voluntad, ya sea mal exterior, como pobreza, enfermedad, deshonra; ya interior, como ignorancia, sequedad, tedio ó tentación. Así, pues, cuando el alma advierte que padece algún mal, y se apesadumbra de tenerlo; esto es lo que se llama tristeza. A esto se sigue desear librarse de él, y encontrar medios para ello. Hasta aquí tienes ra-

zón, porque es natural á todos desear el bien, y huir de lo que se cree mal.

Si busca el alma por amor á Dios los medios de libertarse del mal, los buscará sin duda con paciencia, dulzura, humildad y paz, esperando verse libre, más por la bondad y providencia de Dios, que por su propio trabajo, industria y diligencia; pero si es por amor propio, se agitará y sofocará buscando medios, como si el remedio dependiese más de ella que de Dios. Yo no digo que así lo piense, sino que se afanará como si lo pensase.

Y si no encuentra luego aquello que desea, se llena de violentas inquietudes é impaciencias, las cuales, lejos de remediar el mal antecedente, le empeoran; y así, cae el alma en una aflicción y congoja desmesurada, faltándole el ánimo y las fuerzas, y pareciéndole que su mal no tiene ya remedio. He ahí cómo la tristeza, que al principio es justa, produce inquietud, y la inquietud engendra después acrecentamiento de tristeza sumamente peligroso.

A excepción del pecado, no hay mayor mal para el alma que la inquietud; pues, así como las sediciones y disensiones internas de una república la destruyen enteramente y la dejan incapaz de oponerse á los extranjeros, así nuestro corazón cuando está turbado é inquieto dentro de sí mismo, pierde la fuerza necesaria para conservar las virtudes que había adquirido y los medios de resistir á las tentaciones del enemigo, el cual hace entonces los mayores esfuerzos para pescar á río revuelto, como suele decirse.

Proviene la inquietud de un inmoderado deseo de librarse del mal que se padece ó de alcanzar el bien que se espera; y con todo, la inquietud ó el desasosiego es el que más empeora el mal y aleja del bien, sucediendo lo que á los pajarillos que, al verse entre las redes y lazos, se agitan y baten las alas para salir, con lo cual se enredan cada vez más y quedan presos. Por tanto, cuando quieras librarte de algún mal ó alcanzar algún bien, ante todas cosas tranquiliza tu espíritu y sosiega el entendimiento y la

voluntad; examina después, poco á poco y con sosiego, el origen de lo que apeteces, empleando por su orden los medios que fueren oportunos. Pero cuando digo poco á poco, no quiero decir con negligencia, sino sin atropello, agitación é inquietud; porque de otro modo, en vez de conseguir tu deseo, todo lo echarás á perder, y te enredarás más y más.

"Tengo siempre mi alma en la mano, Señor, y no he olvidado vuestra ley„, decía David. Examina muchas veces al día, ó á lo menos por mañana y noche, si tienes el alma en la mano, ó si alguna pasión é inquietud la arrebató de ella; considera si está sujeto á tu obediencia el corazón, ó si se huyó de tus manos para entregarse al inmoderado afecto de amor, de odio, de envidia, de codicia, de temor, de tristeza ó de alegría; y si ves que anda descarriado, búscale inmediatamente, y tráele poco á poco á la presencia de Dios, volviendo á sujetar tus afectos y deseos al dominio y gobierno de su voluntad divina. Porque si los que temen perder alguna cosa que aprecian mucho la tienen bien apretada en la mano, también nosotros, á imitación de aquel gran rey, hemos de decir continuamente: *Dios mío, mi alma se halla en peligro; por eso la llevo siempre en la mano, y por este medio no he olvidado vuestra ley santa.*

No dejes que te inquieten tus deseos, aunque sean ligeros y de poca importancia, porque si éstos entran, después otros mayores y de más consideración encontrarán tu corazón ya dispuesto á turbarse y descomponerse. Cuando veas que empiezas á inquietarte, encomiéndate á Dios, y propón no hacer nada de cuanto te pide tu deseo hasta que se te pase enteramente la inquietud, á menos de que sea cosa que no pueda diferirse; en cuyo caso es menester contener con esfuerzo pacífico y tranquilo la corriente del deseo, deteniéndola y moderándola cuanto sea posible, y entonces ejecutarlo como fuere razón y no como lo deseas.

Si puedes manifestar tu inquietud al director espiritual, ó á lo menos á un amigo virtuoso y de con-

fianza, cree que en esto hallarás inmediatamente consuelo, porque la manifestación de las penas del corazón hace tanto efecto en el alma como la sangría en el cuerpo del que está con calentura continua; es seguramente el remedio de los remedios. Por eso el rey San Luis daba á su hijo este consejo: "Si tienes algún disgusto en el corazón, díselo inmediatamente á tu confesor ó á otra persona virtuosa, y podrás soportar el mal con sus consuelos.„

CAPÍTULO XII

De la tristeza.

La "tristeza según Dios, produce penitencia para la salvación; la tristeza del mundo da la muerte„, dice San Pablo: así que puede ser buena ó mala, según los diversos efectos que en nosotros causa. Verdad es que son más los malos que los buenos, porque éstos son dos, es á saber: misericordia y penitencia; y los malos son seis: congoja, pereza, indignación, celos, envidia é impaciencia; por lo cual dijo el Sabio: "A muchos da muerte la tristeza, y no hay utilidad en ella„; pues por dos arroyos buenos que nacen del manantial de la tristeza, nacen también seis muy malos.

De ella se sirve el enemigo para tentar á los buenos, porque así como procura que los malos se complazcan en un pecado, así también solicita que se entristezcan los buenos en sus buenas obras, y así como no puede procurar el mal sino mostrándole agradable, así le es preciso aparentar desagradable el bien para impedirlo. Complácese el maligno en la tristeza y melancolía, porque él está y estará eternamente triste y melancólico, y quisiera que todos estuviesen como él.

La tristeza mala turba el alma, la llena de inquietud, ocasiona desordenados temores, causa disgusto en la oración, perturba y debilita la cabeza, deja el

alma sin consejo, sin resolución, sin juicio, sin ánimo, y abate las fuerzas; en una palabra: es como un riguroso invierno que marchita toda la hermosura de la tierra, y entorpece á todos los animales, porque la tristeza quita al alma su dulzura, y la deja como paralítica privada de todas sus facultades.

Si te vieres alguna vez, Filotea, herida de esta dañosa tristeza, practica los remedios siguientes: *¿Esta triste alguno de vosotros? ore,* dice Santiago. La oración es admirable remedio, pues en ella se eleva el espíritu á Dios, nuestra única alegría y consuelo; pero en esta oración has de usar afectos y palabras de confianza y amor á Dios, ya sean interiores, ya exteriores, como por ejemplo: *¡Oh Dios de misericordia, Dios mío, suma bondad, benigno Salvador mío! ¡Dios de mi corazón, mi alegría, mi esperanza, amado Esposo mío, querido de mi alma!,* y otras expresiones semejantes.

Oponte con eficacia á las inclinaciones que produce la tristeza; y aunque parezca que en estas ocasiones todo lo haces con frialdad, decaimiento y laxitud, no lo dejes por eso, porque el enemigo, que con la tristeza pretende debilitarnos para las obras buenas, cuando ve que no por eso dejamos de practicarlas y que son más meritorias, porque las hacemos con más repugnancia, deja entonces de afligirnos.

Entona cánticos espirituales que muchas veces con este medio se ha estorbado la tentación del maligno: de lo cual es buen testigo el espíritu que rodeaba ó poseía á Saúl, cuya violencia se reprimía con la salmodia.

También es bueno emplearse en obras exteriores, variando entre ellas lo más que se pudiere, para apartar al alma del objeto triste y purificar y acalorar los espíritus, porque la tristeza es pasión que nace de la complexión fría y seca.

Practica actos externos de fervor, aunque sea sin gusto, abrazando la imagen de Cristo crucificado apretándola contra el pecho, besando sus pies y sus manos, levantando tus ojos y tus manos al cielo, ha-

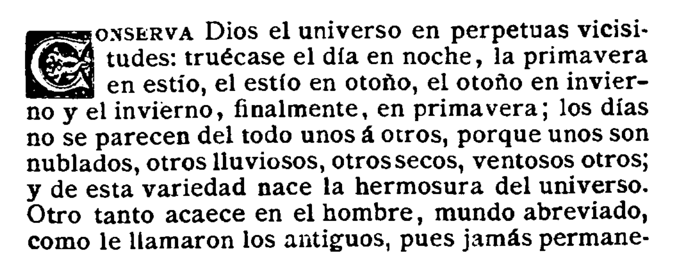
blando con Dios con expresiones amorosas y confiadas como éstas: "Mi amado para mí, y yo para él." "Manojito de mirra es para mí mi amado: quedará siempre entre mi pecho." "Desfallecido han mis ojos, diciendo: ¿cuándo me consolaréis?" "¡Oh Jesús!, sed para mí, Jesús. ¡Viva Jesús! y vivirá mi alma." "¿Quién me separará de la caridad de Dios?", y otras semejantes.

Buena es también contra la tristeza la disciplina moderada, porque esta voluntaria aflicción exterior alcanza la interior consolación; y con el dolor exterior que siente el alma se distrae el del interior. La frecuencia de la santa Comunión es excelente, porque este pan celestial confirma el corazón y alegra el espíritu.

Descúbrele con humildad y sinceridad á tu confesor y director todos los pesares, afectos y tentaciones que te ocasiona la tristeza; conversa con personas espirituales, frecuentando en semejantes ocasiones su trato cuanto puedas; y por conclusión de todo, resígnate en las manos de Dios, disponiéndote á sufrir con paciencia la molesta tristeza, como justo castigo de tus vanas alegrías, y confía que Dios, después de haberte probado, te librará de este mal.

CAPITULO XIII

De los consuelos espirituales y sensibles, y cómo nos hemos de haber en ellos.



CONSERVA Dios el universo en perpetuas vicisitudes: truécase el día en noche, la primavera en estío, el estío en otoño, el otoño en invierno y el invierno, finalmente, en primavera; los días no se parecen del todo unos á otros, porque unos son nublados, otros lluviosos, otros secos, ventosos otros; y de esta variedad nace la hermosura del universo. Otro tanto acaece en el hombre, mundo abreviado, como le llamaron los antiguos, pues jamás permane-

ce en un mismo estado, y su vida corre sobre la tierra como el agua, fluctuando y ondeando entre una continua diversidad de movimientos, que ya le elevan á la esperanza, ya le abaten con el temor, ya le echan á la diestra por el consuelo, ya á la siniestra por la aflicción; de suerte que ninguno de sus días, ni aun de sus horas es igual en todo á la antecedente. Por tanto, es aviso importante procurar mantener una continua é inviolable igualdad de corazón entre tan desiguales acaecimientos, permaneciendo inmobles en mirar, buscar y caminar á nuestro Dios, por más que todas las cosas se vuelvan y trastornen alrededor de nosotros. Que siga la embarcación el derrotero que siguiere, que navegue á poniente ó á levante, al septentrión ó al mediodía, que tenga el viento que tuviere, nunca se dirigirá la aguja de marear hácia otra parte que hacia la estrella norte y del polo: así, pues, mas que todo se vuelva de arriba á bajo, no sólo alrededor de nosotros, sino aun dentro de nosotros mismos, esto es, que nuestra alma esté triste ó alegre, entre dulzuras ó amarguras, en paz ó en guerra, en claridad ó en tinieblas, en tentaciones ó en tranquilidad, en gusto ó en disgusto, en sequedad ó en ternura; que el sol la abrase ó el rocío la refresque, siempre la cumbre del corazón y del espíritu, esto es, la voluntad superior, que es nuestra aguja, ha de mirar sin cesar y se ha de dirigir perpetuamente hacia el amor de Dios, su Criador, su Salvador, único y supremo bien. "O ya vivamos ó ya muramos, somos del Señor, dice el Apóstol; pues, ¿quién nos separará del amor y caridad de Dios?„ Nada podrá jamás separarnos de este amor, ni la tribulación, ni la angustia, ni la muerte, ni la vida, ni los deberes presentes, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios del maligno espíritu, ni la elevación de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la ternura, ni la aridez; nada, nada nos ha de separar jamás de esta santa caridad, que está fundada en Cristo Jesús.

Esta total resolución de no dejar nunca á Dios, ni

apartarnos de su dulce amor, sirve de contrapeso á nuestras almas para mantenerse con santa igualdad entre la desigualdad de los diversos movimientos que la condición de esta vida les acarrea. Porque como las abejas, cuando las sorprende el viento en el campo, se asen de unas piedrecitas para mantenerse en el aire, y que no pueda arrebatarlas la impetuosidad de los vientos, así nuestra alma, abrazada por medio de su propósito con el precioso amor de Dios, permanece constante en medio de la inconstancia y vicisitudes de los consuelos y aflicciones, tanto espirituales como temporales, tanto exteriores como internos.

Pero, además de esta doctrina general, serán muy del caso algunos documentos particulares:

1.° Digo, pues, que no consiste la devoción en la dulzura, suavidad, consuelo y ternura sensible del corazón, que nos hace llorar, suspirar y sentir agradable y sabroso contentamiento en algunos ejercicios espirituales; no, querida Filotea; no es esto lo mismo que tener devoción, porque muchas almas que tienen estas ternuras y consuelos son, con todo eso, muy viciosas, y, por consiguiente, no tienen verdadero amor de Dios, y mucho menos devoción verdadera. Cuando por los desiertos de Engaddi huía David de la persecución furiosa de Saúl, éste se entró sólo en una cueva, donde se hallaba aquel oculto con los suyos; pero, aunque mil veces en esta ocasión hubiera podido David darle muerte, le dió la vida, y no quiso siquiera amedrentarle, antes dejándole salir á su placer, le llamó después para mostrarle su inocencia y darle á conocer que le había tenido en sus manos. ¿Qué no hizo entonces Saúl para atestiguar que su corazón se había enternecido con David? Llamóle hijo, lloró públicamente, le alabó, confesó su benignidad, enderezó á Dios sus oraciones por él, anunció su grandeza venidera y encomendóle su posteridad para después de sus días. No podía mostrar mayor dulzura y terneza de corazón; pero su alma, sin embargo, se mantenía lo mis-

mo, y no dejó de perseguirle tan cruelmente como antes. A este modo, algunos, considerando la bondad de Dios y la pasión de nuestro Salvador, sienten tan gran ternura de corazón, que les hace prorrumpir en suspiros, lágrimas, súplicas y acciones de gracias tan sensibles, que cualquiera diría que está llena de grandísima devoción su alma. Pero cuando llega el tiempo de la prueba, se ve que, como aquellos chaparrones pasajeros del ardiente estío, cayendo en gotas gruesas sobre la tierra, no la penetran, ni hacen producir otra cosa más que hongos, así estas lágrimas y ternuras, cayendo en corazones viciosos, que no llegan á penetrar, son para ellos enteramente inútiles; porque, á pesar de todo esto, no se desprenden los infelices ni de un maravedí de los bienes mal ganados que poseen, ni se apartan siquiera de uno de sus malos afectos, y no quieren sufrir la más leve incomodidad en obsequio de aquel Señor por quien han llorado; de suerte, que los movimientos buenos que sintieron, son como hongos espirituales, que no solamente no llegan á ser devoción verdadera, sino que muchas veces son sutil estratagema del enemigo; que contentando las almas con estos consuelitos, las deja satisfechas y pagadas para que ya no busquen la verdadera y sólida devoción, que consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa de ejecutar lo que se conoce ser del agrado de Dios.

¿No ves cómo un niño llora amargamente si ve picar con la lanceta á su madre cuando la sangran; y si su madre, por quién tan tiernamente lloraba, le pide la manzana ó el cucurucho de confites que tiene en la mano, no hay forma de que se lo dé? Pues tales son la mayor parte de nuestras devociones tiernas: cuando vemos herir á Jesucristo crucificado con la lanza que traspasa su corazón, lloramos amargamente. ¡Ay, Filotea! justo es sin duda llorar por la muerte y pasión dolorosa de nuestro Padre y Redentor; pero ¿por qué no le damos con gusto la manzana que tenemos en nuestras manos, y que con tantas instancias nos pide? ¿Por qué no le entregamos el

corazón, única manzana de amor que el Salvador amante nos está pidiendo? ¿Por qué no le sacrificamos tantos afectillos, delectaciones y complacencias que El quiere quitarnos de las manos, y nosotros se lo estorbamos, siendo más golosos de estos confites que deseosos de la celestial gracia? Tales amores son como de niños tiernos, pero débiles, fantásticos y sin afecto. La devoción, pues, no consiste en estas ternuras y afectos sensibles, que algunas veces proceden de complexión tierna y capaz de recibir cualquiera impresión, y otras son obra del enemigo, que para entretenernos excita en la imaginación ideas que producen tales efectos.

2.° Algunas veces, sin embargo, son muy buenas y útiles estas ternezas y afectuosas dulzuras, porque excitan el gusto del alma, confortan el espíritu y añaden á la prontitud de la devoción un santo gozo y alegría, que hermosea nuestras acciones, y las hace aun exteriormente agradables. De este gusto que se tiene en las cosas divinas, decía David: "¡Cuán dulces son á mi paladar tus palabras, Señor! más que la miel son para mi boca„: y á la verdad, el menor consuelo de devoción, por cualquiera parte que se mire, es más apreciable que las mayores diversiones del mundo: los pechos y la leche (esto es, los favores), del Esposo divino, son más preciosos para el alma que el vino más exquisito de los placeres de la tierra: quien ha gustado aquellos consuelos, tiene todos los demás por hiel y ajenjos; y como los que tienen en la boca la hierba escítica sienten tal dulzura, que ni padecen hambre ni sed, así aquellos á quienes Dios ha dado el celestial maná de sus dulzuras y consuelos interiores, no pueden desear ni gustar los consuelos del mundo, ó á lo menos, no encuentran gusto ni pueden poner en ellos el afecto: son estos consuelos divinos anticipadas muestras de las dulzuras eternas que da Dios á las almas que le buscan: son anises que da á sus hijuelos para atraerlos: son aguas cordiales con que los conforta; y son también algunas veces arras de las recompensas

eternas. Dícese que Alejandro Magno, navegando por la mar, conoció que estaba cerca de la Arabia Feliz, por los suaves olores que traía el viento, con lo cual, lleno de confianza, animó á todos los suyos; así nosotros en este mar de la vida mortal percibimos muchas veces dulzuras y suavidades que nos hacen reconocer sin duda las delicias de la celestial patria, adonde caminamos, y que es el término de nuestros deseos.

3.° Pues si hay consuelos sensibles, buenos y que vienen de Dios, y los hay también inútiles, peligrosos y aun dañosos, que vienen, ó de la naturaleza, ó tal vez del enemigo; ¿cómo podré, me dirás, discernir los unos de los otros, y conocer los malos é inútiles entre los buenos? Es doctrina general, Filotea, que los afectos y pasiones del alma se han de conocer por sus efectos: son los corazones como unos árboles, los afectos y pasiones sus ramas, y las obras ó acciones sus frutos: bueno será el corazón cuando tenga buenos afectos, y los afectos y pasiones serán buenas, si producen en nosotros buenos efectos y acciones santas. Cuando las dulzuras, ternezas y consuelos nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos para con el prójimo, más fervorosos en mortificar nuestra concupiscencias y malas inclinaciones, más constantes en los ejercicios buenos, más dóciles y sumisos á nuestros superiores, y de vida más sencilla, son de Dios, sin duda, Filotea; pero si las dulzuras solamente lo son para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, poco sufridos, impacientes, tercos, soberbios, presuntuosos, duros con el prójimo, y teniéndonos ya por unos santos, no queremos sujetarnos á dirección y corrección alguna, sin duda son consuelos falsos y perniciosos, porque el árbol bueno no produce frutos malos.

4.° Siempre que sintamos dulzuras y consuelos, debemos humillarnos delante de Dios. Guárdate bien de decir: ¡Oh, cuán buena soy ya! porque semejantes bienes no nos hacen mejores, pues no consiste en eso la devoción, como ya te he advertido; lo que hemos

de decir es: *¡Oh, cuán bueno es Dios para los que esperan en El, para el alma que le busca!* Y así como el que tiene azúcar en la boca no puede decir que su boca es dulce, sino que lo es el azúcar, así la dulzura espiritual es buena, y sumamente bueno Dios que la concede; pero de ahí no se infiere que sea bueno el que la recibe.

5.° Conozcamos que somos todavía niños tiernos, que necesitamos aún del pecho, y que se nos dan estos anises porque nuestro espíritu, todavía tierno y delicado, necesita cebo y atractivo que le atraiga al amor de Dios.

6.° Supuesto esto, ordinariamente y por lo general, se han de recibir con humildad estas gracias y favores, teniéndolas por muy grandes, no tanto por lo que son en sí, cuanto porque la misma mano de Dios las pone en nuestro corazón, como una madre, que para acariciar á su hijo, le va poniendo ella misma uno á uno los confites en la boca: pues cierto es, si el niño tuviese conocimiento, apreciaría más la dulzura del halago y caricia de su madre que la dulzura del confite. Así que bueno es, Filotea, recibir dulzura; pero la dulzura de las dulzuras consiste en considerar que Dios, con su mano amorosa y maternal, nos la pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu.

7.° Recibidas humildemente estas dulzuras, tengamos gran cuidado en usar de ellas según la voluntad de quien nos las ha dado. Pero ¿cuál te parece que será ésta? Es ciertamente hacernos por este medio suaves para con el prójimo, y amorosos para con su Majestad divina. Da la madre el confite al niño para que el niño le dé un beso: pues besemos nosotros también al Salvador, que nos da tantas dulzuras; advirtiendo, que besar al Salvador es obedecer, guardar sus mandamientos, cumplir su voluntad, seguir sus designios; en una palabra, abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad: y así, el día en que hayamos recibido algún consuelo espiritual, hemos de ser más diligentes en obrar bien y humillarnos.

8.° Además de todo esto, es necesario, de cuando en cuando, renunciar á semejantes dulzuras, ternezas y consuelos, despegando de ellos el corazón, y protestando que, aunque los recibimos humildemente, y los estimamos porque son enviados de Dios y nos mueven á amarle, con todo, no son ellos los que buscamos, sino á Dios y su amor santo; no el consuelo, sino al Consolador; no á la dulzura, sino al Salvador dulcísimo; no la ternura, sino al que es suavidad del cielo y de la tierra; y entre estos afectos hemos de resolver amarle constantemente, aunque en toda la vida no hubiéremos de sentir consuelo alguno; y decir, tanto en el Calvario como en el Tabor: Señor, bueno es estar aquí con Vos, ó ya estéis en la cruz, ó ya en la gloria.

Te advierto, por conclusión, que cuando sientas gran copia de estos consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, ó que en ellas haya algo de extraordinario, se lo manifiestes con fidelidad para que te enseñe cómo debes moderarte y haberte, pues escrito está: "¿Hallaste miel? come lo que te baste."

CAPITULO XIV

De las sequedades y esterilidad de espíritu.

Eso has de hacer, querida Filotea, cuando tengas consuelos; pero no durará perpetuamente este tiempo sereno y agradable; antes acaecerá algunas veces que te veas tan privada y destituida de la devoción sensible, que te parezca tu alma una tierra desierta, infructuosa y estéril, en que no hay ni senda ni camino para encontrar á Dios, ni manantial alguno de gracia que pueda regarla, pues las sequedades la dejarán, al parecer, totalmente inculta. ¡Cuán digna de compasión es el alma en tal estado, y en especial si viene este mal con vehemencia! Entonces se apacienta, como David, de lágrimas día y noche, y al mismo tiempo el enemigo, para hacer-

la desesperar, se burla de ella con mil sugestiones, y le dice: Miserable, ¿dónde está tu Dios? ¿por qué camino piensas encontrarle? ¿quién podrá ya restituirte la alegría de la divina gracia?

¿Y qué harás entonces, Filotea? Advierte de dónde te ha provenido el mal, porque muchas veces somos nosotros mismos causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Así como una madre no quiere dar azúcar al niño que es propenso á lombrices, así Dios nos priva de los consuelos cuando, complaciéndonos vanamente en ellos, somos propensos á las lombrices de la presunción. "Bueno es para mí, ¡oh Dios mío!, que me humilléis; sí, por cierto; porque antes de haber sido humillado os había ofendido.„

2. Cuando nos descuidamos en recoger á su tiempo las suavidades y delicias del amor de Dios, nos las quita en castigo de nuestra pereza; así como los israelitas que no recogían á la madrugada el maná, no podían recogerlo después de salido el sol, porque ya estaba totalmente derretido.

3. Algunas veces que estamos, como la Esposa de los Cantares, acostados en el lecho de los contentos sensuales y consuelos perecederos, el Esposo de nuestras almas llama á la puerta del corazón, y nos inspira que volvamos á los ejercicios espirituales; pero nosotros andamos con El en regateos, porque sentimos dejar los placeres vanos y separarnos de los falsos contentamientos, por lo cual pasa de largo el Esposo, dejándonos emperezar; y después, cuando le queremos buscar, nos cuesta mucho trabajo encontrarle; bien merecido lo tenemos, pues hemos sido tan infieles y desleales á su amor, que rehusamos emplearnos en El, por seguir el de las cosas del mundo. Aún conservas harina de Egipto, y así no puedes recibir maná del cielo. Aborrecen las abejas todos los olores artificiales, y del mismo modo las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con las artificiales delicias del mundo.

4. También causa sequedades y esterilidades el

usar de doblez y afectación con el director en las confesiones y conferencias espirituales, pues quien miente al Espíritu Santo, merece que El le niegue sus consuelos, y no se le darán confites como á los niños al que no quiere ser sencillo y franco como ellos.

5. No es mucho que no halles gusto en las delicias espirituales, si te has saciado de contentos mundanos, pues á las palomas hartas les parecen amargas las guindas, según el proverbio antiguo; y como dijo la Santísima Virgen: "A los hambrientos colmó el Señor de bienes, y á los ricos los dejó vacíos." Así, pues, los ricos de placeres mundanos no pueden recibir placeres espirituales.

6. Si has guardado cuidadosamente los frutos de las consolaciones recibidas, recibirás otras nuevas, pues al que tiene, se le dará más, y al que no tiene lo que se le dió, habiéndolo perdido por culpa suya, se le quitará aun lo mismo que no tiene, esto es, que será privado de aquellas gracias que estaban preparadas para él. No hay duda que la lluvia vivifica las plantas que tienen verdor; pero á las que no lo tienen, les quita aun la vida que no tienen, haciendo que se pudran enteramente. Perdemos, pues, los consuelos de la devoción, y caemos en sequedad y esterilidad de espíritu por muchas de esas causas; por lo cual debemos examinar nuestra conciencia, á ver si encontramos en nosotros tales defectos. Pero advierte, Filotea, que se ha de hacer este examen sin inquietud y sin demasiada curiosidad; antes bien, después de haber considerado fielmente nuestros pasos, si con este examen encontramos en nosotros mismos la causa del mal, demos gracias á Dios, porque ya está medio curada la enfermedad cuando se conoce la causa; y si, por el contrario, nada de particular encuentras que te parezca ser causa de la sequedad, no te empeñes en hacer otro examen más curioso, sino practica con toda sencillez y sin indagar otras particularidades, lo que voy á decirte.

1.° Humíllate profundamente delante de Dios, re-

conociendo tu nada y tu miseria. ¡Ay de mí!, ¿qué soy yo, Señor, cuando me fío en mí propia, sino una tierra seca, que, hendida en grietas por todas partes, manifiesta la sed que tiene de la lluvia del cielo, y sin embargo, el viento la disipa y la reduce á polvo?

2.° Invoca á Dios, y pídele su alegría. Volvedme, Señor, la alegría de vuestra salud. Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Vete de aquí aquilón infructuoso, que secas mi alma, y ven, apreciable austro de los consuelos, y sopla en mi huerto, para que esparzan sus aromas los buenos afectos.

3.° Vé á buscar á tu confesor, ábrele de par en par tu corazón, manifiéstale con claridad todos los dolores de tu alma, y recibe sus advertencias con gran sencillez y humildad; porque como Dios aprecia sobremanera la obediencia, da, ordinariamente, eficacia á los consejos que se reciben de otro, particularmente de los directores de almas; aun cuando, por otra parte, no parezcan muy oportunos, así como hizo saludables para Naamán las aguas del Jordán, cuando Elíseo le mandó bañarse en ellas sin apariencia alguna de razón humana.

4.° Pero, sobre todo, lo más útil y fructuoso en semejantes sequedades y esterilidades es no desear con demasiada afición y apego verse libre de ellas: no digo que sea malo desear puramente verse libre; digo, sí, que no ha de ser esto con afición, sino que se ha de dejar uno en manos de la providencia especial de Dios, para que se sirva de nosotros del modo que le pluguiere; digámosle entre estas amarguras y deseos: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz„; pero añadamos también armados de esfuerzo: "Sin embargo, no se haga mi voluntad sino la vuestra.„ Y mantengámonos en esto con cuanta quietud nos sea posible; porque mirándonos Dios en esta santa indiferencia, nos consolará con muchas gracias y favores, así como al ver á Abraham resuelto á privarse de su hijo Isaac, se dió por satisfecho de su indiferencia y resignación, y le consoló con una visión deliciosa y con dulcísimas bendiciones. Así

que, en cualquiera especie de aflicciones, ya corporales, ya espirituales, y en las distracciones ó substracciones de la devoción sensible, debemos decir de todo corazón y con sumisión profunda: "El Señor me dió los consuelos, el Señor me los quitó: bendito sea su santo nombre„; y si perseveramos en esta humildad, nos restituirá sus deliciosos favores, como lo hizo con Job, que decía esto mismo en todas sus desolaciones.

5.° Finalmente, Filotea, no hemos de caer de ánimo aunque padezcamos sequedades y esterilidades: sigamos siempre nuestro camino, esperando con paciencia que vuelvan los consuelos; y no por esto dejemos ningún ejercicio devoto, antes bien multipliquemos, en cuanto sea posible, las obras buenas; y ya que no podamos ofrecer á nuestro amado Esposo dulces de almíbar, sirvámosle dulces secos, que todo es uno, con tal que el corazón que se los ofrece quiera con verdadera resolución amarle. En las primaveras apacibles hacen más miel las abejas, y procrean menos, porque con el buen tiempo se ocupan tanto en recoger el jugo de las flores, que se olvidan de la producción de sus crías; pero en las primaveras revueltas y nubladas es más abundante la cría, y la miel más escasa; porque, como no pueden salir á recoger miel, se emplean en procrear y multiplicar su raza. Muchas veces sucede, Filotea, que, viéndose el alma en la deliciosa primavera de los consuelos espirituales, se ceba tanto en recogerlos y gustarlos, que entre la abundancia de estas dulces delicias practica menos obras buenas; y, por el contrario, entre las asperezas y esterilidades espirituales, á medida que se ve privada de los agradables consuelos de la devoción, trata de multiplicar más y más obras sólidas, y es copiosa la interior generación de verdaderas virtudes, cuales son: la paciencia, la humildad, el desprecio de sí propia, la resignación y abnegación de la propia voluntad.

Por lo tanto, yerran notablemente muchos, en especial las mujeres, en creer que los servicios hechos á

Dios sin gusto, sin ternura de corazón y sin que se echen de ver, son menos agradables á su divina Majestad, siendo muy al contrario; pues nuestras acciones son como las rosas, que si frescas tienen más hermosura, secas tienen más olor y virtud. Nuestras obras, cuando las ejecutamos con ternura de corazón, son más agradables á nuestros ojos (á los nuestros, digo, que sólo miran al propio deleite); pero cuando las hacemos con sequedad y esterilidad, tienen más olor y precio delante de Dios. Así es, Filotea; cuando ningún consuelo experimentamos, nuestra voluntad sirve á Dios como por fuerza, y por lo mismo necesita ser más vigorosa que en tiempo de dulzura. No es gran mérito servir á un príncipe en tiempo de paz y en las delicias de la corte; lo que prueba verdadera constancia y fidelidad es servirle en las asperezas de la guerra y entre las revoluciones y persecuciones. Dice la beata Angela de Foligni, que no hay oración tan agradable á Dios como la que se hace por fuerza y violencia; esto es, aquella oración á la cual no nos mueve el gusto ó inclinación, sino puramente el deseo de agradar á Dios y adonde nos lleva la convicción, como haciéndose violencia á sí propia, combatiendo y superando las sequedades y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de todas las demás obras buenas, pues Dios las estima y aprecia á proporción de las contradicciones que sentimos interior y exteriormente; y cuanto menos interés particular tengamos en practicarlas, tanto más resplandecerá en ellas la pureza del amor divino: no es mucho que el niño acaricie á su madre cuando le da azúcar; pero prueba es de amarla mucho el acariciarla después de haberle dado ajenjos ó acíbar.

CAPITULO XV

Confírmase y declárase lo dicho con un ejemplo notable.

PARA aclarar esta instrucción, pondremos aquí un pasaje admirable de la vida de San Bernardo, conforme lo refiere un escritor docto y prudente; dice así: Ordinariamente, los que comienzan á servir á Dios y no están aún acostumbrados á las substracciones de la gracia ni á las vicisitudes del espíritu, cuando les falta el gusto de la devoción sensible y aquella agradable luz que anima á darse prisa en andar los caminos de Dios, al instante se desalientan y desfallecen, entregándose á la pusilanimidad y tristeza del corazón; lo cual consiste, según los inteligentes, en que la naturaleza racional no puede estar mucho tiempo hambrienta y sin alguna delectación, ó ya sea celestial, ó ya terrena. Esto supuesto, como las almas que por haber gustado los placeres sobrenaturales se han elevado sobre sí propias, sin dificultad renuncian todos los objetos visibles; después, cuando por disposición divina se ven privadas de la alegría espiritual, como, por otra parte, están también privadas de los consuelos corporales y no se han acostumbrado aún á esperar con paciencia que vuelva á despuntar el verdadero sol, les parece que ni están en el cielo ni en la tierra, y que van á quedar sepultadas en una noche sempiterna; por lo cual, semejantes á los niños cuando los destetan, se enflaquecen con la falta de la leche, y gimen y vienen á ser molestos é importunos, en especial para sí propios. Esto, pues, sucedió en el viaje de que tratamos á uno de la comitiva llamado Gofredo Peronense, que poco tiempo antes se había dedicado al servicio de Dios: sintiéndose repentinamente seco y privado de todo consuelo, y poseído de interiores tinieblas, empezó á recordarse de sus amigos mundanos, de sus parientes y de los bienes que acababa de

abandonar; con cuyo pensamiento le acometió una tentación tan fuerte, que se la conoció en el semblante uno de sus mayores amigos; y acercándose á él con maña, le dijo en secreto con expresiones cariñosas:—¿Qué es esto, Gofredo? ¿por qué estás tan pensativo y afligido, tú, que naturalmente eres alegre?—¡Ay, hermano! dijo entonces Gofredo, arrojando un profundo suspiro; ya no puedo estar alegre en toda mi vida. Enmudeciendo el amigo de compasión al oir tales razones, fué inmediatamente, movido del celo fraternal, á manifestar todo esto á San Bernardo, su común padre; el cual, conociendo el peligro, se entró en una iglesia, que estaba cerca, á rogar á Dios por Gofredo; y éste, entre tanto, oprimido de tristeza, se quedó dormido con la cabeza apoyada en una piedra. Poco tardaron en levantarse entrambos, el uno de la oración, conseguida ya la gracia, y del sueño el otro con rostro tan alegre y sereno, que sorprendido el amigo de tan grande y repentina mudanza, no se pudo contener sin reconvenirle amigablemente, con lo que poco antes había dicho:—Si antes te dije, respondió Gofredo, que jamás me vería alegre, ahora te aseguro que jamás estaré triste.

Este fin tuvo la tentación de aquella persona devota, en cuya narración has de reparar, Filotea:

1.° Que Dios da, ordinariamente, á los que empiezan á servirle ciertos preludios de las celestiales delicias, para apartarlos de los placeres terrenos y animarlos á que busquen su divino amor, semejante en esto á una madre que, para cebar y atraer al niño á que tome el pecho, le unta con un poquito de miel.

2.° Que este mismo Dios amoroso nos priva, sin embargo, algunas veces, con providencia sapientísima, de la leche y miel de los consuelos, para destetarnos y que aprendamos á comer el pan seco y más sólido de una devoción vigorosa hecha á prueba de disgustos y tentaciones.

3.° Que entre las sequedades y esterilidades se levantan á veces grandes huracanes de tentaciones, y entonces es forzoso pelear varonilmente contra

ellas, porque éstas no son de Dios, y sufrir con paciencia las sequedades como ordenadas por Dios para ejercicio nuestro.

4.° Que por sentir interiormente tedio no hemos de perder el ánimo, ni hemos de decir, como el buen Gofredo, "jamás tendré alegría„, pues durante la noche se ha de esperar la luz; pero tampoco hemos de decir, cuando está el espíritu muy sereno, "ya no padeceré disgustos„; porque, como dice el Sabio, "en el día de los bienes no nos hemos de olvidar de los males„. Entre las penas se debe esperar; entre las prosperidades, temer, y entre unas y otras, humillarnos siempre.

5.° Que es remedio admirable descubrir el mal á algún amigo espiritual que pueda consolarnos.

Finalmente, advierto, por conclusión de este documento tan importante, que en esto, como en todas las demás cosas, son opuestos los fines de Dios y los del enemigo común. Dios quiere que con esto alcancemos perfecta pureza de corazón, renuncia total del propio interés en todo lo que pertenece á su servicio, y desnudez absoluta de nosotros mismos; el maligno, por el contrario, procura con todas sus fuerzas que perdamos el ánimo, que volvamos otra vez al partido de los placeres, y, finalmente, que nos hagamos insoportables á nosotros mismos y á los demás, para desacreditar y difamar con esto la devoción santa. Pero con la guarda de los documentos que te he dado adelantarás mucho en la perfección, sirviéndote de ejercicio las aflicciones interiores, de las cuales quiero decir todavía una palabra antes de concluir esta materia. A veces provienen los disgustos, esterilidades y sequedades de enfermedad corporal, como acaece cuando las vigilias, trabajos y ayunos producen flaqueza, somnolencia, pesadez y otros accidentes semejantes que, aunque nacen del cuerpo, no dejan de incomodar al espíritu, por la estrecha comunicación que hay entre ellos. En tales ocasiones, acuérdate de hacer muchos actos de virtud con lo más elevado del espíritu y voluntad superior; pues por

más que parezca dormida el alma y agravada de la somnolencia y cansancio, los actos del espíritu no dejan de ser muy agradables á Dios, y podemos en tales ocasiones decir con la Esposa: "Yo duermo, pero mi corazón está en vela." Y si en trabajar de esta manera, como dije arriba, se encuentra menos gusto, hay, sin embargo, más mérito y virtud; pero en estos lances el remedio es restablecer el cuerpo con algún justo alivio y recreación, por lo cual San Francisco de Asis ordenaba á sus religiosos usasen de tal moderación en los trabajos que no ahogasen el fervor del espíritu.

Y ya que hablamos de este glorioso Padre, diré que en cierta ocasión, fué combatido y agitado de tan profunda tristeza de espíritu, que no podía dejar de manifestarla en el exterior, porque si quería conversar con los religiosos, no podía; si se apartaba de ellos, le iba peor; la abstinencia y maceración de la carne le oprimía; la oración nada le aliviaba; y en este estado permaneció dos años, de manera, que parecía totalmente abandonado de Dios; pero, al fin, después de haber sufrido con humildad esta tempestad tan cruel, le restituyó el Salvador en un instante la tranquilidad dichosa. Quiero decir con esto que á semejantes golpes están sujetos aun los mayores siervos de Dios, y que los que son mucho menores, no deben espantarse si les sobrevienen algunos.





QUINTA PARTE

en la cual se contienen ejercicios y advertencias para renovar el alma y confirmarla en la devoción.

CAPITULO PRIMERO

Que conviene renovar todos los años el alma por medio de los ejercicios siguientes.

El primer punto de estos ejercicios es conocer bien su importancia. Así como las aves caen muy pronto en tierra si no menudean los esfuerzos, batiendo las alas para mantener el vuelo, así nuestra humana naturaleza decae luego de sus buenos afectos por la fragilidad y perversa inclinación de la carne, que agrava el espíritu, y le tira siempre hacia abajo, si él no se eleva con frecuencia á fuerza de resolución. Por tanto, Filotea, es necesario reiterar y repetir á menudo los buenos propósitos que has hecho de servir á Dios, no sea que, si te descuidas, vuelvas á caer en tu primer estado, ó, por mejor decir, en otro mucho peor, porque las caídas espirituales nos precipitan siempre más abajo de lo que estábamos antes de ascender á la devoción. Cualquier reloj, por bueno que sea, necesita que le pongan y den cuerda, una vez al día, por la mañana ó por la tarde, y que le desarmen una vez cada año para limpiar las piezas del herrumbre que han criado, enderezar las que se han torcido, y renovar las que se hayan gastado; del mismo modo, el que tiene verdadero cuidado y aprecio de su corazón, lo ha de poner en Dios por noche y por mañana con los ejercicios señalados arriba; y además de

esto, ha de examinar muchas veces cómo está, para componerlo y arreglarlo; y, finalmente, siquiera una vez cada año, lo debe desarmar, reconociendo por menor todas sus piezas, esto es, todos sus afectos y pasiones, á fin de remediar los defectos que tuviere.

Y así como unta el relojero con aceite muy puro las ruedas, los muelles y las demás piezas del reloj, para que sea más suave el movimiento, y esté menos expuesto á criar orín, así también el alma devota, además de desarmar, como se ha dicho, su corazón para renovarlo enteramente, lo ha de untar con los Sacramentos de la Confesión y Comunión, cuya práctica reparará las fuerzas enflaquecidas con el tiempo, enfervorizará el corazón, hará reverdecer los buenos propósitos y florecer las virtudes del espíritu.

Así lo practicaban con gran cuidado los primitivos cristianos, con la anual celebridad del Bautismo de Jesucristo, renovando en este día, como refiere San Gregorio Nacianceno, la profesión y protesta que se hacen en este Sacramento. Practiquemos lo mismo nosotros, amada Filotea, disponiéndonos con todo afecto y ejecutándolo con sumo cuidado.

Escoge tiempo oportuno para esto, con acuerdo de tu padre espiritual, y guarda más retiro que el ordinario, tanto interior como exterior; y siguiendo el método que te di en la segunda parte, ten una, dos ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes:

CAPITULO II

Consideraciones sobre el beneficio que Dios nos hace llamándonos á que le sirvamos, según se lo hemos ofrecido en la protestación arriba dicha.

1. Considera los puntos de la protestación que has hecho; el primero fué dejar, arrojar, detestar y renunciar para siempre todo pecado mortal; el segundo, dedicar y consagrar tu alma, tu corazón, tu

cuerpo, con todo cuanto les pertenece, al amor y servicio de Dios; el tercero, si por acaso cayeres en alguna culpa, levantarte prontamente, con la gracia de Dios. ¡Qué resoluciones tan bellas, justas, dignas y generosas! Pondera bien en tu interior cuán santa, cuán conforme á la razón y cuán digna de aprecio es la protestación que hiciste.

2. Considera á quién se lo ofreciste, que fué al mismo Dios; si nos obligan estrechamente las palabras solemnes que damos á los hombres, ¿cuánto más obligarán las dadas á Dios?, por lo cual exclamaba David: "Contigo, Señor, ha hablado mi corazón; mi corazón pronunció esta palabra buena, y jamás la he de olvidar.„

3. Considera en presencia de quién hiciste la protesta, y hallarás que fué delante de toda la corte celestial; la Santísima Virgen, San José, tu Angel custodio, San Luis y todos los bienaventurados ejércitos te miraban y mostraban su alegría y aprobación al escuchar tus palabras, mirando con amorosos ojos tu corazón, que, postrado á los pies del Salvador, se consagraba á su servicio; se hizo entonces por esto particular fiesta en la Jerusalén celestial, y ahora se celebrará la conmemoración, si renuevas con plena voluntad tus resoluciones.

4. Considera por qué medios hiciste la protestación. ¡Oh, cuán agradable y dulce era Dios para ti en aquel tiempo! Dime la verdad; ¿no te sentiste llamada de los dulces atractivos del Espíritu Santo? ¿No fueron de amor y de caridad las cuerdas con que Dios trajo tu barquilla al puerto de la salud? ¡Cómo te fué cebando con sus dulces confituras por medio de los Sacramentos, de la lectura y de la oración! ¡Oh Dios mío! Tú dormías, Filotea, y Dios velaba en tu guarda, pensaba sobre tu corazón pensamientos de paz, meditaba sobre ti meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo te atrajo Dios á estas grandes resoluciones: en la flor de tu edad. ¡Qué gran fortuna aprender temprano lo que siempre sabemos demasiado tarde! San Agustín, convertido á

los treinta años de su edad, exclamaba: ¡Oh hermosura antigua, qué tarde te conocí! ¡ay de mí! yo te veía, mas no te consideraba. También puedes tú decir: ¡Oh dulzura antigua! ¿por qué no me he saboreado antes contigo? Pero ¡ay! que ni aun entonces lo merecías; y así, reconoce la gran merced que Dios te ha hecho, llamándote desde tu juventud, y dí con David: "Dios mío, desde mi juventud me enseñaste y llamaste; y por siempre anunciaré tus misericordias.„ Y si ha sido en la vejez, ¡qué gran misericordia de Dios, llamarte, Filotea, después de haber abusado de los años pasados, pero, antes de la muerte, deteniendo la corriente de tu miseria al tiempo que ibas á ser para siempre infeliz, si hubieras continuado en aquel estado!

6. Considera los efectos de esta vocación, y espero que encontrarás en ti misma gran mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. ¿Te parece poca dicha saber hablar con Dios en la oración, sentir en tu corazón deseos de amarle, haber sosegado y pacificado muchas pasiones que te inquietaban, haber evitado muchos pecados y estorbos de conciencia, y, finalmente, haberte llegado á la sagrada Comunión muchas veces más de lo que hubieras llegado, uniéndote así con aquel soberano manantial de eternas gracias? ¡Oh, cuán grandes son estas mercedes! Pésalas, Filotea, en la balanza del santuario, pues todo esto es obra de la diestra del Excelso. "La diestra del Señor, decía David, manifestó su poder; la diestra del Señor me levantó. No moriré, no; viviré, sí, y referiré con el corazón, con la boca y con las acciones las maravillas de su bondad.„

Después de estas consideraciones, que, como ves, suministran copia de buenos afectos, concluye sencillamente con la acción de gracias, y con una afectuosa súplica de aprovecharte, y sal de la meditación con humildad y gran confianza en Dios; pero reservando para después del segundo punto de este ejercicio el complemento de las resoluciones.

CAPITULO III

Del examen de la propia alma acerca de su aprovechamiento en la vida devota.

Como este segundo punto del ejercicio es algo largo, te advierto que no es necesario hacerle todo seguido, sino en repetidas ocasiones, tomando, por ejemplo, una vez lo que pertenece á tu conducta para con Dios, lo que mira á ti misma en otra, en otra lo que toca al prójimo, y en cuarto lugar la consideración de las pasiones. Ni es necesario ni conviene practicarlo todo de rodillas, sino solamente al principio y á la conclusión, que comprende los afectos. Los demás puntos del examen podrás hacerlos provechosamente paseándote, y aun mejor en la cama, si es que puedas estar en ella algún tiempo sin adormecimiento bien despierta; pero para esto es necesario haberlos leído bien de antemano. Con todo, se requiere evacuar este segundo punto en tres días y dos noches á lo más, tomando alguna hora de cada día y de cada noche, esto es, el tiempo que puedas, pues si se practicase este ejercicio en tiempos muy distantes unos de otros, perdería su fuerza, y haría muy débiles impresiones. Al fin de cada punto del examen has de reparar en qué hallas haber faltado, qué defectos tienes, y cuáles son los principales desórdenes que has cometido, para poder declararlo todo, tomar consejo, hacer propósitos, y fortalecer tu espíritu. Aunque no sea absolutamente necesario retirarse enteramente del trato, los días en que se hace este y los demás ejercicios, se requiere, con todo, apartarse algún tanto, y en especial por la noche, para recogerse más temprano, y tomar el reposo de cuerpo y de alma necesario para la consideración: y entre día se han de hacer frecuentes aspiraciones á Dios, á la Santísima Virgen, á los ángeles y á toda la celestial Jerusa-

lén. También se requiere practicarlo todo con un corazón afectuoso para con Dios, y deseoso de la propia perfección. Para empezar, pues, como conviene este examen:

1.º Ponte en la presencia de Dios.

2.º Invoca al Espíritu Santo, pidiéndole luz y claridad con que puedas conocerte bien, como San Agustín, quien decía humildemente en la presencia de Dios: Señor, conózcate á Ti y conózcame á mí; y como San Francisco, que preguntaba á Dios: ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? Protesta, que el fin con que quieres conocer tu aprovechamiento, no es complacerte en ti misma, sino en Dios, ni glorificarte á ti propia, sino glorificar á Dios y darle gracias.

Protesta también que aunque hallares haber aprovechado poco, como lo temes, ó haber vuelto atrás, no por eso perderás el ánimo, ni te resfriarás, dando entrada al decaimiento ó flojedad de corazón; antes por el contrario, procurarás esforzarte y animarte más, y humillarte y corregir tus defectos con la gracia de Dios.

Hecho esto, considera despacio y con sosiego, cómo te has portado hasta la hora presente para con Dios, para con el prójimo y para contigo misma.

CAPITULO IV

Examen del estado de nuestra alma para con Dios.

1. ¿Qué grado de aversión al pecado mortal tiene tu corazón? ¿estás firmemente resuelta á no cometerlo jamás, suceda lo que sucediere? ¿ha durado constantemente esta resolución desde que hiciste la protestación hasta ahora? Pues sabe que esta resolución es el fundamento de la vida espiritual.

2. ¿Cómo mira tu corazón los mandamientos de la ley de Dios? ¿te parecen buenos, dulces y agradables? Hija mia, quien tiene el paladar delicado y el estómago sano, gusta de los manjares exquisitos y desecha los groseros.

3. ¿En qué disposición se halla tu corazón acerca de los pecados veniales? Aunque no es posible dejar de caer en alguno, ya por un lado, ya por otro, mira, sin embargo, si tienes particular inclinación á alguno, ó si lo miras con afecto y amor, que es peor todavía?

4. ¿En qué estado está tu corazón acerca de los ejercicios espirituales? ¿te agradan? ¿los miras con aprecio? ¿te cansas de ellos? ¿te dan disgusto? ¿á cuál de ellos eres más ó menos inclinada? ¿á oir la palabra de Dios? ¿á leerla? ¿á conferenciar? ¿á meditar? ¿á aspirar á Dios? ¿á confesarte? ¿á recibir instrucciones espirituales? ¿á prepararte para la Comunión? ¿á comulgar? ¿á sujetar tus afectos? ¿sientes repugnancia á alguna de estas cosas? Si vieres que tu corazón está poco inclinado á alguna de ellas, examina de dónde nace este disgusto, y cuál es la causa.

5. ¿Cuál es el estado de tu corazón para con el mismo Dios? ¿sientes complacencia en acordarte de su divina Majestad? ¿encuentras en ello agradable dulzura? "Acordádome he de Dios, dice David, y he tenido gran deleite.„ ¿Sientes en tu corazón propensión á amarle y particular gusto en saborearte con su amor? ¿se recrea tu espíritu pensando en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su dulzura? ¿se abre paso por medio de las ocupaciones y vanidades del mundo la memoria de Dios, cuando te ocurre en medio de ellas, y se apodera de tu corazón? ¿te parece que éste se vuelve hacia aquel pensamiento, y por decirlo así, le sale al encuentro? Almas hay á quienes así les sucede.

Cuando vuelve de lejanas tierras un esposo, apenas sabe su llegada y escucha su voz la esposa, cuando, por más que esté llena de quehaceres y entre las ocupaciones poseída de alguna consideración profunda, no puede, sin embargo, contener su corazón, y abandonando los demás pensamientos, sólo piensa en su recién llegado esposo. Lo mismo acaecerá á las almas que aman de veras á Dios: por muy ocupadas que estén, cuando les viene el pensamiento de

este Señor, es tanto el gozo que sienten con tan amado recuerdo, que casi abandonan todo lo demás, lo cual es señal buena.

6. ¿Qué siente tu corazón acerca de Jesucristo, Dios y hombre? ¿Te alegras de estar en su compañía? Así como las abejas se complacen de andar alrededor de la miel, y los moscones de revolotear sobre las inmundicias, así las almas buenas tienen contento de estar con Jesucristo, y sienten gran ternura en su compañía, pero las malas encuentran placer andando alrededor de las vanidades.

7. ¿Cuáles son los afectos de tu corazón para con la Virgen Santísima, los Santos y el Angel de tu guarda? ¿Les profesas mucho amor? ¿Tienes particular confianza en su protección? ¿Te agradan sus imágenes, sus vidas y sus alabanzas?

8. En cuanto á la lengua, ¿cómo hablas de Dios? ¿Gustas de alabarle en cuanto permiten tu condición y fuerzas? ¿Encuentras placer en cantar cánticos espirituales?

9. Acerca de las obras, mira si tomas con empeño glorificar exteriormente á Dios y practicar alguna cosa á honra suya, porque los que aman á Dios, aman también el decoro de su casa.

Repara si has dejado algún afecto y renunciado alguna cosa por amor de Dios, porque es señal cierta de amor privarse de algo en obsequio del amado; pues ¿qué es lo que hasta aquí has dejado por amor de Dios?

CAPITULO V

Examen del estado actual acerca de uno mismo.

1. ¿Qué especie de amor te tienes á ti misma? ¿Te amas excesivamente para el mundo? Si es así, desearás permanecer siempre acá abajo, y procurarás con grande empeño establecerte sobre la tierra; pero si te amas para el cielo, desearás, ó por lo menos te

conformarás fácilmente con salir de aquí en cualquier tiempo que el Señor lo disponga.

2. ¿Tienes bien ordenado el amor de ti misma? Porque has de saber que la única causa de nuestra ruina es el desordenado amor propio: será, pues, amor bien ordenado amando más al alma que al cuerpo, cuidando de allegar virtudes más que otra cosa alguna, apreciando más la honra celestial que la felicidad terrena y caduca. Un corazón bien ordenado se pregunta á si mismo: si yo pienso en tal cosa, ¿qué dirán los ángeles? y no ¿qué dirán los hombres?

3. ¿Cómo amas á tu corazón? ¿Te cansas de servirle en tus enfermedades? Pues sabe que debes tener cuidado de socorrerle y buscar quien le socorra cuando las pasiones le atormentan, y que para esto lo has de abandonar todo, si es necesario.

4. ¿En cuánto te estimas delante de Dios? Sin duda que en nada; pero no es grande humildad que una mosca se tenga por pequeña junto á una montaña; que una gota de agua se crea nada en comparación del mar; que una chispa se juzgue nada comparada con el sol: la humildad consiste en no tenernos más que los otros, y en no querer ser tenido en más que ellos: pues ¿en qué estado estás acerca de este punto?

5. En cuanto á la lengua, ¿no te glorías nunca, ni de ningún modo? ¿te alabas cuando hablas de ti propia?

6. En cuanto á las obras, ¿acostumbras divertirte en cosas contrarias á la salud, quiero decir, vanas é inútiles, como trasnochar sin necesidad y otras semejantes?

CAPÍTULO VI

Examen del estado del alma acerca del prójimo.

Se debe amar al marido ó á la mujer con amor tierno, pacífico, constante y continuo; y ha de ser la principal razón, porque Dios así lo manda y quiere.

Lo mismo digo de los hijos, parientes cercanos y amigos, cada uno en su clase.

Pero hablando en general, ¿cuál es el estado de tu corazón para con el prójimo? ¿le amas cordialmente y por Dios? Para conocer bien esto, has de traer á la memoria ciertas personas molestas y enfadosas, pues con tales sujetos se ejercita el amor de Dios amando al prójimo; pero mucho más con los que nos hacen mal de obra ó de palabra: examina si le das franca entrada en tu corazón, ó si te cuesta mucho trabajo amarlos.

¿Eres propensa á echar á mala parte las acciones del prójimo, en particular de los que no te quieren bien? ¿haces algún daño directa y indirectamente á tu prójimo? Fácilmente conocerás todo esto, por poco entendimiento que tengas.

CAPITULO VII

Examen de los afectos del alma.

He tratado tan á la larga esos puntos, porque el aprovechamiento espiritual se ha de conocer en este examen, pues el de los pecados pertenece á la confesión, y sólo es necesario explicárselo á los que no cuidan de su aprovechamiento.

Cada uno de los artículos dichos se ha de examinar poco á poco y sin fatigarse, considerando en qué estado se halla nuestro corazón acerca de ellos, y qué faltas notables hemos cometido desde que hicimos la resolución.

Mas para abreviar, se reducirá el examen á indagar nuestras pasiones; y si nos cansamos de ir considerando tan por menor, como se ha dicho, podemos examinar cuáles hemos sido, y cuál ha sido nuestra conducta:

Acerca del amor á Dios, al prójimo, á nosotros mismos:

Acerca del aborrecimiento al pecado considerado

en nosotros, y considerado en los demás, pues debemos desear la extirpación del uno y del otro:

Acerca de nuestros deseos de riquezas, de placeres y de honras:

Acerca del temor de los peligros de pecar y de perder los bienes de este mundo, porque se teme demasiado lo segundo y demasiado poco lo primero.

Acerca de la esperanza, quizá demasiado puesta en el mundo y en las criaturas, y poco en Dios y en las cosas eternas:

Acerca de la tristeza, si es excesiva, y por motivos vanos:

Acerca de la alegría, si es demasiada, y por cosas que no lo merecen:

Finalmente, qué afectos ocupan nuestro corazón, qué pasiones lo dominan y hacia qué parte se ha desviado más.

Pues por las pasiones del alma se reconoce el propio estado, examinándolas una á una: y así como el que ha de tocar la cítara va probando todas las cuerdas, y templa las destempladas, tirándolas ó aflojándolas, así después de haber tanteado el amor, el aborrecimiento, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría de nuestra alma, si las encontramos destempladas para el tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podemos acordarlas con su divina gracia y el consejo de nuestro padre espiritual.

CAPITULO VIII

Afectos que se han de sacar del examen.

Después de haber considerado poco á poco cada uno de los puntos del examen, y visto el estado en que te hallas, has de pasar á los afectos de este modo:

Da gracias á Dios de tal cual enmienda que hayas encontrado en tu vida desde tu última resolución, y reconoce que su misericordia sola ha sido quien la ha producido en ti y por ti.

Humíllate profundamente delante de Dios, reconociendo, que el no haber adelantado más ha sido por tu culpa, porque no has correspondido con fidelidad, esfuerzo y constancia á las inspiraciones, luces y emociones que te ha otorgado en la oración y fuera de ella.

Ofrece tributarle eternas alabanzas por los auxilios que te ha concedido para sacarte de tus malas inclinaciones á esta tal cual enmienda.

Pídele perdón de la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón, para que se enseñoree de él enteramente.

Pídele que te dé fidelidad verdadera.

Invoca á los Santos, á la Santísima Virgen, á tu Angel custodio, al Santo de tu nombre, á San José y á los demás de tu devoción.

CAPITULO IX

Consideraciones oportunas para renovar los buenos propósitos.

Hecho ya el examen, y habiendo conferenciado á satisfacción con un buen director acerca de los defectos y de sus remedios, usa de las consideraciones siguientes, tomando por materia de meditación una cada día, y empleando en ella el tiempo de la oración; pero en la preparación y afecto sigue el mismo método que en las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, é implorando su gracia para radicarte bien en su santo amor y servicio.

CAPÍTULO X

Consideración primera: de la excelencia de nuestras almas.

Considera la nobleza y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento capaz de conocer, no sólo este mundo visible, sino también que hay ángeles,

que hay gloria celestial; que hay un sumo Dios, infinitamente bueno é inefable; que hay eternidad, y, finalmente, que es capaz de conocer lo que conviene para vivir bien en este mundo y ser compañera de los ángeles en la gloria, gozando de Dios eternamente.

Tiene á más de esto tu alma una voluntad nobilísima, que puede amar á Dios y no puede aborrecerle en sí mismo. Mira cuán generoso es tu corazón, y que, al modo que las abejas no se pueden parar en cosas corrompidas, sino sólo en las flores olorosas, así sólo en Dios puede él tener reposo, pues ninguna criatura es capaz de llenarle. Trae vivamente á la memoria los más agradables y mayores divertimientos que ocuparon en otro tiempo tu corazón, y juzga con verdad si no estaban llenos de inquietudes molestas, de acerbos pensamientos y de importunos recuerdos que al pobre le llenaban de miseria.

Corre con solicitud hacia las criaturas nuestro corazón, pensando que podrá satisfacer en ellas sus deseos; pero al encontrarlas se halla tan vacío como al principio, y conoce que nada es capaz de contentarle; porque Dios quiere que, semejante á la paloma que salió del Arca de Noé, no encuentre dónde descansar, y se vea obligado á volver á su Dios, de donde ha salido. ¡Qué bella propiedad es esta del corazón humano! Pues ¿por qué le detenemos, contra su propensión, haciéndole servir á las criaturas?

Justo sería que exclamases diciendo: ¿Por qué, hermosa alma mía, por qué pudiendo tú conocer y amar á Dios, te has de divertir en cosas de menos monta? ¿por qué, teniendo derecho á la eternidad, te has de entretener en unos breves momentos? Llenábase de pesar el Hijo pródigo al ver que, pudiendo vivir entre delicias y comer á la mesa de su padre, comía sórdidamente en la de unas bestias: capaz de Dios eres, alma mía; ¡ay de ti si te contentas con menos que Dios! Esta consideración servirá en gran manera para elevar tu alma, haciéndole ver que es eterna y digna de la eternidad, lo cual acrecentará mucho su esfuerzo.

CAPITULO XI

Segunda consideración: de la excelencia de las virtudes.

Considera que sólo las virtudes y la devoción pueden dar contento á tu alma en este mundo. Mira cuán hermosas son comparadas con los vicios contrarios; qué suavidad campea en la paciencia contrapuesta á la venganza, en la dulzura contrapuesta á la ira y enojo, en la humildad contrapuesta á la arrogancia y ambición, en la liberalidad contrapuesta á la avaricia, en la caridad contrapuesta á la envidia, y en la sobriedad contrapuesta al desorden. Es admirable propiedad de las virtudes dejar recreada con indecible dulzura y suavidad al alma que las ha practicado, cuando los vicios, por el contrario, la dejan cansada y maltratada sobremanera; pues ¿por qué no procuramos adquirir estas dulzuras?

El que sólo tiene un poco de algún vicio, aún no está contento, y el que tiene mucho está muy descontento; pero de las virtudes, con un poco que se tenga, ya se empieza á sentir contentamiento, y va siendo mayor cuanto más se va adelantando. ¡Oh vida devota, cuán hermosa, dulce, agradable y suave eres! Tú endulzas las tribulaciones, das mayor suavidad á los consuelos; sin ti es mal el bien, y los placeres son inquietos, turbulentos y caducos. Quien te conozca podrá decir con la Samaritana: *Domine, da mi hanc aquam.* "Dadme de este agua, Señor." Aspiración que usaban frecuentemente la madre Teresa de Jesús y Santa Catalina de Génova, aunque por diversos motivos.

CAPITULO XII

Tercera consideración: del ejemplo de los Santos.

Considera el ejemplo de los Santos de todas las condiciones: ¿qué no hicieron para amar á Dios y

ser devotos suyos? Mira á los mártires, inmutables en su resolución: ¿cuántos tormentos sufrieron por mantenerse en ella? Pero, sobre todo, aquellas hermosas y florecientes matronas, más blancas que la azucena por la pureza, más encarnadas que la rosa por la caridad; que unas de doce, otras de trece, de quince, de veinte ó veinticinco años, quisieron padecer mil martirios antes que volver atrás de su resolución, no sólo de conservar la fe que habían profesado, sino también de no dejar la devoción que habían ofrecido: unas queriendo perder antes la vida que la virginidad; otras padeciendo la muerte por no dejar de servir á los necesitados, consolar á los afligidos y sepultar á los muertos. ¡Oh Dios, qué constancia ha mostrado el frágil sexo en semejantes acciones!

Mira tanto número de santos confesores, que con gran fortaleza despreciaron el mundo, manteniéndose inmobles en sus santos propósitos; nada pudo separarlos de ellos; los hicieron sin restricción alguna, y sin excepción los cumplieron. ¡Oh Dios, con qué firmeza, nos dice San Agustín que sostuvo su madre Santa Mónica la empresa de servir á Dios, así en el matrimonio como en la viudez! ¡Y con cuánta constancia nos pinta San Jerónimo á su carísima hija Paula, entre tantas oposiciones y accidentes diversos! ¿Y qué no podremos hacer nosotros con tan excelentes protectores? Fueron ellos lo que nosotros somos, hicieron todo esto por el mismo Dios que nosotros tenemos, y por las mismas virtudes. Pues ¿por qué no hemos de hacer nosotros otro tanto, según nuestro estado y vocación, para mantener las resoluciones y santos propósitos?

CAPITULO XIII

Cuarta consideración: del amor que nos tiene Jesucristo.

Considera el amor con que Nuestro Señor Jesucristo sufrió en el mundo tantos tormentos, parti-

cularmente en el Huerto y en el Calvario: tú fuiste el objeto de este amor, y con sus penas y trabajos alcanzaba de Dios Padre los buenos propósitos y protestas de corazón; obteniendo también por el mismo camino todos los medios necesarios para mantener, alimentar, fortificar y consumar estas resoluciones. ¡Oh resolución, cuán preciosa eres, siendo hija de tal madre cual es la Pasión de mi Salvador! ¡Oh, cuánto debe estimarte mi alma, pues tanto te estimó mi Jesús! Sí, Salvador de mi alma; Vos disteis la vida por alcanzarme estas resoluciones: pues ea, concededme la gracia de antes morir que perderlas.

No se puede dudar, Filotea, que el corazón de nuestro amado Salvador, desde el árbol de la Cruz, veía el tuyo, le amaba, y con su amor conseguía para él todos cuantos bienes posees y has de poseer, y entre ellos estas resoluciones, por lo cual todos podemos decir con Jeremías: "Señor, antes que yo tuviese ser, ya me mirabas y me llamabas por mi nombre.„ Pues con efecto, su divina bondad preparó amorosa y misericordiosamente todos los medios generales y particulares de nuestra salvación, y, por consiguiente, nuestras buenas resoluciones: y al modo que la mujer, estando en cinta, prepara la cuna, las mantillas y las fajas, y aun busca ama para la criatura que espera dar á luz, aunque todavía no ha salido al mundo, así Nuestro Señor, teniéndote en el seno de su bondad, antes de darte á luz, para tu salvación eterna y hacerte hija suya, preparó en el árbol de la cruz cuanto habías menester: la cuna espiritual, las mantillas, las fajas y el alma, con todo cuanto convenía para tu bienaventuranza, pues tales son los medios, llamamientos y gracias con que lleva tu alma, y quiere llevarla hasta la perfección.

¡Oh Dios mío, cuán profundamente debiéramos esculpir esta verdad en la memoria! ¿Es posible que mi Salvador me amase, y con tanta ternura, que pensase particularmente en mí, y hasta en los menores acaecimientos de que se ha servido para atraerme hacia sí? ¿Con cuanto amor y estima deberé aprove-

char para mi bien todo esto? ¡Qué dulce consideración! el amabilísimo Corazón de Dios pensaba en Filotea, la amaba y le disponía innumerables medios de salvación, como si no tuviese en el mundo otra alma en que pensar. Pues así como el sol ilumina cualquier lugar de la tierra con tanta luz como si no alumbrase en otra parte, así nuestro Señor pensaba y cuidaba de todos sus amados hijos, poniendo los ojos en cada uno de nosotros como si no pensase en los demás. "Me amó, dice San Pablo, y se entregó por mí„; como si dijese: por mí solo, del mismo modo que si nada hubiera hecho por los demás. Esto debes tener, Filotea, grabado en tu alma, á fin de estimar y fomentar tu resolución, que tan estimable ha sido para el Corazón del Salvador.

CAPITULO XIV

Quinta consideración: sobre el amor eterno de Dios para con nosotros.

Considera el eterno amor que Dios te ha tenido, pues antes que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, padeciese por ti en la cruz, ya su divina Majestad te delineaba en su soberana bondad, y te amaba con extremado amor. Pero ¿cuándo empezó á amarte? Cuando empezó á ser Dios. ¿Y cuándo empezó á ser Dios? Nunca, porque no tiene principio ni fin; y desde la eternidad te ha estado amando siempre, preparándote las gracias y favores que te ha hecho. "En caridad perpetua te amé, dice por su profeta, hablando contigo y con cada uno de nosotros; por tanto, te atraje, teniendo misericordia de ti.„ Luego, entre otras cosas, pensó en hacerte formar estas resoluciones de servirle.

¡Oh Dios, cuántas resoluciones pensadas, meditadas y proyectadas por Dios desde su eternidad! ¡Cuán dignas son de nuestro amor y aprecio! Debiéramos sufrir todos los males antes que faltar á ellas en un punto.

No, no faltaré, aunque todo el mundo pereciese, porque todo el mundo no vale lo que un alma y un alma nada vale sin estas buenas resoluciones.

CAPITULO XV

Afectos generales sobre las consideraciones precedentes y conclusión del ejercicio.

¡Oh amadas resoluciones!, vosotras sois el hermoso árbol de la vida, que plantó mi Dios con su propia mano en medio de mi corazón, y que mi Salvador ha querido regar con su sangre preciosa para que fructifique; antes padeceré mil muertes, que dé lugar á que el viento lo arranque; no, ni la vanidad, ni los placeres, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán jamás capaces de arrancarme mi propósito.

¿Conque Vos, Señor, plantasteis y guardasteis por toda una eternidad en vuestro paternal seno este árbol hermoso para mi jardín? ¡Oh, cuántas almas no han recibido semejantes favores! Pues ¿cuándo podré yo humillarme bastante á vista de tal misericordia?

¡Oh resoluciones santas y perfectas! Si yo os conservo, me conservaréis vosotras; si vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras: vivid, pues, para siempre, ¡oh resoluciones! que habéis sido eternas en la misericordia de mi Dios; permaneced y vivid eternamente en mí; y no permita el Señor que yo jamás os abandone.

Después de estos afectos has de señalar, en particular, los medios necesarios para guardar tan apreciables resoluciones, y has de proponer servirte fielmente de ellos; tales son: la frecuencia de la oración, de los Santos Sacramentos y de las buenas obras; la enmienda de las faltas que has echado de ver en el segundo punto; la fuga de las ocasiones malas y la observancia de los consejos que te dieron á este fin.

Hecho esto, como quien toma aliento y fuerzas, pro

testarás repetidas veces que quieres continuar en tus resoluciones; y como si tuvieses en las manos tu corazón, alma y albedrío, dedícale, conságrale, sacrifícale, inmólale á Dios, protestando no volver jamás á recobrarle, sino dejarle siempre en manos de su divina Majestad, para que en todo y por todo siga sus preceptos: pide á Dios que te renueve enteramente, que bendiga esta renovación de propósitos y que la fortifique: invoca á la Virgen Santísima, á tu Angel custodio, á San Luis y demás Santos.

Vé á los pies de tu padre espiritual antes que se pase la emoción que han causado en tu corazón estos afectos; acúsate de las principales faltas que has hallado en tu conciencia, cometidas desde la confesión general, y recibe la absolución del mismo modo que la vez primera: haz en su presencia la protestación y fírmala; y, finalmente, ve á unir tu corazón renovado con su Criador y Salvador en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

CAPITULO XVI

De los sentimientos que se han de conservar después de este ejercicio.

El día de esta renovación y los siguientes has de repetir frecuentemente con el corazón y con la boca aquellas fervorosas palabras de San Pablo, San Agustín, Santa Catalina de Génova y otros: Ya no soy mía: ó ya viva, ó ya muerta, soy de mi Salvador: ya nada tengo mío ni de mi caudal; Jesús es mi yo, mi mío es ser suya. ¡Oh mundo! Tú siempre eres el mismo, y yo siempre he sido la misma; pero yo, en adelante, no seré yo misma. No, no seremos nosotros mismos, porque tendremos mudado el corazón, y quedará burlado en nosotros el mundo que tanto nos ha burlado, pues como al principio no conocerá nuestra mudanza, pensará que todavía somos Esaú y seremos ya Jacob.

Es necesario que todos estos ejercicios se arraiguen en el corazón, y que al salir de la consideración y meditación, entremos con gran tiento en los negocios y trato, para que no se derrame de contado el precioso licor de nuestras resoluciones, el cual conviene que empape y penetre bien todas las potencias de nuestra alma; pero esto ha de ser sin fatiga del espíritu ni del cuerpo.

CAPITULO XVII

Respuesta á dos objeciones que se pueden alegar contra esta introducción.

Te dirá el mundo, Filotea, que son tantos estos ejercicios y advertencias, que quien quiera observarlos no podrá hacer otra cosa. ¿Y qué? Aunque no hiciésemos más que esto, haríamos bastante, pues haríamos cuanto debemos hacer en el mundo; mas ¿por ventura no echas de ver el artificio? Si todos estos ejercicios se hubiesen de practicar todos los días, es cierto que nos ocuparían siempre; pero se han de practicar á su tiempo y en su lugar, cada uno según convenga. ¿Cuántas leyes hay en el Digesto y en el Código que se deben guardar? Pero esto se entiende según las ocurrencias, y no que se hayan de practicar todos los días. Hartos más ejercicios que los que te he señalado practicaba el rey David, teniendo que despachar negocios muy intrincados: San Luis, rey famoso en la guerra y en la paz, y que administraba justicia, y despachaba los negocios con incomparable exactitud, oía dos misas cada día, rezaba vísperas y completas con su capellán; tenía meditación, visitaba los hospitales, se confesaba y tomaba disciplina todos los viernes; oía sermones con frecuencia, tenía muy á menudo conferencias espirituales, y con todo eso, no perdía ocasión alguna de hacer bien al público, sino que las aprovechaba todas con suma diligencia, y su corte era más bella y lucida

que en tiempo de todos sus antecesores. Practica, pues, con buen ánimo estos ejercicios, según te los he enseñado, que Dios te dará bastante lugar y fuerzas para todo el resto de tus quehaceres, aunque para ello fuese necesario detener el curso del sol, como lo hizo en tiempo de Josué: es mucho lo que hacemos cuando Dios trabaja con nosotros.

Dirá el mundo que yo supongo en toda la obra que tiene mi Filotea don de oración mental, el cual no es dado á todos, y que, por tanto, no servirá para todos esta *Introducción*. Verdad es, sin duda, que así lo he supuesto; y también es verdad, que no todos tienen don de oración mental; pero es verdad, igualmente, que casi todos pueden tenerle, aun los más rudos, con tal que tengan buenos directores, y que ellos para adquirirle quieran trabajar tanto como merece el asunto. Pero en caso de que carezcan del todo de este don, lo cual no creo que pueda suceder sino rarísimas veces, podrá el prudente padre espiritual suplir fácilmente este defecto, enseñándoles á que lean ú oigan leer con atención las consideraciones que se han puesto para materia de meditación.

CAPITULO XVIII

Tres avisos últimos y muy esenciales para esta Introducción.

Repite el primer día de cada mes la protestación que está en la primera parte después de la meditación, y propón continuamente observarla, diciendo con David: "No olvidaré jamás vuestras justificaciones, Dios mío, porque en ellas me habéis vivificado." Echa mano también de la protestación, siempre que notes en tu alma algún desvío, y postrada en espíritu de humildad, dila de todo corazón: con lo cual tendrás mucho alivio.

Haz públicamente gala de que quieres ser devota (no digo de que lo eres, sino de que quieres serlo), y no te avergüences de aquellas acciones comunes que

sirven para adquirir el amor de Dios: confiesa sin reparo que procuras tener meditación; que antes quisieras morir que cometer un pecado mortal; que estás resuelta á frecuentar los Sacramentos y seguir los consejos de tu director (si bien de ordinario no conviene nombrarle por muchas razones); pues como Dios no quiere que nos avergoncemos de su divina Majestad ni de su cruz, se complace en esta franca confesión de que queremos servirle, y de que nos hemos consagrado á su amor con especial afecto: á lo cual se añade, que esta profesión pública cierra el paso á muchas llamadas que el mundo pretende hacer hacia la parte contraria y nos obliga á proseguir por nuestro propio crédito. Los filósofos publicaban que lo eran para que los dejasen vivir filosóficamente; y nosotros debemos dar á conocer que deseamos ser devotos para que nos dejen vivir devotamente. Mas si alguno te dice que se puede vivir devotamente sin practicar estos avisos y ejercicios, no se lo niegues; pero respóndele con afabilidad, que tu mucha flaqueza necesita más auxilios y socorros que los demás.

Finalmente, amada Filotea, te pido por todo lo más sagrado del cielo y de la tierra, por el santo Bautismo que recibiste, por los pechos que alimentaron á Jesucristo niño, por el caritativo Corazón con que este Señor te amó, y por las entrañas de misericordia en que tienes tu esperanza, que continúes y perseveres en esta bienaventurada empresa de la Vida devota. Mira que la vida se pasa, la muerte está á la puerta, y la trompeta, dice San Gregorio Nacianceno, ya toca la retirada, avisa á todos para que se preparen, porque está cercano el Juicio. Viendo la madre de San Sinforiano que le llevaban al martirio, iba gritando detrás de él: Hijo mío, hijo mío, acuérdate de la vida eterna, mira al cielo, y considera quién reina en él, y que tu cercana muerte va ya á dar fin al breve curso de esta vida. Lo mismo te digo, Filotea: mira al cielo, y no le dejes por la tierra; mira al infierno, y no te preci-

pites en él por gozar de unos breves instantes; mira á Jesucristo, y no le niegues por el mundo; y cuando te parezca muy penosa la Vida devota, canta con San Francisco:

Al sumo bien que espero comparados,
De recreo me sirven los cuidados.

¡Viva Jesús! á quién con el Padre y el Espíritu Santo sea honra y gloria, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

VIVA JESÚS

Modo de rezar con devoción el Rosario, y servir bien á la Virgen María.

Toma el rosario por la cruz, que besarás después de haberte santiguado con ella, y ponte en la presencia de Dios, diciendo el *Credo* todo entero.

Al pasar la primera cuenta gruesa has de invocar á Dios, y pedirle que reciba aquel obsequio que quieres hacerle, y que te asista con su gracia para rezarlo bien.

Cuando pases aquellas tres primeras cuentas pequeñas, pedirás á la Santísima Virgen su intercesión, saludándola en la primera cuenta por Hija predilecta de Dios Padre, en la segunda por Madre de Dios Hijo, y en la tercera por Esposa de Dios Espíritu Santo.

Medita un misterio del Rosario en cada diez, según la comodidad que tengas para ello, y renueva particularmente la memoria de aquel misterio al pronunciar los santísimos nombres de Jesús y de María, los cuales has de tomar en tu boca con gran reverencia de alma y cuerpo. Si te sientes movida de algún otro afecto (como, por ejemplo, dolor de los pecados ó propósito de la enmienda), bien puedes meditar en esto lo mejor que te sea posible todo el tiempo del Rosario; pero aviva particularmente

la memoria, ya sea de aquel ó de algún otro afecto que Dios te inspire al invocar los dos santísimos nombres de Jesús y de María. Al llegar á la cuenta gruesa, que está al fin del último diez, has de dar gracias á Dios por la merced que te ha hecho, en permitirte que lo reces, y pasando á las tres pequeñas que siguen, saluda á la sagrada Virgen María, suplicándole en la primera, que ofrezca al eterno Padre tu entendimiento, para que puedas considerar por siempre jamás sus misericordias; en la segunda, que ofrezca al divino Hijo tu memoria, para que la de su pasión y muerte esté enteramente en tu pensamiento, y en la tercera, que ofrezca tu voluntad al Espíritu Santo, para que logres estar siempre y por siempre abrasado en su divino amor. En la otra cuenta gruesa, que está al cabo, has de suplicar á la divina Majestad, que todo lo reciba para gloria suya y bien de su Iglesia, en cuyo seno le pedirás que te conserve, y que reduzca á todos los que viven descarriados de él; pide por todos los tuyos, y concluye como empezaste, con la protestación de la fe, diciendo el *Credo* y santiguándote.

Has de llevar el rosario pendiente de la cintura ó en otro paraje visible, como señal santa con que quieres dar á conocer que deseas ser sierva de Dios nuestro Salvador y de su sacratísima Esposa, Virgen y Madre, y vivir como hijo verdadero de la santa Iglesia católica apostólica romana. Amén.

VIVA JESÚS



INDICE

PÁGS.

Prefacio 3

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—Descripción de la devoción verdadera.... 9
CAP. II.—Propiedad y excelencia de la devoción.............. 12
CAP. III.—Que la devoción conviene á toda suerte de estados y profesiones 14
CAP. IV.—De cuán necesario es un director para entrar y hacer progresos en la devoción..... 16
CAP. V.—Que se ha de empezar por la purificación del alma.. 18
CAP. VI.—De la primera purificación, que es la de los pecados mortales.. 20
CAP. VII.—De la segunda purificación, que es la del afecto al pecado 22
CAP. VIII.—Del modo para hacer esta segunda purificación... 23
CAP. IX.—*Meditación I.* De la creación. 25
CAP. X.—*Meditación II.*—Del fin para que hemos sido criados. 27
CAP. XI.—*Meditación III.*—De los beneficios de Dios.......... 29
CAP. XII.—*Meditación IV.*—De los pecados.................. 31
CAP. XIII.—*Meditación V.*—De la muerte.... 33
CAP. XIV.—*Meditación VI.*—Del Juicio...................... 35
CAP. XV.—*Meditación VII.*—Del Infierno..................... 37
CAP. XVI.—*Meditación VIII.*—De la Gloria............. ... 39
CAP. XVII.—*Meditación IX.*—A manera de elección del Paraíso.... 41
CAP. XVIII.—*Meditación X.*—A manera de elección que hace el alma de la vida devota.. 43
CAP. XIX.—Cómo se ha de hacer la confesión general......... 45
CAP. XX.—Protestación auténtica con que se graba en el alma la resolución de servir á Dios, y se concluyen los actos de penitencia 47
CAP. XXI.—Conclusión de esta purificación primera.......... 49
CAP. XXII.—Que es necesario purificarse de los afectos que se tienen á los pecados veniales.............. 50
CAP. XXIII.—Que es necesario purificarse de la afición á las cosas inútiles y peligrosas.. 52
CAP. XXIV.—Que es necesario purificarse de las inclinaciones malas 53

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—De la necesidad de la oración............ 55
CAP. II.—Método breve para tener meditación; y primeramente de la presencia de Dios, que es el primer punto de la preparación.. 58

Págs.

Cap. III.—De la invocación, que es el segundo punto de la preparación... 60
Cap. IV.—De la proposición del misterio, que es el tercer punto de la preparación... 61
Cap. V.—De las consideraciones, que son la segunda parte de la meditación... 62
Cap. VI.—De los afectos y resoluciones, tercera parte de la meditación... 63
Cap. VII.—De la conclusión y ramillete espiritual... 64
Cap. VIII.—Algunos avisos muy útiles sobre la meditación... 65
Cap. IX.—Avisos acerca de las sequedades que se padecen en la meditación... 67
Cap. X.—Ejercicio de por la mañana... 69
Cap. XI.—Del ejercicio de por la noche, y del examen de conciencia... 70
Cap. XII.—Del retiro espiritual... 72
Cap. XIII.—De las aspiraciones, oraciones jaculatorias y buenos pensamientos... 74
Cap. XIV.—De la santa Misa, y cómo se ha de oir... 79
Cap. XV.—De otros ejercicios públicos y comunes... 82
Cap. XVI.—Que se debe honrar é invocar á los Santos... 83
Cap. XVII.—Cómo se ha de oir leer la palabra de Dios... 84
Cap. XVIII.—Cómo se han de recibir las inspiraciones... 86
Cap. XIX.—De la santa Confesión... 89
Cap. XX.—De la frecuente Comunión... 92
Cap. XXI.—Cómo se ha de comulgar... 96

TERCERA PARTE

Capítulo primero.—De la elección que se debe hacer en cuanto al ejercicio de las virtudes... 99
Cap. II.—Continuación del mismo asunto de la elección de las virtudes... 104
Cap. III.—De la paciencia... 107
Cap. IV.—De la humildad en cuanto al exterior... 112
Cap. V.—De otra humildad más interior... 115
Cap. VI.—La humildad hace que amemos la propia abyección. 119
Cap. VII.—Cómo se ha de conservar la buena fama ejercitando la humildad... 123
Cap. VIII.—De la afabilidad con el prójimo y remedio contra la ira... 127
Cap. IX.—De la mansedumbre con nosotros mismos... 131
Cap. X.—Que se han de tratar con diligencia los negocios, pero sin afán ni ansiedad... 133
Cap. XI.—De la obediencia... 136
Cap. XII.—De cuan necesaria es la castidad... 138
Cap. XIII.—Avisos para conservar la castidad... 142
Cap. XIV.—De la pobreza de espíritu practicada entre las riquezas... 145
Cap. XV.—De cómo se ha de practicar la pobreza real, permaneciendo, sin embargo, realmente rico... 148
Cap. XVI.—Modo de practicar la riqueza de espíritu entre la pobreza real... 152
Cap. XVII.—De la amistad, y primeramente de la que es mala y frívola... 153
Cap. XVIII.—De los enamoramientos... 155
Cap. XIX.—De las amistades verdaderas... 159

PÁGS.

CAP. XX.—De la diferencia que hay entre las amistades verdaderas y las vanas ... 162
CAP. XXI.—Avisos y remedios contra las amistades malas... 164
CAP. XXII.—Algunos avisos más acerca de las amistades.... 167
CAP. XXIII.—De los ejercicios de la mortificación exterior.... 170
CAP. XXIV.—De las conversaciones y de la soledad ... 175
CAP. XXV.—De la conveniente decencia del vestido... ... 178
CAP. XXVI.—Del modo de hablar, y primeramente cómo se ha de hablar con Dios ... 180
CAP. XXVII.—De la decencia de las palabras y del respeto que se debe á las personas... ... 181
CAP. XXVIII.—De los juicios temerarios ... 183
CAP. XXIX.—De la maledicencia ... 188
CAP. XXX.—Algunos avisos más acerca del hablar ... 193
CAP. XXXI.—De los pasatiempos y recreaciones, y en primer lugar de los lícitos y laudables ... 195
CAP. XXXII.—De los juegos prohibidos ... 196
CAP. XXXIII.—De los bailes y pasatiempos lícitos, pero peligrosos ... 198
CAP. XXXIV.—Cuándo es lícito jugar ó bailar ... 200
CAP. XXXV.—Que es necesario ser fiel en las ocasiones grandes y en las pequeñas ... 201
CAP. XXXVI.—Que nuestro espíritu ha de ser conforme á justicia y á razón ... 204
CAP. XXXVII.—De los deseos ... 206
CAP. XXXVIII.—Aviso para los casados ... 208
CAP. XXXIX.—De la honestidad del lecho nupcial ... 216
CAP. XL.—Avisos para las viudas ... 220
CAP. XLI.—Una palabra á las vírgenes ... 225

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—Que no debemos hacer caso de los dichos de los hijos del mundo ... 226
CAP. II.—Que es necesario tener buen ánimo ... 229
CAP. III.—De la naturaleza de las tentaciones, y de la diferencia que hay entre sentir y consentir en la tentación ... 230
CAP. IV.—Dos admirables ejemplos de lo dicho ... 233
CAP. V.—Aliento para el alma que se halle tentada ... 235
CAP. VI.—De cómo la tentación y delectación pueden ser pecado ... 236
CAP. VII.—Remedios contra las tentaciones violentas ... 239
CAP. VIII.—Cuán necesario es resistir á las tentaciones ligeras ... 240
CAP. IX.—Del modo de resistir á las tentaciones ligeras ... 242
CAP. X.—Cómo se ha de fortalecer el corazón contra las tentaciones ... 243
CAP. XI.—De la inquietud ... 244
CAP. XII.—De la tristeza ... 247
CAP. XIII.—De los consuelos espirituales y sensibles, y cómo nos hemos de haber en ellos ... 249
CAP. XIV.—De las sequedades y esterilidad de espíritu ... 256
CAP. XV.—Confírmase y declárase lo dicho con un ejemplo notable ... 262

QUINTA PARTE

Págs.

Capítulo primero.—Que conviene renovar todos los años el alma por medio de los ejercicios siguientes.................. 266
Cap. II.—Consideraciones sobre el beneficio que Dios nos hace, llamándonos á que le sirvamos, según se lo hemos ofrecido en la protestación arriba dicha............................ 267
Cap. III.—Del examen de la propia alma acerca de su aprovechamiento en la vida devota.............................. 270
Cap. IV.—Examen del estado de nuestra alma para con Dios. 271
Cap. V.—Examen del estado actual acerca de uno mismo..... 273
Cap. VI.—Examen del estado del alma acerca del prójimo.... 274
Cap. VII.—Examen de los afectos del alma.................. 275
Cap. VIII.—Afectos que se han de sacar del examen.......... 276
Cap. IX.—Consideraciones oportunas para renovar los buenos propósitos.. 277
Cap. X.—Primera consideración: de la excelencia de nuestras almas.. 277
Cap. XI.—Segunda consideración: de la excelencia de las virtudes.. 279
Cap. XII.—Tercera consideración: del ejemplo de los Santos.. 279
Cap. XIII.—Cuarta consideración: del amor que nos tiene Jesucristo.. 280
Cap. XIV.—Quinta consideración: sobre el amor eterno de Dios para con nosotros................................ 282
Cap. XV.—Afectos generales sobre las consideraciones precedentes y conclusión del ejercicio........................ 283
Cap. XVI.—De los sentimientos que se han de conservar después de este ejercicio.................................. 284
Cap. XVII.—Respuesta á dos objeciones que se pueden alegar contra esta Introducción................................ 285
Cap. XVIII.—Tres avisos últimos y muy esenciales para esta Introducción.. 286
Modo de rezar con devoción el Rosario, y servir bien á la Virgen María.. 288

